

LA TIERRA NEGRA

LA SENDA DEL DESTINO I

RAYCO CRUZ



Lectulandia

A traición y sin piedad, la ciudad de Angôr'an ha sido conquistada y su rey asesinado. A pesar de su gran poder, el hechicero Árgoht Grandël se ve obligado a huir y refugiarse junto a los demás supervivientes. Al mismo tiempo, en lo más profundo del bosque ha despertado un poder capaz de destruirlos a todos y que para Árgoht resulta lejanamente familiar. ¿Están estos dos acontecimientos relacionados?

Siempre persiguiendo su destino, el hechicero se ve comprometido a unirse a la causa del príncipe Preas Mor para desvelar quién está detrás del ataque a su reino y tratar de detener a la oscura orden que pretende devolver al dios de las sombras, Kares, el poder perdido durante siglos. Solo Árgoht podrá evitar la destrucción de todo cuanto conoce.

Lectulandia

Rayco Cruz

La tierra negra

La senda del destino-1

ePub r1.0

Titivillus 19.01.18

Rayco Cruz, 2014
Ilustraciones: José Gabriel Espinosa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

por Leandro Pinto

No soy, lo que se dice, un vehemente aficionado a la Fantasía Épica. Sin embargo, me considero un gran entusiasta de la literatura de Rayco Cruz. Al margen quedan las actividades que compartimos y la sincera amistad que nos une. También hay sinceridad crítica en el ánimo del que me invisto antes de leer sus obras; sin embargo, el filtro siempre pernicioso que da el conocer personalmente al autor sale, en todos los casos, impecable, sin que me sienta un ápice defraudado por lo que he leído.

La aventura comenzó para mí en julio de 2010. Tengo un especial recuerdo de ese verano porque fue entonces cuando conocí a Rayco Cruz como autor. La sombra de Pranthas —su primera novela, la aventura inicial de este icono llamado Árgoht Grandël—, llevaba más de un año dando vueltas y recolectando adeptos a lo que parecía ser una saga muy prometedora. La fuerza y el enigma que irradiaba el personaje principal, el ambiente opresivo de la novela, los diversos misterios que se iban resolviendo conforme uno volvía las páginas y, en especial, los elementos arquetípicos del género y la forma tan original con la que el autor los trataba, conferían a la novela las condiciones de una pequeña perla, de una obra singular dentro de un panorama literario que ya por entonces pedía a gritos savia nueva, ideas frescas, la renovación de un género que había vivido su particular eclosión a principio de la década, con el estreno cinematográfico de la saga El Señor de los Anillos.

La sombra de Pranthas no vivió demasiado tiempo entre mis manos. Apenas un par de jornadas de frenética lectura, esto a pesar de que me considero un lector más bien pausado. La historia estaba preñada de un aire reflexivo, en ciertos pasajes incluso con ensoñaciones y parentescos genuinos con un cuento de hadas entre delicioso y macabro, entre heroico y conmovedor. Hicieron su aparición titanes y villanos, un rey caído en una horrenda maldición, una espada muy especial, y aventuras sin par que más que forjar el carácter de su augusto protagonista, nos prometían una evolución en su desarrollo como centro de la historia, como un diamante que se va puliendo y que, por sí mismo, va perfilando también él a todo lo que le rodea. Punto y final y a esperar más. Árgoht, nuestro singular hechicero,

dejaba huella en nuestra memoria lectora, y cerrar las páginas era como despedir a un amigo querido.

Por suerte, no tuve que esperar mucho. El buen trabajo de una editorial y el entusiasmo del autor hicieron que en abril de 2011 viera la luz *La maldición de Hilena*, segunda entrega de las aventuras del hechicero de Meledel. Una historia ambiciosa en cuanto a estructura, cantidad de personajes, escenarios y vaivenes argumentativos. Un fresco magistral de casi setecientas páginas en las que el autor nos transportaba a un mundo de murallas y tradiciones, de venganzas y supersticiones. Partiendo de una superestructura, e introduciendo en ella a nuestro héroe, rompía los límites de lo más abúlico del género para cautivar a más lectores y para apasionarlos con su afanoso desarrollo. Por si esto fuera poco, Árgoht continuaba agigantando su leyenda, y su destino esquivo, siempre oculto entre las brumas de un porvenir incierto, se nos hacía más intrigante y, al mismo tiempo, más deseable. El personaje adquiría connotaciones ambivalentes; su parte oscura, sutilmente insinuada en la primera entrega, se acentuaba, otorgando nuevos matices a su personalidad.

Otro punto y final. Otra despedida. Una nueva espera.

El libro que ahora —y por mediación de Mercurio Editorial— tenemos entre manos, nos trae una nueva aventura del hechicero Árgoht Grandël, e inicia esta auspiciosa odisea llamada «La senda del destino». Los lectores de las anteriores peripecias de Árgoht sabemos de qué destino se trata: del suyo, ni más ni menos; de ese fin que es el *leitmotiv* de toda la obra y el camino pedregoso y plagado de obstáculos que nuestro héroe ha de recorrer.

El autor, como era de esperar, se supera una vez más con una estructura vasta y casi inabarcable. En *La tierra negra* nuevamente se aventura por numerosos frentes narrativos, y los dosifica y los codifica con suma habilidad. Condimenta la trama principal con un puñado de personajes secundarios entrañables, y empaca la narración en el contexto de una maldición territorial, de una condenación endémica que empuja a los pueblos a enfrentarse en una guerra por el mero principio de la supervivencia, por la necesidad de un espacio vital cada vez más reducido. Es en este escenario caótico y agitado donde aparece, entre las brumas de su propia búsqueda personal, el hechicero de Meledel. No será, desde luego, un pasajero ocasional en este viaje apasionante. Sus propias motivaciones le llevarán a tomar parte activa en los conflictos y nos permitirá a nosotros, lectores ávidos, conocer nuevas facetas de su hermética personalidad.

El banquete literario, pues, está servido, y sabiamente adobado con diálogos llenos de credibilidad y descripciones sensitivas y profusas, tan propias de este insigne género. Entre las páginas que siguen nos esperan nuevos guerreros malditos, héroes súbitos e inesperados, macabras aberraciones naturales producto de esta tierra maldita que nos toca atravesar...

¿Quién puede resistirse, entonces, a semejante propuesta narrativa?

Si algo me apasiona de la literatura de Rayco Cruz es no solo la cercanía con la que el lector accede a todos los elementos descriptivos que maneja, sino el aire de abierta sinceridad que desprende su estilo. Se trata de un autor que, aun entregado a la ficción, es auténtico en sus intenciones narrativas. No se molesta en adornar su prosa con reclamos comerciales porque no los necesita, porque la complejidad de sus historias ya es suficiente estímulo para el lector. El tono de la narración, como digo, resulta tan cercano que incluso tiene el poder de reclutar nuevos adeptos al género, como es mi caso. Logra esto creando su macrouniverso artístico personal, pero adoptando elementos naturales de nuestra propia existencia sin distorsionarlos ni cambiar su esencia. Así, en las novelas de Rayco Cruz, las colinas y montes se llaman «colinas» y «montes», los bosques y pantanos, «bosques» y «pantanos», y el sol y las estrellas, «sol» y «estrellas». Esto resulta fundamental para hacer accesible y cercano un género que otros autores, quizá con intención de imprimir una superficial complejidad idiomática, vuelven turbio y críptico para lectores profanos. En donde nuestro autor inserta misterio y laberinto es en la trama, en las diversas ramas narrativas que intercala con gran destreza y economía de medios, destilando, como un experto alquimista, las dosis justas de cada una para que nunca nos falte información, y para que siempre queramos saber más de cada una de estas ramificaciones, de cada una de estas historias paralelas que constituyen el fascinante tronco principal en el que, al final, terminarán conflagrando todas las vertientes y alternativas de la novela.

La tierra negra está ante vuestros ojos. A una vuelta de página, nada más. Yo me bajo en esta parada y os dejo con Rayco Cruz, que hará las veces de agosto narrador de esta, que es la historia de Árgoht Grandël, un hechicero en busca de su destino en un mundo que —cada novela que transcurre estoy más convencido de ello— existe en algún plano sensorial de nuestro universo. Como un bardo alrededor de un fogón, extraerá ante vosotros un apasionante relato épico que os cautivará irremisiblemente. Él, a su manera, también es un hechicero, y sus pociones y ungüentos mágicos no son otros que las herramientas literarias que tan bien maneja.

Así pues, sed bienvenidos a Thera. Las espadas están en lo alto, y ya puedo oír el chasquido del metal, el fulgir de las llamas tras los hechizos, el tronar de los cascos equinos a través de los campos de batalla...

¿Puede existir una magia más elemental y, al mismo tiempo, más difícil de transmitir que esta...?

«Muy pocos viven sobre la faz de Thera capaces de comprender en su totalidad los acontecimientos que se vivieron durante la época por todos conocida como la Tierra Negra. Pocos fueron testigos de la verdad, de lo que hubo más allá de la guerra y el caos. Pocos sabrán nunca qué fue del Adalid de la Luz».



PRÓLOGO



Crónicas del Adalid de la Luz,
Edgor Mundensen, prólogo.

El atardecer caía sobre el grupo de cazadores con rapidez entre la densa capa verde que los cubría. Las sombras se alargaban y se volvían más aterradoras a cada minuto que pasaba. Digyo conocía a la perfección cada sendero y atajo, cada recodo del camino, cada árbol centenario, cada roca y cada colina. Sabía qué riesgos acechaban en la oscuridad si no llegaba a casa antes de la caída de la noche. Con un gesto perentorio, conminó a sus compañeros de expedición a acelerar el paso.

La jornada de caza no había sido mala y cargaban con dos buenas piezas, si bien la última de ellas se les había resistido y les había retrasado más de lo deseable. Sentía la humedad de las hojas caídas entre sus dedos descalzos como si estas le acariciaran la planta de los pies. Eran sensaciones familiares y amigas, como la suave corriente de aire que se despertaba a esa hora entre los troncos y matos bajos que le producía escalofríos en la morena piel desnuda antes de dar la bienvenida a la oscuridad. Como si el mero pensamiento hubiera sido suficiente para invocarlo, el aire agitó su breve taparrabos y sus cabellos negros y lacios. Aferró con más fuerza el recio arco, se ajustó mejor las correas del carcaj y apretó aún más el paso, saltando sobre troncos caídos y esquivando las sombras con agilidad felina fruto de la experiencia y el entrenamiento.

Cuando la aldea estuvo por fin a su alcance, apenas unos rescoldos de luz decoraban el cielo sobre sus cabezas y la proximidad de la oscuridad le ponía la piel de gallina. Aunque el suyo era un pueblo de valientes, para ellos la noche era el hogar de los demonios, feudo de leyendas y malos augurios, y preferían estar a cubierto, bien protegidos por la luz de sus hogares, cuando llegaba para apagar el cielo.

Un suspiro escapó de los pulmones de los cuatro miembros del grupo cuando sus pies pisaron el terroso suelo apisonado de la aldea de Anteri'zá y entraron en el círculo de luz que las antorchas creaban a su alrededor. Se sintieron a salvo y de nuevo en el hogar. Como cada vez, varios niños salieron a su encuentro, gritando alborozados por el regreso de los cazadores y sus voces se elevaron de tono al mismo tiempo que se abrían sus ojos con asombro al ver las dos buenas piezas que llevaban. Sus mujeres les salieron al encuentro para abrazarles y besarles, tanto por la alegría del reencuentro como por el éxito de la cacería. Todos sabían que era una tarea peligrosa y que cualquiera de ellos podía quedar tirado en la selva con el cuerpo atravesado por una cornada certera. Regresar era ya de por sí motivo de celebración y si era con comida para varios días, más aún.

—Bienvenidos, hijos míos.

La voz procedía del anciano Gredji, jefe de la tribu y el más veterano del grupo, con una espesa y rizada barba gris bajo sus gruesos labios. Delgado y nervudo, era la voz de la ley entre los jiurus.

Digyo se limitó a asentir en respuesta y sus compañeros dejaron las piezas cazadas a sus pies como muestra de respeto. Sin una palabra más, dos jóvenes mujeres se acercaron y las retiraron para prepararlas para la cena y su posterior conservación, como era costumbre.

Sus vecinos comenzaron a dispersarse y Digyo se despidió de sus compañeros de fatigas para dirigirse hacia su choza, una pequeña casucha de madera y paja confeccionada con lianas y trozos de corteza de árbol, situada en el otro extremo del pequeño poblado. Su pareja, Selha, le tomó la mano con ternura y le respondió con una gran sonrisa. Aquel era el mejor momento del día. Tenía el cuerpo agotado y sucio, pero sintió cómo la lujuria se despertaba en su interior, deseando poseer el cuerpo delgado de su mujer.

Cuando apenas hubieron entrado en la choza, su taparrabos ya había desaparecido y Selha cubría su cuerpo de besos.

Sin duda, era el mejor momento del día.

Sin embargo, lo que ocurrió después no le fue a la zaga. Los cocineros prepararon la cena ensartando un enorme jabalí astado y situándolo sobre una vigorosa hoguera que llenaba sus pupilas con un fulgor ambarino y sus huesos con un cálido abrazo solo comparable con el que le proporcionaba la ardiente piel de Selha. Se sentó junto al fuego y sintió como, ahora sí, su cuerpo estaba agotado, sin una pizca más de energía después del reencuentro de apenas una hora antes. Aunque deseaba dormir, su estómago rugía de necesidad y ansia.

Cuando por fin pudo retirarse a descansar, cayó dormido en un profundo sueño casi al instante.

Un sudor frío bañaba su cuerpo cuando se despertó, algunas horas más tarde. Había tenido una horrible pesadilla y se había visto imposibilitado para despertar, como si uno de los espíritus del bosque le hubiera echado un lazo invisible. Por fin,

había conseguido regresar, pero realizando un esfuerzo casi consciente. Aunque no era capaz de recordar nada, un profundo desasosiego le acompañó al mundo real.

—¿Qué ocurre? —Selha se había despertado y le puso el brazo sobre un hombro. Digyo tomó su mano para tranquilizarla.

—Solo un mal sueño. Salgo a tomar el aire.

—Voy contigo.

—No, quédate y descansa.

Selha no insistió y se tendió de nuevo sobre el suelo alfombrado de pajas y pieles mientras él salía desnudo de la choza. El fresco de la noche acarició sus sienes húmedas por el sudor y se sintió mejor al instante.

«Fuego, calor y muerte».

Oyó la voz como si estuviera a su lado. Digyo se giró buscando el origen de aquellas palabras.

«Llanto, dolor y castigo».

Parecían surgir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo. Se giró una y otra vez, nervioso, pero no parecía haber sonido alguno a su alrededor, sino que surgía dentro de su cabeza. Era imposible...

«Elegido del fuego, llanto perenne. Ven a mí».

Digyo se puso en movimiento casi sin pensar. Sentía las palabras penetrando en su cabeza, como si se hubieran instalado detrás de sus ojos. Estaba aterrado pero al mismo tiempo fascinado y se sentía atraído hacia su fuente. Sus pasos se dirigieron hacia la parte posterior de la choza y atravesó varios huertos de verduras sin poner cuidado alguno en no pisar lo allí plantado. Sus ojos apenas distinguían nada con la escasa luz de luna que lograba penetrar el denso follaje que lo rodeaba, pero sabía que seguía la dirección correcta. A las palabras se habían sumado imágenes que se intercalaban con la realidad ante sus ojos. Se los restregó tratando de alejarlas de sí, pero no desaparecían.

«Fuego, delirio, placer y odio».

A estas palabras le acompañaron imágenes de hermosas mujeres desnudas bailando a su alrededor, sangre y fuego en un extraño caleidoscopio incongruente. Se sentía obnubilado y percibía aterrado que iba perdiendo el control de sus pensamientos.

«Es un espíritu del bosque», consiguió pensar entre el denso maresmágnum que invadía su mente. «Vuelve con Selha».

Pero sus pies no querían regresar y seguían avanzando hacia el exterior del círculo de antorchas que marcaba el límite del poblado. Más allá solo le esperaban la selva y la oscuridad. Cuando estaba a punto de cruzar el perímetro de teas, percibió una forma entre las sombras que apenas reflejaba la luz de las llamas. Estaba asustado, pero no era capaz de echarse atrás. Sus pies parecían hundidos en lodo y le costaba pensar.

«Ven. Elegido. Fuego. Herald del fuego. Ven».

Digyo era incapaz de contrarrestar aquella orden perentoria que le atrapaba y nublaba su razón.

«Ven».

Cuando por fin estuvo a escasos pasos de la figura y su corazón parecía a punto de estallar de puro terror, descubrió con una mezcla de alivio e incertidumbre que era una forma de piedra, rígida e inmóvil en la noche. Tenía el doble de su altura y su color era negro mate, sin apenas brillos ni reflejos. Pero lo que ancló su mirada fue la grotesca forma de la piedra, pues representaba una criatura horrenda que no era capaz de reconocer ni concebir, plagada de afilados apéndices, alas retorcidas y dientes. No se parecía a ningún animal que él hubiera conocido nunca y le sobrecogía el corazón. Sintió su propia orina mojar sus muslos en dirección a la tierra, pero no podía dejar de mirarlo.

«Eres yo ahora. Fuego y llanto, dolor y agonía. Obedece, clama y sé mi mano».

«No», pensó con lo que trató de ser un grito desesperado, pero nada surgió de su garganta salvo un tenue:

—Así sea.



1



«Angôr'an fue la primera».
Crónicas del Adalid de la Luz,
capítulo dos, varios autores.

Jäinor Mor era consciente de que ese sería, con toda probabilidad, su último día como rey de Angôr. Sus dedos se aferraban a la piedra de la Torre de la Rectoría de la Fortaleza D'Gor como si tuviera intención de desmigajarla solo con su presión. Los nudillos empezaban a mostrarse blancos y se obligó a sí mismo a aflojar la tensión. Sentía la vena de la sien derecha, aquella que siempre le palpitaba cuando se alteraba, a punto de reventar. A sus pies, la ciudad de Angôr'an se preparaba para recibir a la noche. Pero no iba a ser una noche cualquiera. Donde quiera que sus ojos se posasen podía ver el ajetreo previo a la batalla. Soldados corriendo hacia sus posiciones, carromatos cargados de armas y vituallas situándose de forma estratégica por las calles, los civiles ocultándose de la vista... La Torre de la Rectoría se alzaba muchos metros por encima de todo aquello, sobre la colina que desde la fundación de la ciudad se había conocido como la Colina Azul, pero casi podía sentir el aroma del sudor tenso de sus hombres, el olor del aceite que brillantaba aquellas armaduras, el perfume de la tea al arder tratando de rescatar a la ciudad de las sombras que en unos minutos se cernirían sobre ella, desde que el sol había decidido ponerse al fin y había comenzado la pesadilla.

Porque esa sería la noche. El tiempo de espera había terminado y el ejército que aguardaba más allá de las murallas daba signos de avanzar. Habían recibido noticias de su aproximación apenas un día antes, como si hubiera sido invisible hasta el momento en el que había atacado la ciudad de Lashte. Había sido un golpe rápido y brutal, según le había contado el maltrecho mensajero que había conseguido

sobrevivir para alcanzar la capital con tan terribles noticias. Apenas habían tenido tiempo para organizar las defensas y el ejército no estaba al completo, pues los mensajes de reagrupamiento debían estar aún en camino. Los pueblos del Norte aún no habían respondido, lo que dejaba a la ciudad protegida apenas por la guardia y la milicia reclutada a última hora. De los reinos vecinos no podía esperar nada. Las peticiones de ayuda no llegarían a tiempo.

—Es el hambre, mi señor.

Jäinor se sobresaltó y se giró con brusquedad. Quien le había hablado era Vostios, su mayordomo y asistente, un chico joven, decidido y voluntarioso que había entrado a su servicio unos años atrás.

—¿Cómo dices?

—Habéis preguntado cómo habían conseguido moverse tan rápido y yo opino que es el hambre lo que los empuja a darse tanta prisa.

Jäinor ni siquiera se había dado cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta.

—¿A qué te refieres?

—Según nuestros informadores, ese ejército está formado en su mayor parte por flissanos. Fliss se ha visto muy afectado por el Daño. Están hambrientos tras tanto tiempo sin cosechas. Es el hambre lo que los mueve.

El rey no dejaba de sorprenderse por la estupenda capacidad analítica de su joven asesor.

Se giró de nuevo y volvió al alféizar de la ventana. La noche había caído por completo y, ante sus ojos, cientos de puntos de luz comenzaban a aparecer más allá de las murallas, donde el ejército invasor había establecido su campamento. Habían aparecido esa misma mañana y aún no habían enviado siquiera un heraldo, nadie con quien negociar.

—¡Maldita sea! —El rey Mor no podía entender qué hacía toda aquella gente allí—. ¿Por qué no envían a alguien? ¿Qué es lo que quieren? Podemos negociar una tregua, intentar ayudarles, pero ni siquiera lo han pedido.

—No quieren ayuda, sino nuestras tierras, mi rey.

—¿Quién los comanda? Clos de Fliss nunca se habría atrevido a tanto. Tiene que haber alguien más tras todo esto.

Una nueva voz se unió a la conversación.

—Pues se mantiene en verdad bien oculto.

Jäinor se encaró con su hijo Preas Mor, que se alzaba ante él con su espléndida armadura ligera y su largo pelo negro recogido en una trenza. Una sonrisa incongruente asomaba a sus labios recubiertos por una densa barba.

—Eso es lo que más me preocupa. Quien mueve los hilos de este conflicto prefiere mantenerse escondido y manipular desde la sombra. No me gustan los subterfugios.

Una arruga de sincera preocupación apareció en la frente del rey. Aún no vestía la

armadura de guerra sino una túnica pesada en cuyo pecho lucía el emblema del reino: una torre almenada con tres triángulos que representaban montañas alrededor sobre un pendón de dos puntas. Su frente lucía la corona, apenas una diadema de ricos engarces. Pronto sería sustituida por su yelmo de combate. Sabía que no estaba en la plenitud de sus facultades físicas y que la edad le empezaba a pesar, pero aún podía blandir un arma mejor que muchos jóvenes soldados.

—Tranquilízate, padre. Daremos con él y, antes de que el sol vuelva a alzarse, podrá dar sus explicaciones desde sus labios morados y muertos.

El rey miró a su hijo con un orgullo mal disimulado. Era su único hijo y le sucedería en el trono a su muerte. Estaba muy preparado y era comandante del ejército que se preparaba a sus pies. Aunque ya no era un mozalbete, seguía conservando ese entusiasmo casi pueril, esa plena confianza en sus capacidades. «Ojalá yo pudiera compartir ese entusiasmo», pensó Jäinor con un desánimo que no dejó traslucir. En cambio, se acercó a su hijo y puso las dos manos sobre sus hombros.

—Lo harás, estoy seguro. Bajemos a enseñarles a esos sucios flissanos que esta ciudad no es fácil de tomar.

Jäinor no era ni mucho menos un anciano, pero su cuerpo ya no le respondía como años atrás. Sus músculos estaban desentrenados y faltos de práctica, su pericia había disminuido y sus reflejos ya no eran los de antes. Aun así, consciente de que no podría participar en la batalla que se avecinaba, se había vestido con sus mejores galas de guerra: una pesada cota de malla sujeta con un ancho cinto de piel de venado, unas recias botas negras, una sobrevesta azul, el color de su casa, y un yelmo que ensombrecía su rostro dándole un aspecto temible. Se había situado en lo alto de la tercera muralla para dar las órdenes necesarias a sus tropas y poder dirigir una contienda en la que no iba a poder intervenir. Su hijo era capaz de asumir aquella responsabilidad, pero esa noche quería estar lo más cerca posible de la lucha, sentirse un guerrero de nuevo aunque su instinto le dijera que sería la última vez. Quería sentir el viento en el rostro cuando la muerte acudiera a buscarle. Si tenía que ocurrir, lo haría con la espada en la mano, como ya lo había hecho su padre y el padre de su padre. Trataría, al menos, de que fuera una muerte gloriosa.

—Preas. —Su hijo esperaba órdenes a su lado—. Es el momento. Ve a tu puesto y ordena a tus hombres que estén listos. No será fácil, pero estoy seguro de que lo conseguiremos. Esta noche, Angôr'an cosechará una nueva victoria.

Preas se acercó a su padre con gesto funesto y le dio un rápido abrazo, como si él también fuera capaz de percibir el hedor de la muerte en el aire denso y húmedo procedente de la selva cercana. Sin una palabra, se perdió escaleras abajo en dirección a su posición en primera línea.

Angôr'an siempre le había parecido una ciudad hermosa, digna y orgullosa. Sus antecesores habían hecho un buen trabajo con ella y siempre había considerado el mayor de los honores pertenecer a la dinastía Mor que había gobernado el reino de

Angôr desde tiempos inmemoriales. Por ese motivo y muchos otros, verla en el estado en que se encontraba tan solo una hora y media después de empezada la contienda le destruía el corazón. Cientos de incendios arrasaban los barrios más humildes cuyas viviendas estaban fabricadas en madera y paja, mientras que las de piedra se mantenían a duras penas. Las dos murallas más exteriores habían sido franqueadas con humillante facilidad y las puertas Sur y Este habían caído sin hacer ruido, sin opción de ofrecer resistencia. Los barrios del norte, donde se acomodaba la nobleza, comenzaban a sentir el acoso del fuego, mientras que los humildes del sur eran ya por completo pasto de las llamas. Las torres de asalto y las poderosas escalinatas de bordes dentados horadaban la piedra de las murallas mientras se aferraban a ellas con el frenesí de los amantes, decididas a no soltarse por más que los defensores les atacaban con todo cuanto tenían. Las hordas de enemigos empujaban, gritaban y golpeaban con un ímpetu inaudito, pero lo que más daño les había causado no eran aquellos pobres hombres sucios y mal equipados, muertos de hambre y flacuchos. Lo que había destruido sus defensas habían sido las criaturas horrendas que habían entrado con ellos. Jäinor nunca había visto algo similar y no era capaz de dar crédito a lo que sus ojos veían: seres inmensos, de dos veces y media el tamaño de un hombre, de piel gris y enormes brazos y piernas más parecidos a pilares que a extremidades de criaturas vivientes. Sus cabezas estaban asaeteadas de pinchos óseos y sus dedos culminaban en grandes garras dentadas. Habían entrado en la ciudad haciendo cundir el pánico entre sus hombres y barriéndolos con sus armas inauditas. Incluso desde su posición podía escuchar los aullidos de sus soldados mientras eran partidos por la mitad o salvajemente mutilados. Algunas de las criaturas habían caído, pero el esfuerzo que había costado tumbarlas era mucho mayor que el que a ellas les suponía cortar, mutilar y degollar. Aunque su número era muy inferior al de los humanos flissanos, apenas una docena, su presencia era tan desequilibrante que la batalla pronto se había decantado a su favor. Para su tristeza, pudo ver varios buenos soldados huir ante la inminente y dolorosa muerte que se cernía sobre ellos.

Jäinor no pudo sino pensar si él no habría reaccionado de la misma manera.

—¡Mi señor!

Vostios le miraba con los ojos desorbitados por el miedo, aunque intentaba controlarse para no dejarse llevar por el pánico ante su rey.

—Debemos marcharnos. La ciudad está a punto de caer. Debemos poneros a salvo.

—¡No!

El rey se resistía a aceptar la realidad que le rodeaba. En ese momento, un estruendo le sobresaltó desde su derecha. Vio como el edificio de la Guardia, una pequeña torre, recia y poderosa, se derrumbaba sobre sí misma cuando el fuego terminó de dar cuenta del artesonado del techo y la argamasa que mantenía unida sus piedras se convertía en gelatina inservible. La visión de las llamas devoradoras despertó en su pecho una angustia que creía tener olvidada: el miedo a la derrota, el

dolor y la muerte. Aunque estaba casi hecho a la idea del fin, tenerlo tan cerca le provocaba pavor.

—¿Dónde está Preas? No lo voy a dejar atrás.

Vostios quedó en silencio y bajó la mirada un instante. Jäinor temió lo peor.

—¡Vamos! ¡Habla!

Vostios volvió a mirar a su rey mientras cogía aire.

—El fragmento de muralla en el que se encontraba cayó. No se le ha vuelto a ver.

En ese momento Jäinor supo que, en efecto, acababa de morir, tal y como había presentido. El mero hecho de saber que su hijo podía haber caído en la batalla terminó de derribar las defensas que le quedaban y se dejó llevar por Vostios hacia el interior del torreón, sumiso como un niño pequeño, abandonada ya toda esperanza. Se dejó guiar durante lo que le parecieron horas, sumido en el dolor y la angustia. Cuando alzó la mirada, descubrió que se encontraba en las catacumbas. Su mayordomo lo conducía hacia el túnel sureste que les llevaría al otro lado de las murallas y les pondría en el camino que llevaba a Talder'an.

—¡No! —gritó, haciendo un esfuerzo por imponer la poca cordura que aún le quedaba. De un tirón se zafó de la presa de su asistente y se echó a correr por donde habían venido, de regreso al castillo. Subió las húmedas y resbaladizas escaleras gritando proclamas de guerra y aullando el nombre de su familia. Quienes le vieron pasar como una exhalación dirían más tarde que había perdido el juicio y que vagaba por el castillo gritando y maldiciendo, pero nunca nadie sabría que aquello no era cierto. Sabía qué quería y a dónde se dirigía.

Tras recorrer varios pasillos y tramos de escaleras, llegó a la parte más alta de la gran escalinata de entrada a la Torre de la Rectoría, una inmensa estructura de piedra ricamente tallada que comenzaba a pocos metros de la puerta principal, que ahora yacía derribada y astillada a los pies de un hombre temible. Jäinor lo reconoció al instante, pero le costó algo más asimilar su presencia allí, comandando aquel ejército imposible.

—¡Tú!

El hombre vestía por completo de negro y cubría su rostro con una máscara de cuero del mismo color que impedía distinguir sus rasgos. Usaba una gran espada que manejaba a dos manos y se cubría el cuerpo con una armadura ligera de grandes hombreras que reflejaba la luz de las antorchas, limpia y sin mácula a pesar de estar en vanguardia de sus huestes.

—Jäinor Mor, entiendo tu sorpresa, pero tendrás que reponerte con prontitud. Aún estás a tiempo de detener esta locura. Ríndete, entrégame Angôr'an y te dejaré vivir a ti y a los tuyos. No soy un asesino.

El rey no pudo evitar lanzar una carcajada desquiciada.

—Siempre habéis sido unos asesinos y nada de eso va a cambiar ahora. Vuestra presencia aquí explica muchas cosas.

Mor reunió toda la dignidad que le quedaba y descendió despacio por la escalera.

El hombre de negro retrocedió hasta la puerta derruida, desde donde les llegaban los sonidos de la lucha, el fragor de la batalla presta a terminar. Varios hombres se situaron a su alrededor, pero no parecía que hubiera ninguna de aquellas horribles bestias en el interior del castillo. Aquellos soldados no eran la turba hambrienta y harapienta que formaba el grueso del ejército invasor, sino que estaban bien pertrechados con espadas, escudos, armaduras y yelmos, alguno ya manchado de sangre y mugre. Todo ello de color negro.

«Tú teoría se viene al traste, querido Vostios», pensó Jäinor con pesadumbre.

—Fuera —dijo el hombre de negro sin alzar la voz. Sonaba rasgada y ronca, como si la pronunciara una garganta rota.

Sin un atisbo de duda, los hombres se retiraron más allá de la puerta, dejando al rey a solas con su contrincante y las sombras de ambos que las antorchas colgadas de las paredes hacían danzar a su alrededor como representando un drama fantasmagórico. Jäinor sabía quién era aquel hombre que tenía enfrente, pero de su valor con las armas solo sabía de oídas. Los rumores hablaban de un guerrero, cruel e implacable. Trató de evitar que se le notara la palpitación en el corazón, pero no pudo ocultar la agitación de su nuez al tragar saliva. Sentía el peso de la inevitabilidad sobre sus hombros.

—¿Por qué hacéis esto, tú y los tuyos? —Preguntó mientras pisaba el último escalón y llegaba al recibidor—. No se os ha perdido nada en Angôr, maldito seas. Un ronco sonido surgió de la oscuridad de la máscara, el cual Jäinor interpretó como una risa ahogada. —Las cosas están cambiando y debes estar ciego si no eres capaz de apreciarlo. Un nuevo orden se levantará para gobernar Thera, y nosotros estaremos en la vanguardia, asumiremos nuestro papel y tendremos el poder que nos pertenece por derecho. El poder que siempre se nos ha negado. Kares se alzará de nuevo victorioso. El proceso ya ha comenzado.

Mor no sabía cómo interpretar aquellas palabras. ¿Es que había estado tan ciego a cuanto ocurría a su alrededor que no había sido capaz de prever algo como aquello? Si en efecto era así, su labor como gobernante había sido un fracaso. Muy despacio, desenvainó a Angustias, la espada que había pertenecido a su familia desde hacía generaciones. Era un arma magnífica.

—Tú tiempo llega a su fin —concluyó el intruso.

—No tengo miedo a la muerte, Oscuro. Mi hijo me vengará y recuperará lo que le pertenece por derecho...

—Tu hijo está tan muerto como lo estarás tú en unos instantes. No albergues falsas esperanzas.

—Mientes...

—Yo mismo lo vi caer. Fue una muerte indigna, huyendo como un perro.

Jäinor sabía que estaba tratando de desequilibrarlo, que era una estratagema, pero aun así sintió una cólera febril nacer en su pecho y un grito brotó de su garganta en respuesta a la provocación. Se lanzó al ataque reduciendo la distancia que los

separaba con una estocada descendente, pero el Oscuro lo esperaba y esquivó el golpe con suma facilidad. Jäinor se sintió estúpido por haber caído con tanta facilidad en su provocación, pero no podía permitir que se mancillara el honor de su hijo, fuera cierto o no que había muerto en la batalla.

Lanzó una segunda estocada. Notaba sus músculos entumecidos y faltos de práctica, pero aún recordaba el tacto de la espada entre sus dedos y se sintió rejuvenecer mientras su rival esquivaba sus ataques. Comenzaba a pensar que no sería capaz de romper su guardia, bien plantada y entrenada, cuando uno de sus golpes logró acariciar su armadura a la altura de sus costillas izquierdas, dejando una marca en el negro metal.

El Oscuro se detuvo a mirar el escaso daño que había recibido, pero algo cambió en su actitud. Su guardia se volvió más tensa y abandonó la pose de autosuficiencia que había adoptado hasta ese momento. Jäinor había conseguido acceder a su zona frágil y eso le había asustado, aunque no fuera capaz de apreciarlo en su rostro embozado. Lo notó en su forma de pisar, en su postura, un poco más tensa que antes. Dio varios pasos en redondo, tratando de ganar algo de distancia y tiempo. Hasta ese momento habían estado tanteándose. Llegaba la hora de la verdad. El Oscuro avanzó con inaudita velocidad y la distancia entre ambos se redujo a nada en un parpadeo. Jäinor apenas tuvo tiempo de alzar su arma para desviar el impacto del filo negro. Un escalofrío le recorrió el brazo y perdió la sensibilidad de los dedos de la mano derecha. Antes de que pudiera reaccionar, su rival ya alzaba de nuevo su arma y la dejaba caer implacable y brutal. La espada del rey salió despedida de manos de Jäinor y fue a caer varios metros lejos de ellos hasta chocar contra una pared y quedar allí, tendida e inútil como un muerto.

«Es ahora», pensó el rey Jäinor Mor mientras caía sobre sus posaderas debido al ímpetu de su rival. «Así muere un rey, tirado en el suelo a manos de un hombre medio muerto». El Oscuro no le dio oportunidad de alzarse o pedir clemencia y con un movimiento certero, atravesó su corazón y extirpó la vida de su cuerpo.

Tarkon Anan mantuvo la posición aún unos instantes. Por fin, retiró el arma con un brusco tirón y el cuerpo de Jäinor cayó desmadejado al suelo mientras un charco de sangre surgía bajo él como si brotara de la tierra.



«Cuando Kares habla, corre la sangre.
Cuando Kares habla, nosotros callamos».
Po'karatan. Capítulo dos.

Angôr'an era una ciudad exquisita en muchos aspectos: arquitectura, ubicación estratégica, orografía... Era hermosa vista desde fuera y desde dentro, con varias zonas muy diferenciadas entre sí. En la región más adinerada, grandes casas de piedra amarilla y gris recibían al visitante desde calles anchas y adoquinadas, algo muy poco común. En contraste, la zona más humilde estaba compuesta por casas bajas de paja y madera podrida que flanqueaban las calles de barro y agua sucia. Pero todo eso había sido hasta el día anterior. Ese día, del barrio más pobre solo quedaban cenizas. Había sido una purga digna para todos sus habitantes. Tarkon Anan observaba el resultado de su campaña con regocijo y satisfacción. El fuego purificador había hecho su trabajo de forma tan eficiente, limpia y silenciosa como siempre. Una vez más, había demostrado su poder impredecible. A sus hombres les había llevado varias horas controlarlo después de la conquista de la ciudad el día anterior, pues Tarkon no estaba dispuesto a dejar que toda la ciudad ardiera. Habría sido una terrible pérdida. Recorría las calles enlodadas con parsimonia, seguido por sus más cercanos oficiales y asistentes dando órdenes aquí y allá sin dirigirse a nadie en particular. Cada uno de sus seguidores sabía qué tenía que hacer y no era necesario decir en cada momento a quién se estaba dirigiendo. La persona adecuada se daba por aludida y se disponía a obedecer sus órdenes.

Ese día se sentía sereno y satisfecho con el resultado de la batalla, a pesar de que la máscara le quemaba y estaba deseando llegar a su recién adquirido dormitorio para quitársela y poder descansar un rato de esa carga. Pero aún tendría que esperar.

Avanzaba en dirección noroeste esquivando cadáveres y patrullas de soldados que arrastraban grupos de prisioneros. Se detuvo junto a uno de ellos formado por unos veinte hombres y mujeres que esperaban arrodillados y con las manos atadas a la espalda, vigilados de cerca por cinco soldados vestidos de negro igual que su señor. No había odio en sus miradas, sino resignación y miedo.

Tarkon avanzó frente a ellos, observando con detalle a cada uno, tratando de leer en sus rostros la chispa de la rebelión, pero el fuego de sus ojos estaba apagado.

—¿Sabéis quién soy? —preguntó en voz alta, aunque sin gritar. Nadie respondió. Ni siquiera alzaron la mirada—. Ahora soy vuestro señor. ¿Entendéis eso?

Hubo algunos tímidos asentimientos y Tarkon lo dio por válido. De pronto recordó algo y se giró hacia Kijl, su mano derecha y el principal ejecutor de sus deseos, además de capitán de una de las más valiosas compañías de su ejército.

—Kijl, ¿has encontrado el cadáver de Preas Mor? —Aún no, señor.

—Encuétralo. Y vosotros —volvió a dirigirse a los prisioneros, que temblaron al sentirse escrutados por aquella mirada—, no olvidéis quién manda a partir de ahora en esta ciudad. Volveréis a vuestras actividades. Dadme paz y tendréis paz. Corred la voz. Por el contrario, cualquiera que alce su brazo contra mí será ejecutado sin previo aviso. Cualquier intento de fuga tendrá las mismas consecuencias. Hasta nueva orden no se permitirá a nadie salir de la ciudad y los que tengan que acudir a los campos lo harán escoltados. Cualquier arma que se encuentre en vuestro poder debe ser entregada antes de que caiga el sol de este día. De lo contrario, será considerado un ataque directo contra esta autoridad. Ahora, marchad.

Tarkon no esperó a que los prisioneros reaccionaran y se puso de nuevo en movimiento. Conocía muy bien la respuesta incrédula que se había instalado en los ojos de aquellos campesinos. Estaba seguro de que ninguno tendría el valor de alzarse contra él, y ahora, con su clemencia, se lo había puesto más difícil aún. Pero necesitaba a la población si quería que la ciudad siguiera funcionando.

—Kijl —llamó de nuevo—, durante los próximos tres días quiero diez cadáveres de esos apestosos a mis pies cada día. Recordémosles la lección antes de que piensen que pueden olvidarla.

A Kijl se le escapó una sonrisa cruel. Aquello era lo que más le gustaba de él, que cumplía las órdenes más macabras con el gozo de un niño. Kijl era un hombre duro y enorme que se había unido a la Orden Kariteas muy joven, siendo apenas un niño, después de ser recogido medio muerto en un camino tras ser atacado por unos bandoleros. Lo hizo sin pensárselo dos veces. La venganza, por supuesto, fue digna de recordarse.

Aunque ya era un acólito de pleno derecho y tenía méritos suficientes para ascender, prefería quedarse en lo más bajo del escalafón, medrando solo en el aspecto militar. Para la orden seguía siendo un acólito, pero nadie había insistido demasiado en aumentar su rango, pues era más valiosa su habilidad como combatiente y asesino. Su sitio estaba allí, en el campo de batalla, entre las sombras.

Encontró varios grupos más de prisioneros en su recorrido por el mar de cenizas y humo en que se había convertido la zona que había renombrado como Barrio Negro. A todos les dijo algo similar y los envió a sus tareas. La primera de ellas sería reconstruir las casas destruidas por el fuego. Eso les mantendría ocupados.

Cuando por fin hubo dado por concluida la visita a esa zona se sintió satisfecho con el trabajo. Había cumplido las órdenes recibidas con exquisita escrupulosidad. Ahora regresaba a sus aposentos por la zona este de la ciudad, donde las últimas casas de madera comenzaban a confundirse con las primeras de adobe y piedra. Los caminos se veían más limpios y el fuego había respetado en mayor medida la vegetación.

De pronto, algo impactó en su nuca. Aunque no le dolió mucho, la sorpresa casi le hizo caer hacia delante. Una algarabía se desató a su alrededor cuando sus escoltas se pusieron en movimiento para detectar el origen del objeto que le había golpeado. Tarkon se agachó a recogerlo y vio que era un simple pedazo de madera calcinada. Alzó la mirada y vio a un muchacho en lo alto de una vivienda cercana que había escapado de las llamas. Era un chico fornido y comenzó a gritar desafiante:

—¡Fuera de aquí, invasores, asesinos! ¡No tenéis derecho!

Tarkon se acercó a la vivienda a paso lento, haciendo gestos a sus hombres para que conservaran la calma. Cuando estuvo al pie de la casa, miró hacia arriba y se cubrió los ojos para evitar que el sol impactara en ellos. Aún debajo de la máscara, que no permitía que se le viera pero él sí podía ver, los rayos podían deslumbrarle.

—¿Cómo te llamas, chico? —gritó el Oscuro con voz tranquila.

El joven pareció tan sorprendido como sus soldados. En vista de que no obtenía respuesta, repitió la pregunta.

—¡Gilen! —contestó por fin alzando el pecho con orgullo.

—¿Esta es tu casa?

—¡Sí, y no la profanaréis!

Gilen alzó una piedra y la lanzó. Tarkon la esquivó con facilidad.

—Tal vez no te hayas dado cuenta, chico, pero ahora esta ciudad me pertenece. ¿Qué hacías tú mientras tu gente luchaba? No te veo armado ni herido ni sucio. ¿En qué agujero estabas escondido?

Tarkon notó cómo el muchacho se tensaba. Había acertado.

—Tenías miedo, es justo. ¿Por qué luchas ahora? El tiempo para eso ha pasado. Tuviste tu oportunidad de pelear, sin embargo ahora te enfrentas a mí cuando me rodean mis mejores hombres. Es evidente que quieres morir. Te sientes avergonzado por tu actitud en la batalla y ahora crees que la muerte es tu castigo, aunque no te atreves a afrontarla. Quieres conservar la dignidad, pero ya es tarde.

Gilen comenzó a llorar y cayó de rodillas. Tarkon se dio la vuelta y llegó hasta una de las viviendas consumidas por el fuego, que aún mantenía vivos algunos rescoldos. Tomó un tronco aún encendido y le pidió a un soldado que soplara para avivar las llamas. En unos instantes, tenía una buena antorcha tiznada. Regresó a la

vivienda.

—No hay lugar en este mundo para los cobardes y la muerte es lo que mereces. Pero hoy me siento generoso y no deseo más muerte. Baja y ponte a mi servicio. Quizás consigas vivir para hacerte un hombre.

—¡Jamás!

Tarkon lanzó la tea por la ventana cuyos ligeros cortinajes prendieron enseguida. En unos minutos, el fuego había alcanzado los muebles y una densa humareda salía por las ventanas.

—¿Cuánto crees que tardará en arder el techo, muchacho? El fuego es implacable.

Gilen empezaba a sentir el calor de la pira que habían encendido a sus pies y dudaba. Las lágrimas habían dejado dos surcos claros en su piel sucia. Por fin, se descolgó por un lateral de la casa y se dejó caer al suelo. Una nubecilla de polvo recibió a sus pies cuando tomaron tierra. Tropezó y vino a quedar postrado ante Tarkon. Se levantó de un salto y trató de alejarse de la ominosa presencia del Oscuro, pero este lo sujetó por un hombro.

—Has hecho bien —le dijo haciéndolo avanzar unos pasos—. ¿Ves esas llamas que devoran tu hogar? Pues bien, puedes considerarlas el comienzo de tu nueva vida. El fuego lo purifica todo, limpia y cierra las heridas. Es el eterno paradigma. Dale la bienvenida a tu nuevo yo, Gilen.

De pronto le dio un fuerte empujón y lo lanzó a través de la puerta ardiente hasta el interior de la casa. Se sacudió las manos y se dio la vuelta dispuesto a marcharse. Los gritos de Gilen llenaron el aire de angustia y dolor.

—Déjalo unos segundos más y después lo sacas —le ordenó a Kijl—. Que le curen las heridas y lo lleven a mi presencia desde que esté recuperado. Aún le queda mucho que pagar por su osadía.

Sin una palabra más, se dirigió a la Torre de la Rectoría.

Quince minutos más tarde, Tarkon Anan se encontraba a solas en los que hasta el día anterior habían sido los aposentos del rey Jäinor Mor. Era una estancia grande y recubierta de tapices y ricos ornamentos tallados en madera y ébano. Dos grandes chimeneas caldeaban el ambiente. El Oscuro observaba el fuego arrodillado ante una de ellas, disfrutando del tenue vibrar de las llamas, de su inconstante permanencia en un eterno nacer y desaparecer sin mácula. Recordaba el fuego del día anterior como algo ya lejano y comenzaba a ser historia en sus recuerdos. Fue una victoria más fácil de lo que había esperado y sería el colofón perfecto a esta fase de la campaña. Las cosas marchaban sobre ruedas desde que habían salido de la torre de Mügero. Cruzar el Tar-Enon, el más oriental de los Mares Gemelos, fue una gran idea que les había permitido arrasar Kretas sin que nadie supiera siquiera que habían llegado. Conquistar Tynha también había sido un juego de niños, a pesar de que no había usado sino un tercio de su poderoso ejército para hacerlo. La jugada le había salido redonda, pues se había guardado sus más temibles armas para el asalto a Angôr'an,

de forma que las informaciones que llegaran allí sobre su avance serían fragmentarias. Al llegar a la capital, había soltado a los gorgs en el momento preciso y aquello había sido suficiente para casi hacer caer por completo las defensas de la ciudad. Si atravesar el mar había sido una jugada maestra, asegurarse la participación de aquellas temibles y grotescas criaturas había sido una genialidad.

Tarkon recordaba eso con cierto regusto agridulce porque no se le había ocurrido a él. Había sido la maestra Shera Ante'i quien había desarrollado el proceso de creación y, aunque aún era susceptible de mejora, el resultado era más que aceptable. Eran estúpidas, pero su aspecto, fuerza y rapidez eran determinantes.

La única mancha en su recorrido triunfal hacia el norte había sido Lashte. Tarkon aún trataba de interpretar lo que allí había ocurrido, pues solo tenía informes de sus oficiales y de Kijl, que había comandado las tropas en ese ataque, y hablaban de un soldado excepcional que había mantenido a raya a gran parte de su ejército durante horas. Él solo. Por las descripciones, algunas absurdas e inconexas, solo había podido deducir una cosa, y era algo que le perturbaba profundamente. En Lashte, por asombroso que pudiera parecer, se habían enfrentado a un hechicero.



«Los primeros pasos del Adalid fueron inseguros y desorientados, incapaz de entender o asumir su papel en el desarrollo de los acontecimientos que estaban gestándose en aquellos días».

Crónicas del Adalid de la Luz, capítulo cinco. Varios autores.

Árgoht llevaba mucho tiempo sin saber lo que era estar tan dolorido. Caminaba por su propio pie, pero era más que nada por dignidad. Se sentía agotado física y mentalmente hasta el extremo del desfallecimiento, pero sabía que aún no debía descansar. Viajaba con aquel exiguo grupo de refugiados sin saber a dónde iba, sin saber si les perseguían, movidos por el miedo y la incertidumbre. Eran apenas dos docenas, hombres, mujeres y niños derrotados, agobiados por el peso del destierro. Su pueblo natal, el que les había visto nacer, crecer y al que habían entregado el esfuerzo de sus brazos, ya no existía para ellos. Lashte se había convertido en un campo gris de ceniza y lodo en sus corazones. Llevaban una carreta en la que viajaban los tres heridos que estaban incapacitados para andar y un famélico caballo tiraba de ellos con claros síntomas de fatiga. Seis soldados con heridas de diversa consideración eran toda su defensa contra un posible ataque o una emboscada. Su única esperanza era llegar a las selva antes de que los cazasen, y aún les quedaban unos pocos kilómetros para alcanzar su linde. Árgoht solo deseaba tumbarse allí mismo y dormir, pero aquello sería un suicidio. Tenía que hacer un último esfuerzo hasta internarse en la espesura. Allí sería más fácil encontrar un lugar en el que reposar y recuperarse.

Pensar en lo que había pasado dos días antes le hacía sentir todo el peso de su poder sobre los hombros.

Había llegado a Lashte ese mismo día. Estaba allí de paso de camino a Angôr'an para encontrarse con un conocido. Evitaba usar la palabra «amigo», a pesar de que quizás esa fuera la más adecuada. Su costumbre de evitar relaciones sentimentales de cualquier tipo le llevaba a eludir hasta su mera mención. Estaba en Angôr por pura casualidad, y se había visto involucrado en algo que no le concernía en lo más mínimo, lo que no significaba que no estuviera dispuesto a defenderse si se le atacaba, como así había sido.

Se encontraba en una posada, esperando la llegada de la noche para salir a dar una vuelta por la pequeña aldea amurallada, cuando sonó una pesada campana cerca de donde él se encontraba. Los parroquianos pusieron cara de sorpresa, como si fuera un sonido por completo nuevo para ellos, hasta que uno cayó en la cuenta: «¡Alarma!». Todos los presentes habían salido a la calle despavoridos y se habían desperdigado sin que Árgoht pudiera saber cuál era la urgencia o a dónde se dirigían. Cuando el hechicero salió por fin a la calle, con la parsimonia que le otorgaba el saber que nada de lo que estuviera ocurriendo tendría que ver con él, se vio casi arrollado por una turba que corría en su dirección. Consiguió entrar de nuevo en el establecimiento justo a tiempo de esquivar una flecha que vino a clavarse en el marco de madera y se quedó allí, vibrando ante sus ojos sorprendidos. Esa imagen despertó en él viejos y dolorosos recuerdos.

Cuando volvió a mirar a la calle, un batallón de hombres armados corría hacia él en persecución de la riada de lasheanos que casi le había arrollado un instante antes. Iban armados de manera tosca pero eficaz y apenas disponían de armadura. Parecían más un cuerpo de milicia improvisado, pero no por eso eran menos peligrosos. Una segunda flecha pasó rozándole una oreja. «¿Qué es todo esto, por la Madre?», pensó mientras recitaba un hechizo de protección y hacía una señal con los dedos de la mano al mismo tiempo.

La calle en la que se encontraba el meledino era estrecha, con viviendas de madera a ambos lados, por lo que sus atacantes solo podían avanzar en grupos de cuatro cada vez.

El posadero se situó a su lado casi empujándolo a un lado, dispuesto a cerrar la puerta, pero varios hombres se interpusieron, abriéndola de par en par y haciéndole caer de espaldas. Ante los ojos del meledino, uno de ellos, sin mediar palabra, le clavó una espada corta en el pecho al pobre hombre.

Cuatro hombres más entraron tras el primero, armas en ristre, golpeando a diestro y siniestro. El corazón de Árgoht comenzó a latir a toda prisa. Aferró el puño de su espada, Êralin, la Cazadora, y supo lo que vendría a continuación: un estallido de energía que el arma haría recorrer por todo su cuerpo, vigorizando sus músculos y alertando sus sentidos. Cuando se puso en movimiento, ya habían caído tres inocentes bajo el filo de los intrusos que, sin mirar quiénes morían a sus manos, seguían dando estocadas a hombres indefensos. De pronto, uno de ellos se percató de que había alguien dispuesto a ofrecer resistencia y se detuvo en seco. Los demás tardaron un

segundo más, pero acabaron haciendo lo mismo.

—¡Tira el arma y ríndete! —le gritó. Solo su boca asomaba bajo un medio yelmo que cubría el resto de su cabeza.

Árgoht no respondió ni hizo el menor movimiento. En ese momento dudaba de si sería capaz de enfrentarse a los cinco sin necesidad de usar su magia. Había mejorado mucho su habilidad con la espada en los últimos años, pero no sabía si tanto como para salir airoso de aquella situación. Se decidió pues a usar una pequeña ayuda y vocalizó un sencillo hechizo. Sintió la chispa hacer vibrar el aire a su alrededor cuando sus músculos se aceleraron. Duraría poco, así que debía ser rápido y efectivo.

El intruso volvió a hablarle amenazándole con su espada, pero su voz le llegó ronca y ralentizada, por lo que no pudo entender nada, aunque su sentido era más que evidente: quería que se rindiera, algo que no estaba dispuesto a hacer bajo ningún concepto.

De pronto su mirada se detuvo en el posadero, muerto un instante antes, y en los demás cadáveres que en pocos minutos habían regado de sangre el suelo de madera y una ira sorda se apoderó de su pecho. La sintió como algo ajeno, impropio de él, y supo de dónde provenía. Êralin le hablaba con el único lenguaje que conocía. Poco dado a dar el primer golpe, en esa ocasión no tenía elección si no quería que el hechizo se desvaneciese.

En unos segundos, todo había acabado. El baile de la Cazadora fue breve y brutal. Los pocos que tuvieron ocasión de presenciarlo apenas pudieron distinguir un borrón marrón y negro mientras los cinco hombres caían uno tras otro, sumando su sangre a la de las víctimas para decorar el suelo de rojo oscuro.

Árgoht sintió cómo su cuerpo se ralentizaba a tiempo de dar la última estocada mortal. Êralin vibraba aún en su mano cuando la realidad recobró su ritmo normal. Cerró los ojos para esperar a que su corazón se recuperara. Cuando los abrió de nuevo, el espectáculo a sus pies era digno de una pequeña batalla. Los parroquianos supervivientes lo miraban con una mezcla de miedo y fervor que les hacía permanecer quietos donde se encontraban, enraizados al suelo por culpa del asombro. Sin esperar una palmada en el hombro, envainó la espada y salió al callejón. El olor a quemado le llegó nítido justo antes de ver varias columnas de humo que se alzaban desde lo que debía de ser el centro del pueblo. Por un momento dudó. Si se dirigía hacia la derecha, en pocos minutos estaría fuera de la ciudad. Si iba hacia la izquierda, llegaría al centro, internándose más en aquello que estuviera ocurriendo allí. Largarse y dejar a su espalda aquella batalla que nada tenía que ver con él o ir a ver qué había provocado aquel brutal ataque. Sentía la curiosidad brotar dentro de sí y supo que la decisión estaba tomada. Con un suspiro, echó a correr hacia su izquierda.

Árgoht Grandël llevaba muchos años recorriendo Thera en busca de su Destino, aquel que justificara su existencia. No podía establecerse en ningún lugar mucho tiempo sin que la Llamada le obligara a ponerse en movimiento. Si la ignoraba, una aprensión iba creciendo en su pecho poco a poco, poniéndole nervioso e incluso

agresivo si se excedía.

En todos esos años siempre había tratado de no involucrarse en nada que no tuviera que ver con su búsqueda, sabiendo que podía ser una pérdida de tiempo ridícula y un gasto inútil de energía. Pocos entendían esta desidia, pero para él era de lo más natural.

Por esto, se extrañó a sí mismo al verse corriendo hacia lo que parecía ser una batalla campal, a juzgar por los gritos que empezaban a llegar a sus oídos. Llevaba años sin encontrar un verdadero reto, algo que le interesara o le intrigara en lo más mínimo, a pesar de que el Daño estaba en boca de todos y era algo que merecía ser investigado. Y ahora estaba allí, en mitad de algo que no tenía nada que ver con él pero que le atraía como la miel a las abejas. Y hacía mucho tiempo que el meledino se dejaba llevar por sus instintos. ¿Y si allí encontraba una Clave, una pista sobre su Destino? Podía dar con una a la vuelta de la esquina...

En cualquier caso quizás detenerse en Lashte no había sido tan buena idea después de todo. Sin embargo, no había visto ningún síntoma de que la región estuviera en guerra o preparándose para un ataque. Si aquellos soldados representaban a un ejército más grande y aquello era una invasión, la ciudad no estaba preparada para defenderse.

Todos estos pensamientos se borraron de su mente cuando la calle por la que corría desembocó en una plaza: el centro del pueblo. Allí se estaba cometiendo una auténtica masacre. Cientos de soldados se enfrentaban a las escasas fuerzas defensoras que apenas tenían medios militares ni formación suficiente para repeler lo que parecía un ataque por sorpresa. Soldados y pueblerinos caían por igual ante las armas invasoras. Al frente de aquellos hombres había más oficiales vestidos de negro.

Árgoht sabía que debía ser prudente, que no podía saber si aquello respondía a alguna cuestión política desconocida para él, que debía intentar mantenerse al margen, pero sintió cómo un hechizo nacía en su pecho. Sin pensarlo dos veces, se agachó hasta que su mano tocó el suelo. Entonces lo soltó.

—¡Gil-on-krasha!

El suelo comenzó a temblar a su alrededor al tiempo que una profunda grieta surgía ante sus pies y avanzaba resquebrajando la plaza a medida que se abría más y más en dirección a la masa de hombres armados. Cuando llegó hasta ellos, la zanja medía más de un metro y medio de ancho, y fueron muchos los que cayeron por ella, amontonándose unos encima de otros en un maremágnum de huesos rotos y luxaciones. El grueso del ejército invasor quedó dividido en dos por un momento, lo que dio un respiro a los defensores, que parecieron recobrar ánimos y endurecieron sus ataques con gritos de alegría contenida. Una pequeña fuente que marcaba el centro de la plaza se resquebrajó y cayó también en la grieta.

Varios hombres embozados de negro surgieron desde su izquierda montando en grandes caballos de batalla. No los vio venir, cegado por el hechizo y la escena que estaba presenciando. Eran cuatro soldados, bien pertrechados y armados. Tres se

habían apeado del caballo y se acercaban a él armas en ristre aunque con paso cuidadoso. El cuarto permaneció montado y de él surgió la voz que le conminó a entregarse y no ofrecer resistencia.

El hechicero bajó las manos, en señal de sumisión y una sonrisa orgullosa surgió de aquellos labios tensos bajo un yelmo que dejaba sus rasgos al descubierto.

—Eso está mejor. Ahora suelta el arma y entreg... —Pero Árgoht ya no escuchaba. Había bajado la mirada y estaba muy quieto, como si de pronto se hubiera quedado dormido, pero sus labios se movían mientras murmuraba unas palabras.

—¿Tienes algo que decir, basura?

En otra ocasión tal vez habría respondido a la provocación, disfrutando de la batalla dialéctica, pero no quería romper su concentración. Alzó la mano izquierda muy despacio y clavó la mirada de ojos violeta en el hombre que le había hablado. Sus ojos brillaban con un resplandor que aquellos infelices no habían visto nunca antes. Dos de ellos echaron a correr haciendo señales de protección, pensando que eso podría protegerlos del mal que el hechicero parecía representar.

Habían visto lo que era capaz de hacer.

De pronto, sin ningún motivo aparente, varias casas de su alrededor se derrumbaron y los cascotes, en vez de caer al suelo, quedaron levitando por unos segundos antes de dirigirse volando hacia el meledino. Cuando parecía que iban a impactar contra su cuerpo se detuvieron y comenzaron a situarse en torno a su figura, conformando poco a poco una segunda piel pétrea. Durante unos minutos, el torrente de rocas continuó formando un nuevo cuerpo para Árgoht y, cuando por fin se detuvo y el polvo levantado por los derrumbes se hubo disipado, lo que había ante los atónitos soldados no se parecía a ningún humano que hubieran visto jamás: una figura de más de tres metros de altura formada de piedra amarilla y polvo. Solo dos puntos violetas marcaban el lugar donde debería estar el rostro.

Árgoht llevaba años desarrollando aquel hechizo y era la primera vez que lo empleaba en serio, por lo que él mismo se sorprendió un poco al ver el extraordinario efecto que había logrado. La idea le surgió en un momento de lucidez en el que se hallaba recordando la aventura vivida junto al rey Manlor, convertido en un talhom cuyo cuerpo se formaba con los elementos con los que entraba en contacto. Las palabras exactas, como siempre, surgieron de la Madre, del gehvaal que le ponía en contacto con ella y de donde extraía todo su poder y muchos de sus conocimientos.

Antes de que sus rivales tuvieran ocasión de recuperarse del susto, Árgoht cargó contra ellos golpeando a diestro y siniestro con su poderoso puño rocoso, destrozándolos con muy poco esfuerzo. Sintió una punzada en el hombro izquierdo y, cuando miró en esa dirección, vio que los hombres que había identificado como milicianos habían tenido la osadía de acercarse a él. Solo eran campesinos reclutados que, desde que tuvieran ocasión, volverían a sus casas con sus familias. No eran un peligro real.

No, su verdadero enemigo estaba al otro lado de la plaza. Aquellos hombres sí

eran soldados y estaban preparados para la lucha. Se lanzó a la carrera hacia ellos, haciendo retumbar el suelo bajo el peso de su mole. Al igual que ya había hecho un instante antes, comenzó a golpear a cuanto hombre encontrara vestido de negro, rompiendo escudos y huesos con la misma facilidad. Aunque él no era partidario de dar la muerte con ligereza, se sentía lleno de una furia ciega y oscura que le hacía ignorar sus principios. Pero había algo más que ira en su interior. Sentía la voz sin palabras de Êralin regocijándose con la destrucción, paladeando cada víctima, cada arrebato de furia que sesgaba una pierna o una vida. Ella extraía su oscuridad interior y él tenía que hacer grandes esfuerzos por evitar dejarse llevar, pero cada vez le costaba un poco más hacerlo. En los últimos años, varias veces se había visto a sí mismo cometiendo actos que chocaban de frente con su forma habitual de proceder. Pero eso no era lo peor. Lo más grave era cuánto disfrutaba con aquello. Después, se sentía sucio y guardaba la espada durante días, pero ya nunca podía olvidar las sensaciones que le producían aquellos arrebatos de libertad destructiva.

Como en ese momento, en el centro de la ciudad de Lashte. No podía saber cuántos habían caído bajo su mano cuando el hechizo se hubo disipado y volvió a su forma normal, pero el número de atacantes se había visto reducido de forma notable, aunque seguían siendo más que los defensores. El hechicero sabía que aquella no era su lucha, pero también que ahora no iba a parar. El sortilegio le había robado buena parte de sus energías, pero notaba las miradas de aquellos que le habían observado intervenir y detectaba esperanza en ellos, una luz entre toda aquella oscuridad.

Ahora no podía echarse a atrás. Siguió ayudando a defender la ciudad, usando su poder para abatir a cuantos pudiera, si bien había logrado moderar el influjo de la espada sobre su ánimo y evitó matar en la medida de lo posible.

Pero sabía que sus fuerzas menguaban con rapidez y, a pesar de sus esfuerzos, los defensores estaban siendo arrinconados en un extremo de la ciudad. Pronto no les quedaría otra opción que la retirada. Un joven soldado se situó a su vera.

—¿Qué hacemos? —preguntó angustiado. Estaba ensangrentado y sucio pero permanecía en pie.

No podía creer lo que estaba escuchando. Le estaban preguntando a él qué debían hacer, cuando ni siquiera debía estar allí. Aun así, no pudo evitar responder.

—La ciudad ha caído. No se puede hacer mucho más. Tocad retirada y salvad a cuantos podáis.

Después de eso solo hubo huida, una vana esperanza de llegar a la selva y poder refugiarse en ella hasta encontrar una alternativa. Ya se apreciaba con toda claridad el tupido muro verde que marcaba su linde y el terreno había pasado de ser una llanura pedregosa a convertirse en un pastizal húmedo y lodoso.

—¿Cómo estáis? —la voz procedía del joven soldado que le había preguntado en la ciudad y que respondía al nombre de Tizo. Era el oficial de mayor rango en ese momento y solo era un muchacho. Desde que habían salido a la carrera de Lashte lo había considerado una especie de líder, algo que el meledino no quería ser por nada

del mundo y, aunque le preguntaba antes de tomar cada decisión, él rehuía responder y dejaba que lo hiciera otro. Aun así, Tizo seguía preguntando.

—Se os ve cansado.

—Lo estoy.

—Ya estamos cerca. Quizás por la selva podamos avanzar hacia el norte en dirección a Angôr'an. Tardaremos un día más, pero ir por el llano sería nuestra muerte.

El tono de Tizo indicaba que esperaba escuchar su opinión al respecto, pero guardó su silencio habitual. Le caía bien el muchacho, todo ímpetu y honor, pero aquella no era su guerra, como se recordaba una y otra vez y, si permanecía con ellos, era por el estado de agotamiento en el que se encontraba.

La incertidumbre era la nota dominante en el escaso grupo de supervivientes. Su objetivo primordial era llegar hasta Angôr'an y dar la alarma sobre lo que había ocurrido, pues si ellos fueron atacados sin aviso previo, presumían que lo mismo podía ocurrir con la capital. No habían querido dejar a nadie atrás para investigar si eran o no perseguidos, pero avanzaban presuponiendo que así era.

Árgoht ya había estado en una ocasión en esa región de Thera, algunos años atrás. Había sido en uno de sus muchos vagabundeos y sabía que la selva no era un lugar agradable por el que caminar. Plagada de trampas naturales y falsos senderos, era más fácil perderse en ella y morir que atravesarla. El meledino recordó aquella ocasión y se detuvo a reflexionar en lo ocurrido a lo largo de todo aquel tiempo. Habían pasado muchos años desde que había vivido la última Clave y no había vuelto a sentir desde entonces que se encontrara en el camino correcto que le podría conducir a cumplir con su Destino. Empezaba a exasperarse, pues se cansaba de vagar sin rumbo, de dar botes por toda Thera en busca de un acontecimiento que justificara su existencia. Nueve años sin una pista era demasiado tiempo, y el hastío amenazaba con apoderarse de él. «Aunque así sea», pensaba, «¿qué puedo hacer?». No conseguía permanecer en ningún lugar demasiado tiempo. Seis meses era el periodo más largo que había logrado estar en un mismo sitio, pero a partir del cuarto mes había tenido que hacer un esfuerzo consciente por evitar escuchar a su instinto y lanzarse de nuevo al camino. Cuando la situación fue insoportable, hizo el petate, montó sobre Karzan, su fiel montura, y se puso en marcha.

Aquella era la vida que le había tocado llevar y en más de una ocasión había maldecido a la Madre por ello. Su conocimiento de Ella crecía más y más con el tiempo, pero muchos de sus secretos seguían siendo inaccesibles para él.

De pronto, se oyó un estrépito a sus espaldas. Sin necesidad de darse la vuelta, Árgoht supo lo que ocurría: una patrulla los había alcanzado. El meledino se puso en la situación de los invasores. Él tampoco habría permitido que un nutrido grupo de supervivientes llegara muy lejos para dar la voz de alarma o expandir noticias sobre lo ocurrido. Sabía que aquello iba a suceder, pero tenía la esperanza de contar con un poco más de tiempo para recuperarse. Con un suspiro de resignación, se giró sobre

los talones y desenvainó a Êralin para enfrentarse a sus atacantes. Les quedaban unas pocas decenas de metros para llegar hasta la selva, pero los refugiados no la alcanzarían antes de que fueran cazados por aquellos hombres montados a caballo. Los masacrarían.

Tizo y dos hombres más se situaron a su lado, bien plantados en el suelo.

—¡Resistid! —ordenó a sus hombres.

—Marchaos de aquí —les ordenó Árgoht, en cambio.

—¡No!

—Yo los entretendré, vosotros tenéis que protegerlos a ellos en la selva.

Tizo guardó silencio, dubitativo. Sus compañeros lo miraban esperando que tomara una decisión. Árgoht se adelantó y se giró hacia él, agarrándolo de la camisa que lucía bajo el peto de cuero y casi alzándolo del suelo. Su rostro era la encarnación de la determinación.

—¡Fuera de aquí!

Con un empujón, lo alejó un par de metros. El muchacho a punto estuvo de caer de manera poco decorosa. El joven se recuperó y con un gesto de la cabeza ordenó a los demás que lo siguieran. Después echó a correr tras los refugiados que ya empezaban a llegar a la selva.

Árgoht se encaró de nuevo con la patrulla que les había dado alcance. Eran seis hombres, armados de la misma forma que aquellos a los que se había enfrentado en el callejón de la taberna: armaduras ligeras, espada ancha, escudo y yelmo abierto. Sus monturas echaban espuma por la boca fruto del esfuerzo realizado para llegar hasta allí.

El meledino cerró los ojos y alzó la espada ante él. Ancló las dos piernas con fuerza en el suelo y se dispuso a usar las pocas energías que le quedaban. Podría hacer un único hechizo poderoso que le diera el tiempo suficiente para desaparecer también pero, aunque quería ayudar a los refugiados, no estaba dispuesto a sacrificarse por ellos. Quedarse a luchar contra seis hombres en su estado era un suicidio.

De nuevo, sintió la energía oscilar al tiempo que el aire se calentaba y agitaba a su alrededor. Contuvo el hechizo todo el tiempo que pudo, dejando que sus efectos crecieran más y más. Sentía el calor a su alrededor mientras la temperatura subía por segundos como si estuviera en el interior de un caldero en ebullición. Cuando ya creía que no podría aguantar más la tensión de la energía que se acumulaba en torno a su cuerpo, pronunció el hechizo.

Una inmensa bola de fuego surgió de su mano izquierda para salir volando de forma errática hacia sus contrincantes, ya a escasos metros de distancia. Impactó contra el primer soldado y se desperdigó a su alrededor, afectando a tres más que prendieron de inmediato. Los caballos, sintiendo el fuego lamer su pelo, se encabitaron y echaron a correr enloquecidos, haciendo caer a sus jinetes. Los dos que no quedaron afectados trataban de controlar a sus monturas con escaso éxito,

pues la hierba de la llanura había prendido y un amplio círculo de fuego los cercaba.

Árgoht no desperdició la oportunidad que el hechizo le brindaba y echó a correr en dirección a la selva. Detrás dejaba los gritos de los soldados mientras se quemaban y el relincho de los caballos que sentían la presencia de una muerte que se les antojaba incomprensible.



«Gan sabe lo que haces. Gan guiará tus pasos».
Dicho popular flissano.

Como Árgoht ya sabía, avanzar por la selva era muy difícil. Calculaba que llevaba ya unas dos horas en ella y estaba seguro de que nadie le había seguido, aunque tampoco tenía pista alguna sobre la ruta seguida por Tizo y los refugiados. Estaba solo, y no se quejaba. La soledad siempre le había resultado muy cómoda. No se había esforzado mucho en buscar el rastro.

Una y otra vez se encontraba con rutas inaccesibles, pasos bloqueados y zonas intransitables, y eso que estaba en la linde, la zona más cercana a la llanura, y no en la parte más espesa y densa que presumía que debía de estar kilómetros más adentro. El olor a humedad y hojas muertas le invadía y se le pegaba a la piel. Usaba a Êralin para abrirse paso en los tramos más complicados. Llegó un momento en que estaba desorientado. La noche casi había caído sobre él y necesitaba hallar un lugar en el que refugiarse. Cansado como estaba, no le apetecía dormir a la intemperie. Si bien no le temía a la oscuridad y se sentía cobijado por la noche y las sombras, entendía los riesgos de un lugar como aquel, peligroso y desconocido. Era una situación excepcional y sabía que era mejor atravesar la selva de día. Aun así, no quería detenerse en cualquier sitio y debía encontrar el adecuado. Decidió avanzar un poco más mientras el ocaso terminaba de convertirse en noche cerrada. Cuando se detuviera, trataría de orientarse y decidir el siguiente paso. El frío y la humedad empezaban a irritarle.

Mientras caminaba, reflexionaba sobre lo ocurrido en Lashte. Tizo le había confirmado que no sospechaban ataque alguno y que les había pillado desprevenidos. El reino vivía tiempos de paz y, aunque estaban en alerta por las noticias de

hambrunas en reinos vecinos, ellos no habían tenido problemas en ese sentido. El joven soldado no reconocía a los guerreros vestidos de negro y no entendía el motivo del ataque. Pero a Árgoht no le preocupaba todo eso. Su única inquietud era saber si el reino estaba en guerra y las complicaciones que ello le acarrearía para salir de él, ya que entendía que atravesar toda la selva era algo impensable. Debía retroceder y abandonar el reino evitando las escaramuzas si es que estas se estaban produciendo. En cualquier caso allí, entre aquel espectacular follaje, no encontraría las respuestas.

Pensando en todo esto, Árgoht atravesaba un espeso zarzal con ayuda del filo de Êralin. Tras un corte que abrió un buen hueco, se dio cuenta demasiado tarde de que el terreno se terminaba bajo sus pies. Trató de agarrarse a algo, pero solo encontró espinas y arañazos mientras sus botas perdían asidero y resbalaban por una pendiente de guijarros y rocas sueltas. En un instante rodaba sobre las hojas muertas y mohosas que formaban el suelo de la selva. Cuando su caída por fin se detuvo estaba lleno de cortes y magulladuras, así como sucio y mojado. Una piedra le había provocado una brecha en la frente, sobre la ceja izquierda, y ya sentía cómo la sangre manaba de ella y corría sobre el ojo de ese lado. Se sentó en el suelo y se limpió la sangre con la manga de la camisa mientras se maldecía a sí mismo por su estupidez. Êralin había acabado tirada de cualquier manera unos metros más lejos, casi oculta por la hojarasca.

—Eso solo ensuciará la herida —dijo una voz ante él. Árgoht se puso en pie de un salto y echó mano a la empuñadura de su espada, pero sus dedos aferraron el vacío. De cualquier manera, pronto se dio cuenta de que no la iba a necesitar.

Ante él se encontraba una mujer joven ataviada con una gruesa túnica de color gris. Su largo cabello rojo enmarcaba un rostro serio y muy delgado, hasta el punto de que sus pómulos destacaban más que sus labios. Aun así, su belleza era innegable.

—Tranquilo, no temáis nada. Dejadme ayudaros. —¿Quién sois?

—Mi nombre es Mai. ¿Venís de Lashte también? Árgoht no supo qué responder, pero la joven interpretó su silencio como una afirmación y siguió hablando.

—Por favor, acompañadme. No temáis.

La mujer se giró y comenzó a caminar en dirección a un punto de luz que se entreveía entre el follaje.

El hechicero suspiró, recogió a Êralin y siguió los pasos de aquella extraña mientras se sacudía las hojas que habían quedado adheridas a sus ropas y su largo pelo negro. Unos metros más allá encontró la fuente de aquella luz. La selva se abría en un amplio claro y vio una antorcha que reposaba sobre un soporte clavado con firmeza en el suelo. Con ella se iluminaba un pequeño huerto.

—Algunos de estos frutos —dijo la joven sin que nadie se lo preguntara— solo maduran al anochecer.

Más lejos, se alzaba la sombra de una gran estructura de piedra, un edificio alargado y chato que parecía fuera de lugar en medio de la espesura.

La joven tomó la antorcha y se giró hacia el hechicero.

—Bienvenido a Lotrain, Árgoht Grandël de Meledel.

Árgoht se quedó de piedra, cosa poco habitual en él. Cuando quiso reaccionar, la mujer se encontraba casi a las puertas del edificio y se giraba para esperarle. Otras dos aparecieron atravesando una pequeña puerta de madera y se situaron junto a la que se había presentado como Mai. El meledino no quiso hacerles esperar más y se acercó a ellas. Con un gesto le invitaron a entrar.

Árgoht no dudó, pues la alternativa era la selva. El edificio estaba construido en piedra muy oscura. La humedad y la hiedra se cebaban con las paredes, pero parecía firme y bien afianzado en medio de aquella vida salvaje, como un faro en mitad de una tormenta. Sobre la techumbre de lo que parecía ser un segundo piso, una pequeña torre de planta rectangular coronaba la estructura. A la luz de las estrellas tenía un aspecto espectral que habría hecho dudar de su cordura a un viajero perdido que lo encontrara por casualidad. Sus pequeñas ventanas hacían pensar en un interior bien protegido de los elementos.

El interior del edificio estaba iluminado con más antorchas, pero seguía estando en penumbras. Olía a vejez, humedad y moho, cosa que gustaba al hechicero. Se detuvo para dejar paso a las mujeres, pues él no sabía a dónde debía dirigirse. Se encontraba en una pequeña habitación en la que se distinguían varias estanterías repletas de todo tipo de productos, como si fuera un almacén o una alacena. Mai se puso ante las otras dos mujeres, que tomaron una segunda antorcha y salieron por una vieja puerta que, a pesar de su aspecto deteriorado, no emitió el menor sonido al abrirse. Ninguna de las mujeres hacía ruido al caminar, como si fueran una sombra más entre las muchas que proyectaban las antorchas y que bailaban en las paredes de piedra que iban dejando atrás a medida que avanzaban por pasillos angostos, estrechos y de techos bajos. Si era algún tipo de fortificación, esa debía ser la entrada trasera.

—¿Cómo sabíais mi nombre? —preguntó Árgoht a las sombras.

Mai se demoró unos segundos en responder, como si buscara las palabras adecuadas. Su voz parecía salir sin quererlo, tenue como una caricia y cálida como el más acogedor de los hogares.

—Os vi.

Las voces y los pasos levantaban ecos tenues que confundían a los sentidos del hechicero.

Árgoht no preguntó más.

Pocos minutos más tarde, el pasillo por el que avanzaban se abrió a los lados para desembocar en una pequeña sala también de piedra con aspecto de distribuidor, pues nuevas puertas se abrían en varias paredes. Cruzaron la que se encontraba más a la izquierda y dieron a un enorme salón rectangular cuyas paredes solo eran visibles gracias a los puntos de luz que jalonaban su perímetro. Al fondo, se distinguía apenas una gran puerta de madera. En una esquina del salón estaban amontonados varios muebles retirados a toda prisa, y la razón era evidente: en el suelo, varias personas

dormitaban en catres improvisados o sobre la roca desnuda. Al verlos entrar, una cuarta mujer se acercó a ellos con una manta en las manos y se la tendió a Árgoht mientras le mostraba un espacio junto a una columna. Árgoht calculó que allí habría una treintena de personas, pero había espacio para cien más, si se apretaban un poco.

Mai se acercó a él.

—Tratad de dormir. Mañana hablaremos.

Sin más palabras, se perdió entre las sombras del salón seguida por las otras mujeres.

Árgoht se quedó allí de pie, en silencio, sin saber muy bien cómo debía actuar. Estaba desconcertado, por primera vez en muchos años. Mai sabía su nombre, pero estaba seguro de que era la primera vez que pisaba aquel lugar y, además, parecían estar esperándolo. No le gustaba meterse en algo que escapaba de su control.

«Os vi», había dicho. Árgoht sintió el peso del agotamiento sobre sus hombros y, con un suspiro, decidió que necesitaba más el descanso que las respuestas. De pronto sintió a alguien junto a él.

—¡Cuánto me alegro de veros sano y salvo! Tizo se había materializado a su lado con una sonrisa de oreja a oreja. Por un momento, Árgoht temió que fuera a abrazarlo, pero se limitó a quedarse allí. Tenía una herida en la frente a la que habían aplicado varios puntos. Eso le recordó su propia herida. Se llevó la mano a la ceja y notó que se había cerrado bien.

—¿Cuántos llegasteis hasta aquí? —preguntó el hechicero.

—Veinte. Perdimos a cinco en el camino. Habíamos oído hablar de este lugar pero no sabíamos que podríamos llegar hasta aquí. Gracias a vos y a ellas, ahora podemos descansar. Llegamos hace poco, así que supongo que vos también os perdisteis.

El meledino extendió la manta que le habían dado sobre el suelo de piedra. Tizo se dio por aludido.

—Os dejaré descansar, mi señor. Tenéis mal aspecto.

Árgoht no podía estar más de acuerdo. Se sentó sobre la manta mientras Tizo se retiraba.

—Ah, lo olvidaba. —El joven soldado se giró de nuevo hacia él. Aunque apenas se le notaba debido a las sombras que le invadían el rostro, un ligero rubor ascendió a sus mejillas—. Gracias. Todos os debemos la vida.

Árgoht miró a Tizo y asintió con la cabeza, aceptando sus palabras con reticencia. Después, se tendió en su improvisado catre, convencido de que le sería imposible descansar allí.

Un minuto después, se hallaba profundamente dormido.

Por la mañana, el hechicero se sentía mucho mejor. Había tenido un sueño extraño en el que veía un gran ejército plagado de sombras oscuras y bruma. Él se encontraba en medio de una guerra que no comprendía y de la que no podía escapar. Cuando despertó sintió una punzada en la boca del estómago, una sensación de

irreversibilidad que, lejos de provocarle desazón, le hizo ponerse de buen humor. El Destino parecía querer expresarse de nuevo y aquello siempre era buena noticia. Aun así, cada vez que tenía algún sueño de aquel tipo, se recordaba a sí mismo que prefería descansar empleando el Ther-Arak, el contacto con la Madre, fuente de su poder. Llevaba días sin hacerlo debido al gran cansancio físico que sentía, pero empezaba a necesitarlo. Dormir de manera convencional siempre era un riesgo, pues era propenso a los sueños premonitorios y la gran mayoría de las veces no lograba encontrarles sentido, cosa que le molestaba mucho. Como en esa ocasión. Estaba seguro de que las imágenes vistas significaban algo, ahora o en el futuro, y tendría que detenerse a reflexionar sobre ellas.

En el momento en que se disponía a ponerse en pie, Mai apareció ante él.

—Buenos días. ¿Habéis descansado bien?

La joven vestía la misma túnica que el día anterior o una muy parecida, pero cubría su largo cabello con una capucha que dejaba en sombras su rostro. Ningún calzado cubría sus delicados pies, pero esto no parecía afectarle y pisaba sobre el duro y frío suelo como si estuvieran protegidos por la mejor de las botas.

—Mejor que en mucho tiempo, gracias.

A pesar de que era cierto, sentía el cuerpo dolorido, molido como si le hubieran dado una paliza. Después de un largo periodo de tranquilidad, los últimos días habían sido demasiado caóticos y le habían exigido mucho. Sin embargo, el dolor en los músculos le hacía sentirse bien, vivo y alerta.

—Acompañadme, por favor. Debéis conocer a alguien.

El hechicero se desperezó cuanto pudo y se apresuró a seguir los pasos de la joven, que no había esperado a escuchar su respuesta antes de dirigirse al lado opuesto del salón, hacia la gran puerta de madera que la noche anterior solo había podido vislumbrar y que ahora apreciaba con todo detalle. Todo el salón estaba ahora iluminado por la luz del sol que penetraba por varias ventanas estrechas. Los muros eran de piedra de color gris muy oscuro y el olor de la humedad lo impregnaba todo. Aparte de la gran puerta hacia la que caminaban, muchas otras se abrían a ambos lados de la estructura rectangular de aquella estancia. La decoración era muy sobria, con apenas unas pocas sillas y mesas de madera basta esparcidas sin ningún orden. Tres grandes chimeneas le aportaban algo de calor a la estancia. Árgoht no estaba acostumbrado a seguir a nadie, pero trató de controlar su irritación observando los detalles del edificio.

—Este es el Gran Salón —se animó a explicar la joven al ver la cuidadosa observación que Árgoht hacía de todo cuanto le rodeaba—. Aquí se llevan a cabo las reuniones más importantes de la orden, así como los escasos actos públicos y las celebraciones. Es la estructura principal del lerteneo.

—¿Lerteneo?

Mai se detuvo un instante, hasta que comprendió que el hechicero no conocía la palabra.

—Es el nombre que nuestra orden da a nuestros edificios de residencia y oración.

Árgoht dio por buena la explicación. Había escuchado varias palabras para definir un lugar como ese, pero nunca «lerteneo».

Mai empujó la gran puerta, una estructura recia tachonada de hierro negro, y salieron a un patio interior gobernado por un pozo de altos muros. Rodeándolo, una galería con forma cuadrada de dos pisos sostenida por columnatas de madera decorada con ricos relieves. El silencio reinante era sobrecogedor. Atravesaron el patio en diagonal y Árgoht pudo sentir el calor del sol sobre su rostro por un instante al pasar por la zona que quedaba al aire libre. La piedra que daba forma al pozo era blanca y estaba cubierta de moho. ¿Qué hacía un lugar como aquel en mitad de la selva? La paz que desprendía impregnaba su corazón de una calidez que nada tenía que ver con el sol que en aquel claro conseguía secar el suelo de tierra salpicado de hierbas con sus rayos. En ambos pisos de las galerías, decenas de puertas cerradas prometían más descubrimientos.

El punto al que se dirigían, en cambio, no tenía puerta. Era un arco de piedra situado en una esquina sombría, tras el cual se abría una escalera de piedra que daba acceso a la segunda planta. Ascendieron en silencio. Al llegar al piso superior, se cruzaron con dos nuevas mujeres seguidas por un muchacho joven con la mirada clavada en el suelo y paso apresurado. Llevaba el pelo rasurado al cero. Mai las saludó con un gesto de la cabeza, pero el chico no levantó la cabeza. Árgoht sí se fijó en su torso desnudo y flaco, su espalda encorvada y sus pies descalzos que no hacían ruido en el suelo de madera de la galería. Dejaron atrás varias puertas hasta que su guía abrió una de ellas y enfiló una nueva escalera, más estrecha y empinada que la anterior, así como más umbría. A través de ella accedieron a lo que parecía ser un pequeño torreón que disponía de dos habitaciones. Una de ellas tenía la puerta abierta y Árgoht pudo apreciar un catre humilde y una mesita de madera. La otra estancia estaba cerrada y Mai golpeó con los nudillos. Una voz les invitó a pasar.

El interior era un pequeño estudio con varias estanterías repletas de libros, una ventana por la que entraba la luz del sol y una gran mesa oscura. Tras ella, una mujer madura los miraba mientras se ponía en pie con una gran sonrisa. A pesar de que su rostro comenzaba a arrugarse como muestra del inexorable paso del tiempo, conservaba una belleza rutilante. Su largo cabello negro hacía tiempo que había empezado a clarear en algunas zonas.

—Buenos días, mi señor Árgoht. ¿Habéis descansado bien?

Su voz era delicada y tenía la cadencia de quien está acostumbrado a hablar en voz baja.

—Dignamente, gracias. ¿Nos conocemos?

—Vos no me conocéis, pero yo a vos sí, aunque menos de lo que me gustaría.

—Explicaos.

La mujer miró a Mai un segundo.

—Mai os vio días atrás. Sabíamos que llegaríais en esta hora oscura. Estaba

ansiosa por conocerlos. Sus visiones son escasas, pero acostumbran a tener una gran trascendencia, y afectan a veces al Destino mismo.

Árgoht se sintió un poco desconcertado. Destino. Aquella palabra siempre tenía connotaciones especiales para él.

—Disculpadme, pues aún no me he presentado. Mi nombre es Estëas, y soy la rectora de este lerteneo.

El meledino se mantuvo impávido. Estëas sonrió, algo extrañada.

—Sé que ya conozco vuestro nombre, pero un poco de cortesía no estaría de más.

—No estoy acostumbrado a permanecer en sombras. Vos parecéis saber mucho de mí, pero yo no sé nada de vos ni de vosotras. Es la primera vez que oigo hablar de este lugar.

—Lo comprendo. ¿Querréis acompañarme al refectorio? Un buen desayuno nos vendrá bien a ambos.

Árgoht aceptó y la mujer le invitó a salir con un gesto de la mano. Mai se quedó unos pasos por detrás para dejar a la superiora hablar con tranquilidad. Volvieron a bajar a la galería.

—Este edificio en el que vivimos es Lotrain, que viene a significar «espacio vacío» en una lengua que ya muy pocos conocen...

—¿Espacio vacío? —interrumpió el hechicero.

—Sí. Entendemos que quien viene aquí busca la pureza y para conseguirla primero hay que vaciarse de emociones y pasiones externas. Debes conseguir un espacio vacío en tu interior, un lotrain. Lotrain lleva aquí varios siglos, luchando con ímpetu contra la selva, que cada día intenta recuperar el espacio que le hemos robado. Nosotras somos Ganetorei, las Hermanas de Gan. Adoramos a Gan, representación de la vida y la naturaleza.

Árgoht no pudo evitar mirar con sorpresa a la rectora, que esbozó una gran sonrisa.

—Sí, mi señor Árgoht, siento esa presencia también en vos. Sois servidor de Gan, aunque no sé si lo llamáis de esa forma.

Árgoht, tan poco dado a hablar de sí mismo, se sorprendió al escucharse responder.

—Sois muy perspicaz, mi señora. Nunca le he puesto nombre. Uso el más común de ellos y la llamo solo «la Madre».

Estëas ensanchó aún más su sonrisa mientras le miraba con sus ojos almendrados.

—Es un apelativo magnífico. No lo cambiéis.

—No pensaba hacerlo.

Llegaron a la escalera y bajaron a la planta baja. Accedieron de nuevo al patio. Una mujer sacaba agua del pozo. Al verlos, dio los buenos días a la superiora, que le devolvió el saludo con la mano.

—Nosotros no somos hechiceras como vos. Solo servimos a Gan con nuestra voluntad y nuestros rezos. En ese sentido, vos sois un ganetorei más puro que

cualquiera de nosotras. Por eso es un gran honor contar con vuestra presencia aquí. Bendecís este lugar.

Con estas palabras llegaron a una nueva puerta doble. Una de las hojas estaba abierta y un murmullo quedó, así como un delicioso olor a pan, procedía de su interior. Árgoht entró en el comedor sin que las palabras de la mujer se hubieran esfumado de su cabeza. ¿Bendecir el lugar? ¿Ganetorei? Aquello era demasiada información en muy poco tiempo. Sabía que su presencia era parte de un tapiz mucho más grande, de una telaraña cuyos hilos se enredaban en los anales del tiempo, pero de ahí a ser un representante de nada ni de nadie iba un paso muy grande. Hasta el momento siempre se había movido por Thera en soledad, sin compartir con nadie ni sus conocimientos ni su intimidad, salvo algunas excepciones. Hasta ahora, nunca había encontrado a alguien capaz de reconocer un hechicero en él solo con verlo.

El refectorio mostraba una gran agitación. Estaba dividido en dos partes: a un lado comían las hermanas ganetorei en el más absoluto silencio y una manifiesta incomodidad; al otro, los refugiados que habían conseguido llegar hasta allí devoraban sus raciones con la avidez que dan la escasez, la incertidumbre y el miedo. Al observar a las mujeres, Árgoht entendió lo poco acostumbradas que debían estar aquellas jóvenes a tener tanta gente alrededor.

Cuando Estëas avanzó hacia la mesa de las hermanas, estas se pusieron en pie para saludarla con estudiada cortesía. La superiora devolvió el saludo y se sentó un poco al margen, invitando a Árgoht a situarse frente a ella en un largo banco de madera adosado a una de las paredes. Antes de que hubieran terminado de sentarse, un joven, tan flaco y desvestido como el que habían visto un rato antes, les sirvió sendos tazones de caldo, pan, queso y leche de cabra, sin alzar la mirada ni decir palabra.

Árgoht no le quitó ojo de encima hasta que se hubo marchado.

—¿Quiénes son? ¿Por qué os sirven?

—Son nuestros arhetas, los novicios.

—Había supuesto que eráis un grupo femenino...

—Lo somos, pero tenemos también representantes masculinos en otros centros. Sus novicios hacen sus prácticas aquí y de esa forma les enseñamos y dan sus primeros y más difíciles pasos. Su formación es dura, acorde con la vida que tendrán una vez ordenados. —¿Y vuestras novicias?

Estëas rio por lo bajo.

—Nuestras novicias llevan a cabo sus estudios aquí, en otra ala, separada de esta. Jamás se nos ocurriría enviarlas con ellos, por mucho voto de castidad que hayan hecho. Son y siempre serán hombres. Pero basta ya de hablar, estaréis hambriento...

En verdad lo estaba. Árgoht comió con ganas y disfrutó de cada cucharada de caldo y cada pedazo de queso. Su estómago rugía y el alimento le restablecía las fuerzas poco a poco. Aún sentía el cuerpo agotado después de los acontecimientos de los últimos días. Cómo si le estuviera leyendo el pensamiento, Estëas volvió a hablar.

—¿Qué ocurre ahí fuera, Árgoht? Toda esta gente cuenta cosas horribles.

—Alguien ha declarado la guerra al reino de Angôr.

—¿Quién, por el alma de Gan? Somos un reino pacífico...

—Ya no queda nadie pacífico. La Tierra Negra avanza en todas direcciones. Los pueblos se quedan sin nada que comer y se ven en la obligación de desplazarse. Era previsible que tarde o temprano alguien pusiera los ojos en vuestras tierras, aún no afectadas por este mal terrible.

—¿Tenéis alguna pista de qué es?

Árgoht guardó silencio unos instantes, soltando el pedazo de pan que serviría de colofón para aquel estupendo desayuno. De pronto, ya no tenía más ganas de comer. Recordó muchas cosas ocurridas en los últimos años, pero sobre todo los acontecimientos ocurridos en Terth, al principio de todo.

—La Madre abandona la tierra. Esta se vuelve negra y muere. Así de simple. La causa la desconozco, pero allí donde el Daño llega, La Madre desaparece.

El rostro hasta ahora sonriente de Estëas se ensombreció.

—Son noticias terribles... ¿Se puede hacer algo para frenarlo o detenerlo? ¿Cómo es posible que Gan abandone a sus hijos?

El meledino clavó su mirada violeta en la mujer.

—Nada que esté dentro de mis posibilidades. Huyo de ello como cualquier otro. Si hay una forma de detenerlo, está lejos de mis conocimientos.

De pronto, se formó un revuelo en el exterior del comedor. Dos mujeres entraron a la carrera en el salón. Se hizo el silencio. Una de ellas se acercó a la rectora y le habló al oído.

—Han llegado más refugiados —dijo cuando la joven se hubo retirado.

Sin más palabras, Estëas se puso en pie y salió al exterior. Árgoht la siguió de cerca. Quería tener más noticias.

Cuando llegaron al exterior del Ierteneo, el espectáculo era desolador. Cientos de personas llenaban el pequeño espacio abierto que separaba las puertas del edificio de la linde de la selva; apiñadas, sucias, agotadas y derrotadas. Algunas lloraban de alegría al ver cómo las hermanas les tendían la mano, agua y mantas. Árgoht no se separó de Estëas.

—¿De dónde venís? —preguntó con suavidad a un hombre maduro que descansaba sentado en el suelo.

—De Kretas, mi señora. Llevamos varios días caminando, huyendo de la muerte. No sabíamos a dónde ir y algunos habían oído hablar de este lugar. Fue lo único que se nos ocurrió.

—Habéis hecho bien. ¿Os han seguido?

—Creo que no, mi señora. Desde que nos internamos en la selva dejaron de perseguirnos. Hemos perdido a muchos por el camino. He tenido que dejar morir a mi hijita. La mordió un extraño insecto y su piel se llenó de pústulas...

El hombre rompió a llorar, inconsolable. Estëas apoyó una mano en su hombro

antes de ponerse de nuevo en pie.

—Está bien, ya estás a salvo...

El rostro se le había descompuesto al presenciar tanta miseria.

—Es terrible.

Árgoht la dejó que siguiera atendiendo a los recién llegados, pues muchos necesitaban atención inmediata debido a heridas de diversa consideración. Varias hermanas repartían víveres y agua que eran acogidos con lágrimas de alegría.

—Esto es la guerra —dijo una voz a su lado. Tizo estaba serio y ofuscado—. ¡Malditos sean esos cerdos!

—No te dejes llevar por la ira, Tizo, no te servirá de nada.

—Pero...

Tizo respiró hondo varias veces, hasta que logró encontrar algo de calma.

—No tenían ningún motivo para atacarnos.

—El hambre es un acicate poderoso.

—Lo sé, pero ¿por qué no nos pidieron ayuda? ¡Podríamos haber llegado a un acuerdo!

Árgoht guardó silencio unos instantes, reflexionando sobre aquellas palabras.

—No creo que dispongas de toda la información. En cualquier caso, alguien está aprovechándose de la situación.

—¿Qué queréis decir?

Árgoht miró a Tizo como si mirara a un alumno especialmente torpe.

—Alguien está agujoneando a esos hombres para que conviertan su necesidad en furia y así convertirlos en un ejército contra vosotros.

Tizo echó un vistazo a su alrededor, como si estuviera buscando entre aquellos rostros, sucios y cansados, al verdadero responsable de tanta penuria.

—¿Pero quién...?

La respuesta del meledino fue apenas un murmullo.

—Alguien que está usando el hambre como arma.



«La selva es antigua como el mundo y siempre ha generado rechazo y superstición. Lejos de aportar recursos, toma vidas a cambio de nada».

Geografía de Angôr. Gleres de Tir.

Árgoht observaba el escenario a sus pies con la serenidad que da el saber que nada de lo que se está viendo es real. Era muy consciente de que lo que estaba viviendo era un sueño. En los últimos años había aprendido a controlar sus estados de vigilia y descanso, y era capaz de distinguir cuándo estaba en mitad de un sueño, si bien no podía despertar a voluntad y se veía impelido a ejecutar las acciones que su visión le dictaba.

El viento agitaba sus negros cabellos, más largos que nunca, y llevaba hasta su nariz el olor del fuego y la carne quemada. A su alrededor, cientos de cadáveres plagaban la llanura que se extendía entre su posición y las murallas de una ciudad que se distinguía no muy lejos. La noche estaba a punto de cerrarse en el cielo, pero aún podía apreciar una luz rojiza en el horizonte que parecía querer hacerle la competencia al rojo y al naranja de las llamas que se alzaban más allá de los muros levantando columnas de humo al cielo crepuscular. Hasta él llegaban los gritos de los soldados que luchaban a los pies de los muros, pero lo hacían apagados, como todo aquello que ocurre en un sueño pero que atañe al soñador. Sin embargo, la sombra que se abatía sobre la ciudad sí podía distinguirla con claridad. Había muchos detalles que no conseguía precisar y su mente llenaba los huecos con sombras difusas indiscernibles. Lo que sí tenía claro era que provocaba el terror a su paso. Sentía sus entrañas pugnando por ir al encuentro de aquella cosa, como si su propio poder tuviera voluntad y quisiera enfrentarse a ella.

Algo vibró. Êralin clamaba entrar en acción. Al mirarla, vio que su mano se había fusionado con ella, formando un único y negro ser. La espada era ahora tan negra como la noche. Sin brillos ni reflejos. Tan negra como aquella criatura que atacaba la ciudad. De pronto, el filo pareció cobrar vida y vio asombrado cómo su brazo alzaba el arma contra sí mismo.

Árgoht sabía que era un sueño, pero su pulso se aceleró. Antes de tener tiempo de encontrar una explicación, Êralin salió disparada hasta hundirse en su pecho en un tajo diagonal.

El hechicero despertó con una extraña sensación en las sienes. Sabía, cuando había decidido dormir, que aquello podía ocurrir. Era consciente de que era propenso a los sueños premonitorios, pero aquel había sido muy turbador. Observó a Êralin, que reposaba inerte al alcance de su mano, envuelta en telas, en el negro suelo del dormitorio común de Lotrain.

Junto a ella, un bulto resaltaba en el petate. El objeto le había acompañado durante años, desde que se había hecho con él en el sureño reino de Lahmna. Parecía tan inofensivo como un cachorro adormilado, allí tendido, pero Árgoht era consciente de que algo estaba ocurriendo en su interior, en sus entrañas. Estiró el brazo y retiró un poco las telas. El cristal asomó con su peculiar brillo opaco. Lo tocó y sintió la calidez que desprendía. Aún no había logrado comprender sus secretos. Entender la bola de cristal, las cosas que era capaz de hacer, parecía estar fuera de sus propias capacidades, como si fuera una puerta que no lograba abrir. Había visitado diversas bibliotecas y en ninguna de ellas había encontrado pistas al respecto. Cómo podía haber llegado a manos de la bruja Krega seguía siendo un misterio para él.

Se levantó del catre improvisado y atravesó el enorme salón haciendo el menor ruido posible. Dejó allí sus pertenencias bien arrebujadas en las telas, confiando en la buena fe de quienes le rodeaban. Solo se llevó la espada consigo. En los dos últimos días el número de refugiados llegados al lerteneo había aumentado tanto que el salón estaba atestado, sobre todo con los niños y los heridos. En el exterior se había establecido un campamento para quienes no estaban heridos y podían soportar mejor la intemperie. Por suerte, el verano aún tardaría algún tiempo en dejar paso al otoño, por lo que el frío no sería un problema todavía.

Salió al patio central, donde el sol matinal le impactó en el rostro. Árgoht alzó la mirada hacia el cielo, permitiendo que la mañana se llevara la inquietud que le había dejado el sueño.

—Buenos días.

Mai se había materializado a su lado sin que él se hubiera dado cuenta.

—Sois tan silenciosa como una ninfa —comentó Árgoht con una sonrisa.

—El silencio forma parte de nuestra vida. Llegan nuevos refugiados. ¿Venís?

El hechicero siguió a la hermana hasta el exterior del edificio. Allí, la tranquilidad del patio dejaba paso al frenesí al que ya, tras dos días recibiendo heridos y enfermos, estaban tristemente acostumbrados.

—¿Cuántos sois? —oyó que preguntaba alguien.

—Pocos, por desgracia —quien respondía era un soldado, agotado y con la ropa hecha jirones—. ¡Nos siguen! Como si salieran de la nada, una patrulla de autoproclamados vigilantes, capitaneados por Tizo, se destacó de la multitud y se lanzó en la dirección por la que había llegado el grupo. Árgoht tuvo tiempo de observarlos: jóvenes con muy poca experiencia, mal armados y más aterrados que decididos. Si los invasores descubrían aquel santuario improvisado, estaban todos perdidos. Por un momento estuvo tentado de ir con ellos.

Apenas dos horas más tarde el grupo regresó, agitado y sucio, con varios hombres amarrados de los que tiraban sin contemplaciones.

Cuando llegaron fueron recibidos con vítores por los refugiados instalados en el exterior del edificio, al tiempo que gritaban y abucheaban a los prisioneros. Tuvieron que protegerles de lo que a punto estuvo de convertirse en una turba enfurecida que, en un momento dado, pareció querer apedrearles. A duras penas consiguieron mantener la situación bajo control hasta que accedieron al interior del edificio, donde les esperaba Estëas con el gesto serio.

—Traedles —dijo sin más.

Tizo dirigió a los prisioneros en la dirección que les indicaba la superiora. Árgoht se incorporó a la comitiva de camino al comedor, sin que nadie pusiera pega alguna. Tizo miró al hechicero con gesto de incomprensión, pero Árgoht se limitó a seguir caminando. En el refectorio les esperaban diversos platos de comida recién preparada. Los prisioneros se miraban entre sí sin saber qué pensar de todo aquello. Por fin, uno de ellos se atrevió a hablar.

—¿Qué vais a hacer con nosotros?

—De momento —respondió Estëas—, comed.

Estáis famélicos.

«Es el hambre», recordó Árgoht. Estëas estaba de mostrando una gran inteligencia con ese gesto.

El hombre miró a la rectora con la más absoluta sorpresa dibujada en el rostro.

—Vamos, no tendréis nada que temer mientras estéis bajo mi techo. Este es un lugar de paz. Nada malo os ocurrirá.

Si los prisioneros estaban sorprendidos, Tizo y los demás no lo estaban menos. Habían esperado encerrar a aquellos hombres en un calabozo e interrogarlos para obtener cuanta información pudieran sobre el ejército que les había invadido, no tenerles como invitados y compartiendo platos.

—Es indignante... —murmuró Tizo al oído de uno de sus compañeros.

Con un gesto brusco, Estëas se giró hacia él, enfadada.

—¿Quién te crees que eres, muchacho? ¿Piensas que eres mejor que ellos? Tu espada está igual de manchada con la sangre de tus vecinos, y mis platos te han dado de comer. No me digas cómo debo tratar a mis invitados, pues estos hombres pueden tener tanta necesidad de refugio como tú. Ahora, ¡esperad fuera!

Tizo, que no esperaba aquella reacción, no tuvo más alternativa que abandonar la sala con la sorpresa pintada en el rostro. Los demás fueron tras él, no sin antes lanzar alguna mirada iracunda a la superiora y negar con la cabeza.

Árgoht miró a aquellos desgraciados que comían con avidez y supo que tenía razón. El reino vecino de Fliss estaba muriendo de hambre y los hombres se habían enfrascado en aquella guerra movidos por la incertidumbre. Si alguien les ofrecía techo y comida, la batalla terminaría. El problema no eran ellos, sino los que se habían aprovechado de su situación para hostigarles y usarles como carne de cañón.

Estëas esperó en silencio unos minutos y, pasado ese tiempo, se sentó a la cabecera de la larga mesa.

—¿Quién de vosotros tiene el rango más alto? —preguntó.

Los prisioneros se miraron entre ellos durante unos segundos. Por fin, uno miró a la ganetorei.

—Yo. Mi nombre es Egros.

—Egros, pues. No olvidéis quiénes sois ni por qué estáis aquí. Habéis sido acogidos y en la medida de lo posible trataremos de no tomaros por prisioneros, pero supongo que entenderéis que las personas que se hallan refugiadas aquí no piensen como yo ni tengan la misma piedad.

—Lo entendemos. —Todos asintieron con gesto grave.

—Quedaréis encerrados por vuestra propia seguridad y responderéis a nuestras preguntas. Tendréis comida y techo, pero que no os engañe mi amabilidad. Si me traicionáis, si levantáis una mano contra cualquiera de mis hermanas o de mis acogidos no tendré piedad con vosotros. Tenedlo claro.

Árgoht supo al instante que acababa de ganarse cinco fieles amigos con aquellas simples palabras. Estëas hizo entrar a Tizo.

—Adelante, preguntad.

El joven soldado se quedó dubitativo, incapaz de hacer frente a aquella situación. Árgoht vio en sus ojos que nunca había tenido que cargar con una responsabilidad semejante. Con un imperceptible suspiro, dio un paso al frente y se sentó junto a Estëas dispuesto a no perder la oportunidad de averiguar algo más sobre lo que estaba ocurriendo.

—¿Por qué habéis atacado Angôr? —preguntó sin titubear el hechicero.

Egros no dudó ni un instante.

—Por la Tierra Negra. Nuestros campos están muertos. La plaga ha degenerado en hambruna. El reino se está destruyendo y, cuando ya no supimos qué hacer, ellos llegaron y nos dieron una alternativa. Dijeron que habían estado negociando con Angôr y que se habían negado a recibirnos, a compartir sus alimentos con nosotros. No pedíamos armas, ni riquezas, solo que nos dieran algo con que dar de comer a nuestros hijos.

—¿Quiénes son ellos?

Egros dudó un instante.

—En realidad, no lo sabemos con seguridad. Se rumorea que son los nuevos asesores del rey Juls de Fliss y se han puesto a la cabeza del ejército. En verdad no sé si son extranjeros o solo otros súbditos con nuevas ideas...

—Eso no tiene sentido —intervino Tizo, exaltado—. Si hubieran querido negociar, el rey Jäinor Mor habría intentado ayudar. ¡Era un buen hombre!

Egros miró a Tizo sin amilanarse. Era unos diez años mayor que el muchacho y en su mirada había un poco de condescendencia.

—El rey Juls también es un buen hombre que solo busca lo mejor para su pueblo. No es un salvaje ni un asesino. La guerra nos convierte a todos en animales. — Vosotros nos atacasteis sin provocación. ¡Vosotros sois los salvajes!

Tizo dio un paso, dispuesto a enfrentarse a Egros, lo que provocó que este se pusiera en pie de un salto. Árgoht detuvo a Tizo poniéndole una mano en el pecho. El joven no necesitó más que mirar a los ojos al hechicero para darse cuenta de que no debía seguir por ese camino.

—No me hagas tener que echarte de nuevo, Tizo —dijo Estëas con tranquilidad.

El soldado soltó el aire con un bufido y se retiró algunos pasos, aunque sin dejar de mirar a Egros en actitud desafiante. Árgoht se sentó de nuevo y el prisionero lo imitó.

—¿Dónde fuisteis reclutados?

—Casi toda nuestra compañía proviene de Likta, una pequeña ciudad cercana a los Mares Gemelos. Éramos gente sencilla, pescadores en su mayoría, pero nos unimos al ejército por propia voluntad. Nos convencieron diciéndonos que al norte todo estaba bien y que no querían compartir nada con nosotros, pero no somos soldados, y hemos visto morir a demasiados amigos y parientes.

Tras estas palabras se instauró un denso silencio entre todos los presentes.

—Habládnos de ese ejército —pidió Estëas. Egros dudó un instante.

—Me pedís que vaya en contra de mi propio pueblo. No os daré esa información. Odio esta guerra y todo lo que ella supone, pero si debo elegir entre mi pueblo o el vuestro, mi decisión es evidente.

Árgoht estuvo tentado de aclarar que aquel no era su pueblo, que él allí no pintaba nada, pero se contuvo.

—Egros, si no habláis con nosotros, las cosas pueden empeorar mucho. Morirán miles de personas. —Lo siento mucho, pero no puedo.

Tizo se lanzó otra vez contra él.

—¡Maldito!

De nuevo los hombres de Egros se pusieron en pie, pero esta vez también se enfrentaron los seguidores de Tizo. Las espadas se desenvainaron en un instante, lo que dejó a los prisioneros en clara desventaja.

—¡Yo le haré hablar! ¡Dejadme un rato con él!

Esta vez fue Estëas la que se puso en pie.

—Tizo, baja tu arma y sal de aquí ahora mismo.

—¡No!

—No olvides dónde estás. No toleraré que se usen armas en la casa de Gan. O guardas la espada o te vas. Es la última vez que te lo advierto.

—¡Maldita sea, es que no os dais cuenta! Vivirán aquí, entre nosotros, como si nada pasara, mientras nuestras familias mueren por su culpa. ¡Tenemos que hacer que hablen!

—Entenderemos —concluyó Egros— que retiréis vuestra oferta de asilo y nos someteremos a vuestra voluntad, pero no os diremos nada más.

Árgoht no pudo más que admirar la integridad de aquel hombre sencillo.

Estëas suspiró, asumiendo la inevitabilidad de la situación. Tizo y los demás enfundaron sus armas a regañadientes. El hechicero supo que lo siguiente le tocaría a él.

—Árgoht —comenzó Estëas—, por favor, ya que parecéis ser el único imparcial aquí, ¿os importaría acompañarme a alojar a estos hombres? Temo por su seguridad. El meledino supo que no tenía opción.

—Por supuesto.

De camino a la salida del refectorio, Árgoht pudo sentir la tensión a su alrededor. La situación podía descontrolarse en cualquier momento y no le gustaba encontrarse en medio.

Estëas les dirigió, y los prisioneros se dejaron guiar con sumisión, hacia otro bloque del edificio, cruzando de nuevo el patio del pozo en dirección a una pequeña torreta que se alzaba incluso por encima de la segunda planta, muy similar a aquella en la que tenía sus habitaciones la superiora.

El dormitorio que los acogería era una estancia alargada y estrecha con diez catres alineados a las paredes.

—Este dormitorio ya no se usa —aclaró Estëas—, pues el número de novicias ha descendido mucho. Lo siento si os encontráis alguna rata. Supongo que entenderéis que para iros sin permiso tendréis que saltar y caer en mitad de una multitud de personas que desean por encima de todo poner las manos encima. Creedme cuando os digo que estáis mejor aquí.

Dejaron a los prisioneros y se dispusieron a salir.

—Gracias, mi señora —dijo Egros antes de que cerraran la puerta—. Os debemos nuestra gratitud. No os daremos información que pueda servir para matar a nuestra gente, pero sí debéis saber una cosa...

Árgoht y Estëas se quedaron esperando.

—Sean quienes sean los que aconsejan ahora al rey Juls, son personas temibles. Han sumado a nuestras filas unas criaturas horribles que parecen salidas de las más terribles pesadillas. Apenas derraman sangre y se necesitan cincuenta hombres para hacer caer a una de ellas. Tomad este consejo como muestra de nuestra gratitud: no os enfrentéis a los gorgs.



6



«Es casi imposible contabilizar cuántos hombres y mujeres murieron en esos días aciagos. La historia ha decidido que solo Gan debe conocer tan terrible cifra».

Historia viva de Angôr, capítulo cuarenta. Merkus de Làrgaran.

Árgoht caminaba por los pasillos de la segunda planta del lerteneo de Lotrain tratando de no perderse. Después de los acontecimientos de los últimos días, necesitaba un poco de soledad y silencio. No estaba acostumbrado a tanto ajetreo a su alrededor y comenzaba a sentirse agobiado. Cuando le preguntó a Estëas sobre un lugar en el que pasar unas horas tranquilas, le indicó la existencia de una biblioteca bien surtida y poco visitada. El hechicero nunca se habría imaginado que fuera a encontrar una biblioteca en mitad de la selva y aquella noticia le elevó el ánimo.

Habían intentado por diversos medios que Egros les contara más sobre el ejército invasor, pero no habían sido capaces de extraerle nada más de lo que ya les había dicho. Cuando Tizo sugirió métodos más contundentes la mirada de Estëas fue tan severa que lo amilanó lo suficiente como para que no volviera a mencionarlo, pero en la expresión del joven soldado quedó claro que pensaba que no había otra alternativa dado el mutismo en el que se habían sumido los prisioneros.

Tizo se había responsabilizado de la seguridad del edificio y sus habitantes, organizando patrullas y rondas de vigilancia por los alrededores que no se habían atrevido a alejarse demasiado por miedo a ser descubiertas y delatar la posición del lerteneo. Pero empezaba a impacientarse.

—Tenemos que organizar un contraataque —le dijo durante la comida del día anterior. Árgoht lo miró sin saber de qué le estaba hablando.

—Tenemos que hacer algo —insistió Tizo—, no podemos quedarnos aquí y

esperar a que esos desgraciados aniquilen a nuestro pueblo. Debemos actuar.

Uno de sus hombres, Hots, sentado junto a él, le dio la réplica. Era mayor que Tizo y su mirada demostraba más madurez y sabiduría. Tenía el aspecto de un hombre que, a pesar de ser aún joven, había visto muchas cosas ya.

—Mira a tu alrededor, Tizo. Solo somos unos pocos soldados, el resto son campesinos, mujeres y niños, la mayoría, heridos. No somos un ejército.

Árgoht estaba de acuerdo.

—Eso no importa. Démosles armas a esos campesinos y tendremos soldados. Sus ganas de venganza son tan fuertes como las nuestras. Esta pasividad me destroza los nervios. El último grupo trajo noticias de que los invasores se han hecho con Angôr'an... Si ha caído la capital, las cosas son aún más funestas de lo que suponíamos.

El silencio que cayó sobre ellos fue denso y pesado como una losa.

—No puedo quedarme esperando. Mañana enviaremos un grupo de reconocimiento. Tenemos que saber qué está ocurriendo. Daremos un rodeo para llegar desde el Norte, por si acaso alguien nos descubre, pero necesito saber de primera mano qué está ocurriendo.

En aquel momento, Árgoht pensó que el joven que tenía ante él ya no era el Tizo que había conocido a las afuera de Lashte, sino un hombre distinto, más curtido por la desgracia y la responsabilidad, a pesar del poco tiempo transcurrido desde entonces. Para sus adentros, deseó que su juventud e inexperiencia no le jugaran una mala pasada.

La planta superior del recinto del lerteneo era muy similar a la inferior, pero su mayor altura permitía que los rayos del sol atravesaran sus ventanas con más facilidad, por lo que estaba mejor iluminado. Árgoht pasó por delante de diversos dormitorios y se cruzó con muchas jóvenes ganetorei que apenas le habían dirigido la mirada. Estëas le había advertido sobre las normas de conducta con respecto a ellas y de que estaba autorizado a moverse por el edificio sin limitaciones, salvo las indicadas en dichas normas. Así pues, avanzaba con las manos a la espalda, sin mirar a ninguna de las muchachas durante más de unos pocos segundos y sin entrar en contacto físico con ellas, ni siquiera de manera fortuita. Aquel piso, por supuesto, estaba vetado para el resto de los invitados y refugiados.

Las paredes de los pasillos por los que avanzaba estaban limpias y secas, con diversos tapices decorando los muros de piedra de color terroso. El edificio tenía un delicioso aroma a viejo impregnado de otros, como la suave caricia de las velas o la crudeza de la leña quemada. Debía llevar siglos allí, luchando contra la naturaleza salvaje del lugar por permanecer en pie. Tenía los olores impregnados en la misma piedra.

Cuando por fin, gracias a las indicaciones de Estëas, se detuvo frente a la puerta de la biblioteca, casi sintió pena de que hubiera terminado su paseo. Se propuso conocer a fondo aquel sitio, si se lo permitían. Al pensar en lo agradable que le

parecía, recordó su incapacidad para establecerse en ningún lugar, el ímpetu del Destino que le obligaba a ponerse en movimiento cada vez, dejando atrás todo cuanto hubiera construido durante su estancia. Estaba cansado, quería detener sus pasos de una vez por todas, y un sitio como aquel sería perfecto para pasar sus últimos días. A pesar de estos pensamientos, tenía decidido que pronto partiría de nuevo, pues ya se encontraba recuperado y nada le amarraba allí.

Al pensar en la guerra se preguntó si su presencia justo allí y en aquel momento no sería una cuestión de su Destino. Había aprendido a desconfiar de las casualidades. Tal vez su lugar era aquel, pero no veía de qué forma iba a poder intervenir en los acontecimientos tal y como se estaban desarrollando. No se sentía capacitado para elegir un bando, y menos después de lo que Egros les había contado, corroborando su idea de que no era el afán de conquista, en principio, el origen de la contienda. Era difícil para él posicionarse. Y no le interesaba lo más mínimo hacerlo.

Con un suspiro de resignación, abrió la puerta con un suave empujón. El interior de la biblioteca estaba a oscuras. Apenas unos resquicios de luz se colaban por lo que debía ser un pesado cortinaje. Estëas le había informado al respecto, así que avanzó a tientas por la pared que se hallaba a su izquierda hasta que topó con la cortina. Con un gesto preciso la descorrió y un torrente de claridad invadió la sala. Nubecillas de polvo se levantaron debido al movimiento y las partículas revolotearon ante sus ojos durante unos instantes. Siguió avanzando y abrió las otras dos cortinas de las que disponía la sala. Al girarse para enfrentarse a la biblioteca se sorprendió al ver una gran estancia cuyas paredes estaban forradas de estanterías repletas de libros. En el centro, dos mesas rodeadas de sillas esperaban a que alguien decidiera consultar alguno de aquellos volúmenes.

No había terminado de paladear el placer que le daba aquella visión, cuando el sonido de unas voces agitadas llegó hasta él desde la ventana. La abrió y se asomó. Lo que vio fue la parte trasera del edificio, la que daba a diversos huertos cultivados con delicadeza. Varias personas corrían en dirección a la parte delantera del edificio.

«Más refugiados», pensó sin darle más importancia, y se dispuso a recorrer los lomos de los libros para hacerse una idea de las temáticas allí representadas. Ahora le llegaban también sonidos de voces a través de la puerta que había dejado abierta. Le dio la sensación de que su tono era extraño, diferente del habitual jaleo que se producía cada vez que un nuevo grupo llegaba hasta sus puertas.

¿Eran gritos de alegría lo que llegaba hasta sus oídos? Por fin, la curiosidad lo venció y salió de la biblioteca hacia la galería que daba al patio del pozo. Lo hizo justo a tiempo de ver cómo entraba por las puertas principales un grupo de soldados con muy mal aspecto. Entre cuatro cargaban una trailla en la que reposaba el cuerpo de un hombre fornido ataviado como un guerrero. Magullado y herido a simple vista, su rostro quedaba oculto por una enredada maraña de cabello negro que creyó reconocer incluso desde su posición, aunque no supo distinguir si estaba vivo o muerto. Un nutrido grupo de refugiados entró tras ellos y en esa ocasión sí pudo

entender lo que proclamaban.

Gritaban el nombre del herido lanzando los puños al cielo. Era Preas Mor, hijo de Jainör Mor y heredero de la corona de Angôr.

Árgoht intentó bajar hasta el patio, pero la multitud lo había invadido lanzando vítores. Ver allí a uno de sus gobernantes más queridos les había encendido el corazón y a duras penas conseguían los portadores avanzar siguiendo a Mai para llevar a Preas a la enfermería. Estëas se asomó desde la galería del primer piso, apoyándose en la barandilla. Cuando habló, aunque no parecía estar alzando la voz, sus palabras llegaron a oídos de todos a pesar del clamor.

—¡Amigos! Por favor, abandonad el patio para que podamos atender a este hombre. Es una gran alegría para todos nosotros su presencia aquí, pero debéis dejarnos trabajar en sus heridas.

Como por arte de magia, la gente comenzó a abandonar el patio interior, saliendo por la puerta por la que habían llegado, sin dejar de gritar y dar saltos. Cuando estuvo despejado, el hechicero se dirigió también hacia la enfermería, dispuesto a ayudar si era necesario, pero al llegar allí se dio cuenta de que sus escasos conocimientos médicos serían innecesarios. Las ganetorei se movían alrededor de una estrecha cama en la que habían depositado el cuerpo inconsciente de Preas Mor con agilidad y precisión siguiendo las órdenes de la priora. Más que trabajar, parecían bailar alrededor del herido y no se entorpecían entre ellas, consciente cada una de lo que le correspondía hacer. En la sala había otras camas también ocupadas con los diversos heridos que habían ido llegando con el paso de los días, pero la agitación que había supuesto la llegada del heredero del trono de Angôr no tenía precedente.

Árgoht permaneció un buen rato apoyado en el marco de la puerta observando trabajar a las mujeres. De pronto, el ambiente pareció relajarse un poco y Estëas se fijó en su presencia. Se acercó a él con una sonrisa mientras se limpiaba la sangre de las manos en un viejo delantal.

—Es un hombre fuerte, saldrá de esta. Tiene una fea herida en el costado, pero hemos conseguido que deje de sangrar y la hemos cerrado lo mejor que hemos podido. Las demás heridas son superficiales y no hacen peligrar su vida. Recuperará el conocimiento pronto.

—¿Sois sanadoras?

—Somos todo aquello que podemos ser para ayudar a la obra de Gan, mi señor Árgoht. Tenemos experiencia en sanación y empleamos las armas que se nos han dado como mejor podemos. La selva que nos rodea es pródiga en medicinas. ¿Sabéis vos algo de sanar?

—Muy poco, para mi pesar. —Sin poder evitarlo, Árgoht recordó el inmenso sufrimiento que le había ocasionado una flecha envenenada que, diez años atrás, a punto había estado de costarle la vida. Sus escasos conocimientos de curación no habían bastado para curarse a sí mismo y había tenido que aceptar ayuda ajena. Aún hoy cojeaba de vez en cuando. Sin pensarlo se tocó el muslo allí donde una horrible

cicatriz le recordaba aquel episodio.

—Puedo intentar enseñaros algo, pues son conocimientos que tal vez os salven algún día la vida.

Árgoht no se lo pensó dos veces.

—Sería un gran honor aprender de alguien como vos.

—No se hable más, entonces.

A partir de ese momento, Árgoht permaneció todo el tiempo que pudo en la enfermería, alrededor de las hermanas que atendían a los enfermos y heridos, preguntando sin cesar por qué hacían esto o aquello. Las ganetorei no solo eran muy buenas practicando la sanación, sino que lo eran también explicándola y lo hacían con paciencia y buen humor. A pesar de que Estëas le había dicho que no tenían contacto alguno con hombres, ellas no se mostraban contrariadas ni ruborizadas con su presencia, si bien le trataban con cierto distanciamiento que, por otro lado, el meledino agradecía.

El resto del día, Preas Mor estuvo en un intranquilo duermevela febril en el que gritaba de manera desgarradora con la misma facilidad con la que susurraba palabras ininteligibles. Árgoht le observaba desde el punto de vista más académico, analizando cada reacción, cada cambio de estado, cada medicamento que le era administrado, abriéndole a la fuerza la boca y vertiéndole diversos líquidos entre los labios.

La jornada transcurrió de esta forma y, cuando las sombras de la noche se cernieron por fin sobre la selva, Árgoht se sentía cansado y algo aturdido por tanto conocimiento adquirido en tan poco tiempo. Durante la frugal cena, solicitó a Estëas que se le permitiera pasar una noche en una estancia privada, pues en los días que llevaba allí había dormido con los demás refugiados y había evitado ejecutar el Ther-Arak.

Estëas le concedió el deseo bajo promesa de que al día siguiente regresaría al salón comunal. Árgoht necesitaba aquella comunicación con la Madre. Empezaba a sentirse inquieto tras varios días sin hacerlo y durmiendo de forma convencional. Si bien no había gastado energía mágica en los últimos días, el Ther-Arak era su forma de recordar quién era, cuál era su lugar en el mundo, y de sentirse completo por sí mismo. Además, de vez en cuando recibía alguna pista sobre el Destino que debía guiar sus pasos.

La habitación que le fue asignada estaba en la planta baja, a pocos metros de la puerta del refectorio, y era una celda compuesta de un catre y una pequeña mesa de escritorio iluminada con un ventanuco que daba a un patio interior que hasta ese momento no había visto hasta ese momento.

Ahora que la noche había caído, disponía de una antorcha, así como de yesca y pedernal con los que encenderla. Estëas le había explicado que era una habitación para invitados y que, si no se la había ofrecido hasta ese momento, era por no crear conflictos ni distinciones respecto a los demás refugiados.

Tras encender la antorcha y despojarse de toda la ropa, el hechicero se sentó en el

suelo con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas disfrutando de la sensación de su piel desnuda contra la fresca madera. Con los ojos cerrados, comenzó a recitar la letanía que le introduciría de lleno en el trance. ¿Qué encontraría allí esta vez? ¿Adónde le llevaría?

Con estos pensamientos, su consciencia abandonó su cuerpo a la búsqueda de su encuentro con la Madre.



«La supervivencia del príncipe Mor y su regreso supusieron la vuelta de la esperanza y la luz a los corazones de todos los angoranos. Sin él, quizás ninguno de los acontecimientos posteriores habría tenido lugar. Sin él, tal vez la Sombra hubiera vencido. Sin él, quizás estaríamos todos muertos».
Historia viva de Angôr, capítulo 54. Merkus de Làrgaran.

La biblioteca de Lotrain resultó estar atestada de libros relacionados con la sanación. Árgoht se sentó desde muy temprano ante una de las mesas de la estancia con varios libros sobre el tema con la intención de profundizar en lo que había visto en la práctica el día anterior. Estuvo un buen rato preguntándose por qué nunca hasta ese momento se había interesado por aquella materia tan importante.

Estuvo varias horas enfrascado en la lectura, hasta que descubrió que la mañana se le había echado encima. Tenía el cuerpo entumecido por estar tanto tiempo sentado en la rígida silla de madera. Se puso en pie y estiró la espalda haciendo crujir sus vértebras. Se sentía despierto y vital como hacía días que no lo hacía. El nuevo contacto con la Madre había revitalizado su cuerpo y su mente. Había tenido un trance sereno, en el que nada había entorpecido su concentración, por lo que había vuelto satisfecho y despierto. En ocasiones como aquella no podía evitar recordar los días en los que el trance se volvía violento y oscuro. Esas veces se sentía sucio al regresar, incapaz de entender lo que se le pedía, confuso e, incluso, más cansado que al entrar. Llevaba años recibiendo un confuso mensaje que aún no había conseguido descifrar: «El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida». Esas palabras rondaban sus pensamientos desde que la Madre, estaba convencido de que había sido ella, las había introducido en ellos durante uno de los trances en el que se le había mostrado en persona en la forma de una niña pequeña.

En cada libro que caía en sus manos trataba de encontrarle sentido a aquellas palabras, buscando referencias similares o alusiones a alguna piedra a lo largo de la historia de Thera, pero no había obtenido información concluyente. Era algo que llevaba angustiándolo desde hacía diez años y le molestaba mucho no ser capaz de descifrar el mensaje. Con el paso del tiempo, sin embargo, había aprendido a esperar a que el Destino se manifestara, en forma de Claves, sin buscarlas ni esperarlas ni, mucho menos, tratar de anticiparlas. El significado de todo aquello llegaría cuando fuera el momento preciso.

Árgoht salió al pasillo con intención de dirigirse al patio para tratar de recibir un poco de sol y calor en la piel, pero lo que encontró fue a Mai, que parecía estar en todas partes.

—Buenos días, mi señor Árgoht. Esperaba encontraros aquí. Me envía la superiora Estëas a deciros que el príncipe Mor ha despertado. Está algo aturdido, pero quizás queráis estar presente.

Con una ligera reverencia, la ganetorei se retiró tan ligera como había llegado. El meledino regresó a la biblioteca, depositó los libros que había consultado en sus lugares respectivos y se dirigió a la enfermería. Allí, la agitación era notable en torno a la cama de Mor. Árgoht se quedó cerca observando los movimientos de las hermanas y escuchando las quejas del herido, que insistía en que lo dejaran en paz, que se encontraba bien. En un momento determinado, se abrió un hueco entre las mujeres y la mirada de Preas se depositó en Árgoht.

—¡Eh! —Con un gesto de la mano apartó a dos jóvenes que le tapaban de nuevo la visión—. ¿Es que he muerto o mis ojos me engañan?

Árgoht no pudo evitar una sonrisa. Casi había olvidado aquella voz ronca, irónica y socarrona que poseía Preas Mor.

—¡Dejadme en paz, arpías! —exclamó, irascible. Las mujeres se apartaron de él, de forma que el hechicero pudo acercarse a la cama por fin—. ¡Eres tú de verdad! ¡Maldito perro sarnoso! ¡Te abriría la cabeza con mis propias manos si pudiera levantarme de la cama!

A pesar de las palabras que salían de su boca, sus labios esbozaban una gran sonrisa. Preas quiso levantarse a saludar a Árgoht, pero este le puso una mano sobre el hombro para evitar que se moviera.

—Aún es pronto. Debes descansar.

—¡A la mierda! No pienso... —Antes de terminar la frase, su rostro se contrajo en una mueca de dolor—. Está bien, no me moveré. ¿Qué haces aquí, hechicero?

—Me temo que estoy refugiado, como todos los demás.

—Eres la última persona a la que esperaba ver.

—Mi presencia aquí es casual. Estaba por la región y me dirigía a Angôr'an para saludaros cuando me vi envuelto en la contienda de Lashte.

—No sé si tu presencia será casual o no pero es muy oportuna.

En ese momento entró Estëas en la sala y se acercó también a la cama.

—Me alegro de veros despierto, Alteza. Es una buena noticia.

—Yo también, mi señora. Yo también me alegro. ¿Cuánto llevo fuera de circulación?

—Habéis estado inconsciente menos de un día, no os habéis perdido mucho.

—¡Estupendo! Hay que volver.

Con estas palabras, su rostro, ya de por sí demacrado y ojeroso, se volvió aún más pálido, como si acabara de recordar cuanto ocurría fuera de aquellos muros. Levantó la vista hacia Árgoht.

—Ha sido horrible. Llegaron por sorpresa, una cantidad ingente de soldados y milicianos flissanos. Llegaron noticias de las aldeas sureñas, pero no tuvimos ocasión de reaccionar. Se movían demasiado rápido. Aun así habríamos podido contenerlos de no ser por los demonios que los acompañaban.

—¿Demonios?

Estëas interrumpió con un carraspeo.

—Con el debido respeto, las historias pueden esperar. Ahora, príncipe Mor, aún tenéis fiebre y debéis descansar. Ya tendréis tiempo de poneros al día.

—¡No! Tenemos que reorganizarnos, contraatacar. No está todo perdido...

—Claro que no, pero vuestro pueblo os necesita entero. Recuperaos antes de volver a la guerra.

Preas se dejó caer sobre la almohada con un suspiro. Se sentía derrotado en todos los aspectos. Árgoht se dispuso a retirarse.

—No te vayas muy lejos, amigo mío —le dijo Preas—, pues tenemos mucho de qué hablar. Solo necesito recuperarme un poco.

Con un gesto de la cabeza, Árgoht se despidió y salió de nuevo al patio.

La superiora Estëas dio orden de que nadie molestara al príncipe durante el resto de la mañana y Árgoht no quiso forzar esa decisión acercándose a la enfermería. Dedicó el tiempo a encerrarse en la biblioteca, empapándose de la geografía de la zona y de la historia reciente, descrita de manera muy fiel en un texto titulado *Historia viva de Angôr*. Aunque estaba escrito en el idioma común, había expresiones que se le escapaban, y tuvo que hacer un esfuerzo por interpretar bien el texto.

Cuando el aire empezó a estar viciado en la sala salió a la galería, bajó al patio y salió al exterior. Evitó como pudo el bullicio de los refugiados y rodeó todo el edificio hasta llegar a la parte posterior, donde se encontraban los huertos y jardines. Allí el ambiente estaba más tranquilo y solo tres hermanas ganetorei y dos muchachas de piel oscura y escasa ropa que no había visto hasta entonces, trabajaban en las tierras. Árgoht vio que una de ellas era Mai y se acercó con discreción. Se dio cuenta de que arrancaba las malas hierbas de los alrededores de unos arbustos que daban un fruto negro y espigado que no conocía. Estuvo un buen rato preguntando a la joven por métodos de cultivo y propiedades de diversas plantas. Cuando una de aquellas muchachas de piel morena pasó a su lado, no pudo contener más su curiosidad.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Mai, que levantó la mirada.

—Son azules.

En vista de que no parecía ir a añadir nada más, el hechicero preguntó de nuevo. Mai le respondió como a un niño que se le hace ver algo evidente.

—Son los nativos de la selva. Ellos nos han enseñado cuanto sabemos del cultivo en estas tierras, en las que ellos viven desde hace siglos. En ocasiones nos ayudan con los cultivos y nosotros les proporcionamos cuidados médicos.

—¿Dónde viven?

—Tienen varios asentamientos, pero el más cercano es Anteri'zá, a media jornada de viaje hacia el este. Es una pequeña aldea con la que comerciamos de vez en cuando. Son buena gente, amable y pacífica.

—¿Por qué los llamáis azules?

—Ese es el color de sus pinturas de guerra. —Habéis dicho que son pacíficos.

—¿No se defenderá el más cariñoso de los perros cuando sea atacado?

Árgoht entendió y no preguntó más.

—La primera vez que nos encontramos con ellos nos tomaron por enemigos y se nos mostraron con sus armas en alto y los rostros pintados. Logramos entendernos y no hubo enfrentamiento, pero desde entonces se les ha quedado el nombre. En su lengua, se llaman a sí mismos jiurus. Si esa palabra tiene algún significado en la nuestra, lo desconozco.

Árgoht no podía quitar la vista de las dos azules que se movían con destreza por los huertos. Iban descalzas y vestían apenas un taparrabos y una capucha que les cubría el cuello y la parte alta de la espalda. El resto del torso estaba desnudo, mostrando unos pechos pequeños y frágiles.

Mai le adivinó los pensamientos.

—No las miréis con ojos extranjeros, pues veréis cosas equivocadas. Su cuello es sagrado para ellas, pues allí llevan grabado el nombre de su familia y consideran impúdico mostrarlo en público. Sus pechos en cambio, son parte de su naturaleza y no les supone ningún agravio exponerlos.

Árgoht no preguntó más y, cuando la noche empezaba a tragarse la claridad del día, agradeció a Mai sus atenciones, se despidió y volvió al interior. Se dirigió a la enfermería. Estéas debía haber levantado ya la prohibición de visitar a Mor, pues nadie le impidió el paso.

—¡Árgoht! Menos mal que viene alguien con quien se puede hablar. Estas mujeres son agradables, pero sacarles tres palabras seguidas es un suplicio. Por favor, siéntate.

Con un gesto, le señaló una silla de madera que había junto a la cama. Árgoht hizo lo que le pedía y Mor se quedó mirándolo unos instantes.

—Sé que solo hace cuatro años que nos conocimos, pero os veo muy cambiado, amigo. ¿Muchas penurias?

El meledino prefirió no responder. En aquellos años habían pasado muchas cosas, pero no se atrevería a llamarlas penurias.

—¿Estáis mejor, príncipe?

—Sí. Estëas me ha prometido que me dejará levantarme a hacer mis necesidades.

—Se inclinó en la cama y se acercó al hechicero, como si fuera a contarle un secreto —. Da un poco de corte hacerlo con tanta mujer mirando, ya me entiendes.

Preas no tenía el aspecto de un hombre al que le preocuparan mucho esas cosas, así que Árgoht no pudo descifrar si era una broma o no. Mor era un soldado, un guerrero experimentado, con una larga melena negra y una espesa barba que le daban un aspecto fiero. Su padre había vivido más de lo habitual, por lo que su ascenso al trono se había visto muy retrasado para lo que era común. Se había hecho un hombre, grande y recio, siendo aún príncipe.

—Pero te equivocas en algo, hechicero. —Su tono se agrió de pronto—. Ya no soy príncipe. Pude ver la cabeza de mi padre exhibida como un trofeo antes de perder el conocimiento por mis heridas. Ahora soy el rey de Angôr, en esta hora aciaga.

—Ese ha sido siempre vuestro destino.

—Lo sé, pero no esperaba que viniera un ejército extranjero a hacerlo valer. Han asesinado a mi padre, Árgoht, y mi venganza será digna de recordarse. Esos cerdos kariteas pagarán por lo que le están haciendo a mi reino.

—¿Kariteas? ¿Qué tienen que ver ellos en esto? Están casi extinguidos en esta región...

—Eso pensábamos todos, pero quien dirige a este ejército es uno de ellos, Tarkon Anan, a quien llaman Caballero Oscuro.

—Nunca he oído su nombre, aunque en verdad conozco poco de la orden.

—Mejor para vos. Hasta ahora estaban relegados a su torre de Mügero, pero de alguna forma han conseguido convocar a todo ese ejército para ejercer su venganza por el destierro que han venido sufriendo desde hace dos generaciones. Nadie podía sospechar que estuvieran aunando fuerzas. ¡Cómo los odio, por Gan! Además, si Tarkon está aquí, Shera Ante'i no puede andar lejos.

—¿Quién es?

—Es la bruja a la que él obedece como un perro faldero. Es una de los cinco Maestros. Una odiosa mujer con delirios de grandeza. Presencí varias reuniones entre mi padre y ella y ninguna acabó bien.

Árgoht trató de no reaccionar ante la palabra «bruja», pero no estuvo muy seguro de conseguirlo. Quizás fuera solo una forma de hablar.

—Parecís conocerla.

—Mi padre siempre quiso tener a los kariteas controlados, por lo que los conocía bien y, en ocasiones, llegábamos a comerciar con ellos, a fin de tenerlos lo más cerca posible. Pero nunca sospechamos nada como esto. Han debido de estar preparándolo mucho tiempo.

—Han usado la Tierra Negra como excusa.

La mirada de Preas se oscureció aún más.

—¡Exacto! Y eso es lo que más me indigna. Tenemos que devolverles el golpe.

—No tenéis ejército, Preas.

Mor lo miró con tal intensidad que Árgoht pensó que iba a saltar de la cama y agarrarlo por el cuello.

—Sacaré un ejército de donde sea, como si tengo que reclutar a los animales de la selva. Voy a recuperar mi ciudad y mi reino aunque tenga que ir yo solo arrastrándome por el barro. Vengaré la muerte de mi padre. ¡Lo juro por el nombre de mi familia!

Preas siguió hablando, trazando en el aire planes imposibles, buscando puntos débiles, ideando estrategias con un ejército hipotético.

Árgoht se limitó a escuchar, tratando de adivinar cuántos nombres de familias se habrían extinguido por juramentos como aquel.



«El pueblo, los campesinos y comerciantes de los territorios afectados por la Tierra Negra vivieron una situación sin precedentes. De ellos, de su fuerza y su perseverancia, surgieron algunas de las heroicidades más importantes de aquellos tiempos».

Extraído de Vida y obra de los héroes ignotos, capítulo primero. Varios autores.

Ulea no sabía bien cómo había llegado a encontrarse en aquella situación. Los últimos cuatro días habían sido una auténtica locura y tenía el cuerpo lleno de hematomas para demostrarlo.

El día había amanecido claro y luminoso, pero para ella toda la luz de Thera había desaparecido, velada por una densa nube de humo que bien podía estar solo en su mente, pues hacía días que los fuegos de Angôr'an se habían apagado. Había visto a los soldados invasores sofocar con afán las llamas que ellos mismos habían provocado. Ella era joven y no sabía nada de la guerra, pero había escuchado a un anciano decir que aquello demostraba que quien estaba al mando de aquella invasión era un hombre inteligente, pues dejar que se consumiera la ciudad que les había costado tanto conquistar era una estupidez. Una vez hubo pensado en ello, reconoció la verdad de esas palabras. Los rumores decían que la mayor parte del ejército invasor estaba compuesto por milicianos procedentes del reino vecino de Fliss, en el que la Tierra Negra se había manifestado con mucha crudeza. Eso explicaba que los campos de cultivo hubieran sido respetados como si se trataran de exquisitos bienes, cosa que en verdad eran. Ella misma había sido asignada a uno de aquellos campos, aunque no tuviera ningún tipo de experiencia previa en ello. A sus veinte años, lo único que conocía era la lavandería, profesión que había heredado de su madre y esta de la suya.

No sabía hacer otra cosa y se sentía torpe con una azada entre las manos. Cada noche se lavaba las llagas que le provocaba la madera contra la delicada piel de sus palmas. El dolor a la mañana siguiente era terrible.

Pero el dolor más insoportable de todos era la soledad que le había provocado la guerra. Había perdido a su padre en la contienda, pues había insistido en ir a luchar, y a su madre en las incursiones posteriores. Ella había sido respetada solo por su juventud y por la sorprendente piedad que habían demostrado con aquellos que podían trabajar. Aun así, no había podido evitar la violación por parte de varios soldados. Aquello la había sumido en un sopor aletargado que solo desaparecía al alba, momento en el que su nueva situación se cernía sobre ella como una losa y cerca estaba de hacerla caer de rodillas. Las llagas le recordaban que seguía viva y debía continuar adelante. Casi podía imaginarse a su madre diciéndole: «Solo es sangre, límpiate y sigue con tus tareas». Ella era así, fuerte por naturaleza, y algo de ella debía haber heredado, pues no temía al destino, decidida a afrontarlo como llegara hasta ella.

El campo al que había sido asignada se encontraba en la cara norte, a un kilómetro escaso del pie de la muralla y cerca del margen del río Man-Oron. Era una pradera verde cubierta de vegetación y hierbas altas salpicada de pequeños lagos y pantano.

—Buenos días —la saludó un joven, apenas un chiquillo, que estaba también en su grupo. Tenía la voz cansada y rota, como si hubiera sido derrotado antes de empezar a luchar. No habían sido confinados, ni esclavizados, pero la presencia militar era tan agobiante que no podían dar un paso sin ser controlados.

—Buenos días —respondió ella. Trató de sonreír, pero sus labios solo consiguieron torcerse en una mueca.

Ese día tocaba plantar, y un pesado saco de semillas colgaba de su hombro derecho. Lo dejó caer sin el más mínimo cuidado y tomó aire. Al frente tenía la cordillera Artenim-oth, la frontera norte del reino, alzándose como si quisiera tocar el cielo. Ella también tenía ganas de alzarse, de escapar volando de aquel giro extraordinario de los acontecimientos.

Con un suspiro, volvió a clavar la mirada en la tierra que tenía a sus pies. Al menos podría seguir ayudando a su pueblo y tenía un lugar al que regresar cada noche. Era un pobre consuelo, pero tenía que aferrarse a algo.

Agarró el saco, volvió a echárselo al hombro y comenzó a esparcir las semillas en los surcos que habían abierto el día anterior, siempre bajo la atenta mirada de una docena de soldados que se encargaban de que no se entretuvieran, no hablaran y no descansaran más de lo necesario.

De esta manera transcurrió toda la jornada. Ulea sentía la espalda como si estuviera a punto de quebrársele y, cuando la tarde comenzaba a teñir el cielo de rojo y el oficial al cargo del grupo anunció que debían regresar a la ciudad, estuvo a punto de no poder enderezarse. Era el momento que todos llevaban esperando con ansias, y

no tardaron en recoger los aperos y retomar el camino de regreso. Junto a Ulea apareció de nuevo el joven que la había saludado esa mañana.

—Somos más —dijo sin preámbulos—, si nos organizamos podremos reducirlos.

Ulea miró al chico de arriba abajo. No debía de tener más de dieciséis años, pero tenía una mirada tan fría como el hielo. Se leía en aquellos ojos que estaba más que dispuesto a hacer lo que decía.

—Algunos morirán —continuó. Otro hombre se había unido a la conversación de forma disimulada, pues la formación de grupos estaba prohibida—, pero es un precio pequeño que pagar por la libertad.

Ulea comenzó a sentirse aterrada.

—No sabes lo que dices, muchacho —dijo el hombre—. Solo somos viejos, mujeres y niños. Nos masacrarán.

El chico lo miró de reojo.

—Eso solo es una excusa. Tenemos las herramientas. Y si morimos, será luchando.

Ulea no quería escuchar aquello, le invadió una extraña sensación de irrealidad. Aflojó el ritmo, con la esperanza de que el muchacho siguiera de largo. Se dobló por la cintura, como si estuviera muy cansada y cuando tanto él como el otro hombre le habían sacado unos metros de ventaja, reanudó el paso, sola. Rebelarse no era algo que se le hubiera pasado por la cabeza. Ella no sabía luchar y apenas podía alzar su herramienta, una azada, para escarbar la tierra. ¿Cómo iba a usarla contra un hombre armado? Era impensable. Lo único que conseguirían sería que los mataran a todos.

Con estos pensamientos en la cabeza llegaron de nuevo a Angôr'an. En la puerta de la ciudad, en un carromato bien vigilado, depositaron todas las herramientas que recogerían de nuevo al día siguiente. La noche ya había caído sobre ellos y Ulea dirigió sus pasos hacia a su casa, aquella que hasta unos días atrás había compartido con sus padres y que ahora era su único vínculo con ellos y su recuerdo.

La vivienda era una pequeña estructura de madera y piedra que su padre había construido con sus propias manos y estaba situada en la cara oeste la ciudad, una de las menos afectadas por los combates, pues la mayor fuerza había llegado por el este. Solo deseaba llegar, tenderse en su cama y cerrar los ojos hasta el día siguiente, pero apenas hubieron pasado unos minutos, escuchó unos pasos pesados acercarse a su puerta. Un suspiro aterrado surgió de su garganta. Tenía la esperanza de que aquella noche no viniera, de que la dejara un día en paz. La puerta se abrió de golpe y apareció un hombre pasado en kilos, medio calvo y de aspecto sucio. Era capitán en aquel ejército invasor y desde el primer momento que había posado sus ojos en ella, tres días atrás, había podido ver la lujuria que se despertaba en ellos.

—Hola preciosa. —El hombre tenía una forma de hablar que alargaba mucho las vocales, lo que demostraba su procedencia del sur. A Ulea le repugnaba, pero la estilizada espada que pendía de su cinto reprimía cualquier protesta. Además, sabía que dos hombres más vigilaban junto a la puerta.

—¿Me has echado de menos?

Ulea no se dignó a responder y apartó la mirada, asqueada. El capitán le propinó una bofetada que le hizo rechinar los dientes. Tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas. Sin pensárselo, la empujó sobre la cama y se abalanzó sobre ella.

—¡Jamás vuelvas a retirarme la mirada, perra! A partir de ahora me tratarás con respeto, igual que yo he hecho contigo.

Ulea no podía pensar más que en el horrible olor que se desprendía de aquel hombre. Se revolvió y, sin poder controlarse, le escupió en la cara. El capitán se puso rojo de ira y la golpeó de nuevo, esta vez con más fuerza.

—¡Zorra!

La levantó de un tirón, le desgarró la camisa y la arrojó al suelo. En ese momento aparecieron los dos guardias.

—¿Va todo bien?

El capitán la miró con una mueca horrible mientras se quitaba la chaqueta.

—Todo va perfectamente.

Volvió a abalanzarse sobre ella y esta vez Ulea no se defendió. Permitted que la tomara mientras gotas de su asqueroso sudor caían desde su barbilla hasta sus pechos desnudos. En contraposición, silenciosas lágrimas limpiaban su rostro de la suciedad del día, como si con ellas pudiera purgar la porquería que aquel ser despreciable iba a dejar dentro de ella.

Cuando por fin todo hubo terminado, se sentía derrotada, humillada y sucia. El capitán se vistió de nuevo sin dedicarle una última mirada y salió de la casa.

Ulea no pudo contener un gemido de pánico cuando escuchó que se detenía a hablar con sus subalternos.

—Hoy ha sido una chica mala y vosotros habéis hecho un buen trabajo. Os merecéis un descanso. Es toda vuestra.

Ulea pensó que el mundo iba a caer sobre su cabeza mientras veía cómo los dos hombres, más asquerosos aún que su capitán, entraban y la recorrían de arriba abajo con la mirada. Trató de retroceder de manera instintiva, pero pronto topó con la pared y se acurrucó contra ella, queriendo hacerse lo más pequeña posible.

Rezó para que todo acabara rápido y para que alguien llegara a rescatarla. Rezó para que su padre abriera la puerta y con sus grandes manos les diera a aquellos dos malnacidos su merecido.

Pero estaba sola.

Nadie acudiría a rescatarla.



«Un hombre solo es hombre en función de su sacrificio y tenacidad. Aquel que no es digno no merece mostrarse ante Kares. Aquel que no es puro, solo tiene el camino de la muerte para limpiar su alma sucia. Solo su muerte limpiará su mancha. Solo entonces Kares lo acogerá en su oscuro seno».

Po'karatan. Anónimo.

Tarkon Anan escudriñaba desde la ventana de la Torre de la Rectoría, en la que había instalado sus aposentos, los preparativos de su ejército. Incapaces de acomodarse todos en la ciudad, había tenido que habilitar campamentos al pie de las murallas. El orden y la eficiencia que habían demostrado sus capitanes le enorgullecían, pues se había tomado la molestia de elegirlos en persona. Sin embargo, la incompetencia de los flissanos, desordenados y caóticos, le irritaba sobremanera.

El rostro le escocía esa mañana como hacía años que no le ocurría. Se apartó de la ventana, se quitó la negra máscara de piel y se frotó con un pedazo de tela la mejilla derecha. Al instante se sintió aliviado. Se sentó en la enorme cama que había pertenecido al difunto rey de Angôr y se preparó mentalmente para lo que estaba por venir. Tenía que bajar a la ciudad a supervisar en persona los preparativos. En unos días tendrían que partir de nuevo, esta vez hacia Talder'an, la última ciudad del reino capaz de ofrecer resistencia a su avance. Una vez esta hubiera caído, solo les restaba hacerse con las aldeas y pueblos más pequeños, cosa que sería un juego de niños una vez que la capital y la segunda ciudad hubieran sido conquistadas. Debían ser contundentes y veloces a la hora de establecer un perímetro de seguridad en torno a su plaza más fuerte.

A pesar de que la batalla había sido cruenta, no tenía interés en provocar una masacre. Al contrario, necesitaba que la población siguiera trabajando, que la

actividad no se detuviera, pues de nada le servía a la orden gobernar un reino muerto. Debía conseguir que el pueblo lo entendiera solo como un cambio de regente, aunque entendía lo complicado que esto podía resultar. Gobernar una región de esa manera podía ser muy complicado.

Tarkon pensó en la palabra «gobernar». Él era un guerrero, no un gobernante. Llevaba ya varios días en aquella ciudad y comenzaba a estar hastiado. Necesitaba volver a salir, ponerse al frente de sus hombres y ceder el control a otros más preparados. Sus órdenes eran esperar, pues le sería enviado alguien para sustituirle, pero la espera se estaba haciendo larga. Llevaba años preparándose para aquello y la sangre que corría por sus venas le pedía marchar. Había participado como mercenario, enviado por la orden para formarse en combate, en diversas reyertas menores entre reinos. Nadie sabía quién era ni qué hacía allí, pero tenía mucha sangre derramada ya entre sus manos. Aun así, era un hombre de obedecer, no de imponer, y gobernar era decidir. Sus únicas decisiones debían ser en el campo de batalla. No quería estar allí, y eso empezaba a pesarle en el ánimo.

Con un suspiro, se arrodilló ante la ventana, puso los brazos en cruz y comenzó a rezar. Las letanías antiguas y oscuras le proporcionaron una paz inmediata. Sin embargo, su tranquilidad no duró mucho, ya que unos golpes en la puerta rompieron su concentración a los pocos minutos. Con reticencia y gran malestar, se puso en pie, se colocó de nuevo la máscara que borraba de su rostro sus terribles rasgos y dio permiso para entrar. En la puerta apareció un joven vestido con una larga túnica negra.

—Mi señor... —dijo el muchacho con una reverencia.

—¿Qué ocurre?

—Tenéis visita.

«¿Visita?», pensó Tarkon.

En vista de que su señor no hacía ningún comentario, el chico siguió hablando.

—La Muy Grande se acerca, mi señor. La maestra Ante'i está a punto de entrar en la ciudad.

Tarkon sintió la furia crecer en su pecho.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no he sido advertido antes?

—No anunció su visita, mi señor. Ha llegado por sorpresa...

Pero Tarkon ya no se encontraba en la habitación. El mensajero lo vio pasar a su lado como una exhalación mientras su capa negra ondeaba tras de sí.

No se atrevió ni si quiera a alzar la mirada.

Mientras el Oscuro se dirigía al patio a toda prisa, sentía cómo su corazón palpitaba, presa de la furia y la incredulidad. Trataba de adivinar qué podía haber traído a aquella mujer hasta allí tan pronto, cuando apenas había tenido tiempo de reorganizar la ciudad y ponerla de nuevo en funcionamiento.

Shera Ante'i era una de las maestras de la orden. Sobre ella en el escalafón jerárquico solo estaba el Ser Maestro, la más alta autoridad entre los kariteas. Shera

estaba al mando de aquella campaña y se preveía su presencia para cerciorarse de que todo marchaba como era debido, pero no tan pronto.

De camino a la puerta exterior, Tarkon agarró del brazo a un muchacho con el que se cruzó y le ordenó que fuera a buscar a Kijl de inmediato. El joven comenzó a temblar de los pies a la cabeza, pero echó a correr lo más rápido que pudieron sus piernas. Tarkon se dirigió a las caballerizas de la fortaleza y ordenó ensillar su caballo a toda prisa. El encargado dejó lo que estaba haciendo y se apresuró a cumplir la orden. Aunque apenas tardó un par de minutos, a Tarkon le pareció que era demasiado tiempo y estuvo a punto de apartar a aquel inútil para hacerlo él mismo, pero se resistió al pensar qué diría su maestra si se presentaba ante ella oliendo a cuadra. Cuando su corcel, negro como la más oscura noche, estuvo preparado, subió a su lomo de un salto y salió al galope en dirección a las puertas de la ciudad. En el patio se tropezó con Kijl, que llegaba corriendo, colorado y sudoroso por el esfuerzo.

—Mi señor...

—Reúne a diez hombres y acompáñame. —Pero...

—¡Ahora!

Kijl no preguntó más y se dirigió hacia una puerta cercana. Tras unos instantes salió acompañado de un grupo de hombres. En pocos minutos estaban listos y montados junto a su señor. Tarkon avanzó entonces en dirección a la muralla, haciendo apartarse de un salto a todo aquel que se cruzaba en su camino.

En el momento en el que atravesaban las puertas de la ciudad, el Oscuro vio cómo la comitiva de Shera Ante'i aparecía tras un recodo del camino, a muy poca distancia ya. Solo un puñado de árboles dispersos y quemados le impedía ver con claridad al grupo que se aproximaba, pero se podía hacer una idea de quiénes acompañaban a la maestra: su asesor y protector personal, Clester Onk, un hombre enorme, de piel muy oscura y grandes músculos; Gres Andurtoi, su sirvienta más cercana; Vo Milohs, su escriba personal; y una docena más de personas en diversas ocupaciones que formaban el séquito habitual en los desplazamientos de la maestra. Tarkon detestaba ese protocolo estúpido e innecesario que a ella tanto le gustaba. Él era un hombre práctico y sencillo, por lo que huía de la pompa en la que parecía querer sumirse la orden en los últimos tiempos. Todos ellos iban a caballo escoltados por unos cincuenta hombres armados.

Tarkon se asombró una vez más de lo rápido que habían crecido la orden y sus recursos en la última década. Habían pasado de ser un grupo marginal, apartado de la sociedad y perseguido, a tener un poder y capacidad dignos de un pequeño reino. Y ahora, con la conquista de Angôr, tenían un reino de verdad. El día que había entrado a formar parte de sus filas como acólito, tras varios años de vagar sin rumbo y sin sentido, había descubierto todo aquello que había estado buscando. Abandonado por su padre cuando solo era un zagal, las fiebres se habían llevado a su madre poco después, lo que le había dejado en la calle, sin forma de defenderse ni de buscarse la vida. Pero no había llorado por ello. Se había marchado de su pueblo natal, donde lo

señalaban como portador de mala fortuna y dejaban de lado, para unirse por la fuerza a una pequeña banda de ladronzuelos del bosque. En solo un mes ya se había hecho con el mando del grupo. En esos días había matado por primera vez. Pero no había sido la última...

El Oscuro trató de serenar su inquietud y regresar al presente cuando por fin la comitiva llegó hasta su posición, a la espera justo ante las murallas de la ciudad. Cuando la maestra ordenó que acercaran el carromato en el que viajaba, Tarkon se apeó del caballo e hizo una esmerada reverencia.

—Mi maestra, es un inmenso placer teneros entre nosotros en este día de júbilo.

Shera Ante'i era un mujer alta y de piel tan oscura como la de Clester Onk. Sus penetrantes ojos negros se clavaron en Tarkon al tiempo que una tenue sonrisa subía hasta sus labios. Despacio, con movimientos bien sincronizados, descendió del vehículo para quedar ante su súbdito.

—Veo que no consigo sorprenderte, Anan. Me alegro de verte.

Tarkon maldijo a aquella mujer para sus adentros. Su intención había sido llegar sin avisar para sorprenderlo en caso de estar haciendo algo equivocado. Era perversa.

—La ciudad es vuestra.

—Guíame, Oscuro, muéstrame lo que has hecho para mayor gloria de nuestro señor Kares.

La maestra alargó un brazo esperando a que Tarkon la guiara para entrar juntos en la ciudad.

—Será un honor, mi señora —respondió, enganchando su brazo con el de ella, como si de dos amantes se tratara. Su piel era cálida bajo las mangas de la túnica.

Por suerte para Tarkon, el recorrido a través de la ciudad en dirección a la Torre de la Rectoría se desarrolló sin incidentes, a pesar de que no había podido organizar una recepción adecuada. La ruta discurría entre casas de piedra que apenas habían resultado dañadas durante la invasión y los escasos desperfectos habían sido reparados. Además, la gente comenzaba a trabajar bajo la atenta mirada de los soldados de la orden, por lo que la actividad en el interior de las murallas parecía la de cualquier otra población.

—Estoy sorprendida, Anan.

—Gracias, mi señora.

—¿Dónde están los restos del ejército que defendía estas murallas?

Tarkon tuvo que guardar silencio por un instante. Sabía que la respuesta a esa pregunta no le iba a gustar.

—La mayoría se encuentra en nuestras mazmorras, pero una parte de ellos, al ver que la ciudad estaba perdida, huyó por un pasaje subterráneo que después derrumbaron tras ellos. Nos ha costado mucho despejarlo, pero descubrimos que desembocaba algunos kilómetros al este, entre unos árboles en mitad de la nada. Pueden estar en cualquier sitio.

Shera se puso tensa, pero trató de suavizar la respuesta.

—Eso es inaceptable. ¿Debemos temer algo de ellos?

—No lo creo. Pienso que eran pocos y todos sus líderes cayeron en la batalla, como el rey Jäinor Mor y su hijo Preas. En todo caso, se habrán dirigido a Talder'an para dar aviso de nuestra llegada.

—Hemos perdido el factor sorpresa, pues.

Tarkon no podía creer que aquella mujer fuera estúpida, así que la pregunta debía tener un doble significado que a él se le escapaba. Habían invadido la capital del reino. ¿Qué factor sorpresa esperaba conservar?

—Eso me temo —respondió con toda humildad.

Antes de llegar a la Torre de la Rectoría, Tarkon ordenó a un sirviente que fuera a sus habitaciones y las despejara de sus cosas para instalar en ellas a Shera Ante'i, pero cuando llegaron al patio, temiendo que no hubiera tenido tiempo suficiente de completar el encargo, ofreció a su Maestra tomar un refrigerio.

—En verdad estoy sedienta. Llevo muchos días de viaje.

«Muchos días», pensó Tarkon. Hizo el cálculo de la distancia que había entre Angôr'an y Mügero y dedujo que debió de haber partido antes de que la batalla hubiera comenzado, sin esperar noticias sobre su resultado.

Sin hacer comentarios, Tarkon dirigió a la mujer al otro lado del patio, hacia el comedor privado del rey, que se encontraba anexo al comedor principal de la fortaleza. Era un espacio reducido con una gran mesa de madera muy oscura, ricamente tallada y decorada con infinidad de letras e ideogramas muy intrincados. De las paredes colgaban tapices con diversas escenas que reflejaban parte de la historia del reino de Angôr. Shera se quedó mirándolos durante unos instantes.

—¿Por qué no han sido retirados?

Tarkon no captó el significado de la pregunta.

—Son hermosos, mi señora —respondió por fin.

—Representan algo ya obsoleto. Que los retiren ahora mismo. La historia de Angôr comienza hoy, ahora. Reharemos el calendario para adaptarlo a la nueva etapa que empieza. Estas escenas no representan nada.

De un tirón, arrancó el que tenía más cerca y lo dejó caer al suelo. Tarkon sintió que con aquella tela caían muchas otras cosas.

A un gesto suyo varias sirvientas se apresuraron a retirar todos los tapices y se los llevaron. Las paredes quedaron desnudas, mostrando la piedra parda que las formaba. Tarkon tuvo la sensación de que la sala se enfriaba de golpe.

Poco después entraron cuatro jóvenes con diversos platos de comida para la maestra y sus tres sirvientes más cercanos. La estancia se llenó enseguida con el exquisito olor de la carne cocida y el vino. Todos los presentes se sentaron alrededor de la mesa.

—Veo que sigues sin comer en público. Esa maldita máscara tuya es repugnante.

Tarkon no se dignó a responder, conocedor de que aquel pedazo de piel que lo separaba del mundo ponía muy nerviosa a la maestra. Solo podía verle los ojos, y él

estaba seguro de que pensaba que se burlaba de ella tras el embozo. Detrás de aquel aspecto duro y elegante, Shera era una mujer muy insegura. En vista de que Tarkon no se dejaba amilanar, cambió de tema.

—Me han dicho que la campaña ha sido un ejemplo de limpieza y buena organización... —comenzó a decir la mujer. Se había quitado la pesada capa negra, que ahora descansaba colgada en un rincón, y cubría su cuerpo con una larga túnica también oscura con ribetes grises formando elaboradas runas. Al verlas, Tarkon recordó lo que se decía de ella: que se había servido de ciertos conocimientos arcanos para llegar a los puestos de poder dentro de la Orden de Kariteas. Él nunca había presenciado en ella nada fuera de lo normal y lo único que circulaban eran rumores supersticiosos.

—El factor sorpresa ha sido decisivo. No tuvieron tiempo de anticipar nuestra llegada y cuando nos detectaron ya era demasiado tarde. Además, la presencia de los gorgs fue determinante y todo un acierto.

Tarkon sabía que la decisión final de enviar a aquellas horribles bestias había partido de ella, así que entendía bien que esas palabras eran un halago para su ego.

—Los gorgs han sido nuestra mejor obra en siglos. Son una muestra del poder de Kares, enviado a Thera a través de nuestras manos para que se cumpla su voluntad. Gracias a ellos, sembraremos el terror a nuestro paso. Kares volverá a ocupar el lugar que merece en el corazón de todos. Su Destierro será vengado.

—¡Será vengado! —exclamaron los demás al unísono alzando las copas de vino en un brindis por su dios.

Tras la exaltación siguieron comiendo un rato más en silencio. Los sirvientes orbitaban a su alrededor llenando copas y trayendo nuevos platos de comida hasta que la maestra mostró su completa satisfacción y avisó de que estaba saciada. Si los demás se quedaron con hambre, Tarkon no lo pudo saber, pues nadie se atrevió a pedir más una vez que Ante'i hubo dado por terminada la comida.

—Aún nos queda trabajo por hacer —dijo mientras daba cuenta de los restos de su copa con un tono prepotente y altivo muy desagradable.

—Así es, señora. Preveo una mayor resistencia en la conquista de Talder'an. No debemos esperar a que los ánimos de nuestro ejército se enfríen. Desde que esté todo preparado, partiré hacia el sur.

—No lo harás.

Tarkon se quedó frío ante aquellas palabras, pero Shera no pareció hacerse eco de su asombro y apuró la copa de vino, alzó un dedo y un sirviente se apresuró a rellenarla.

—Pero, mi señora...

—El ataque será pronto, en efecto, pero no lo liderarás tú. Eres un hombre especialmente cualificado y la orden tiene un nuevo cometido para ti.

Introdujo una mano en el interior de su túnica y extrajo un colgante plateado del que pendía una extraña piedra engarzada. Era del tamaño de un puño y de color negro

sin brillos.

—Esta preciosidad se llama Gohelanort, el Ojo de Kares, y viaja siempre conmigo, aunque muy pocos lo saben. Es un artilugio extraño que lleva en poder de la orden cientos de años. Su color natural es rojo pálido, y cambia a este tono cuando el poder de Kares se manifiesta de alguna manera en las cercanías. Su actividad no ha hecho sino crecer a medida que nos acercábamos aquí, con mayor intensidad cuanto más cerca estábamos de la selva.

—Señora, no sé qué tiene eso que ver conmi...

—¡No me interrumpas, Tarkon!

La mirada de la maestra no dejó lugar a discusión. El Oscuro no abrió la boca ni para disculparse y esperó a que ella terminara de hablar.

—El caso es que en estas tierras ha despertado un gran poder. Creemos que uno de los Hijos de Kares ha vuelto a la vida, y necesitamos encontrarlo y unirlo a nuestra causa. Su poder sumado al nuestro puede hacernos alcanzar metas que hasta ahora solo habíamos podido soñar. La orden prevalecerá por encima de cualquier rey. —El tono de Shera iba en aumento a medida que se exaltaba cada vez más—. ¡Podremos gobernar en toda Thera! ¡Hijo de Kares! Tarkon sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos y su mente se llenó de recuerdos de su época de acólito, cuando dedicaba su vida al estudio.

Esperó unos segundos y, en vista de que la maestra no continuaba, se atrevió a preguntar:

—¿Sabemos qué tipo de criatura es?

—No, ni qué aspecto tiene, ni cuál es su poder real. Puede ser cualquiera de los Cinco. Quizás el mismísimo Jerkal'im.

—¿Qué son esos Cinco?

Quien interrumpió la conversación fue Clester Onk, ya afectado por el vino. Su intervención le costó la mirada reprobatoria de todos los demás, tanto por atreverse a importunar a la maestra como por su evidente ignorancia. Fue Gres Andurtoi la que respondió y lo hizo como quien reprende a un niño estúpido.

—Los Cinco Hijos de Kares, estúpido. Murieron durante la Guerra Infame que dio lugar al Destierro de Kares, pero la orden siempre ha predicho su regreso. Tarkon recordaba mucho más. La Guerra Infame había durado siglos, antes de que la propia Thera hubiera sido formada, según los antiguos textos, según el Po'kataran, y Kares acabó vencido por el poder combinado de sus cuatro hermanos, a semejanza de los cuales había creado él a sus hijos. Su traición fue castigada con el destierro y, desde entonces, vaga por el limbo, sin rumbo, sin presencia, sin poder...

—Ese momento ha llegado —concluyó Shera Ante'i—. Si en efecto el poder que percibe el Gohelanort corresponde a uno de los Cinco, podremos presuponer que los demás también han despertado o están a punto de hacerlo. Enviaremos sirvientes por toda Thera en su busca y, cuando los encontremos, seremos invencibles.

—¿Y debo ir yo, mi señora?

—Así es. Eres mi hombre de confianza aquí. No podría encargárselo a nadie más. Si es necesario, postergaré el ataque contra Talder'an. Esto es mucho más importante. Tarkon tuvo que tragarse su indignación y decepción.

—Acepto de buen gusto —dijo, en cambio—. Vivo para servir a la orden. Solo una pregunta: una vez que encuentre a esa criatura, ¿qué debo hacer? ¿Cómo podré controlarla? Debo suponer que su poder será inabarcable para alguien como yo...

Ante'i pareció pensarse mucho la respuesta sin quitarle ojo a la piedra.

—El Gohelanort te permitirá controlarlo. Según nuestros libros, los Cinco reconocerán al portador del Ojo como representante de Kares y acatarán su voluntad. Tendrás que llevarlo contigo.

A Tarkon no le hacía ninguna gracia la idea.

—Supongo que entiendes —continuó la Maestra mientras le tendía el colgante—, que este artefacto vale más que tu vida. Debes devolvérmelo a mí en persona sin daño alguno. Si no has de volver con él en tu cuello, más te valdría no volver. ¿Entendido?

Tarkon extendió la mano y aferró el amuleto pensando que estaba aferrándose a su condena a muerte, como si estuviera aceptando el peor de los destinos. Y lo hacía con una sonrisa. Falsa, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Entendido, mi señora.

Shera soltó la pieza y Anan la observó por un instante. El poder que manaba de ella hizo que se le erizara el vello del cuerpo.

—Elige un pequeño grupo de hombres y dirígete a la selva. La piedra se volverá más brillante a medida que te acerques a la criatura, pero en eso no te puedo ayudar. Nunca hasta ahora se había despertado el Ojo, y lo que sabemos es por los libros sagrados. Cuando vuelvas, me lo contarás todo para poder documentarlo. Mi nombre debe figurar en esos libros a partir de ahora.

Una sonrisa grotesca partió el rostro de la mujer. La ambición que reflejaba aquella mueca podía ser muy peligrosa para cuantos unieran su destino al suyo, pero sabía que no tenía alternativa. En ese momento, el Oscuro deseó no tener nada que ver con todo aquello.

El único consuelo que le quedaba era saber que tendría tiempo de sobra para decidir cómo sacar provecho de aquella extraña situación.



«Hay cosas caminando sobre Thera cuya existencia es mejor
ignorar».
Dicho popular flissano.

Los dos días siguientes se hicieron largos para Árgoht. Preas Mor se recuperaba rápido de sus heridas y no se despegaba de él, recordando viejos tiempos, contándole cómo se había desarrollado la batalla de Angôr'an y haciendo cábalas sobre la posibilidad de reunir un nuevo ejército con el que recuperar la capital. Árgoht le había recordado que en Lotrain solo había heridos y refugiados, pero Preas se había enfurecido solo de pensarlo y el meledino optó por no volver a decírselo. Tizo se unió a ellos en varias ocasiones y Preas y él se enzarzaron en vigorosas conversaciones en las que planeaban la manera de atacar sus propias murallas, pero nunca llegaban a conclusión alguna. En el fondo, sospechaba Árgoht, los dos sabían que no tenían ninguna posibilidad, pero se aferraban a aquella vana alternativa para no desesperar.

—Vayamos a Talder'an —dijo Tizo. Era la tarde del tercer día desde la llegada de Preas y se encontraban en el refectorio ante sendas copas de cerveza de gox, una extraña hierba que crecía en los alrededores. Árgoht no había podido rechazar la invitación de Preas tras su machacante insistencia—. Es posible que aún no hayan atacado. Nos uniremos a los defensores allí.

En esa ocasión Preas se mostró realista por primera vez.

—El camino de aquí a Talder'an implica atravesar la llanura entre Lashte y Angôr'an, que debe estar atestada de tropas enemigas. Es imposible cruzarla sin que nos vean, sobre todo si conseguimos reunir un grupo numeroso.

Descartada esa opción, el silencio se cernió sobre ellos como una losa. Pasado un buen rato, Preas alzó la cabeza y lanzó un suspiro.

—Aquí somos pocos refugiados, no podemos formar un ejército, vale, pero es posible que haya más en los alrededores.

Tizo levantó también la mirada, lleno de esperanza.

—¡Eso es! Debe haber más cerca. Igual que nosotros hemos acabado aquí, otros quizás hayan avanzado más hacia el Norte o el Sur. Tiene que haber más supervivientes.

—Mandaremos patrullas que busquen a cualquiera que pueda portar un arma y que no pertenezca a ese ejército traidor.

Árgoht intervino antes de que las esperanzas se dispararan.

—La selva es un cruel enemigo. ¿Qué os hace pensar que otros refugiados habrían podido sobrevivir en ella sin la ayuda que habéis recibido vosotros aquí?

Los soldados miraron a Árgoht como si se preguntaran qué estaba haciendo él allí.

—Mi pueblo —respondió Preas— ha vivido siempre de cara a la selva. Es traicionera y salvaje, pero estoy seguro de que muchos habrán podido sobrevivir. Además, se me ocurre que podemos intentar infiltrar a alguien en la ciudad. Si conseguimos introducir a alguien de confianza, podremos alzar a nuestro pueblo en armas.

Árgoht no estaba tan convencido de que aquello fuera viable, pero prefirió callarse su opinión. Cansado de especulaciones inútiles, se levantó y salió del refectorio, dejando a los dos soldados soñando y cavilando las alternativas. No estaba seguro de querer involucrarse más en aquella historia, pero algo le decía que fuerzas muy poderosas se estaban agitando a su alrededor. Además, estaban los últimos sueños que había tenido, en los que presenciaba los despojos que una larga batalla. Pero, si tenía que intervenir de alguna forma, no tenía por qué ser de buen grado o de manera voluntaria, así que se limitaría a ver venir los acontecimientos. Hacía años que había aprendido a no darle la espalda al Destino, que era una batalla perdida y, si sus pasos le habían situado allí justo en aquel momento tan crucial, no podía ser una casualidad.

Como para corroborar sus palabras, la superiora Estëas estaba a punto de hacerle una petición muy peculiar.

—Mi señor Árgoht —el hechicero alzó la mirada, pues la mujer lo llamaba desde la barandilla de la planta superior mientras atravesaba el patio—, ¿podrías acompañarme unos instantes?

El meledino corrigió su camino y se dirigió a la escalera. Una vez arriba, Estëas le pidió que la acompañara hasta un salón de reuniones que no conocía. Era una sala amplia con una mesa larga y unas diez sillas. Las paredes estaban vestidas con diversos motivos tallados en la piedra y tapices. Era un lugar cálido y acogedor. Tres de las sillas estaban ocupadas. En una se encontraba Mai, en la otra un hombre de la misma etnia que aquellas mujeres que él había visto en el huerto y que la ganetorei había llamado jirus o azules. Tenía un aspecto atemorizado y estaba muy inquieto.

Además, Árgoht percibió varias heridas y costras en su piel desnuda. Otra hermana ocupaba la tercera silla.

—Sentaos, por favor.

Estëas se sentó también y un sirviente entró raudo para servirles dos copas de vino de una jarra que descansaba sobre la mesa. Después, desapareció como una brisa de verano.

—Os presento a la hermana Híope, secretaria de la orden, y a Unturr, del pueblo de los jiurus. —Árgoht saludó con la cabeza—. Os he llamado porque os quiero pedir un favor, pero antes debéis escuchar esta historia. Hermana, por favor, pídele a Unturr que repita su relato.

Híope se dirigió en un extraño lenguaje al azul, que la miró con ojos asustados y comenzó a hablar muy despacio. Era un idioma que no había escuchado nunca, plagado de erres fuertes y sonidos oclusivos, complicado de asimilar. La joven ganetorei fue traduciendo sus palabras.

—Dice que su pueblo se ha sumido en la oscuridad. Uno de sus compañeros ha enloquecido y ha asesinado a muchos de los suyos con sus propias manos. Todo comenzó con la aparición de la «piedra que no está quieta». —Híope se giró hacia ellos para aclararlo—. Es una traducción literal, pero no consigo entender qué quiere decir o si solo es una expresión propia sin sentido en nuestro idioma.

«¿Una piedra?», pensó Árgoht. Una pulsión se despertó en su pecho.

Mai continuó con la traducción.

—Apareció en el poblado hace muchos días y desde entonces todo ha sido oscuridad y muerte. Él mismo estaba encerrado, apresado por su propia gente, porque quería luchar y defenderse, y a duras penas logró escapar. Algunos se han unido a Digyo en la locura y lo han alzado como a un líder sangriento. Se reúnen en la montaña y vuelven cada vez más enfermos de locura y muerte. —El azul comenzó a temblar—. Él era el siguiente. El siguiente en morir.

De pronto comenzó a balbucear y temblar con más violencia. Híope intentó seguir sus palabras, pero acabó por desistir.

—Solo dice incoherencias sobre la muerte, el demonio y el fuego en su cabeza.

—Llévatelo, Mai. Que descanse —le dijo Estëas. La joven obedeció al instante, ayudó a levantarse a Unturr y lo sacó de la estancia cerrando la puerta tras de sí.

—¿Y bien? ¿Qué opináis? —preguntó Estëas a Árgoht.

El hechicero guardó silencio unos instantes, tratando de ordenar en su mente lo que acababa de escuchar.

Seguía sin saber qué tenía aquello que ver con él, pero la palabra «piedra» en aquel contexto, tan fuera de lugar, le había inquietado mucho.

—No sé qué pensar —dijo por fin—. ¿Por qué queréis saber mi opinión?

—Este testimonio nos ha dejado preocupadas. Anteri'zá es un pueblo de gente sencilla y pacífica. Pensar que puedan estar matándose entre ellos nos alarma. Algo está ocurriendo allí. Siempre hemos recibido su ayuda cuando la hemos solicitado.

Hemos decidido intentar hacer algo o, por lo menos, tratar de descubrir qué ocurre para ver si hay algo que podamos hacer.

Árgoht empezó a temerse lo que vendría a continuación.

—Hemos pensado que tal vez no os importaría ayudarnos en esta tarea.

El hechicero pensó en los días que llevaba viviendo en el Ierteneo, en las enseñanzas sobre sanación que estaba recibiendo de manera desinteresada y lo bien que había sido acogido. Supo que no tenía escapatoria.

—Estoy en deuda con vos.

—No tenéis deuda alguna con nosotras, si aceptáis, que sea por propia voluntad.

Árgoht se lo pensó un instante. En verdad, su curiosidad se había despertado con aquel asunto y le intrigaba qué podía significar aquello de la «piedra que no está quieta». Desde que había escuchado esa frase había sabido que se implicaría en aquella aventura.

—Por voluntad propia, pues. ¿Qué necesitáis?

—Nos gustaría que fueseis allí a investigar. Por supuesto, no iréis solo. Mai os acompañará, pues ella conoce bien el idioma y siempre ha servido de enlace entre ellos y nosotras. Sin ella, quizás os tratarían como a un extraño y reaccionarían de forma equivocada. Además, os acompañarán algunos hombres armados por si surgiera algún imprevisto...

—Eso no será necesario.

Estëas cambió de tono, imponiendo uno algo más autoritario.

—Quizás vos no necesitéis protección, pero Mai, sí. Si hay problemas, deseo que haya más ojos que los vuestros para prevenirlos. No conozco el alcance de vuestro poder, pero espero que no os ofenda esta decisión. —Enviad a quien queráis, pero no cargaré con nadie ni obedeceré orden alguna. Prevenid a quien vaya a venir de que no se interponga en mi camino.

Estëas lo miró con expresión seria, sin duda replanteándose su decisión de pedirle ayuda, pero acabó por aceptar.

—Está bien, consideradlos la escolta de Mai. ¿Os parece bien?

—Sí.

—Bien, nuestra gratitud irá por siempre con vos.

¿Querréis partir mañana al amanecer?

Árgoht bebió un sorbo de su copa. Un cosquilleo se había despertado en su interior, una llamada sutil. El misterio por resolver. Alzó la copa a la salud de las presentes.

—Sea.

Esa noche Árgoht recitó el Ther-Arak con la esperanza de hallar alguna pista sobre lo que se podía encontrar al día siguiente. Lo hizo despacio, con los ojos cerrados, haciendo respiraciones profundas y vaciando de su mente todo pensamiento. Unos minutos después, cuando sus oídos se habían cerrado a cualquier sonido, abrió los ojos y vio que un punto blanco había aparecido ante él, en una

esquina entre dos piedras de los gruesos muros del edificio. En el momento en el que centró su mirada en él comenzó a extenderse entre los contornos de una de esas piedras hasta que la rodeó por completo. El hechicero alargó un dedo y, desde el momento que rozó la dura superficie, la piedra desapareció y un resplandor cegador lo invadió todo. Se encontró en una playa tan extensa que no era capaz de alcanzar a ver los bordes y tuvo una extraña sensación de repetición, de que aquello ya lo había vivido, y supo con exactitud cuándo. Hacía muchos años que no se encontraba allí. Era una playa de arena blanca y las olas lamían la orilla con suavidad. No había viento y el cielo estaba despejado, como si fuera un agradable día de verano. Miró hacia el horizonte, esperando encontrar nubes de tormenta, pero nada cambió. Caminó, disfrutando de la calidez de la arena entre los dedos de los pies en la que sentía vibrar la energía que le daba vida. El largo cabello negro se agitaba en sus sienes, refrescando su piel y su alma.

Sintió una presencia tras él. Sabía que en esto también se repetiría la escena.

Sabía quién estaría allí.

Se giró muy despacio.

Ante él tenía de nuevo a la niña. Recuerdos de otra época le invadieron, de aventuras pasadas. Recordó a Kleria, la mujer a la que más cerca había estado de amar en su ya larga vida, y su afán por salvarle la vida cuando él mismo la daba por perdida. Recordó todo lo vivido en aquellos días y se le erizó el vello de los brazos. El aspecto de la niña, que aparentaba unos ocho años, con el cabello castaño y los ojos almendrados, desprendía una dulzura como no había sentido nunca y deseó quedarse allí, con ella para siempre. Su aspecto no había cambiado nada, lo cual demostraba que solo pertenecía a aquel lugar y no tenía presencia en el mundo real, fuera de las fronteras de su gehvaal.

—Hola —se atrevió a decir.

—La piedra debe ser protegida. El Equilibrio se ha roto.

De nuevo aquella misteriosa frase. Llevaba diez años tratando de encontrarle sentido, de entender su significado oculto, si en verdad había alguno. No había podido dejar de pensar en ella ni un solo día, y allí estaba de nuevo, después de tantos años. ¿Tenía aquello algo que ver con su Destino? ¿Se había puesto de nuevo en la senda correcta y por eso volvía a aparecerse la niña? ¿O era todo lo contrario? Árgoht había tenido mucho tiempo para pensar en ello y solo había logrado encontrar una explicación lógica, aunque disparatada, a aquella presencia, a esa niña que se mostraba ante él. El trance del gehvaal era su forma de ponerse en contacto con la Madre, fuente de toda vida y de su propio poder. Allí él recuperaba sus energías, se ponía en contacto con la fuente y obtenía nuevos conocimientos, muchas veces de forma enigmática. La única explicación a la que había conseguido dar visos de veracidad era que aquella niña era una representación de la misma Madre, que se aparecía ante él para darle un mensaje que no podía pasar por alto, algo excepcional que, hasta ese día, solo había ocurrido una vez. Pero, si tal era la trascendencia del

mensaje como para que la Madre decidiera mostrarsele, ¿por qué el misterio? ¿Por qué no le decía a las claras qué esperaba de él? La respuesta siempre le llegaba con una sonrisa: ¿dónde estaría el mérito entonces?

Y allí estaba de nuevo, la Madre aparecida ante él con aquella extraña frase entre sus labios. Y nada más. El hechicero esperó lo que pareció una eternidad, consciente de que dirigirse a ella sería inútil. Recordó la ansiedad que le había invadido la ocasión anterior y cómo le había formulado varias preguntas sin obtener respuesta alguna. Cuando ya estaba seguro de que regresaría sin respuestas, se sorprendió de nuevo. La niña volvió a hablar. Su voz era como un soplo de aire fresco en un día caluroso.

—El Equilibrio se ha roto. Debes hallar al adalid. Debes encontrar el camino.

De pronto, se alzó una suave brisa que agitó el cabello de la niña. Su cuerpo empezó a desmoronarse como si fuera de arena.

—¡No! ¡Explícamelo, por favor!

Pero solo obtuvo silencio por respuesta. En un parpadeo, tal y como había llegado, la niña desapareció. Árgoht se dejó caer de rodillas sobre la arena, sintiendo ganas de gritar, frustrado e ignorante, incapaz de entender qué se esperaba de él. En vez de más respuestas, se quedaba con una nueva incógnita. Quiso llorar y golpear el lugar en el que había estado la niña, pero se limitó a quedarse allí y coger aire, tratando de calmar su furia. Se dejó caer de espaldas y notó la calidez de la arena en su cuerpo, reconfortándolo, otorgándole calma, y supo que era Ella serenando su espíritu.

Mucho rato después, pronunció el Sher-arak y regresó.



«Los primeros pasos del adalid fueron inseguros y desorientados, incapaz de entender o asumir su papel en el desarrollo de los acontecimientos que estaban gestándose en aquellos días».

Crónicas del Adalid de la Luz, capítulo cinco. Varios autores.

Árgoht recibió al amanecer, como solía ser habitual en él, despierto y espabilado. A pesar de que el gehvaal le había dejado más inquieto de lo habitual, se encontraba recuperado y en plena forma. Durante varias horas meditó sobre las palabras de la visión, incapaz de entender si eran premonitorias o si era algo que debía desentrañar. Diez años después, seguía con las mismas dudas.

«Debes hallar al adalid. Debes encontrar el camino».

Aquellas palabras otorgaban una nueva dimensión a sus disquisiciones. Nunca había oído hablar de ningún adalid. ¿Era un enigma? ¿Debía interpretarlas de forma literal o tenían un significado oculto, como en casi todo lo que la Madre le trasmitía? Por fin, harto de dar vueltas a las mismas ideas sin llegar a conclusión alguna, se lavó la cara y se vistió. Salió al huerto para estirar las piernas y tratar de alejar sus preocupaciones durante un rato. La mañana llegaba fresca y ya había varias hermanas trabajando en la tierra que le saludaron con una discreta inclinación de cabeza.

Su mirada se perdió en la espesura, aún envuelta en sombras, sin que los jóvenes rayos del sol recién nacido pudieran horadarlas todavía. Se había dado cuenta de que ansiaba iniciar el viaje sugerido por Estëas, que Lotrain empezaba a quedársele pequeño. Le gustaba la idea de conocer la selva y viajar por ella. Sería una nueva experiencia. No sabía bien cómo interpretar la historia que les había contado Unturr, pero le había despertado curiosidad.

Regresó al edificio para desayunar. En el refectorio ya le esperaba Estëas. El lugar empezaba a cobrar vida con los más madrugadores. Se notaba en los rostros de los refugiados que un hilo de esperanza había despertado en ellos desde la llegada del príncipe Preas. Se habían formado grupos de mujeres para ayudar a las ganetorei en la cocina y la limpieza, cansadas de sentirse inútiles. Los niños correteaban por los patios inferiores y los jardines como si la guerra fuera cosa del pasado y vivieran un periodo de paz. Y es que en verdad en aquel lugar se respiraba calma. Una extraña y tensa, pero calma al fin y al cabo.

—Buenos días —le dijo la superiora—. Está todo dispuesto. Desde que estéis listo, podéis partir.

En ese momento, la voz ronca y potente de Preas Mor les interrumpió. Ninguno de los dos le había visto llegar.

—¿Partir a dónde?

Estëas miró a Árgoht como si le molestara que el príncipe fuera a enterarse de lo que planeaban, pero aquel era su reino y no se le podía ocultar nada. La mujer le explicó lo que se proponían hacer mientras comían.

—Como si no tuviéramos suficientes problemas en el oeste —dijo Preas cuando hubo terminado de escuchar la historia—, ahora nos van a llegar también desde la mismísima selva...

Ante ellos, los restos del desayuno fueron retirados con celeridad por los sirvientes.

—No sabemos lo que encontraremos allí. Es probable que no sea nada más que los delirios de Unturr, pero la selva está llena de secretos y misterios desconocidos para nosotros. No podemos arriesgarnos a dejarlo pasar sin más.

—Estoy de acuerdo en que se investigue. Es más, iré con vosotros.

Acompañó sus palabras con una palmada en el hombro del hechicero. Esta vez la mirada que la ganetorei le dirigió a Árgoht fue demasiado explícita.

—¿Os supone un problema, hermana?

Estëas volvió a mirar a Mor, algo nerviosa.

—No, príncipe, ningún problema. Os pido disculpas. Es solo que pienso que vuestra gente os necesita aquí.

—Y yo digo que necesito tiempo para pensar y terminar de recuperarme. Empiezo a anquilosarme de estar aquí encerrado. Quiero aire libre y ejercicio. Tizo se quedará al cargo y podrá resolver cualquier contingencia.

La ganetorei soltó un sonoro suspiro.

—Como deseéis.

Estëas aceptó, pero estaba claro que no le gustaba el cambio de planes. Árgoht pensó que tal vez fuera cierto que ella suponía que su sitio estaba allí, con los refugiados, pero también podía ser que le molestara que cuestionaran sus decisiones donde hasta ese día ella había sido la máxima autoridad. En cualquier caso, estaba todo dicho y Preas se dispuso también a partir. Eligió a cuatro hombres jóvenes y

fuertes como escolta y antes de que el sol terminara de ascender en el cielo, estaba listo ante la puerta del Ierteneo.

Árgoht había tenido la esperanza de partir discretamente, sin tener que dar explicaciones a nadie, pero cuando él mismo salió, se encontró una algarabía alrededor de su príncipe y que este discutía con Tizo.

—Volveremos en unos días...

—Pero señor, no podemos permitir que os expongáis a ese peligro. Dejadme ir con vos, si estáis decidido.

Preas parecía cerca de perder la paciencia, lo que daba a entender que la discusión se estaba volviendo intolerable.

—Tizo, te necesito aquí —dijo poniéndole una mano sobre el hombro izquierdo—. Ahora serás la máxima autoridad militar hasta que yo llegue. Debes organizar a toda esta gente y enviar patrullas discretas en todas direcciones. Cuando vuelva quiero ver aquí más hombres válidos para luchar e informes puntuales sobre cómo va la guerra. Cuando regrese, comenzaremos a organizarnos para recuperar nuestra ciudad. Te lo prometo.

—Pero...

—Es una orden, soldado.

Tizo no tuvo más remedio que bajar la cabeza y aceptar a regañadientes.

Una hora más tarde estaban en camino en dirección este. Mai les guiaba con paso firme y decidido, con una ligereza que demostraba que se había criado entre aquellos árboles que para los demás suponían a veces serios obstáculos. No solo las raíces, también las piedras, las zarzas y demás impedimentos físicos comenzaron pronto a ser una molestia; también la humedad se les aferraba a la frente y la espalda. En poco tiempo estaban todos sudando copiosamente.

—Puede que os parezca increíble —comentó Preas mirando a su alrededor en un momento determinado—, pero nunca me había internado tanto en la selva. Forma parte de mi reino, pero es desconocida para mí.

Preas no paró de parlotear durante todo el camino, haciendo bromas con sus hombres y tratando de conversar con Mai, que se mostraba seria y se apartaba de sus acompañantes.

—Seguís siendo tan mal conversador como siempre, hechicero —concluyó por fin Mor después de varios intentos de hablar con Árgoht. Y es que en verdad el meledino no tenía ganas de hablar. Estaba más concentrado en interpretar el camino que seguían, tratando de recordar cada recodo, cada árbol, por si se daba la circunstancia de que debiera regresar solo.

A mediodía hicieron la primera parada para descansar y beber agua. Se sentaron a comer y uno de los soldados, que cargaba con la mochila de las provisiones, se dispuso a servir la comida a los demás. Como se había temido, Preas se sentó junto a Árgoht dejando caer su pesado cuerpo en el mismo tronco caído en el que se había detenido el hechicero. Esta vez fue Árgoht el que habló.

—No os entiendo, Preas. ¿Por qué no os habéis quedado con vuestra gente, organizando lo poco que queda de vuestro ejército?

Mor lo miró como a un niño pequeño que no entiende nada.

—Pero ¿Qué decís? ¿Y dejar escapar esta oportunidad de saldar mi deuda?

Árgoht pensó un instante, tratando de interpretar a qué se refería, hasta que recordó.

—Os dije en su momento, y os lo repito ahora, que no tenéis deuda alguna conmigo.

—Sí que la tengo. Vuestras palabras no bastan para liberarme de esa carga. Vos salvasteis mi vida, y necesito devolveros el favor si quiero que mi conciencia quede en verdad tranquila.

—No creo que eso os esté quitando el sueño.

Preas sonrió.

—No, en efecto, pero tengo por costumbre quitarme las espinas que se me atraviesan.

—Aquello fue hace mucho.

Preas, sin responder, se subió la camisa por el costado izquierdo, donde una gran cicatriz le dividía el cuerpo en dos desde el pezón izquierdo hasta la base de la columna.

—¿Veis esto? Sobreviví gracias a vos. De no haber aparecido, sabéis bien que me habría partido en dos. Y por Gan que a punto estuvo de hacerlo. El tiempo no puede borrar esta deuda, hechicero. El culpable escapó y no he conseguido dar con él, pero aún hoy me carcome el ansia de venganza. No podréis huir como la otra vez. En esta ocasión no os perderé de vista.

Árgoht vio la convicción en el rostro del guerrero y no siguió insistiendo. Preas le propinó una palmada en el hombro que hizo rechinar sus dientes al tiempo que se levantaba.

—No os libraréis de mí con facilidad, pues esta vez no estoy inconsciente. Voy a mear.

El meledino sonrió. Nunca había visto un miembro de la realeza con menos aspecto de real que Preas Mor. Aun cojeaba un poco, pero si le dolían las heridas que había sufrido en la conquista de Angôr'an, no lo demostraba. Su fuerza era digna de un héroe. Además, era más alto que él, con dos fuertes brazos de marcados músculos. Era más un soldado que un príncipe, un guerrero cuyo lugar estaba en el campo de batalla. La corona solo le serviría para cortarle el pelo, que ahora mostraba largo y negro azabache, y las alas al mismo tiempo. Tenía la sensación de que él mismo sentía más dolores, pues la pierna aún le incomodaba cuando le exigía demasiado. En ese momento sentía una ligera molestia, un recuerdo de la fea herida que a punto había estado de matarlo, en otra aventura muy diferente de la vivida junto a Mor.

Tras un almuerzo frugal pero digno, se pusieron de nuevo en camino. Aún les quedaba un largo camino hasta Anteri'zá, según les explicó Mai. Solo algunas ramas

rotas y hierbas pisadas les decían que seguían un sutil sendero y que no atravesaban la selva por cualquier sitio.

Los cuatro soldados que Preas había elegido se mostraban hoscos y disconformes. Según les había escuchado comentar el hechicero, no estaban de acuerdo con aquella misión, cuando había tantos preparativos que hacer para intentar rearmar a su ejército. Por este motivo, apenas hablaban y se mantenían en grupo, algo apartados de los demás.

Una hora después del almuerzo, Preas seguía de charla con Árgoht. De pronto, este le mandó a callar con un gesto de la mano. El príncipe se puso tenso de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—Silencio.

Entonces los demás lo escucharon también. Mai, que iba en cabeza, se quedó paralizada mientras observaba algo que tenía frente a ella, pero que quedaba fuera de la visión de Árgoht. Con dos largas zancadas, se puso a su altura y pudo ver lo que les cerraba el camino, a escasos cinco pasos de distancia: una enorme criatura, parecida a un gato pero del tamaño de un hombre adulto y con la cabeza más parecida a la de una serpiente, aunque peluda y plagada de colmillos que ahora goteaban sangre fresca. Entre sus pies, otro animal yacía destrozado y sangrante. El meledino no pudo quitar ojo de las dos enormes zarpas que aquella bestia poseía en sus patas delanteras.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es un apoi —respondió Mai con un susurro tembloroso.

Árgoht no había escuchado nunca aquella palabra, pero no tuvo tiempo de preguntar más, pues la criatura, que los había visto, ya se encaraba con ellos, relamiéndose la sangre que le empapaba el extraño hocico híbrido con una lengua negra de aspecto rugoso. Los ojos eran diminutos en comparación con el tamaño de la cabeza y el resto del cuerpo, por lo que apenas parecían dos piedras negras dentro de las profundas cuencas.

Sin pensárselo un instante, el apoi se lanzó al ataque. Era muy rápido y en dos saltos llegó hasta ellos. El meledino lanzó un hechizo rápido y el cuerpo del animal salió despedido hacia atrás hasta impactar contra un árbol. En vez quedarse inmóvil, se levantó de un salto. Parecía más furioso que herido, por lo que Árgoht pensó en algo más poderoso. En ese momento, Preas llegó a su lado y con un movimiento preciso, lanzó una daga que a punto estuvo de clavarse entre los ojos de la criatura, pero un movimiento afortunado en el último momento hizo que fallara por poco y el arma se clavara en su hombro derecho. Esta vez, el rugido sí fue de dolor. Árgoht aprovechó el momento de debilidad para lanzar su nuevo hechizo. Alzó la mano con la palma hacia arriba y la movió despacio. Como consecuencia, la criatura se despegó del suelo gruñendo y agitándose. Cuando la tuvo a una altura considerable, cambió la dirección del movimiento y la lanzó contra un conjunto de rocas que asomaba a su izquierda. Un sonido sordo acompañó al impacto y el animal quedó inmóvil.

Árgoht corrió hacia el lugar en el que había caído seguido de cerca por Preas. El meledino se arrodilló junto al cuerpo y comprobó que seguía vivo. El guerrero alzó su espada, dispuesto a darle el golpe de gracia, pero Árgoht se lo impidió.

—¿Qué haces? Hay que matarlo.

—¿Por qué? Solo es un animal.

—Ha intentado matarnos.

Mai intervino.

—Solo ha hecho aquello para lo que Gan lo creó. No es su culpa.

Con un tirón, Árgoht extrajo la daga. Se había clavado en el músculo, pero no muy profunda, por lo que no sangraba demasiado. Sobreviviría.

—Mañana podrá hacer lo mismo con cualquier otro. Es nuestro deber acabar con ella.

El hechicero se encaró con él al tiempo que le devolvía su daga.

—Tu deber no tiene nada que ver con la muerte de un animal inocente, Preas. Tienes cosas más importantes con las que comprometerte. Este animal seguirá con su vida para completar su camino, ayudando a mantener el equilibrio de la Madre.

Árgoht se detuvo un instante, sorprendido por lo que acababa de decir. Equilibrio. ¿Por qué aquella palabra tenía ahora otras connotaciones para él? «La piedra debe ser protegida. El equilibrio se ha roto». Siempre había pensado que la clave de aquella frase estaba en «la piedra», pero ¿y si lo importante, lo realmente grave, era el Equilibrio?

Preas se dio la vuelta, sin percatarse de la inquietud del hechicero.

—Haz lo que quieras, amigo, solo es un estúpido animal. Pero sigamos avanzando, pues no quiero estar en los alrededores cuando recobre el sentido.

Árgoht se puso en marcha y, cuando pasó junto a los cuatro soldados, más aterrados que Mai, se detuvo ante ellos.

—Marchaos.

Los cuatro se quedaron estupefactos.

—¿Cómo decís?

—He dicho que os vayáis. No hacéis nada aquí. Debíais haber estado alerta y haber detectado a esa criatura antes que ella a nosotros, pero preferís perder el tiempo protestando y quejándoos. Largaos de aquí.

Preas intervino entonces.

—Árgoht, tranquilízate —miró a sus hombres—. Pero tiene razón. Si no vais a comprometeros con lo que hacemos, os iréis ahora mismo. Podría haber muerto alguien hoy. No os lo permitiré.

—Pero...

—Sin peros, soldado, no olvides con quién estás hablando. ¿Qué haréis?

Los cuatro se miraron entre ellos y a Árgoht, que seguía plantado allí con cara de pocos amigos. Por fin, uno de ellos, llamado Resqa, dio un paso al frente.

—Iremos con vos, majestad, y cumpliremos nuestro deber. —Los cuatro, como si

lo hubieran ensayado, hincaron una rodilla en tierra—. Disculpádnos por nuestra negligencia. No volverá a suceder.

A partir de ese momento, los cuatro soldados cambiaron de actitud. La selva se les había aparecido como lo que en verdad era: un cúmulo de maravillas y peligros. Se dispusieron dos en vanguardia y dos en retaguardia, protegiendo sobre todo a su rey, una vez hubieron terminado de aceptar su situación. Árgoht se dio cuenta de que, a pesar de vivir junto a ella, no conocían la selva en absoluto y que los angoranos habían desarrollado una existencia de espaldas a su mayor fuente de riquezas. Madera, agua, alimentos... Aquello era un vergel casi inexplorado en el que apenas habían puesto el pie.

Cuando ya la tarde comenzaba a dar síntomas de agotamiento y el sol se volvía rojizo para dar la bienvenida a la noche, Mai se detuvo, obligando a los demás a hacer lo mismo.

—Estamos cerca —dijo—. Un poco más al este encontraremos una pequeña colina. Tras ella, está la aldea de Anteri'zá. Aunque sigamos ahora, no llegaremos antes de que caiga la noche. Los azules son muy supersticiosos, así que si aparecemos al amparo de la oscuridad, nos tratarán como demonios de las sombras y tratarán de matarnos.

—Si el azul hubiera venido con nosotros todo habría sido más fácil —protestó Resqa.

—No hubo manera de convencerle. Está seguro de que aquí solo encontrará la muerte.

Montaron un pequeño campamento y encendieron una fogata con la que preparar algo de cena. Lo hicieron sin temor a llamar la atención, pues Mai les garantizó que los jiurus nunca abandonaban los límites de su aldea durante la noche. Tras la comida, todos se dispusieron a descansar. Árgoht permaneció despierto aun cuando todos los demás ya dormían. Mai lo hacía algo apartada, fiel al comportamiento que había mostrado hasta ese momento, intentando evitar en la medida de lo posible el contacto con los hombres. Árgoht se preguntó si sería debido a su falta de costumbre a la hora de tratar con el sexo contrario o por una simple sensación de superioridad.

Se puso en pie, se arrebujó en su capa y se alejó un poco del campamento. Su visión mejorada le permitía orientarse con facilidad, a pesar de la escasa luz que se filtraba a través del tupido manto de hojas que formaba la cúpula de la selva. Enseguida encontró que el terreno ascendía formando una colina a la que subió sin dificultad.

La cima estaba despoblada, lo que le permitió observar cuanto le rodeaba mejor que desde abajo. Miró hacia el Sureste, tratando de encontrar una pista sobre lo que se encontrarían al día siguiente. Vio la colina que les había descrito la ganetorei y, de pronto, un escalofrío recorrió su columna vertebral. Entre las densas sombras de la noche, iluminado por la luz de las estrellas una vez que superaba las copas de los árboles, percibió la textura inconfundible de varias columnas de humo que nacían allí

donde debía estar la aldea de Anteri'zá.

El instinto le decía que lo que encontrarían al día siguiente sería digno de protagonizar pesadillas.



«Solo el tiempo pone y quita méritos».
Dicho popular angorano.

La mañana llegó inclemente y descubrió a Ulea aterida y dolorida a partes iguales. A duras penas había conseguido levantarse de su cama y se dirigía arrastrando los pies hacia la salida norte de la ciudad, dispuesta un día más a comenzar su dura jornada de trabajo.

La noche anterior había regresado el capitán después de haberle dejado dos noches de descanso, a saber por qué motivos. Pero la tregua duró poco. La noche anterior se había tendido en su lecho, incapaz de hacer ningún gesto para defenderse de aquel monstruo sudoroso. Quería que todo terminara cuanto antes y se fuera por donde había venido. Pero cuando terminó y por fin se quedó sola, se sintió incapaz de encontrarle fin a aquella situación. El día siguiente sería igual, y el otro y el siguiente, sin saber dónde estaría el fin de aquella tortura. Después de eso, lloró sin cesar durante horas, o días, o años. No lo podía saber. El hecho era que al día siguiente tenía tan mal aspecto que sus compañeros de jornal le preguntaron con disimulo qué le había ocurrido. Consiguió contarles un poco y fue tal el desahogo que le supuso hacerlo que las lágrimas dieron paso a una furia fría, quizás contagiada por sus nuevos amigos.

De entre todos aquellos que salían cada mañana hacia los campos de la zona norte hasta la ribera del Man-Oron, los únicos con los que hablaba eran el joven Lopse, fogoso e irascible, que había perdido a toda su familia en la invasión, y Errea, un hombre casi anciano que caminaba medio doblado debido a una lesión en la espalda. Era el que peor lo pasaba con el trabajo en el campo y llegaba al final de la jornada con aspecto de ir a morir allí mismo.

Ulea salió de su hogar y miró al cielo que clareaba. El barrio de los comerciantes comenzaba a ponerse en movimiento y pudo ver a varios vecinos y amigos, con la misma mirada perdida y angustiada que ella, dirigirse a mantener viva una ciudad que ya no les pertenecía. En cada calle, los numerosos guardias vigilaban sin cesar que todos respetaran las nuevas reglas que les habían impuesto.

—No olvidéis quién os da de comer ahora —dijo uno alzando la voz—. Deberíais estar agradecidos de seguir con vida y en vuestras casas. Debéis agradecerse a Tarkon Anan y la orden, tenedlo siempre presente. Vuestras vidas son ahora de la orden. Seguid con ellas y haced de Angôr'an la gran ciudad que siempre fue. ¡Moveos!

Aquellas arengas eran continuas a lo largo del día. Aquel Tarkon Anan debía tener muy claro que tarde o temprano la población se asentaría, se acomodaría en su nueva situación y acabarían aceptándolo como líder legítimo. Ella esperaba no vivir lo suficiente como para ver a aquel desgraciado que había asesinado a sus padres, y a muchos otros padres y madres, maridos e hijos, aceptado como rey, querido como lo había sido la familia Mor durante generaciones. Solo de pensarlo se le ponía la carne de gallina.

Tuvo que atravesar el Barrio del Mercado, apenas afectado por los incendios, para llegar a la entrada norte de la ciudad. Por el camino solo vio ancianos, niños y mujeres montando los puestos de venta cada vez más vacíos. Obligar a los tenderos a hacerlo cada día, cuando el comercio se había paralizado en todo el reino, era hacerles perder el tiempo y la moral. A ella le deprimía, por lo que llegaba de muy mal humor al lugar donde le esperaban sus compañeros.

Saludó con pocas palabras y algo debió ver Lopse en su expresión, pues adivinó a la primera qué le pasaba.

—¿Lo ha vuelto a hacer? —le preguntó mientras recogían sus herramientas del carro que les esperaba una vez llegados al campo de trabajo, como cada día. Ulea guardó silencio pero él pudo leer la respuesta en su mirada—. ¡Maldito engendro!

Los nudillos del muchacho se pusieron blancos en torno al mango del rastrillo que le habían asignado. En contraste, su rostro se encendió.

—¡Lopse! Tranquilízate —le dijo Ulea en un susurro—. Vas a hacer que nos maten a todos.

Ulea comenzaba a temer que el chico perdiera los nervios. Una pareja de guardias se acercaba hacia ellos.

—¡Vosotros! ¡Basta de cháchara! Poneos en marcha.

Lopse miró a aquellos hombres y Ulea estuvo a punto de entrar en pánico. El odio que reflejaba su mirada podía desencadenarse en cualquier momento. Errea se puso nervioso también.

—Lopse, por favor, contrólate.

El joven miró a su compañero y trató de coger aire un par de veces antes de volver a hablar.

—Tranquilos, que no tengo intención de suicidarme.

Aflojó la tensión sobre el rastrillo y se puso en movimiento, apartando con gestos bruscos a Errea. Los dos soldados llegaron un instante después y tanto Ulea como Errea siguieron el ejemplo de Lopse y se dirigieron hacia los campos que les correspondían sin osar alzar la mirada hacia los guardias.

El grupo que acompañaba a Ulea lo formaban una treintena de personas y siempre los mantenían distanciados para que no pudieran hablar entre ellos. Cada uno tenía asignada una parcela en la que trabajar y, si surgía alguna tarea en la que era necesaria la participación de varias personas, siempre había un guardia vigilando lanza en mano. A pesar del agobio que suponía aquella presencia constante, Ulea se consolaba pensando que al menos no tenían los pies atados.

Por un momento se imaginó a toda aquella gente alzando sus herramientas de trabajo, azadones, rastrillos, hoces y punzones, contra aquellos hombres vestidos con negras armaduras y dando rienda suelta al odio que había visto en la mirada de Lopse. Los imaginaba muriendo de forma cruel, con miembros seccionados, mientras su sangre regaba los mismos campos que ahora cultivaban. Una sensación embriagadora le recorrió la espalda y casi se atrevió a sonreír.

Después se miró las manos, callosas y doloridas al término de unos brazos flacos y débiles, muy poco aptos para la pelea y supo que aquellos sueños nunca se harían realidad. Tenía que reconocer que era una mujer frágil que nada sabía de la guerra.

Se detuvo un instante, embargada por la pena y la soledad. No solo sus padres habían muerto durante la invasión. Aunque nadie sabía de su relación, el hombre del que estaba enamorada también había caído ese primer día atroz. No lo había visto morir por sí misma, pero pronto supo que estaba contado entre los muertos. Ni siquiera había visto su cadáver. Podía estar entre las pilas de cuerpos que habían sido quemados frente a las murallas y cuyas llamas habían alumbrado la noche durante muchas horas como una amenaza latente, como debían haber sido las llamas de su corazón enamorado. Ni siquiera sus padres habían conocido la existencia de ese amor, pues aún no había encontrado el momento de comunicárselo. Ellos eran comerciantes y tenían una buena posición, así que esperaban que su hija eligiera un buen marido con el que desposarse y ya estaba en edad para ello. Su madre se lo había insinuado ya en algunas ocasiones y Ulea estaba deseando contárselo, pero sabía que tenía que esperar, encontrar el momento adecuado, a pesar de que era tal su sentimiento que deseaba dejar estallar su corazón para empapar a todos con él. Ahora era demasiado tarde. Ahora no había nada que contar ni nadie para escuchar.

Ahora solo sentía la muerte en sus venas y, en vez de sangre, su corazón palpitaba alimentado con odio y furia. Se había planteado en alguna ocasión saltar desde la muralla con la cabeza por delante, acabar con la pena y el sufrimiento, pero entonces se quedaría sin probar su venganza. Quería ver la cabeza del capitán clavada en una pica, y para eso necesitaba seguir viva y soportar aquel tormento, aunque era consciente de que era un sueño más con muy pocas posibilidades de ver cumplido.

Pero soñar estaba permitido y en su sueño eran aquellos cuerpos negros los que ardían en las piras, aquellos hombres oscuros los que iluminaban la noche.
Con más rabia que nunca, volvió a clavar su azada en la tierra inocente.



«La ambición es el arma más poderosa de los grandes hombres.
Nada hecho en su nombre puede considerarse un error».
Po'karatan. Anónimo.

Los dos días que duró la visita de Shera Ante'i a Angôr'an se hicieron eternos para Tarkon. La maestra insistió en supervisar y pasar revista a cada pequeña cosa. Cada decisión que él había tomado fue cuestionada y replanteada, como si todo su trabajo allí hubiera sido provisional, a la espera de una confirmación. El Oscuro sintió más deseos que nunca de irse, ponerse al frente del ejército y perderse en el fragor de la batalla, lejos de aquella ciudad y de las obligaciones que su presencia le suponían. Se preguntó si la maestra estaría haciendo aquello con el único interés de pisarle, de minar su autoridad sobre sus hombres. Tuvo, incluso, la osadía de presidir una sesión de justicia en varios casos de delitos menores y faltas contra la autoridad recién establecida por la orden. Tarkon estaba siendo duro con quienes se les enfrentaban como mecanismo para establecer una autoridad firme, pero Shera Ante'i mandó a ahorcar a todos cuantos fueron juzgados sin miramientos de ningún tipo, casi sin escuchar sus casos. Y lo hizo con una sonrisa en los labios. Para él solo era mano de obra que nunca podría reponer, eliminada para mera satisfacción de la Maestra.

Ahora que por fin se iba, Tarkon sentía que volvía a respirar tranquilo. La comitiva estaba reunida a los pies de la muralla a la espera de que Ante'i diera la orden de partir. Se había vestido con un recargado vestido negro de la cabeza a los pies, lo que sumado a su piel oscura le daba un aspecto similar al de un ave de rapiña.

—Estás haciendo un buen trabajo en nombre de Kares, nuestro señor, Anan — dijo mientras un lacayo la ayudaba a subir a su enorme caballo—. Sigue así.

—Gracias, mi señora. Lo hago con toda humildad.

—No olvides tu nuevo cometido. Quiero novedades pronto.

Y así, sin una palabra más, puso en marcha a su animal. Tras ella, el séquito al completo. Tarkon los vio alejarse por el camino levantando polvo hasta que se perdieron tras una colina en dirección sureste. Alzó la mirada un poco más allá, hasta la oscura línea verde que formaba la selva al encontrarse con la llanura de Angôr. Sintió el peso del encargo que la maestra había puesto sobre sus hombros como una losa. Despertar a uno de los Cinco era algo serio, no una misión cualquiera, a pesar de lo cual no quería descuidar la conquista. Sintió el peso del colgante que Shera había llamado Gohelanort como algo ajeno a él, a pesar de no llevarlo encima, pues esperaba a buen recaudo en una caja metálica que reposaba impasible sobre la única mesa de su dormitorio.

Los Cinco Hijos de Kares. ¿Era en verdad posible? El Po'karatan hablaba de ellos en detalle como las cinco entidades que habían ayudado a Kares durante la Guerra Infame que había provocado su destierro eterno. Los Cinco habían caído pero decía el libro que, como había pasado con su señor, sus esencias quedaron ancladas a Thera y, en teoría, era posible devolverles la vida. Tarkon no se podía explicar cómo era posible que hubiera uno tan cerca de Mügero y que los maestros de la orden no lo hubieran detectado antes. Algo estaba cambiando. El mundo estaba se estaba moviendo.

De regreso a su habitación, seguía dándole vueltas a estas cuestiones. Se quitó la máscara y se sintió más relajado. Empapó un trapo con agua fresca y se tendió en la cama con él sobre el rostro caliente. A veces temía que nunca desapareciera aquella comezón. Nunca se había arrepentido del sacrificio que había hecho para demostrar su amor y lealtad a Kares y aquel dolor que sentía solo lo reafirmaba.

Desde que había ingresado en la orden, se había sentido atraído por el entrenamiento militar. Siempre descuidaba sus estudios con tal de pasar más tiempo con los maestros de armas. Conocía su historia, pero no se sabía de carrerilla todos sus detalles, fundadores, héroes y demás, como sí hacían varios de sus compañeros. Su vida era la espada, cuya llamada sentía cada día, a cada hora, pidiéndole que la empuñara, que hendiera con ella el aire a su alrededor y, a ser posible, la carne de algún rival. Odiaba los monigotes de entrenamiento y siempre que podía buscaba personas reales a las que enfrentarse.

Durante muchos años, su experiencia en combate se había limitado a pequeñas incursiones en aldeas y puebluchos en los que tenía que disfrazarse para no delatar a la orden, cuya actividad había estado indigna e injustamente prohibida. Solo ahora había podido saberse útil para Kares al ponerse al frente de sus ejércitos. Talder'an debía ser su objetivo y no distraerse en una búsqueda vana en pos de un mito cuya existencia ni siquiera estaba confirmada.

Tarkon se irguió de pronto. Aquello rozaba la blasfemia. Se puso de rodillas en el suelo ante la chimenea, se quitó el guante de su mano izquierda, cogió un pedazo de brasa con la mano enguantada y presionó el carbón al rojo contra la palma desnuda.

Tuvo que contener un grito mientras el calor quemaba su carne elevando hilachas de humo. Cuando ya no pudo más la soltó y gritó. Lo hizo con todas sus fuerzas con la mano alzada al cielo, mostrándole a su dios la penitencia autoinfligida como compensación por sus pensamientos impuros. Sí, haría lo que la maestra le había pedido. No podía negarse. Su deber era para con la orden, pero no podía descuidar la conquista. Ese era el verdadero designio de su dios: extender su Palabra entre los ignorantes. Demostrar su poder y recuperar su lugar en la historia. En ese momento alguien tocó con suavidad en la puerta.

—¿Qué? —gritó.

—Mi señor —era Gere su sirviente más cercano, que le hablaba con voz temblorosa—, ¿estáis bien?

—¡Qué venga Kijl! ¡Ahora!

Tarkon escuchó los pasos apresurados del hombrecillo alejarse por el corredor, seguramente contento de no haber tenido que entrar en el dormitorio.

Cumpliría la orden dada por Shera Ante'i, pero no tenía ninguna intención de jugarse la vida en la selva ni dejar de lado aquello por lo que tanto había luchado.

Un rato después, un nuevo golpe en la puerta, más firme, le indicaba que Kijl había llegado. Tarkon había recuperado el control, se había vendado la mano y había vuelto a enfundarse el guante. Se sentía mejor. El fuego purificaba su alma y traía paz a su espíritu. La máscara volvía a ocultar sus rasgos. El Oscuro.

Dio orden a Kijl de que entrara.

—Mi señor...

El asesino se cuadró ante él, con las manos a la espalda y se quedó allí, rígido como una estatua. Lo que estaba a punto de hacer podía costarle su puesto y hasta su vida, pero proyectó su mente hacia el futuro cercano y se vio a sí mismo deambulando por la selva en busca de una quimera, de un mito, sin dirección ni destino, con los mosquitos y el calor, sudando tras la oscura máscara... Y aquello terminó de convencerle.

Sin decir nada, sacó una pequeña llave y abrió la caja que guardaba el Gohelanort. Kijl lo observaba sin abrir la boca. El objeto le pareció una baratija sin ningún brillo ni valor. La piedra negra no era sino eso, una piedra. Entonces se dio cuenta de algo que no había percibido antes: en su centro flotaba un pequeño punto de luz que parecía fluctuar con parsimonia. Aquello debía de ser lo que Shera Ante'i había visto en ella, el cambio que le había dado a entender que el objeto arcano se había activado. Por un momento lo sostuvo así, ante sus ojos, hasta que recordó que su subordinado le observaba.

—Este objeto se llama Gohelanort. Es más valioso para la orden que tu vida o que la mía. —Se lo tendió y Kijl lo tomó con recelo—. Te lo entrego para que te hagas cargo de una de las más importantes misiones que tendrás que cumplir jamás.

Tarkon hizo una pausa teatral buscando una respuesta en el oficial, pero esta no llegó. Se quedó esperando con el objeto sobre la palma extendida.

—Con él encontrarás a uno de los Hijos de Kares.

A esas palabras sí reaccionó Kijl. Supo por el temblor de su mano que estaba a punto de dejarlo caer.

—Perderlo, romperlo o no cumplir el cometido será la muerte para ambos. Préstame mucha atención.



«Considerar ignorantes y atrasados a los nativos de un lugar conquistado suele ser un error que se paga muy caro».
Pueblos perdidos, capítulo tres. Arthor Erih.

Digyo no terminaba de acostumbrarse a escuchar en su cabeza pensamientos que no eran los suyos, pero desde que aquello había comenzado, sentía una satisfacción permanente que nunca antes había experimentado. Se sentía un hombre nuevo, lleno de vida fresca y poderosa. Sentía que estaba ejecutando los dictados de un dios y no había un mayor honor, un mejor objetivo en la vida. Estaba seguro de que no.

Al principio le habían sorprendido las cosas que le pedía que hiciera, pero poco a poco fue entendiéndolo todo, cómo cada muerte y sacrificio encajaban en el plan. Cuando se hubo convencido de que todo era necesario se entregó sin dudas ni vacilaciones a ejecutar cuanto aquella voz en su cabeza le pedía. En ocasiones sentía que le iba a estallar y tenía ganas de golpearse con una piedra para sacarla de allí, pero después pensaba en el poder que le había otorgado y asumía el dolor como el precio que tenía que pagar.

Salió de su cabaña y observó cuanto lo rodeaba. El pueblo estaba casi en ruinas, y el humo empañaba la luz del sol recién salido. Pero él no temió caminar entre la ceniza con su enorme cuchillo ritual. Estaba desnudo y una extraña pintura roja decoraba gran parte de su cuerpo. Su mirada era la de un hombre determinado y de férrea voluntad.

Se dirigió hacia el centro del pueblo atravesando densas nubes de humo. El suelo de tierra de la aldea se había convertido en un mar de cenizas calientes, pero nada de aquello tendría importancia a partir de aquella noche. Ese día se completaría la llamada y él recibiría su recompensa. Había tenido que matar a muchos, amigos y

familiares incluidos, pero esa noche merecería la pena. Nada importaba excepto ejecutar la llamada.

En el centro del poblado había instalado un altar con toscas piedras traídas de la montaña, en el que habían celebrado docenas de asesinatos rituales cada cual más grotesco y estimulante. Ese día las muertes no serían allí.

La estatua que había encontrado en el linde de la aldea estaba ahora situada junto al altar, observándolo todo, dándole su beneplácito. Había cambiado de forma varias veces en los últimos días. Al principio le parecía que solo eran imaginaciones suyas, pero poco a poco se fue convenciendo de que no era así, de que en efecto la imagen de su nuevo dios sufría cambios sutiles y radicales.

Ante el altar, amarradas por las muñecas, esperaban arrodilladas cinco mujeres jóvenes desnudas. Ni siquiera les habían permitido llevar las prendas mínimas, pues las necesitaba puras ante los ojos de su dios. Todas lloraban y gritaban aterradas, pero eran sometidas con fuerza por varios hombres que se habían convencido de la verdad que traían las palabras de Digyo. No había sido difícil. Cuando les había hablado de Él, de su poder y su gloria, lo entendieron enseguida. Digyo sospechaba que su cuchillo bañado de sangre les había ayudado a tomar la decisión correcta. No le importaba. Lo importante era que no estaba solo en aquella empresa.

Lo más duro había sido matar al anciano Gredji y a Selha, pero ellos habían sido los primeros, lo que le dio autoridad sobre todos los demás. Muchos le gritaban que era un loco y un asesino, pero él sabía que nada de aquello era cierto. Sabía que hacía lo correcto, lo necesario.

Con un gesto de la mano, ordenó a sus hombres que pusieran en pie a las mujeres, que lloraban y balbuceaban sabiendo lo que estaba a punto de suceder. O creían saberlo. Las había dejado para el ritual final porque eran las que estaban consideradas más puras por ser las más jóvenes. Había tenido que enfrentarse a sus padres y maridos, pero no había sido un problema acabar también con ellos. Su dios le había otorgado una fuerza fruto de la convicción que nunca habría imaginado siquiera. Ninguno de los que habían sido sus vecinos había podido hacerle frente.

Se pusieron en marcha y se dirigieron hacia las montañas cercanas, cuyas primeras estribaciones comenzaban nada más salir de los límites de la aldea. Eran picos bajos, poco más que colinas de piedra gris y negra, más antigua, según decía el viejo Gredji, que el primero de los hombres. Los hombres de Digyo empujaban a las incrédulas mujeres y les conminaban a seguir avanzando para que no se rezagaran hasta que llegaron al pie de las primeras elevaciones y comenzaron a ascender por un estrecho sendero. Se dirigían a la Cueva de Art, un lugar en el que todos ellos habían pasado ratos muy agradables en compañía de sus familias. Las mujeres entendían cada vez menos, pero él lo tenía todo muy claro.

Había conseguido que ocho hombres se pusieran de su parte. Eran buenos guerreros y fieros luchadores, por lo que los demás habían ofrecido poca resistencia. Entre los nueve, habían sometido con facilidad al resto del pueblo. No podía asegurar

que no hubiera escapado ninguno, pero ya no importaba. El ritual estaba a punto de completarse y todo lo demás sería irrelevante a partir de ese momento. La voz de su cabeza había sido muy clara al respecto.

Tras un buen rato de ascenso por un sendero desigual y pedregoso llegaron a la cueva. Era una amplia gruta dominada por un lago subterráneo de aguas cálidas en el que su pueblo se bañaba y disfrutaba de sus ratos de ocio. Siempre había sido un lugar de regocijo y encuentro, pero aquello iba a cambiar. Más de uno había salido de la cueva diciendo que había sentido cosas extrañas, sobre todo el que iba solo, y siempre había habido rumores sobre espíritus que habitaban allí. Las leyendas más antiguas hablaban de que el espíritu de la montaña habitaba en aquella gruta, lo que les hacía sentirse protegidos en ella, como si esa presencia les acunara en su pétreo seno. Todo había resultado cierto.

Digyo ordenó a sus hombres que situaran a las mujeres al borde del lago mirando hacia la pared del fondo de la cueva, aquella más alejada de la entrada, de espaldas a él. La calidez del agua hacía brotar pequeñas y juguetonas volutas de vapor de la superficie. Los laterales se perderían entre las sombras de no ser por las antorchas que había instalado cada pocos metros y que hacían que la gruta estuviera bien iluminada. El fondo de la caverna, sin embargo, parecía velado por un denso manto de oscuridad que ocultaba sus detalles. El aire estaba espeso y se oía la muerte en él.

Obligó a las mujeres a arrodillarse sin dejar de gemir y llorar. De pronto, una empezó a tambalearse. Digyo maldijo para sí y supo que estaba a punto de desmayarse. De un salto se puso junto a ella para evitar que cayera al agua. Sería la primera.

La aferró por los cabellos y comenzó a recitar unas extrañas palabras que resultaban graves y desagradables entre sus labios. Sabía que no las había aprendido de ninguno de los ancianos, que ninguna garganta jiuru había pronunciado palabras como aquellas jamás. Era la voz de su nuevo dios, el lenguaje de sus pensamientos. Era un honor para él poder pronunciarlo aunque no entendiera su significado más profundo. Con un movimiento fugaz, degolló a la joven, casi inconsciente ya, y la inclinó hacia delante para que el torrente de sangre que brotaba de su cuello cayera al lago. Disfrutó viendo cómo el espléndido río rojo se mezclaba con las oscuras aguas. Las otras mujeres gritaron más alto que nunca y trataron de escapar, pero los demás guerreros se lo impidieron y, a base de golpes, las fueron situando de nuevo en su sitio para que Digyo pudiera ir haciendo lo mismo con cada una de ellas. Tras recitar las palabras apropiadas, las fue degollando una por una. Pronto, los cinco cuerpos reposaban inanes sobre la superficie del lago y una gran mancha roja se desplazaba por el agua hacia la gran pared de roca del otro extremo del lago.

Se hizo el silencio en la gruta. El único sonido que se escuchaba era la agitada respiración de Digyo, que reverberaba entre las paredes. Estaba ansioso por presenciar la culminación de su misión. No sabía cómo iba a ocurrir, qué iba a experimentar a continuación y esa expectación le llenaba de una extraña agitación.

Los demás empezaban a asustarse.

La mancha roja llegó hasta la base del muro y el jiuru contuvo la respiración. De súbito, un viento cálido se levantó en torno a los presentes y a los pocos instantes igual que había empezado, cesó.

Ante los ojos anonadados de Digyo comenzó a desarrollarse el espectáculo más sobrecogedor y fascinante que había visto jamás.

La roca estaba sangrando.



«Hombre mandado, recado nunca dado».
Dicho popular angorano.

Kijl sabía, y le regocijaba aquel conocimiento, que a Tarkon le había resultado molesto tener que enviar a uno de sus mejores hombres a aquella imprevista misión. Ese pensamiento hacía que aquel viaje estúpido no le reventara tanto. Sabía que era una tontería, pero no tenía otra cosa. Al menos había podido escoger él mismo a sus hombres y se había rodeado de los más aptos y fieles.

El Gohelanort estaba bien escondido entre los pliegues de su ropa y lo consultaba cuando creía haber perdido la dirección correcta. El objeto le provocaba repulsión, pues sentía en él una vibración extraña y ajena que no entendía.

Y él tenía por costumbre eliminar aquello que no entendía, con tal de no tener que pensar en ello.

En más de una ocasión en los dos días que llevaban ya en la selva había estado tentado de separarlo de su cuerpo y tirarlo tan lejos como pudiera, pero sabía que ello supondría su muerte y el Oscuro se lo había dejado muy claro antes de salir.

«Este objeto es una de las posesiones más valiosas de la orden, Kijl», le había dicho, «así que si lo pierdes, lo rompes o le das mal uso, me encargaré en persona de que te arrepientas durante mucho tiempo». Kijl sabía que Anan le tenía aprecio y respeto, pero en ese momento creyó a pies juntillas que la amenaza era real. Si a alguien era fiel Tarkon Anan era a la orden, y una misión valía más que cualquier vida o sentimiento. Él lo sabía, y por ello escondió el objeto incluso de la vista de sus hombres, aunque siempre donde pudiera verlo él con facilidad, ya que serían sus cambios los que le dirían si se hallaban en la dirección correcta. Le había dicho que tenían que dirigirse hacia el Sureste, y eso hacía desde el primer momento. En dos

ocasiones se habían desviado por error hacia el Norte y había percibido cómo el color del Gohelanort cambiaba, con sutileza al principio y de forma más notoria a medida que se alejaban del destino, hasta que recuperaban la ruta que suponían que era la más correcta. Sin saber cuál era su destino, le irritaba mucho viajar a ciegas en busca de un objetivo incierto. Podía pasarse semanas dando vueltas sin encontrar nada, pues no disponía de pista alguna sobre aquello que buscaba. Tarkon le había explicado que el Gohelanort le serviría para localizar y someter a una especie de espíritu, sin más detalles, y eso era algo que le inquietaba. Él era un hombre de armas. La espada y la sangre eran su lenguaje. Los asuntos de bujería y espíritus no le provocaban más que desconfianza. La selva estaba resultando un enemigo como pocos a los que se hubiera enfrentado antes. Cada vez más densa cuanto más al Este, ya habían perdido a un hombre, muerto por la picadura de un insecto que ni siquiera habían llegado a ver. Simplemente, en un momento estaba bien y al siguiente estaba tendido en el suelo, con las manos y los pies negros e hinchados y los ojos a punto de saltarse de sus órbitas. En unos minutos había dejado de respirar. Dejaron allí su cuerpo y siguieron adelante entre maldiciones y más rápido que antes. Algunos comenzaron a pensar que era un lugar maldito, pero Kijl se encargaba de recordarles que aquello era obra de Kares y peor maldición sería su ira si no cumplían la misión.

Durante toda su vida había creído con devoción en el poder del Dios de la Oscuridad y hasta el momento le había ido bien. Tenía una buena posición dentro de la orden y era bien considerado por sus superiores. Era feliz allí donde la vida le había puesto y era gracias a Kares, la Sombra entre las Sombras. Kijl podía sentirlo a su alrededor entre aquellos árboles y por eso no temía nada de lo que le pudiera ocurrir. Sí, aquella selva era obra suya. El barro que pisaba, las ramas que agitaban su cabello... Todo cuanto lo rodeaba.

Caía el ocaso del segundo día de viaje y, cuando estaba a punto de ordenar un alto para acampar y pasar la noche, notó que el objeto en su bolsillo se calentaba. Su corazón se aceleró. Extrañado, lo sacó con mucho cuidado. Había comenzado a brillar. El resplandor era tan intenso que no pudo evitar que sus hombres lo vieran. Debían estar muy cerca. En el fondo de su ser había deseado que no dieran con la criatura, que todo fuera un error de la Muy Grande.

A los pocos minutos encontró una pequeña elevación rocosa y comenzó a ascender con el Gohelanort en la mano alumbrando el camino con una luz violácea que casi lo deslumbraba. Descubrió que aquellas piedras formaban las estribaciones de una pequeña cadena montañosa de escasa altura y pronto dejó atrás algunos de los árboles más grandes y se abrió ante él el cielo plagado de estrellas. Gracias a ellas supo que se había desviado más al Sur de lo que había pensado, aunque no podía estar seguro. Pero lo importante no era lo que tenía sobre su cabeza, sino lo que se abría bajo sus pies. Muchos metros más abajo, en un pequeño valle que formaban aquellas estribaciones, pudo ver el fuego que ardía en varias hogueras lanzando un denso humo danzante hacia la oscuridad. No podía distinguir actividad a su alrededor,

pero allí estaba lo que habían ido a buscar.



«Hay sombras que ni siquiera Gan es capaz de disipar».
La sabiduría de Gan en pocas palabras, capítulo cinco. Treos
Calicefa.

El amanecer llegó estático y denso. Árgoht sintió como si toda la humedad del aire se hubiera concentrado en la bruma que los rodeaba, oprimiéndole el pecho. No le gustaba esa sensación.

No había conseguido pegar ojo en toda la noche, a pesar de que sentía que debía descansar. No había querido entrar en trance porque se hallaba en plenas condiciones y quería permanecer lo más alerta posible, pero el sueño se le escapó como aquella misma bruma se escapaba entre sus dedos.

Preas y los demás también se levantaron de mal humor, quejándose de que habían dormido mal y con sueños extraños. Aquello hizo al hechicero alegrarse de no haber podido conciliar el sueño porque, si ellos habían tenido pesadillas, solo la Madre sabía qué habría visto él. Aquella región emanaba una energía extraña.

Después de un desayuno ligero y silencioso, se pusieron en marcha. Árgoht deseaba llegar a Anteri'zá lo antes posible, pues intuía que la aldea era el epicentro de aquella fuerza que percibía. Mai volvió a tomar las riendas del grupo y emprendió la marcha con paso decidido. En su ceño fruncido el meledino detectó su inquietud, quizás porque ella misma sentía algo fuera de lo normal. Discretamente, se puso a su lado.

—¿Qué os preocupa tanto?

Mai miró al hechicero.

—He venido hasta aquí en múltiples ocasiones y nunca me he encontrado nada como esto. —Alzó la mano señalando la niebla—. No me gusta.

—¿Debemos temer algo de los azules?

—Hasta hoy, no. Pero algo ha cambiado en el aire. Me temo que las personas que encontraremos detrás de esa colina sean desconocidas para nosotros.

Árgoht no preguntó más y se limitó a caminar junto a la joven. De pronto sintió una leve punzada en la sien acompañada de una pulsión en la espalda, donde Êralin descansaba colgada en su funda. Aquello lo inquietó más que la bruma, el humo y las palabras de Mai. La espada sentía algo y eso solía significar malas noticias.

La bruma se fue despejando y poco a poco pudieron apreciar cómo la selva comenzaba a aclararse y a apreciarse signos de presencia humana en ella: marcas en los troncos, zonas desbrozadas... Se acercaban a Anteri'zá bordeando la colina que Mai les había indicado la noche anterior y el silencio era una losa sobre toda la zona. No se escuchaba ninguno de los sonidos que los habían acompañado en los últimos días bajo la fronda. Ni pájaros ni insectos parecían habitar allí. Árgoht desenfundó a Êralin sin saber muy bien por qué y enseguida se sintió mejor. Ya apenas sentía el torrente de energía que inundaba sus venas cuando asía su empuñadura, acostumbrado a él después de tantos años juntos. Pero seguía siendo revitalizante y su percepción de cuanto lo rodeaba mejoró.

Un grito surgió de entre la bruma. Todo el grupo se tensó. Se prolongó unos instantes y fue decayendo en intensidad hasta que desapareció por completo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de los soldados en un susurro, nervioso.

Nadie respondió.

La selva se terminó de pronto. Ante ellos se abrió un inmenso claro en el que podían distinguir, a través del velo de la bruma, el resplandor de varias hogueras a punto de apagarse. De nuevo, el silencio era completo. Mai dio un paso con intención de internarse en la aldea, pero el hechicero la sostuvo por un brazo.

—No me parece buena idea. No sabemos lo que está pasando, pero no es nada bueno. Sugiero que rodeemos la aldea a ver si podemos reunir más información.

Los demás estuvieron de acuerdo y comenzaron a avanzar en dirección norte, manteniéndose al amparo de las sombras que proyectaban los altos árboles. La niebla parecía querer dispersarse a medida que el sol ganaba altura en el cielo, por lo que poco a poco iban ganando visibilidad. Sin embargo, aquello no mejoró el estado de ánimo de ninguno de ellos, pues lo que vieron les puso el corazón en la garganta. Aquí y allá, más hogueras alzaban sus llamas al cielo húmedo. No tardaron en darse cuenta de que lo que las alimentaba eran cuerpos humanos. Mai contuvo un gemido de consternación. Incluso los soldados, curtidos en la guerra y la muerte, se quedaron paralizados por un instante. Cada una de aquellas piras tenía una altura superior a la de cualquiera de ellos, por lo que Árgoht prefirió evitar hacer el cálculo de cuántos cuerpos podía haber en ellas. Pero no solo en las hogueras había cadáveres. Docenas de picas clavadas en el suelo mostraban los cuerpos empalados de hombres y mujeres por igual, desnudos y mutilados. En sus rostros se había quedado grabado un rictus de dolor que mostraba el sufrimiento que habían debido de experimentar en sus últimos

instantes de vida.

Uno de los soldados, incapaz de contener su repulsión, vomitó cuanto había comido un rato antes. Árgoht se giró para exigirle silencio. Escrutó los alrededores, temiendo que el ruido hubiera alertado a alguien, pero todo seguía en la más completa quietud.

—Esto es un maldito cementerio —señaló Preas.

Árgoht asintió con la cabeza al tiempo que daba un paso dentro del claro.

—Estoy harto de esta niebla.

Sin pensárselo dos veces, pronunció unas palabras al tiempo que extendía su mano izquierda hacia adelante. Una ráfaga de aire se elevó desde el suelo barriendo una gran superficie de hojarasca y agitando sus cabellos antes de comenzar a avanzar hacia lo que debía ser el centro de la aldea, llevándose con ella una buena parte de la bruma. El espectáculo que se abrió ante sus ojos era aterrador. Muchos más cadáveres aparecieron al retirarse la niebla. En piras, empalados, tirados por el suelo... Allí se había producido una auténtica masacre. Mai se situó junto al meledino con lágrimas en los ojos.

—Es horrible.

El aire olía a sangre, tierra mojada y putrefacción, un hedor que hizo vomitar de nuevo al soldado. Esta vez Árgoht no se molestó en llamarle la atención. El poblado estaba tan muerto como sus habitantes. Cuando estaba a punto de decir que allí no tenían nada que hacer, escucharon el sonido de un sollozo, lejano y quedo.

—¡Allí! —dijo Preas mientras señalaba con su espada hacia las colinas que se alzaban algo más al Sur y que eran el preludio de una pequeña cadena montañosa. Ascendiendo por una empinada pendiente, un grupo de personas desaparecía tras un recodo rocoso—. Ellos podrán explicarnos qué ha pasado.

—Espera —dijo Árgoht—, lo más probable es que sean los responsables de todo esto.

—Aun así, son los únicos seres con vida que hemos encontrado. Si son culpables, con más razón.

Y sin más palabras, partió en dirección a las colinas. Los demás le siguieron. Para ello tenían que atravesar la aldea, y no se plantearon si había más jirus con vida. Árgoht permaneció atento desde la retaguardia, pues no se fiaba de nada de lo que veía.

Preas se detuvo de pronto.

—¿Qué es esto, por Gan?

Ante él se alzaba una horrible estatua negra que apenas reflejaba la luz, como si estuviera hecha con carbón, pero dura como el acero. Tenía una forma difícil de definir, pero ponía los pelos de punta.

Árgoht sintió una energía densa y oscura partir de aquella cosa que parecía vibrar a su alrededor. Êralin a punto estaba de caérsele de las manos. Los dos faisanes que formaban la protección parecían querer echar a volar por su cuenta. Todos se

mantuvieron a una distancia prudencial, sintiendo en sus corazones el horror que manaba de la estatua, pero Árgoht se acercó un poco más. Por un momento sintió náuseas y un profundo malestar se instaló en su pecho. Ignorándolo, siguió acercándose hasta que la tuvo al alcance de la mano. Con un gran esfuerzo por no vomitar, estiró un brazo y, con la punta del dedo índice, tocó su superficie. Estaba fría como el hielo.

Un estallido de luz invadió su cerebro. Por sus ojos se colaron imágenes, pensamientos y recuerdos que no le pertenecían. Vidas enteras recorrieron su mente a docenas. Tan pronto como hubo empezado, todo terminó y, cuando recobró la visión, se encontraba tendido en el suelo y le dolía un poco el costado derecho. Preas se inclinaba sobre él.

—Perdona, amigo, pero no te separabas. Parecías fuera de ti.

Árgoht entendió que Mor había tenido que golpearlo para que rompiera su unión con la estatua.

—¿Qué te ha pasado?

Al hechicero le costaba respirar.

—He visto.

Preas le ayudó a ponerse en pie.

—¿El qué?

—Las almas de toda esta gente —dijo mirando a su alrededor.

—¿Cómo? —preguntó Mai, conmocionada.

—Este objeto ha absorbido las almas de los muertos que yacen a nuestros pies. Han sido asesinatos rituales. Ofrendas.

—¿Han matado a un pueblo entero solo por un ritual?

Mai cayó de rodillas, llorando.

—Era buena gente. ¿Quién podrá haberles hecho algo así?

Árgoht no tenía respuesta. Recordó al pequeño grupo que se había internado en las colinas. Ayudó a levantar a Mai.

—Vamos, ellos podrán explicarlo. No debes quedarte aquí.

A duras penas, reanudaron el camino. Llegaron hasta el pie de la colina sin que nadie les perturbara. Mai no dejaba de sollozar con cada nuevo grupo de cadáveres. Algunos cuerpos presentaban un grado de mutilación espeluznante al que no conseguían encontrar sentido.

—Rituales, ¿para qué? —le preguntó Preas. Localizaron un sendero y comenzaron a ascender por él. Era una colina rocosa plagada de musgo y hierbas bajas, pero era fácil caminar por ella.

—No lo sé, pero para nada bueno. Ese objeto es un urhiom y su función es canalizar la energía de esas vidas hacia un ser que la necesita.

—¿Qué clase de ser? ¿Y para qué la necesita?

Preas estaba muy agitado, pero Árgoht se mostró sereno al responder.

—Normalmente, para volver a la vida.

El príncipe tuvo que detenerse un instante para asimilar lo que estaba escuchando. Reunió valor para seguir preguntando.

—La brujería no es mi fuerte, amigo. ¿Se puede volver a la vida?

Preas comenzó a balbucear como un niño. El hechicero entendió de pronto que el guerrero había esperado que aquello fuera un paseo. Llegarían a la aldea, resolverían algún malentendido y volverían como si tal cosa. Nunca se planteó que lo que estuviera ocurriendo allí fuera grave o pudiera suponer un peligro para él.

Árgoht no respondió. En cambio, le instó a guardar silencio elevando su dedo meñique ante su ojo izquierdo, a la manera de los cazadores de Narmanthia. Preas cerró la boca de golpe. Habían llegado al recodo donde el grupo de personas se había perdido de vista. Ante ellos, el camino serpenteaba un poco más entre dos colinas, formando un pequeño desfiladero en ligera pendiente ascendente, hasta desembocar en la entrada de una cueva. Desde el interior, amplificadas por el eco, llegaban llantos y voces.

Árgoht avanzó un poco más rápido, temiendo llegar demasiado tarde. No había nadie protegiendo la entrada, pero él llevaba a Êralin en la mano y un hechizo preparado. De pronto se detuvo y se giró hacia Mai.

—Tú te quedas aquí.

—¡No!

—Sí. Si hay problemas, no quiero tener que preocuparme por protegerte. Quédate y busca dónde esconderte.

Mai no discutió más y se alejó por el sendero. Árgoht sabía que sabría cuidarse sola.

Con pies de plomo, tratando de hacer el menor ruido posible, llegaron a la entrada. El interior de la gruta era un espacio inmenso, mucho más amplio de lo que parecía desde el exterior. El suelo se encontraba algo más abajo, por lo que su posición estaba un poco elevada respecto a la escena que allí se desarrollaba. Con un gesto, Preas ordenó a sus hombres situarse alrededor de la entrada, pegados a las paredes de piedra y sobre unos salientes que les proporcionarían cierto resguardo.

Árgoht se detuvo a observar, incrédulo ante lo que estaba viendo: los cuerpos de varias mujeres tendidos sobre un pequeño lago de aguas oscuras, un jiuru que murmuraba una letanía y un extraño líquido que manaba de los resquicios de roca y mezclándose con el agua estancada. En ese momento, el hechicero supo que habían llegado demasiado tarde.

El agua comenzó a agitarse con violencia, salpicando el suelo de piedra como si una tormenta en miniatura se hubiera desatado ante sus ojos. El líquido empezó a arremolinarse y alzarse, negro como la noche más oscura y mucho más denso que el agua. En unos instantes se había formado un cuerpo tres veces más alto que un ser humano. El azul que recitaba cayó al suelo de rodillas enfervorizado y los demás que presenciaban la escena lo imitaron. Aunque le llegaba el sonido de su voz, Árgoht no era capaz de entender sus palabras.

—¿Qué es eso? —preguntó Preas por tercera vez, incapaz de cerrar la boca.

El ser había completado su transmutación y salía del agua. Ahora su cuerpo era una masa negra y opaca que no reflejaba la luz, como si fuera una sombra más. Tenía una forma humanoide, pero no se conseguía distinguir en él rasgos faciales, como si llevara una máscara lisa. De alguna forma, le recordaba al talhom en que se había convertido Manlor, el rey de Ereth, muchos años atrás, pero aquello era mucho peor. Aquel talhom había usado la energía del propio Manlor, su cuerpo y la sangre de Shernan Kröll como catalizador, pero este nuevo ser había asimilado la sangre de cientos de personas. Su poder debía ser indescriptible.

Entonces, la criatura habló. Aunque su voz resonó en la caverna, de nuevo Árgoht fue incapaz de descifrar su significado, pues hablaba en el idioma de los jirus, que él desconocía. Solo Mai podía entenderlo, y se había quedado fuera. De cualquier manera, no le fue difícil interpretar cuanto ocurría: el azul que había invocado al talhom se ofrecía como último sacrificio, de rodillas y con la cabeza gacha, aunque sus compañeros no parecían tenerlo tan claro y comenzaban a dar muestras de estar a punto de iniciar una sonora retirada. Al percibirlo, la criatura dio un paso al frente y, con dos rápidos movimientos, aplastó a los ocho hombres que acompañaban al líder contra las paredes de roca. El sonido de huesos rotos llegó hasta la entrada de la caverna. Después volvió a concentrarse en aquel que lo había invocado. Si lo mataba, Árgoht perdería cualquier oportunidad de conocer la verdad.

Así pues, se puso en pie, saliendo de su escondite y envainando a Êralin, muy a su pesar. En su rostro se adivinaba una determinación única. Mientras murmuraba las palabras con las que daría comienzo a lo que podía ser una larga batalla, recordó lo duro que había sido Vahall, el ser que contenía la esencia de Manlor. No podía permitirse un combate cuerpo a cuerpo, pero tarde o temprano tendría que acercarse a él. Êralin había acabado con Vahall, pero ¿tendría el mismo efecto sobre aquella nueva criatura?

Ante las manos del hechicero habían aparecido dos globos brillantes que aumentaban poco a poco su intensidad.

—¡Gio-lan-etir!

Un rayo de energía brotó de sus palmas iluminando toda la caverna e impactó contra lo que sería el pecho del ser, haciéndole retroceder varios pasos mientras la energía se disipaba a su alrededor con un crepitar. Un rugido inhumano salió de aquella garganta imposible. Un segundo grito se unió al del engendro procedente del azul quien, incrédulo, miraba a quienes le habían interrumpido con palabras incomprensibles.

Árgoht no esperó a que la criatura se recuperara y lanzó una segunda descarga del mismo hechizo, más poderosa que la anterior. Sentía la energía fluir en su interior como un torrente tras una fuerte tormenta. Ese poder que le recorría había crecido mucho en los últimos años y la Madre le había ofrecido nuevos conocimientos que trataba de aplicar siempre que podía. Aquel hechizo era una variante de otro más

básico que había aprendido a intensificar absorbiendo más energía de la materia que lo rodeaba y menos de su propio interior, lo que le permitía desgastarse en menor medida.

El talhom se recuperó y, con un golpe seco, arrancó un gran trozo de roca del suelo que procedió a lanzar contra Árgoht, quien tuvo que dar un salto hacia un lado para esquivarlo. Preas también tuvo que moverse, y aprovechó para sacar su espada y bajar la pequeña cuesta que lo llevaría al nivel de sus atacantes, si bien no sabía cómo podía ayudar. Aunque no le hizo daño alguno, el ataque consiguió desconcentrar a Árgoht y hacerle perder el hechizo que preparaba. Cuando se puso en pie, ya la criatura se lanzaba contra él. Aunque la caverna era grande, su tamaño le permitiría alcanzarlo en pocos segundos. Pronunció un rápido hechizo de protección que hizo brillar su cuerpo durante un segundo al tiempo que se desplazaba corriendo hacia la derecha tratando de ganar distancia. La criatura se giró hacia él siguiéndolo con la mirada y, a pesar de estar aún lejos, lanzó su mano cerrada, como si quisiera darle un puñetazo. Árgoht se suponía fuera de su alcance, pero la sustancia que formaba el brazo del talhom se estiró, permitiendo que el puño llegara hasta su destino. El hechicero apenas tuvo un segundo para apartarse mientras una lluvia de cascotes brotaba de donde había estado hasta un instante antes. Aquello le daba una nueva perspectiva a la lucha y le perjudicaba mucho.

Entonces se dio cuenta de que entrar en la cueva había sido un error. Tenía que llevar la pelea al aire libre, pero sus movimientos lo llevaban cada vez más adentro. Esquivó por poco un nuevo golpe del talhom gracias a un salto bien calculado. Desde que tocó el suelo desenvainó a Êralin. El arma ya se agitaba de tal forma que apenas podía sostenerla. Cuando el ser lanzó un tercer ataque, Árgoht demoró un momento más su desplazamiento. En el instante adecuado y con un golpe seco y los dos pies bien plantados sobre el suelo de roca, golpeó con el filo de Êralin sobre lo que debía de haber sido la muñeca de la criatura, en aquella sustancia negra y viscosa. Árgoht no sabía qué esperar, pero no era aquello: el arma quedó atascada por un terrorífico instante. Durante ese tiempo, el filo de la espada se contagió de aquella textura oleaginosa, como si comenzara a formar parte de ella, como si el talhom estuviera absorbiendo su existencia. Aquello demostraba que el poder de aquel ser era mucho mayor que el de Vahall, en cuyo caso había sido al revés y había sido Êralin la que había absorbido...

¡Claro! El engendro estaba absorbiendo la energía oscura que había impregnado la espada quince años atrás. Árgoht trató de retirar el arma, pero solo consiguió soltarla un poco. El movimiento de la criatura hizo lo demás, haciendo que saliera despedida y quedara inmóvil sobre el suelo de la caverna, lejos de su alcance. La criatura había sentido el mordisco y retrocedió un paso tratando de medir las fuerzas de ese contrincante inesperado en que se había convertido Árgoht.

El hechicero se alejó unos pasos, tratando de ganar distancia mientras pensaba en cómo afrontar aquel combate tan desigual. Un pie mal puesto sobre una pequeña

piedra le hizo dar con los huesos en el suelo, quedando tendido contra la fría roca. Al notar el tacto duro y húmedo en las palmas de sus manos tuvo una idea arriesgada. El tamaño de la caverna podría serle de ayuda, pero tenía que hacerlo de prisa. La criatura ya se había fijado en él y volvía a ponerse en movimiento.

Cerró los ojos y se concentró. En ese momento escuchó la voz de Preas que le gritaba a la criatura tratando de distraerla y Árgoht agradeció en silencio el riesgo que el caballero corría con aquello. De rodillas en el suelo, apoyó las manos con fuerza contra la piedra negra y pronunció varias frases entre susurros. Cuando hubo terminado, un ligero rumor comenzó a brotar de las entrañas de la tierra. Su hechizo había funcionado. Tenían poco tiempo.

Se puso en pie de un salto y se lanzó a la carrera hacia la salida.

—¡Preas! ¡Fuera, ahora!

Mor no necesitó que se lo dijeran dos veces. Dándole la espalda a su rival, echó a correr hacia la entrada trepando por la pendiente con pies y manos. Los soldados siguieron su ejemplo al instante. El rumor pasó a convertirse en una vibración y pequeños fragmentos de piedra empezaron a desprenderse del techo. El talhom se detuvo a observar a su alrededor. El techo de la caverna se le venía encima. Grandes trozos de piedra llovían en torno a él, aplastando los cadáveres de las jóvenes jirus y haciendo salpicar el agua de la laguna. La criatura gritó al cielo, pero su grito quedó enmudecido por una inmensa roca que le golpeó en un hombro, deshaciendo su forma como si hubiera impactado contra masa para pan. El brazo derecho se desprendió acompañando a la piedra en su recorrido hasta el suelo.

Preas ya se encontraba en la salida y Árgoht esquivaba con habilidad la lluvia rocosa. Se desvió apenas unos metros para recoger a Êralin y se lanzó contra la boca de la cueva como si de ello dependiera su vida. Se aferró a la roca con uñas y dientes hasta que quedó bajo la luz del sol. Preas se había detenido a esperarle.

—¡Corre, por la Madre! —le gritó Árgoht sin detenerse.

El príncipe se lanzó tras el hechicero. La vibración se había convertido en un terremoto y toda la montaña temblaba con violencia, haciéndoles trastabillar y tropezar en su descenso hacia el poblado. Perdían pie a menudo y tenían que ayudarse con las manos. Recorrieron los últimos metros sobre las posaderas mientras una parte de la montaña se resquebrajaba y se hundía en una amalgama informe de piedra y tierra. Entre el retumbar del derrumbe destacaban los gritos del talhom. La nube de polvo resultante los envolvió como si la bruma de la mañana hubiera vuelto a cernirse sobre ellos.

Árgoht se detuvo, tratando de recobrar el aliento una vez se vio a salvo del torrente de rocas. Sentía los pulmones llenos de polvo y su ropa se había vuelto gris. Tosió varias veces, al igual que los demás, sudoroso y con la respiración agitada. El hechicero esperó a que la nube de polvo se disipase un poco y centró de nuevo su atención en la colina de piedra en que se había convertido la pequeña montaña, que parecía haber implosionado.

Todos se dejaron caer al suelo con dificultad tratando de recuperar el aliento y de entender lo que acababan de vivir, pues para los soldados y el príncipe era algo más cercano a una pesadilla que a un acontecimiento real.

—Por mis antepasados, hechicero, ¿qué acaba de ocurrir?

Árgoht cogió aire para responder y sintió las fosas nasales impregnadas de polvo de roca, lo que le hizo estornudar.

—He derrumbado la caverna —dijo por fin.

—¿Con nosotros dentro?

Árgoht se limitó a asentir con la cabeza. El polvo a su alrededor se iba asentando y recuperaban poco a poco la visibilidad. Miró de nuevo hacia la montaña de cascotes en que se había convertido la caverna. Uno de los soldados fue a decir algo cuando Árgoht le obligó a guardar silencio con un gesto. Un movimiento casi imperceptible había llamado su atención. Trepó algunos metros por la montaña de escombros rezándole a la Madre para que hubiera sido su imaginación. Pero cuando casi hubo llegado a la cima de la colina recién creada, todos sus temores se hicieron realidad. Un denso líquido negro manaba de entre los cascotes. Tenía un aspecto de color negro brillante a la luz del sol y parecía gotear hacia el cielo, como si estuviera filtrándose pero al revés. Ante la mirada atónita del hechicero, la sustancia se fusionaba consigo misma al liberarse de la tumba de piedra.

Árgoht descendió de la colina haciendo aspavientos con las manos a sus compañeros.

—¿Qué ocurre?

—Alejaos todo lo que podáis. ¿Dónde está Mai?

—¿Por qué, hechicero? —volvió a preguntar Preas—. El peligro ha pasado.

De Mai no había rastro, pero había cosas más importantes que atender. Árgoht se detuvo a mirar hacia atrás por encima del hombro. La masa negra aumentaba de volumen. Preas siguió su mirada y vio como el talhom trataba de recobrar su forma. El extraño fluido negro que formaba su cuerpo bañaba la cima de la colina mientras la criatura parecía absorberlo para recrearse a sí misma.

—¡Apártate! —gritó Árgoht justo antes de cerrar los ojos y apretar las palmas de las manos ante su pecho. En unos segundos, sus nudillos comenzaron a brillar de forma muy tenue con un color verdoso.

Árgoht no sabía cómo podía funcionar aquel hechizo contra una criatura como aquella. Hasta el momento no se había atrevido a emplearlo nunca, debido a lo impredecible de su resultado. Cuando sintió que las piezas mentales del sortilegio estuvieron colocadas en su sitio correcto, abrió su mente y la energía se canalizó a través de sus manos. De ellas surgieron diversos tentáculos de un color verde oscuro muy difuso que salieron disparados en todas direcciones. El hechizo se le había descontrolado y no había podido focalizar el objetivo. Centró su mente aún más, borrando todo cuanto lo rodeaba y concentrándose solo en el talhom, apuntándole con los dedos crispados por la tensión. El sudor comenzaba a correr por sus sienes. Tras

unos instantes terribles, sintió cómo recobraba el control y los tentáculos de energía se alineaban y, tras vibrar unos segundos ante él, salían disparados hacia el cuerpo negro, ya casi reconstruido. Cuando impactaron en él, un destello bañó su visión, obligándolo a cerrar los ojos y cubríselos con el brazo.

La intención del hechizo era disgregar la materia, de ahí su peligrosidad si su blanco era erróneo. Cuando Árgoht abrió de nuevo los ojos, el talhom era una nube de polvo negro que se mantenía inmóvil en la quietud de la mañana. Se maldijo a sí mismo por no habersele ocurrido antes de derrumbar la cueva. Con un suspiro, se giró hacia sus compañeros, que aún no se habían recuperado del susto.

—¿Estás bien? —le preguntó Preas acercándose a él.

—Busca a Mai. Debéis iros —dijo Árgoht ignorando la pregunta.

Como para subrayar sus palabras, Preas le señaló un punto a su espalda. La nube de polvo negro se agitaba como si estuviera buscando la forma adecuada de volver a ensamblarse. Árgoht se sintió cansado de pronto, como si la Madre hubiera depositado una losa sobre sus hombros. Ese hechizo habría volatilizado una montaña, pero no había podido destruir al talhom. ¿Hasta dónde tendría que llegar para acabar con él?

Cogió aire tratando de pensar en algo que pudiera servirle mientras el polvo se agitaba y danzaba ante sus ojos. Sin embargo, en vez de hacerlo en busca de su forma, parecía estar alejándose de allí, como si la brisa estuviera desplazándolo. Árgoht corrió tras ella. Perderla de vista sería un desastre. Debía destruirla cuanto antes, pues los daños que podía causar podían ser terribles. No sabía de cuántas almas se había alimentado, pero su poder aumentaría a medida que siguiera haciéndolo. Si quería tener alguna opción de acabar con ella, tenía que actuar ya.

La siguió a la carrera manteniéndose lo más cerca que podía. De pronto, cayó en la cuenta de algo y se detuvo en seco. La nube de polvo se desplazaba, en efecto, pero lo hacía hacia un hombre que la esperaba con las manos en alto, como si fuera a recibir un abrazo de un ser querido. Árgoht se fijó en el individuo. Tenía algo en la mano izquierda que sostenía con fuerza y que brillaba como una estrella del cielo nocturno. La masa negra de la criatura llegó hasta él y comenzó a arremolinarse alrededor de ese objeto, desapareciendo poco a poco, como si el artefacto la estuviera absorbiendo. Árgoht se acercó hasta el hombre a tiempo de ver cómo se veía obligado a soltarlo y se aferraba la mano quemada y con los dedos consumidos casi hasta el hueso. Hasta él llegaron sus gritos de dolor. El objeto cayó al suelo con un golpe seco y tras rodar unos metros sobre las piedras, quedó inerte como una roca más. Del ser no quedaba ni rastro.

Detrás del hombre quemado esperaban varios más, todos ellos de aspecto recio y bien armados, pero con el miedo pintado en el rostro. Árgoht entendió de pronto que su presencia no era casual.

Por algún motivo, ellos sabían que el talhom estaría allí y habían ido a buscarlo.



«Algún día los Cinco regresarán como preludio del ascenso final
de nuestro señor».
Po'karatan. Anónimo.

Kijl se encontraba algo confuso. Estaba seguro de que aquello que buscaba se hallaba en la caverna por cuya boca había visto desaparecer a los cuatro hombres. El Gohelanort brillaba con intensidad. Sus hombres habían preguntado, cuando fue evidente que algo escondía, entre bromas, y tuvo que ponerse serio y mandarlos a callar. Como entre ellos su palabra era ley, no hubo ni una pregunta más al respecto. Por un lado, temía que se le anticiparan y dieran con el objeto de su búsqueda antes que él, pero había mil razones por las que podían haber entrado allí aquellos hombres que nada tenían que ver con la orden o su búsqueda. Decidió dejar pasar un tiempo. No quería testigos cuando él mismo entrara en la caverna.

El Gohelanort brillaba como una pequeña estrella, pero su luz era opaca y difícil de mirar, como si no quisiera estar ahí. Cada hora que pasaba con el objeto cerca de sí, más ganas tenía de deshacerse de él. Sentía una opresión en su interior, como un desgarró en el alma, que le deprimía y le provocaba pensamientos extraños. Solo deseaba terminar con aquello y devolver el artilugio al Señor Oscuro de una vez.

Las cosas se precipitaron con brusquedad. La tierra comenzó a temblar y la montaña se desmigajó ante sus ojos, obligándoles a retroceder hasta la base de la colina rocosa allí por donde habían llegado ante el miedo de que todo se viniera abajo. Antes de perderla de vista, vio que por la abertura de la caverna salían en estampida los hombres que habían entrado un rato antes. Por suerte, sus soldados habían regresado ya. No le gustaba nada el cariz que estaba tomando aquella situación, sobre todo cuando la estabilidad de sus pies estaba en entredicho.

—¡Fuera! —les gritó a sus soldados, que no necesitaron nada más para poner pies en polvorosa.

Unos minutos después, la montaña que contenía la caverna, a muy poca distancia de ellos, se hundió como un castillo de naipes, envolviéndolos en polvo gris y provocándoles una tos dolorosa. Cuando estuvo seguro de que la tierra había dejado de temblar volvió para comprobar en qué estado había quedado la cueva. Si por su indecisión había perdido la oportunidad de cumplir su misión más le valía ir dándose por muerto. Ascendió una pequeña cuesta de arenilla que se había formado con el temblor mientras pensaba a dónde podía huir, qué reino era el más propicio para un prófugo. Cuando llegó a lo más alto se quedó sin aliento por un instante. Donde antes había una pequeña montaña ahora solo quedaba un enorme cráter de roca y polvo. ¿Qué podía haber provocado aquello?

Entonces sintió cómo el Gohelanort se agitaba en su bolsillo y suspiró aliviado. Lo que quiera que estuviera detectando el horrible objeto seguía allí, pero ¿qué podría haber sobrevivido a un derrumbe como ese? Por un momento temió que algo fuera mal en su cabeza, incapaz de creer lo que estaba viendo. Entre los restos de roca deshecha de la montaña comenzó a brotar un líquido negro y a gotear ¡hacia arriba! Ya no tenía dudas de que toda aquella situación era cosa de brujería. Hizo tres veces el cruce de dedos que en su pueblo empleaban para alejar a los malos espíritus, recordando de pronto todas las historias sobre demonios que había escuchado de niño de boca del chamán de su aldea. Tuvo una regresión espontánea e incontrolable a aquellos años, pero entre sus recuerdos se coló la voz de Tarkon Anan recordándole la importancia de su misión y, sobre todo, sus consecuencias si no la llevaba a cabo. Haciendo un esfuerzo, sacó el Gohelanort de su bolsillo y observó que no podía mirarlo directamente. Más allá, la masa negra que salía de la tierra se había convertido en una criatura horrenda, grotesca y desgarrada. Cuando ya estaba temiendo que iba a tener que enfrentarse con aquel ser, una luz cegadora lo hizo desaparecer, convirtiéndolo en polvo negro. No podía creer lo que veía: el resplandor había partido de las manos de uno de los hombres que había entrado en cueva.

Kijl llegó a la conclusión repentina de que esa misión le quedaba demasiado grande. Lo supo así, de pronto y sin ambages. Él era un guerrero, su voz era la de su espada al hendir el aire. Nadie le dijo que iba a tener que vérselas con un hechicero. Además, había destruido a aquel ser, con lo que no podría cumplir su objetivo.

Cuando ya estaba a punto de darse la vuelta para regresar, casi sintiendo el filo de la espada del Señor Oscuro mientras rebanaba su pescuezo, observó una densa nube negra que se agitaba en el aire. ¿Podía ser...? Sin pensar lo que hacía, alzó el Gohelanort hacia la nube y, para su sorpresa, el polvo negro comenzó a revolverse y a dirigirse hacia él. Casi presa del pánico, sintió cómo lo rodeaba y formaba un remolino a su alrededor mientras se desvanecía al contacto con el objeto maldito. Escuchó voces, gritos y lamentos que no provenían del exterior. Era aquella criatura horrible la que emitía los sonidos. Estaba aterrado y a punto de gritar cuando sintió

algo aún peor que el miedo: el Gohelanort se calentaba por segundos al contacto con la nube negra, pero no conseguía que su mano lo soltara, como si no le perteneciera y solo existiera para sostener el objeto. Sentía su piel derritiéndose y la carne de sus dedos desprendiéndose de los huesos. Cuando creía que el dolor no podía ser peor, todo se detuvo. Su mano se abrió y el artefacto cayó al suelo con un sonido apagado, al contrario que el grito que desgarró su garganta. Las lágrimas comenzaron a brotar mientras todo daba vueltas a su alrededor. Sintió cómo uno de sus hombres lo sostenía cuando era evidente que se caería al suelo. Entre las brumas de su sufrimiento pudo ver cómo el brujo se acercaba hacia ellos.

—Cogedlo —murmuró con un hilo de voz—, traedme el artefacto.

Pero ninguno de sus hombres parecía dispuesto a sufrir lo que su jefe y se quedaron donde estaban, mirándose unos a otros con cara de tontos.

—¡Cogedlo u os cuelgo aquí mismo por los pulgares, perros sarnosos!

Por fin uno de ellos reaccionó y recogió el objeto del suelo, sosteniéndolo por la cadena, y lo soltó ante él. La mano parecía querer desprenderse de su cuerpo, como si fuera un ser con entidad propia, pero no sentía dolor. No sentía nada en ella.

El hechicero se detuvo a escasos metros de él. Parecía un tipo de lo más normal, casi anodino, vestido con unos sencillos pantalones de viaje, una camisa ajada y una capa negra más gastada aún. Para nada respondía a la imagen de los hechiceros que se había formado a lo largo de toda su vida. Tal vez solo fuera un farsante que había creado una ilusión, un efecto óptico. Pero en ese caso, ¿cómo había conseguido destruir a aquella cosa? Ese pensamiento le hizo fijar de nuevo la mirada en el Gohelanort, que ahora reposaba inerte. Otro hombre, un guerrero, llegó a la altura del brujo. Detrás de él llegaron varios más, soldados a todas luces.

Kijl tomó el objeto con la mano derecha y lo acunó contra su pecho, temeroso de que se lo quitaran. Estaba frío, como si fuera una piedra más. La otra mano comenzó a doler, ahora sí, hasta límites que no creía posibles. Uno de sus hombres, el más versado en curación, se acercó hasta él con algunas telas para ponerle un vendaje.

—Estoy bien —mintió—. Nos vamos.

—No —dijo el hechicero sin alzar la voz.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no. Dame ese objeto. No sabes lo que tienes en las manos. Dámelo.

Kijl rio entre dientes y se puso en pie a duras penas ayudado por uno de sus compañeros.

—No te lo daré, brujo. Se lo llevaré a mi señor.

—¿Cómo lo habéis encontrado? ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Me importa más de lo que crees y subestimas el interés que tengo en ese objeto. Es muy peligroso y estoy dispuesto a arrancártelo de la mano sana si es necesario.

—No creo que lo hagas, brujo.

Con un gesto de la mano, ordenó a uno de sus hombres que se acercara. Con él trajo, atada de pies y manos y con la boca cubierta con un trozo de tela muy apretada, a la sacerdotisa. El soldado puso una daga presionando el lateral derecho de su cuello. Mai se mostraba serena, pero se leía el miedo en sus ojos. Además, Kijl sacó el Gohelanort y lo situó ante su pecho, exponiéndolo a la vista.

—¿Seguro que podrías quitármelo de la mano, brujo?

Árgoht odiaba sentir que una situación escapa de su control. Su hechizo solo había servido para facilitar las cosas al hombre que tenía ante él. ¿O tal vez no? Quizás el objeto negro que pendía de su puño era el verdadero responsable y su hechizo no había hecho nada. No lo sabría si no podía hacerse con él.

Un nuevo soldado apareció desde atrás arrastrando a Mai por las muñecas. Le sangraba el labio inferior.

—Ten por seguro que si algo me pasa a mí ella morirá al instante —continuó diciendo el soldado de negras ropas. Era grande y fuerte, más alto que él. En un combate cruzando espadas perdería—. No me pongas a prueba. —Árgoht no necesitó más para saber que hablaba en serio—. Ahora me iré y, si me pillas de buen humor, quizás encuentres a esta preciosidad en el bosque dentro de un rato. Si no, tal vez solo encuentres su cuerpo.

El hechicero sintió la ira bullir en su interior. A pesar de los años pasados, no conseguía quitarse de encima la rabia que le ocasionaba que lo llamaran «brujo». Sintió crecer en su garganta un hechizo capaz de arrasar a todos aquellos arrogantes estúpidos en un suspiro pero, así como su suerte le importaba poco, no tenía ninguna intención de dañar a la ganetorei ni a quienes habían venido con él hasta allí. Observó con detenimiento el objeto en el que el soldado había encerrado al talhom. Tenía que ser muy poderoso y no alcanzaba a comprender de dónde podía haberlo sacado aquel individuo.

—¡Suéltala! —gritó Preas dando un salto al frente enarbolando su espada.

El soldado se quedó mirando a Mor y la respuesta que estaban formando sus labios murió sin llegar a expresarse. En cambio, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Príncipe Mor? Esto sí que es una sorpresa. Preas se quedó de piedra.

—¿Qué significa esto?

Las piezas empezaban a encajar para Árgoht. Los hombres que tenía enfrente pertenecían al ejército invasor.

—Huisteis como un perro de la caída de vuestra ciudad, al contrario que vuestro padre, que se quedó para tener un final digno de su nombre. Murió como un rey, mientras que vos corristeis a salvar la vida.

—¡Yo no hui, maldito!

El soldado le respondió con una carcajada.

—Ahora no importa. Mi señor se alegrará de saberlo con vida, pues se quedó con ganas de matar al último de los Mor. Tenía especial interés en acabar con la vida de

padre e hijo. En el fondo es un romántico.

Una nueva carcajada. El rostro de Preas se inflamaba como una tea. Árgoht le puso una mano en el brazo.

—Solo quiere provocarte. No le escuches.

Pero Preas solo tenía oídos para el soldado. Jadeaba y sudaba copiosamente. Los nudillos de la mano que sostenía la espada estaban pálidos y prietos.

Árgoht sabía que la situación estaba a punto de estallar.

—Ahora nos iremos —dijo el enorme soldado—, y no haréis nada por impedirlo o ella morirá. No os preocupéis, pues, si no me equivoco, no tardaréis mucho en tener noticias de mi señor.

El meledino evaluó la situación. Ellos eran siete hombres armados y preparados, disponían de un rehén en grave peligro y tenían en su poder el objeto que contenía el talhom. Necesitaba inspeccionar ese objeto que, en manos del soldado, parecía de color negro, muy parecido al de la estatua que habían encontrado en el poblado. Aquello le dio una idea, pero sabía que era muy arriesgado.

Con un rápido movimiento, alzó la mano derecha al mismo tiempo que pronunciaba una única palabra.

—Tergon-ar'tgh.

Un pulso de luz surgió de la yema de sus dedos, apenas un punto brillante que salió disparado contra la frente del hombre que tenía sujeta a Mai. Un agujero se abrió entre sus ojos, haciendo desaparecer buena parte de su nariz y matándolo en el acto. El cuchillo cayó desde sus dedos flácidos. Antes de que su cuerpo tocara el suelo, la sacerdotisa ya se alejaba de él.

Preas no lo dudó y se lanzó contra el soldado que sostenía el objeto, desarmado por lo demás al no disponer sino de una mano útil. Fue su compañero el que desvió su estocada furiosa. Dos guerreros más se acercaron a él prestos a que la superioridad numérica les diera una victoria segura. En el momento en que la espada de Preas seccionaba el cuello del primero de sus rivales, un nuevo punto de luz surgía de la otra mano de Árgoht en dirección al jefe del grupo, pero este, ya prevenido y esperándose algo así, se echó al suelo. La pequeña esfera de luz pasó de largo por muy poco, impactando en el soldado que avanzaba tras él y perforándole el pecho.

El movimiento brusco provocó que el colgante se desprendiera de la mano de su portador. El tiempo pareció detenerse de pronto. Árgoht lo vio caer muy despacio, como en un sueño en el que las cosas malas duran una eternidad y las buenas apenas un respiro. Cuando por fin llegó al suelo, la piedra negra se quebró en mil pedazos desengarzándose de la joya que la rodeaba. El meledino había esperado algo así, pero sabía el riesgo que corría.

La nube negra que era el talhom surgió del interior de la piedra negra, agitándose y arremolinándose con lo que parecía ser furia contenida. El rostro del soldado se desencajó de pronto, presa del pánico al ver al ser tan cerca de sí mismo. Se puso en pie como pudo y, sin pensarlo un instante más, echó a correr en dirección a la selva.

Sus hombres, siguiendo el buen ejemplo de su jefe, abandonaron el combate.

Árgoht no esperó un segundo y se lanzó a por la joya. Si algo sabía de artefactos mágicos, era que el poder podía residir tanto en la piedra como en el metal, y en unos momentos comprobaría si su teoría era correcta. Cogió el aro dorado que había sostenido la roca negra y, sin mirar atrás ni esperar a Preas, comenzó a descender de nuevo hacia el poblado. A su espalda, el engendro recuperaba su forma con rapidez. Tendría muy poco tiempo. Llegó al pequeño valle igual que la vez anterior, arrastrándose por la colina de arenisca y casi rodando por el impulso incontrolado. No tardó en encontrar lo que buscaba y se dirigió hacia allí a toda la velocidad que sus piernas le permitían. Un sonido gutural le dio a entender que si aquel ser no era corpóreo de nuevo, estaba a punto de conseguirlo. De pronto, sintió un golpe en la espalda que le hizo crujir la columna y le empujó hacia delante, haciéndole volar unos metros. Fue como si le hubieran partido por la mitad, pero el golpe le había acercado a su objetivo.

Pronunció unas sencillas palabras y sintió cómo el metal en su mano se ablandaba y, con un gesto brusco, lo clavó en la estatua negra como la noche ante la cual tantas personas habían sido cruelmente asesinadas. El metal casi derretido en virtud del hechizo se fundió con la piedra, formando con ella un solo ser, al tiempo que se quebraba. Varias grietas surgieron en su superficie. Un nuevo sonido desgarró el aire y Árgoht supo que había funcionado. El talhom se agitaba y su masa viscosa se sacudía, perdiendo la inestable forma que había conseguido crear para su cuerpo. De nuevo, se descompuso en un millar de partículas que salieron disparadas en dirección a la estatua e impactaron contra ella, fundiéndose con su superficie en los alrededores del metal fusionado. Tras un último rugido de frustración, se hizo el silencio en el poblado.

Árgoht se dejó caer ante la grotesca escultura y se sentó en el suelo de tierra para recuperar el aliento. Enseguida llegaron Mai y Preas. La ganetorei fue la primera en acercarse a él.

—¿Estáis bien?

El hechicero trataba de respirar con largas bocanadas de aire.

—Sí.

Estar cerca de la estatua le mareaba, así que se levantó y se alejó varios metros, hasta que el malestar desapareció por completo. Encontró su petate tirado por allí de cualquier manera y sacó de él su cantimplora, a la que dio un largo trago. El agua por su garganta pareció arrastrar parte de la suciedad, el polvo y el malestar del meledino.

—¿Qué ha sido todo esto, hechicero? —preguntó Preas, confuso.

Árgoht trató de ordenar sus propios pensamientos antes de expulsarlos en forma de palabras, pues todo se había desarrollado con demasiada rapidez.

—Alguien envió a esos hombres a buscar a este ser, alguien que sabía que estaba aquí.

El soldado miró alrededor, como tratando de buscar la explicación en el aire, en la

atmósfera viciada de aquel lugar muerto. Sus ojos acabaron posados en la negra figura de piedra.

—¿Qué es ese objeto?

—No lo sé con seguridad, pero debió de haber sido creado para retener al talhom en su interior, quizás incluso para gobernarlo. Alguien se ha tomado muchas molestias para hacerse con él.

Los tres guardaron silencio durante un rato, tratando de encontrarle un sentido a todo aquello.

—Si no hubiéramos venido —dijo Mai—, se habría hecho con ese ser. A saber lo que podrían haber hecho controlándolo. No quiero ni pensarlo.

Pero Árgoht sí quería pensarlo. De hecho, no dejaba de darle vueltas.

El silencio en la aldea era pesado y agobiante. Las piras de cuerpos aún ardían con timidez, como si no quisieran hacerlo. Árgoht no estaba dispuesto a perder su tiempo en cavar tumbas para todos aquellos desgraciados, como se sugirió en un momento dado. En cambio, decidió dedicarse, mientras los demás montaban una trailla con ramas recogidas en los alrededores, a estudiar la estatua desde una distancia prudente. Su forma, quizás condicionada por la presencia del talhom en su interior, cambiaba sutilmente. En apenas un parpadeo un nuevo apéndice aparecía donde antes no había nada. La estatua no mejoraba con esos cambios, pero Árgoht no sabía a qué se debían. La magia empleada allí era oscura y antigua, desconocida para él. La naturaleza de su poder tenía que ver con su entorno, con la Madre, presente en todo lo que le rodeaba. Manipulaba con facilidad todo lo que fuera natural y en este tipo de magia era en la que él se sentía más cómodo.

Había tenido experiencias con energías más oscuras, magias capaces de invocar a los muertos o abrir puertas al Otro Lado, pero eran conocimientos que a él se le escapaban. La Madre nunca le había mostrado nada al respecto, como si no entrara en sus competencias y, por tanto, nada pudiera enseñarle. Pero esa magia estaba allí, presente a su alrededor, cada vez con más frecuencia, si sus instintos no le engañaban. Se preguntó si tendría algún día la ocasión de aprender algo sobre ella y si eso generaría un conflicto con su educación, con la Madre misma.

Mientras el hechicero se aplicaba a meditar sobre estas cosas, Preas recorría el campamento, cada vez más espantado ante las muestras de crueldad de los azules.

—Los jirus siempre han sido un pueblo pacífico y amable —dijo cuando regresó junto al meledino—, no entiendo cómo han llegado a esto...

Árgoht hizo un esfuerzo para regresar de sus cavilaciones, aunque de mala gana. Detestaba que le interrumpieran.

—El talhom manipuló al azul que vimos en la caverna. Él solo es culpable de debilidad, pues era una marioneta en manos mucho más poderosas.

El rey se limitó a mirar a Árgoht.

—Sé poco de estas artes, Árgoht. ¿Qué estáis haciendo? ¿Debo preocuparme? ¿Está mi pueblo en peligro?

El hechicero tardó en responder y se limitó a caminar alrededor del negro objeto. Cuando Preas estaba a punto de insistir, habló.

—Tu pueblo está en peligro, Mor, sin duda alguna. La invasión de tu ciudad y la presencia de esos hombres aquí de forma simultánea no puede ser casualidad. Si la persona que está detrás del ataque tiene los conocimientos necesarios para tratar de capturar a un talhom de esta envergadura, la situación es mucho más urgente de lo que creías.

Preas volvió a guardar silencio, observando a Árgoht, que comenzó a dar vueltas de nuevo, murmurando palabras extrañas y entornando los ojos como si viera algo que nadie más pudiera ver.

—¿Nos ayudarás? —se atrevió a preguntar Mor.

De nuevo, el meledino no respondió enseguida, inmerso en profundas cavilaciones. Preas no pudo más.

—¡Respóndeme, maldita sea tu arrogancia!

Árgoht se detuvo en seco y Preas supo que había cometido un error.

—Discúlpame, amigo, me puede la tensión.

—No te disculpes, Preas. Quiero estudiar este objeto y buscar la forma de destruir a la criatura que mora en él. Dado que es posible que tus enemigos pretendan usar al talhom contra ti, se puede decir que destruyéndolo te estoy ayudando, así que sí, voy a ayudarte.

A pesar de que era lo que quería oír, Preas se sintió presa de la ira y la frustración contra aquel hombre que se creía tan por encima de todos los demás, de cuanto tuviera que ver con lo más mundano y terrenal.

—Te has endurecido, hechicero. No te recordaba tan cruel.

Preas se dio la vuelta y se alejó de allí con intención de buscar algo de leña para hacer una hoguera que no se pareciera en nada a las piras funerarias que los rodeaban.

Árgoht, por su parte, siguió con su estudio en el más completo silencio.

Después de un par de horas de descanso el ánimo de Árgoht y Preas no estaba mucho mejor. Cuando por fin la trailla estuvo lista utilizaron unas sogas que, desde lejos, enlazaron en torno a la estatua para hacerla caer y la auparon a la trailla como mejor pudieron sin acercarse a ella sino lo imprescindible. Uno de los soldados, ignorando las advertencias del hechicero, se acercó más de lo recomendable y se pasó los siguientes cinco minutos mareado y con fuertes vómitos. Después de eso, nadie más puso un pie a menos de tres metros de la horrible escultura.

Por fin abandonaron la aldea, convertida ahora en un cementerio grotesco en el que los cuerpos nunca encontrarían el honor de regresar a la tierra de la que salieron. Mai rezó durante quince minutos antes de, entre lágrimas, dar la espalda a toda aquella muerte y comenzar el regreso a Lotrain, embargados todos de una gran sensación de pérdida.

Árgoht se acercó a la joven, que continuaba rezando en susurros. Se mantenía tan lejos de la estatua como podía, aunque sin quitarle el ojo de encima, como si temiera

que se alzara por sí misma y el ser volviera a causar estragos.

—¿A quién rezáis, hermana?

—A Gan, por supuesto.

Árgoht guardó silencio. Se sentía muy afín a aquella mujer, como si el dios al que adoraban fuera el suyo propio, aunque nunca lo hubiera sentido como tal. La Madre había sido siempre para él su única conexión con algo parecido a una divinidad, y ese contacto era real a través del gehvaal, pero aquellas mujeres no tenían un contacto directo con Gan, sino se guiaban por la fe. Era un concepto extraño para él.

—Toda esta destrucción —continuó Mai— le afecta en lo más profundo. Cada vida que se ha segado tiene su repercusión sobre Gan, sobre todo cuanto existe. La conexión entre todo lo que habita sobre Thera es tan fuerte, tan poderosa, que, al igual que cuando se rompen demasiados hilos de una tela de araña esta se viene abajo, la existencia entera puede resentirse si el daño es demasiado grande.

Aquellos conceptos no eran nuevos para Árgoht, pero ahora adquirirían un nuevo sentido, como si dichos a través de los labios de la joven las palabras adquirieran peso y consistencia. Aun así, llevado por una vieja costumbre, respondió:

—No soy muy dado a la interpretación religiosa, hermana, lo siento.

—No hay que sentir. Vos tenéis a la Madre y yo a Gan. Cada cual que lo viva como mejor sepa.

Cargar con la estatua resultó más duro de lo esperado. Además de su gran tamaño, el peso era mucho mayor de lo normal. La angostura del terreno los obligaba a hacer sobreesfuerzos y en más de una ocasión Preas le preguntó a Árgoht por qué no la dejaban allí, en mitad de la nada donde a nadie pudiera dañar, pero el hechicero se mostró inflexible y continuaron tirando hasta que el lerteneo de Lotrain apareció ante ellos, con la noche ya sobre sus cabezas a punto de convertir la selva en penumbras.



«La selva da tanto como quita. Solo sus moradores llegan a comprenderla».
Pueblos perdidos, capítulo nueve. Arthor Erih.

Árgoht vio llegar el amanecer desde un minúsculo ventanuco abierto en la recia roca del Ierteneo. Le satisfizo recibir la escasa luz en el rostro, la que el follaje permitía llegar hasta los muros, calentándolos sin llegar nunca a secar sus húmedos resquicios.

Una planta más abajo, tras descender por varios tramos de angostas y oscuras escaleras, la estatua del talhom reposaba en la más absoluta oscuridad. Incluso desde allí, el hechicero era capaz de sentir su presencia, si bien no le provocaba el malestar que le suponía el contacto más cercano. Aquel ser le inquietaba sobremanera, incapaz de entender su relación con el ejército invasor que había conquistado Angôr'an. Sabía que tenía que enfrentarse a ello para estudiarlo a fondo, tratar de comprender e, incluso, de controlar al ser, si es que aquello era posible. No necesitaba someter a prueba la estatua para saber que destruirla no serviría de nada. Tenía que encontrar la forma de hacerlo y destruir al talhom sin liberarlo, evitando un enfrentamiento del que pudiera no salir victorioso. Aún recordaba la agobiante sensación que había experimentado en el interior del talhom del rey Manlor, cuyo poder era muy inferior al de este nuevo ser.

Habían llegado cuando la noche estaba ya muy avanzada. Arrastrar la estatua desde una distancia que no provocara mareos ni ataques de pánico a los portadores y atravesando la selva había sido un verdadero suplicio. Árgoht solo tenía ganas de echar a correr, abandonar a aquellos infelices a su suerte y llegar a Lotrain por su cuenta, pero no quería correr riesgo alguno con el talhom cerca. Había logrado pervertir a varios hombres fuertes y la destrucción posterior había saltado a la vista.

No podía permitir que volviera a ocurrir. Trataba de evitarlo haciendo turnos cortos entre aquellos que arrastraban la estatua, de forma que su constante susurro no les perturbara, pero la marcha se veía ralentizada una y otra vez. A pesar de que sabía que estaba haciendo lo correcto, cuando llegaron por fin al Ierteneo Árgoht sentía que estaba a punto de desquiciarse.

Estëas los recibió en una entrada lateral del edificio y, demostrando de nuevo su buen juicio, había tenido el cuidado de establecer un cierto perímetro de seguridad para evitar que se acercasen los curiosos y pudiera ocurrir algo inesperado. Mai se había adelantado un poco para ponerla sobre aviso. Los rumores comenzaban a circular entre los alojados en el Ierteneo y no debían dar pie a que el miedo atenazara sus ya de por sí dolidos corazones.

—¿Estáis todos bien? —preguntó la superiora.

Mai se adelantó hasta ella e hizo una pequeña reverencia a modo de saludo.

—Sí, señora.

—Árgoht, decidnos qué debemos hacer ahora. Esto supera mis competencias.

El meledino se acercó a las mujeres.

—Necesito tiempo para estudiar la estatua. Hay que buscarle un lugar seguro al que nadie pueda acercarse sin permiso.

Estëas solo necesitó unos instantes para encontrar el lugar apropiado.

—Hay una celda en lo más profundo del sótano. Hace años que nadie la ocupa, pero estoy segura de que la cerradura está en buen estado.

Sin más palabras, introdujeron la estatua en el edificio y, en el más estricto secreto, recorrieron varios pasillos cada vez más oscuros y húmedos hasta llegar a una entrada, al pie de una desgastada escalera, que tenía el aspecto de llevar siglos sin usarse, pues el polvo y las goteras pugnaban por el espacio. Solo a dos soldados se les había permitido llegar hasta allí y sudaban debido al esfuerzo de trasladar aquel mamotreto macizo que pesaba mucho más de lo que aparentaba. El rellano previo a la puerta era un espacio angosto y oscuro que Estëas procedió a iluminar con una antorcha. Las paredes rezumaban agua y la puerta parecía estar empotrada en la misma piedra.

La superiora extrajo de un bolsillo un manajo de grandes llaves y las fue examinando una por una hasta que eligió. Con un crujido, la cerradura cedió y Estëas tiró de la puerta hacia sí. Del interior de la celda les llegó una vaharada de aire viciado, denso como el aliento de un borracho.

—Ánimo, amigos. Es el último paso.

Los dos soldados avanzaron a regañadientes y terminaron de arrastrar la estatua hasta el interior de la celda. La cercanía de la piedra comenzaba a hacer mella en ellos, descomponiendo sus estómagos e introduciendo en sus cabezas pensamientos extraños. Árgoht había tenido la precaución de sugerir que les fueran retiradas sus armas pero, aun así, les conminó a salir lo más rápido posible. El último se retrasó un paso, se detuvo y miró hacia atrás, como si estuviera escuchando algo. Cuando fue a

darse la vuelta, Árgoht lo aferró por el brazo y tiró de él hacia fuera con tanta fuerza que lo hizo caer al pie de la escalera. Por un momento, el soldado no supo qué ocurría. Un extraño velo oscurecía su mirada. El hechicero no perdió un instante. Se agachó y abofeteó al hombre, que parpadeó varias veces sin entender. Por fin, la sombra desapareció de su mirada y Árgoht soltó el aire que había retenido en los pulmones.

—Os dije que no escucharais.

El soldado se puso en pie tambaleante y miró hacia la puerta al tiempo que retrocedía hacia la escalera.

—Su voz es cautivadora... ¡No!

De pronto echó a correr y se perdió en un recodo del pasillo.

—Ve con él —le dijo Estëas a su compañero, que había observado aterrado la escena. Lo más probable era que él también hubiera escuchado algo en su cabeza—. Y no habléis de esto con nadie, por el bien de todos. Si queréis hacerlo, buscadme a mí.

El soldado asintió y se lanzó hacia la escalera como si llevara horas esperando poder hacerlo.

—No soporto estar aquí ni un minuto más —dijo la superiora—. Alejémonos de esta aberración.

Ascendieron por varios niveles hasta llegar a las estancias inferiores del Ierteneo. Llegaron a un vestíbulo reconvertido en almacén.

—Hacía años que no bajaba allí —dijo Estëas lanzando un suspiro. Parecía recién salida de una pesadilla—. ¿Y ahora qué?

Árgoht tardó unos instantes en responder.

—No lo sé. Debo estudiar ese objeto, aprender de él y dar con la forma de destruirlo junto al ser que contiene. Es muy peligroso.

—¿Cómo de peligroso? —preguntó Estëas. Su tono de voz demostraba que no le gustaba nada aquella idea.

—Entiendo vuestra preocupación, pero este es el único lugar seguro de los alrededores. En este momento no creo que sea un peligro ni para Lotrain ni para sus habitantes, pero nadie debe pasar de este espacio sin autorización expresa.

—Hablaré con Preas para que establezca turnos de guardia... ¿Qué ha pasado en Anteri'zá?

—Han muerto todos.

El color abandonó el rostro de Estëas. Árgoht le resumió lo que había visto y el aspecto de la superiora fue empeorando con cada palabra.

—Eran buena gente, tranquila y pacífica... ¿Cómo ha podido pasar?

—Esa criatura es poderosa. Su influencia lo provocó.

—¿Y quién era ese hombre? —Se refería al soldado que se había enfrentado a él—. ¿Por qué estaba allí? —Tampoco lo sabemos. Por alguna razón, están implicados en esto. Sospecho que pertenece al ejército invasor.

—¿Es posible que la invasión haya sido solo una excusa?

Árgoht pensó la respuesta durante unos instantes.

—Todo es posible. Tal vez sea solo casualidad, pero me parece demasiado conveniente. Tiene que estar relacionado. Debo aprender más de este ser antes de tomar decisiones equivocadas.

Estëas se puso seria.

—Prometedme que no permanecerá aquí ni un instante más del necesario —dijo.

—No puedo...

—Es un peligro para mis discípulas y para los refugiados. No puedo permitir poner a tantos inocentes en tan grave riesgo. Prometedlo. Haced lo posible por destruirla.

Árgoht prometió. Y al instante siguiente supo que estaba mintiendo.

Ahora, con el nuevo día ya comenzado, seguía a oscuras en lo referente al talhom. Había pasado todo el tiempo que había podido ante aquella puerta sin atreverse a entrar y enfrentarse a aquella cosa. Muchas preguntas acudían a su mente, muy similares a las que había planteado Estëas. Pero él tenía más información que ella y eso solo conseguía trastornarlo más. ¿Tenía alguna relación aquel talhom con el del rey Manlor? ¿Estaba relacionado de alguna forma con la Tierra Negra? ¿Era solo casualidad que la tierra estuviera enfermando al mismo tiempo que estas criaturas cobraban nueva vida y fuerzas? Árgoht empezaba a sospechar que no. Sentía que no. Algo reptaba en el interior de su cerebro para decirle que no podía ser mera coincidencia. Pero, si era así, ¿qué tenía que ver la invasión de Angôr en todo ello?

Estaba atascado, así que decidió salir a coger aire. Necesitaba abandonar el sótano y despejarse. Detestaba encontrarse en un callejón sin salida, con más preguntas que respuestas. Varias personas lo saludaron en su recorrido hacia el patio interior, pero no les prestó atención. Cuando se dirigía hacia la puerta exterior observó la galería que llevaba hasta la planta superior y se dio cuenta de que la seca austeridad de la biblioteca le apetecía más que el aire húmedo de la selva. Desvió sus pasos y se dirigió de nuevo a la escalera que ascendía hasta la planta alta.

El aroma a cerrado de la sala de lectura le devolvió un poco la serenidad. Paseó por los cortos pasillos recorriendo con la mirada los lomos en busca de algo que le llamara la atención cuando dio con algo que no esperaba: el Po'karatan, el libro sagrado de la orden Kariteas. Era un volumen muy difícil de conseguir, pues la orden guardaba con celo sus escrituras, aquellas que daban sentido a su doctrina oscura. Árgoht sabía que adoraban a un dios sombrío, pero nunca les había prestado la atención necesaria como para entender o comprender en qué preceptos se basaba.

El libro era enorme, con las tapas de color negro de piel muy curtida. Como casi todo en la biblioteca, estaba lleno de polvo y mostraba algunas muescas debido a la humedad y las polillas. Por lo demás, el tomo estaba en buen estado y se podían leer con claridad las palabras en él escritas. Tomó asiento y lo abrió por la primera página.

Dedicó las siguientes dos horas a empaparse de aquella doctrina extraña. En ese

tiempo olvidó que había pasado la noche en vela estudiando al talhom, que su cuerpo reclamaba descanso y alimento. Descubrió el ente al que llamaban Kares, una especie de dios que reclamaba como parte de su reino todo cuanto tuviera que ver con la sombra, la muerte y la perversión en todas sus retorcidas y grotescas variantes. Espoleado por la curiosidad, recorrió la biblioteca buscando algún libro más genérico y actual. Encontró uno que narraba la historia de la orden y trató de repasar sus hitos más trascendentes, desde su nacimiento siglos atrás hasta su casi completa desaparición gracias a la presión del rey de Angôr, que había conseguido privar a la orden de sus tierras y de gran parte de sus posesiones.

Después de eso, el silencio. Como si los kariteas hubieran desaparecido. En ese momento, unos pasos lo distrajeron de la lectura. Ante la puerta de la biblioteca pasó Mai. Árgoht la llamó y la joven se detuvo, accediendo a la sala.

—¿Puedo ayudaros?

—Pues creo que sí. Querría saber algo más acerca de los kariteas.

Mai se sentó a la mesa ante él, dispuesta a responder a sus preguntas.

—No salgo mucho de Lotrain, así que no estoy muy al tanto de lo que ocurre en el reino, pero aun así trataré de ayudaros.

—Gracias. Quiero saber qué ha sido de la orden durante los últimos años. Noticias o rumores, me da igual. Estoy tratando de encontrar una razón que les haga estar aquí en este momento.

—La Orden Kariteas fue nombrada proscrita por el difunto rey Mor hace casi veinte años debido a sus malas prácticas, rituales sangrientos y a saber cuántas cosas más. Aquí le rezamos a Gan y, según nuestros libros, cualquier forma de muerte implica un castigo cuando llegue el momento de rendir cuentas, así que aborrecemos todo acto de crueldad. El rey era un fiel servidor de Gan y se estremecía cada vez que llegaban a sus oídos las noticias al respecto de las actividades de los kariteas. Por fin, decidió acabar con su locura y los declaró proscritos. Mandó detener a casi todos sus dirigentes y muchos de ellos fueron condenados a muerte...

Árgoht interrumpió.

—Acabas de decir que Gan prohíbe...

—Sé lo que he dicho, pero Gan entiende que el mal debe ser perseguido y castigado con todos los medios que impidan su propagación y la perversión de las almas más puras, y cito textualmente. ¿Qué otra forma había de detener esa locura?

Árgoht no respondió. Entendía, pero la contradicción era tan evidente que no podía pasarla por alto. Al final todas las religiones pecaban de lo mismo.

—El caso es que la orden fue descabezada y desmembrada. Sus tierras y posesiones pasaron a pertenecer al reino. Con eso se la dio por acabada.

—Pero no fue así...

—Se sabía que quedaban conatos de actividad en varias aldeas y nunca habían llegado a abandonar la torre de Mügero. Dejaron de llegar noticias sobre rituales y asesinatos y eso tranquilizó al rey, que los dejó vivir en paz.

Mai guardó silencio.

—¿Es todo?

—No conozco más, mi señor.

—Me has ayudado mucho, Mai, gracias. ¿Las ganetorei habéis tenido alguna vez algún enfrentamiento con ellos?

—Somos pacíficas por principio. Tiempo atrás sí que los hubo, pero eso acabó. Optamos por seguir nuestro camino y que ellos se olviden de nosotras... Ahora, con vuestro permiso, debo volver a mis tareas. Espero haberos ayudado.

Árgoht volvió a quedarse solo en la biblioteca, reflexionando sobre lo que la joven acababa de contarle. Los kariteas llevaban veinte años casi extinguidos y ahora, de pronto, estaban liderando un ejército de conquista. No tenía sentido. En ese momento recordó el objeto que llevaba el hombre al que se había enfrentado en Anteri'zá y con el que pretendía controlar al talhom. ¿Era aquel artilugio la clave de la recuperación de la orden?

De pronto, nuevos pasos se escucharon en el exterior. El hechicero no tardó ni un segundo en saber a quién pertenecían. Preas Mor apareció en la puerta con su curtido rostro vestido de preocupación.

—¡Árgoht! Te buscaba.

—¿Qué ocurre, Mor?

—Nos vamos.

Preas guardó silencio, esperando una reacción de Árgoht que no llegó.

—Varios mensajeros informan de que el ejército se ha puesto en marcha hacia Talder'an. Es un paso lógico; una vez conquistada la capital tienen que derrotar a la ciudad más armada del reino. Allí tendrán un hueso duro de roer.

—No entiendo por qué es la ciudad mejor defendida si la capital...

—Por las minas.

Árgoht no sabía de qué le estaba hablando el hombretón.

—¡Las minas, Árgoht! ¡Por Gan! ¿Es que no sabes nada? —Preas suspiró y cogió aire, como preparándose para explicarle algo a un niño pequeño—. Angôr se nutre en gran parte de las minas situadas al Suroeste, cerca de Talder'an. Por eso es la ciudad más preparada para un ataque, porque siempre ha sido allí donde hemos recibido los principales golpes. Angôr'an es la capital administrativa, pero Talder'an es el brazo fuerte, nuestro más importante baluarte. Esperábamos que tardaran un poco más antes de intentar atacar las minas, pero se ve que tienen prisa.

—Vale, ¿y qué es eso de que os vais?

—Pues eso. Vamos a Talder'an. Nos uniremos a las defensas de la ciudad.

—Preas, el problema no ha cambiado: sigue habiendo un ejército entre tú y la ciudad. Nunca llegarás. —Lo que no voy a hacer es permanecer aquí encerrado lamiéndome las heridas mientras mi pueblo sufre. Si he de morir, que sea en combate contra quienes pretenden someter a mi gente.

—Esas suelen ser las últimas palabras de los héroes y los suicidas.

El rostro de Preas se puso colorado.

—Entiendo que no vendrás con nosotros...

Árgoht guardó silencio unos instantes antes de responder.

—Entiendes bien. Esta no es mi guerra. Solo estoy aquí de paso.

Preas pasó del rojo al morado.

—Pensé que eras un buen hombre, hechicero, después de lo que vivimos...

—Preas, salvé tu vida al tiempo que la mía. No me debes nada, pues no fue un gesto altruista ni un sacrificio. Sobreviviste porque estabas junto a mí. Eso es todo. Ninguna deuda nos une.

Árgoht supo que Preas estaba a punto de golpearle y decidió guardar silencio. Sabía que esa deuda había quedado grabada en lo más profundo del príncipe y despreciarla era como hacerle una ofensa personal. Haciendo un ejercicio de autocontrol, Preas relajó los puños y salió de la biblioteca a grandes zancadas, haciendo resonar el eco de sus pasos en los angostos pasillos repletos de libros.

Con un suspiro, el hechicero regresó a la lectura.



«Hasta el más manso de los gatos morderá para defenderse si se siente acorralado».
Sabiduría popular, capítulo quince. Varios autores.

Ulea despertó de su sueño con un grito anclado en la garganta y una opresión en el pecho. Había tenido una pesadilla horrible en la que había visto a sus padres morir de cien formas distintas mientras una larga sombra se cernía sobre ellos. Tenía la cara empapada de lágrimas y, a pesar de tener el cuerpo agotado y herido, sintió un dolor tan profundo en el corazón que el físico pasó a un segundo plano. Lloró una vez más con la esperanza de aliviar la carga de su alma, pero nada conseguía. La pena seguía allí, la angustia por la vida que llevaba, esa nueva existencia de esclava que nunca habría imaginado.

Permaneció en la cama unos instantes más tratando de calmar su corazón, de darle un sosiego que se le escapaba. Por fin, se puso en pie y se dirigió al pequeño fogón de leña para encender fuego y calentar agua con la que hervir unas hierbas. El sol apenas mostraba sus tímidos rayos matutinos entre los resquicios de la ventana.

Un ruido en el exterior llamó su atención. Parecían voces que, aunque no gritaban, sí formaban un pequeño revuelo. Al abrir la puerta para ver qué ocurría encontró que por la calle se acercaba un numeroso grupo de personas, vecinos y campesinos, con todo tipo de herramientas en las manos, desde azadas hasta hoces. Avanzaban muy juntos en la dirección en que ella se encontraba. Eran casi todos hombres y en sus rostros se veía una determinación que le puso los pelos de punta.

Los gritos comenzaron a subir de nivel y las ventanas de las casas junto a las que pasaban se fueron abriendo. Por ellas asomaban los rostros trasnochados y sorprendidos de sus vecinos. El polvo de la callejuela iba levantándose tras el grupo,

dándole a la mañana el aspecto de un atardecer temprano. Los pasos acercándose retumbaban bajo los pies de Ulea. Ver a toda aquella gente armada solo podía significar una cosa: el pueblo comenzaba a rebelarse. Casi no podía creer que fuera cierto. Sin plantearse si quiera la viabilidad de aquella protesta, se giró sobre sí misma con intención de cambiarse de ropa y unirse a ellos para demostrar que no iba a tolerar ni un día más una vida como la que llevaba.

Pero en ese instante la sangre se le heló en las venas antes de haber tenido tiempo siquiera de entrar en la vivienda. Con la mano apoyada contra la madera de la puerta vio, en el otro extremo de la sucia calle, un nutrido grupo de soldados. Se habían detenido y formaban una hilera doble que abarcaba todo el ancho disponible. Vestían de negro de la cabeza a los pies, incluidos aquellos horribles embozos que impedían que se le viera nada más que los ojos.

Ante cada uno de ellos, apoyada contra el suelo, una enorme ballesta esperaba como un animal inmóvil acechando a su presa. No hacían nada. Solo estaban ahí. Cuando el grueso del grupo se dio cuenta de su presencia, los gritos decayeron en intensidad fruto de la sorpresa. Quizás creyeran que no los interceptarían o esperaban pillar a los invasores desprevenidos, pero el hecho era que estaban allí, esperando.

Ulea pudo ver cómo varias ventanas y puertas que antes vitoreaban a los valientes ahora se cerraban a cal y canto.

—¡Cobardes! —dijo una voz dentro del grupo—. ¡Esta ciudad es nuestra!

Una piedra salió volando en dirección a los soldados, pero cayó a un metro de la línea que formaban. Las ballestas se alzaron al unísono y, con movimientos precisos y sincronizados, los soldados las cargaron con sus respectivos virotes. Un instante después, una lluvia horrenda se cernía sobre los ciudadanos.

Ulea se tiró al suelo, presa del terror más absoluto. Cerca de ella comenzaron a caer cuerpos sin vida atravesados por aquellas puntas terribles. Después de la primera andanada, otra procedente de la segunda fila de soldados causó aún más estragos. El aire se llenó de gritos y del olor de la sangre que comenzaba a manchar la tierra. En pocos minutos todo hubo terminado, pero Ulea no se atrevió a alzar la cabeza hasta mucho de después.

—¿Estás bien? —le preguntó alguien mientras le ayudaban a ponerse en pie y ella lo conseguía a duras penas debido al temblor de sus rodillas. Consiguió murmurar que sí, que se encontraba bien, pero sabía que era mentira, un cochina mentira. No estaba bien. Se sentía a punto del colapso, incapaz de asimilar lo que acababa de vivir. Miró a su alrededor. La calle se había convertido en un mar de cuerpos sin vida y no había rastro de los soldados negros. Las ventanas y puertas comenzaban a abrirse de nuevo y de ellas salían manos a ayudar a los heridos, que eran muchos.

Ulea no pudo seguir mirando. Entró en su casa y cerró la puerta tras ella con fuerza. Incapaz de pensar con serenidad y de dejar de temblar, se dejó caer en la cama llorando como nunca antes lo había hecho.

Ulea pronto se dio cuenta de que no tenía tiempo ni siquiera para llorar. Era

consciente de que tenía que presentarse en el sembrado si no quería recibir una seria reprimenda, así que hizo de tripas corazón, se quitó el camisón de dormir y se puso la ropa de trabajo. No tenía tiempo de comer nada, así que apagó el pequeño fogón y salió de nuevo a la calle.

La situación se había normalizado un poco, pero una hilera de cuerpos esperaba ya contra una pared a que fueran retirados. El silencio era absoluto. Nadie se atrevía a opinar. Nadie se atrevía a protestar. Cada uno de aquellos virotes se había clavado al mismo tiempo en la carne y en el alma de la gente.

Llegó al punto de encuentro a paso ligero, tratando de no pensar, donde el carromato con las herramientas esperaba cada día a sus trabajadores. Apareció con el tiempo justo y cuando sus amigos ya comenzaban a preocuparse.

—Cielos, pensamos que te había ocurrido algo —le dijo Errea nada más verla llegar.

Ulea tomó una azada del carro, una de las pocas herramientas que quedaban, y se unió a la fila que pronto se pondría en movimiento. A su lado se colocaron, como siempre, Lopse y Errea.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el joven.

Ulea les contó en susurros cuanto había ocurrido mientras se dirigían al campo que tocaba cultivar ese día. Notaba cómo la irritación de Lopse iba en aumento a medida que avanzaba en la narración y los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Me alegro mucho de que estés bien, querida —le dijo el anciano, conmovido por el relato.

—Esto no va a mejorar —dijo Lopse—. Esos malnacidos nos tratan como si les perteneciéramos. ¡Tenemos que hacer algo!

—No seas estúpido, chico —le refrenó Errea—. ¿Quién te crees que eres?

—¿Qué más da quién sea? Lo que importa es lo que puedo hacer. Y no pienso quedarme mirando sin actuar.

En ese momento un soldado a caballo se situó junto a ellos.

—¡Silencio!

Los tres cerraron la boca al instante ante la visión del látigo que se alzaba contra ellos. Aunque no llegó a caer, su presencia fue suficiente para que se hiciera el silencio más absoluto. Ulea miró a Lopse de reojo y supo que estaba haciendo grandes esfuerzos por contenerse.

El día en el sembrado transcurrió como cualquier otro, pero Ulea no consiguió deshacerse de la imagen de lo vivido esa mañana. El olor de la sangre, los rostros lívidos detenidos en rictus horribles... Algo que le corroía las entrañas era pensar que, ante aquella desgracia, ella solo había sido capaz de tirarse al suelo y llorar. Recordaba las ventanas cerradas dando la espalda a quienes morían tratando de cambiar las cosas. ¿Sería ella tan valiente? También tenía presente las palabras que le había dirigido Errea a Lopse: «¿Quién te crees que eres?». Sabía que no era nadie, que no tenía fuerza ni coraje suficiente para hacer nada. Era una simple mota de

polvo.

Regresó a casa más triste que cuando había salido. Apenas había probado bocado y estaba hambrienta, pero solo podía pensar en la cama. Llenó una pequeña palangana con agua y se sentó en el catre con ella entre las piernas para poner en remojo las manos destrozadas. Varias ampollas se le habían reventado y sangraban mezclando el preciado líquido rojo con la tierra y el polvo. Sintió un momentáneo placer cuando las palmas entraron en contacto con el agua fría y en unos segundos esta se había teñido de oscuro. Muy despacio, restregó su piel como si quisiera arrancar de ella lo vivido durante las dos últimas semanas.

Unos pasos en el exterior de su casa la hicieron ponerse alerta. La tarde casi se había convertido en noche y no tuvo dudas de a quién pertenecían. Si se sentía abatida en ese momento, escuchar ese sonido de botas arrastrándose por la tierra le dio ganas de desaparecer, borrarse de la faz de Thera para siempre. La puerta se abrió de sopetón y en el umbral apareció la figura del capitán. Era lo último que Ulea quería para terminar aquel día horrible.

Como siempre, se tendió y se dejó manejar, fría como el hielo. Lo único que deseaba era que se cansara de ella y la dejara en paz, pero los días se sucedían y aquello no ocurría.

Por fin, el suplicio terminó y el soldado comenzó a vestirse.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo con una sonrisa grotesca—. Estoy cansado de tener que bajar hasta este tugurio que tienes por casa. A partir de mañana serás asignada al servicio en la fortaleza D’Gor. Así te tendré cerca y no tendré que salir al frío para... verte.

Y así, sin más, salió de nuevo a la calle, dejando a Ulea apestando por dentro y por fuera, que se sentía morir con cada latido de su corazón.

Se cubrió la cara con la almohada y lloró.

Ulea pasó la noche sin apenas dormir a pesar de que era consciente de que debía hacerlo, de que tenía que descansar. Las pesadillas la acosaban y no podía dejar de pensar en las palabras del capitán. El trabajo en los campos era duro, pero al menos ya lo conocía y tenía amigos allí. En cambio, entrar a formar parte del servicio en la fortaleza era un nuevo mundo para ella para el que no sabía si estaba preparada.

El sol comenzó a clarear el día y Ulea se levantó de la cama sin muchas ganas. Solo deseaba poder quedarse allí tendida sin que nadie la molestara diciéndole lo que tenía que hacer. Encendió el fuego y puso agua a hervir. No sabía qué tenía que hacer, pues el hombre no le había dado ningún detalle, así que se limitó a seguir su rutina diaria y, si algo debía cambiar, ya se enteraría.

Y no tardó mucho tiempo en enterarse. Después de desayunar una infusión y un par de pedazos de queso curado unos nudillos golpearon su puerta con delicadeza. Cuando abrió, una muchacha aún más joven que ella la esperaba al otro lado.

—¿Ulea Errain?

Ulea se limitó a asentir.

—Debes acompañarme. Prepara tus cosas. Ulea regresó al interior de la vivienda sin invitar a la joven a entrar y recogió algunas cosas, muy pocas, que eran imprescindibles para ella. Lo más importante fueron los dos mejores recuerdos de sus padres: una piedra redonda y lisa que su padre usaba como amuleto y que ella había recuperado de su bolsillo antes de que se llevaran su cadáver, y un colgante de conchas que su madre le había regalado cuando era niña. Metió en un petate algo de ropa y se despidió del que había sido su hogar durante dieciocho buenos años.

Cuando sintió que estaba lista se reunió de nuevo con la joven.

—Podemos irnos.

—Bien.

La muchacha echó a andar hacia la derecha. Ulea tuvo cuidado de no pisar los restos de sangre que aún podían apreciarse en el suelo de tierra de la calle. La ciudad comenzaba a despertar y la actividad aumentaba por minutos a su alrededor. Doblaron varias esquinas enlazando unas calles con otras mientras sus pasos les acercaban a la fortaleza D’Gor. A medida que se acercaban podía apreciar cómo las construcciones iban siendo cada vez mejores y de más calidad, sustituyéndose la madera por la piedra y la paja por la madera. Aunque aún podían apreciarse algunas secuelas de la invasión, la orden había sido muy cuidadosa a la hora de restaurar la normalidad cuanto antes de forma que la gente olvidara pronto que menos de quince días atrás habían vivido una batalla en la que habían muerto muchos de sus amigos y familiares.

Ulea, cansada del silencio, se dirigió a la joven.

—¿Me dices tu nombre?

—Leara —respondió la muchacha sin detenerse.

—¿Por qué te han enviado a ti a buscarme? ¿Eres mensajera?

—No, soy la secretaria de Elis.

—Y Elis es...

—Pronto lo sabrás.

Ulea captó la indirecta y cerró la boca. Poco a poco se iban acercando a la fortaleza y la presencia de guardias se iba multiplicando. Los primeros arcos que atravesaron flanqueados por soldados no ofrecieron problemas, pero pronto empezaron a detenerlas y a preguntarles a dónde se dirigían. Por fin, llegaron al pie de la muralla de piedra amarilla que rodeaba la fortaleza, donde además de preguntarles les pidieron algún tipo de credencial. De algún pliegue de su túnica azul claro, práctica y funcional, sin ningún tipo de adorno, Leara sacó un documento doblado con pulcritud. El guarda lo leyó con detenimiento, las miró a ambas de arriba abajo y les franqueó el paso.

Accedieron entonces a un patio amplio más allá del cual se alzaba la imponente fortaleza D’Gor. Era un bloque macizo con varias torres y puentes elevados que unían unas zonas con otras. Aquí eran más visibles los estragos de la guerra, con muros caídos, zonas calcinadas y mucha gente trabajando en la reconstrucción. Leara

atravesó el patio en línea recta saludando con la cabeza hasta llegar a una gran puerta de madera que daba acceso al interior.

De nuevo, ver a toda aquella gente trabajando, sonriendo y charlando le hizo preguntarse si no eran conscientes que lo que ocurría a su alrededor. ¿Era todo una pose o habían olvidado la guerra, el fuego y la sangre de su pueblo?

Mientras atravesaba la puerta que la llevaría a una nueva vida, Ulea se hizo una promesa a sí misma.

«Yo no olvidaré. No seré una más. ¡No olvidaré jamás!».



«El Adalid fue muchas cosas antes. Antes de saber cuál era su hilo en el tejido del Destino».
Crónicas del Adalid de la Luz. Varios autores.

—No es muy inteligente hacer enfadar a un rey —dijo Estëas desde la puerta de la biblioteca—. Se enfurruñan con facilidad cuando se les contradice.

Había llegado casi sin hacer ruido, pero no consiguió sorprender a Árgoht. La superiora sonreía, divertida por la actitud de Preas. Con un suspiro de cansancio se dejó caer en una silla junto al hechicero, que levantó la cabeza de la lectura en la que estaba enfrascado.

El estudio del pasado de la orden le había resultado interesante, pero no muy revelador y apenas difería de lo que le había contado Mai. La orden estaba muy arraigada en la historia de Thera, no solo en Angôr'an. Sus preceptos y dogmas estaban presentes en casi todo el territorio conocido y había logrado una importante cantidad de seguidores antes de ser perseguida y exterminada en la región. Muchos se habían visto obligados a esconderse y abandonarla para sobrevivir, pero Árgoht estaba seguro de que aún conservaban sus creencias y que, desde que tuvieran ocasión, volverían a salir a la luz para unirse a sus filas.

Quizás ese día había llegado. Esa teoría explicaría el repentino crecimiento que los kariteas habían experimentado en los últimos años y cómo parecían haber resurgido de sus cenizas con fuerza suficiente como para reunir un ejército.

Sin embargo, a pesar de cuanto había aprendido al respecto, si había un interés oculto en aquella invasión, a él se le escapaba. Estëas puso las manos sobre el Po'karatan.

—Este es un libro peligroso, en muchos sentidos.

Árgoht levantó la mirada y se reclinó en la silla. Sentía los ojos cansados y se los restregó con el dorso de la mano.

—Yo podría hablaros de un libro en verdad peligroso.

Estëas comenzó a ojear la exquisita escritura del volumen. La casualidad quiso que abriera la página por una letanía en honor de Kares.

—No comprendo quién puede adorar algo así.

Árgoht observó las páginas, ricamente decoradas con adornos muy intrincados y oscuros.

—Es la sombra sobre la luz. Temida, pero necesaria, nada más.

Estëas observó al meledino. Había en su mirada una mezcla de curiosidad e incomprensión que le desconcertó.

—Es curioso... ¿Por qué no queréis ayudar a Preas?

—No es mi guerra. Las invasiones, las injusticias, las muertes, se suceden desde el albor de la humanidad. Y todos creen tener razón. Solo el paso de los siglos logra discernir. Mientras, somos plumas al viento.

—Lo que sospechaba. —La superiora se recostó a su vez contra el respaldo de la silla de madera sobre la que reposaba—. Servís al Equilibrio aun de manera inconsciente.

Aquellas palabras derrumbaron todas las defensas de Árgoht. Equilibrio. La palabra que lo atormentaba desde hacía diez años.

—¿Por qué decís eso? —logró preguntar sin que la turbación asomara a su voz.

—Esta guerra es injusta e injustificada, pero vos entendéis que hay un motivo inherente; algo que, en el fondo, la explica. No a sus adalides, no a sus caudillos, sino al hecho en sí. El enfrentamiento, el conflicto... tiene un sentido para vos, por eso no os involucráis.

—Tonterías.

Pero Árgoht dudaba.

—Decidme, ¿habéis participado en alguna guerra?

—No.

—¿Por qué? Con vuestro poder podríais decantar cualquier contienda en la dirección que os interesara...

Árgoht guardó silencio.

—Cualquier vida es respetable. No tengo patria que defender. ¿Por qué iba a quitar la razón a los invasores? No conozco su historia ni sus motivaciones.

Estëas no dejaba de clavar sus hermosos ojos en Árgoht.

—Sois un servidor del Equilibrio aún sin saberlo. Tendéis a él de manera natural, por instinto.

De nuevo aquella palabra que le perforaba. «El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida».

—Explicaos.

—Esperad.

Se puso en pie y se dirigió a un oscuro pasillo de la biblioteca. Varios minutos más tarde regresó con un grueso y polvoriento tomo entre los brazos. Estaba ajado y tenía el aspecto de haber sido muy manipulado. Estëas volvió a sentarse y depositó el libro sobre la mesa levantando una fina nubecilla de polvo a su alrededor.

—Si la intuición no me falla, creo que esto os puede ayudar. Esta información no la sabe cualquiera y apenas se ha estudiado, a pesar de ser lo más parecido a la verdad.

Árgoht pensó en lo relativa que puede ser la verdad en función de los labios que la pronuncien, pero no hizo comentario alguno al respecto. La ganetorei abrió el libro por una página marcada con un punto de lectura de tela antigua y deshilachada. A dos páginas se mostraba un grabado circular con cinco imágenes equidistantes y un punto negro central. Cada imagen tenía una forma diferente, muy precisa en detalles y elaborada con una fina pluma que le daba un aspecto delicado y frágil.

—Esto es el Equilibrio.

Árgoht no podía apartar los ojos de la ilustración. Sobre todo de la imagen más a la izquierda, que mostraba un extraño ser con cabeza de elefante, manos de mujer y torso de un gran ave. Estëas siguió su mirada hasta ese punto del libro.

—Esa imagen representa a Gan. Vos lo llamáis «la Madre».

En ese momento, Árgoht dijo algo que no había dicho en sus más de cien años de vida.

—No entiendo...

—Estas cinco figuras representan a los cinco Guardianes que preservan el Equilibrio. —La mujer fue señalándolos uno por uno—. El Guardián de la Tierra o Gan, el Guardián del Tiempo, el Guardián de Todo y Nada, el Guardián de la Luz y el Guardián de la Sombra. Y, en medio, a la misma distancia de uno que de otro, U'rkoan, la Piedra del Destino.

Árgoht sentía que el aliento salía de sus pulmones y no volvía a entrar. Se sentía como un aprendiz frente a la más valerosa de las maestras.

—Cualquier mínima desviación de U'rkoan —continuó la mujer—, hacia uno u otro guardián rompe el Equilibrio con consecuencias imprevisibles.

Ahí estaba la piedra.

«El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida».

Allí, ante sus ojos, estaba la respuesta.

Árgoht tocó con el dedo índice la figura de la Madre sin poder dejar de mirarla. Allí estaba Ella, la fuente de todo, toda esencia y todo poder para él. Y no solo eso. Ella formaba parte de algo más grande, un equilibrio de fuerzas inestable y peligroso.

—Hace diez años —comenzó a decir sin saber que estaba hablando— tuve una visión de una niña pequeña que me decía: «El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida». —Estëas lanzó una exclamación ahogada y se puso en pie de pronto—. Me lo decía antes de desaparecer barrida por la marea en mitad de una tempestad que azotaba una playa de arena blanca. Desde entonces he estado buscando la

explicación que le diera sentido...

—¡Por Gan, Árgoht! ¿Es eso cierto?

El meledino no respondió. Miles de pensamientos se arremolinaban en su mente tratando de hacerse hueco.

—¿Me estáis diciendo que Gan se dirigió a vos directamente? ¡Hace diez años!

—Sí. Eso creo. A pesar de mis esfuerzos, no he encontrado otra explicación.

La superiora comenzó a dar vueltas por la biblioteca.

—No es posible.

De pronto se detuvo y miró al hechicero con una intensidad que él no había visto nunca.

—¿Quién sois? —Árgoht la miró sin comprender—. ¿Por qué Gan se pondría en contacto directo con vos? ¿Qué papel desempeñáis en esta historia?

No pudo responder. Siguió observando el grabado, apreciando cada uno de sus exquisitos detalles. El resto de Guardianes estaba tan delicadamente dibujado como la Madre, excepto el que Estëas había señalado como el Guardián de la Sombra, del que apenas podía distinguirse un borrón oscuro y dos puntos claros que podían representar los ojos.

—¿Por qué esto no se sabe? —preguntó el hechicero.

—Cada pueblo lo ha sabido desde el principio de los tiempos, pero cada uno ha elegido uno de los guardianes como deidad de forma más o menos inconsciente. Si lo pensáis bien, es lógico. ¿Cinco dioses? No hay cultura que pueda soportarlo. Así que su conocimiento se ha ido deformando y adaptando con el paso del tiempo hasta el punto de que la fuente original de conocimiento se ha perdido. Vos lo entendéis y lo veis con nitidez, pero el pueblo no lo aceptaría. Sus creencias están arraigadas a la tierra. Tratar de convencerlos de lo contrario sería una pérdida de tiempo.

Árgoht asentía en respuesta a las palabras de Estëas. Lo entendía muy bien. No podía dejar de mirar la ilustración oscura que parecía moverse ante sus ojos, como si la tinta estuviera fresca y se agitara sobre la superficie del papel. De pronto los dos puntos blancos que representaban los ojos del Guardián de la Sombra se clavaron en él. Árgoht lanzó una exclamación.

—¡Árgoht!

Estëas llegó a su lado.

—¿Estáis bien?

El hechicero alzó la mirada asustada hacia ella y la volvió a fijar en el grabado. La imagen estaba estática, igual que un instante antes.

—He creído que... Da igual. —Árgoht siguió con la conversación para que la mujer no apreciara su inquietud—. Me pregunto si lo que estamos viviendo no será consecuencia de todo esto.

Árgoht viajó hacia atrás con sus recuerdos y sintió cómo muchas piezas del rompecabezas de su pasado comenzaban a encontrar un hueco en el que ubicarse.

—Gan lo ha dicho muy claro y no puedo dudar de vuestra palabra: el Equilibrio

se ha roto. ¿Quién sabe lo que puede pasar?

El silencio se instaló entre los dos como una pesada losa. El conocimiento de todo aquello abría todo un mundo de posibilidades que Árgoht, a pesar de su experiencia y sabiduría, no se sentía capaz de asimilar de una sola vez.

Cuando por fin volvió a hablar, la voz de Estëas salió ronca y gutural, como si se le hubiera secado la garganta.

—Podemos estar presenciando el fin de nuestro mundo.



«Como en casi todas las grandes gestas, nada se habría logrado sin el sutil y silencioso buen hacer de unos pocos valientes».
Vida y obra de los héroes ignotos, capítulo sexto. Varios autores.

Preas Mor sentía la ira bullir en su interior cada vez que pensaba en el hechicero. Que él estuviera allí justo en aquel momento tan crucial para él y su reino no podía ser casualidad. Se negaba a aceptar que, pudiendo contar con un arma tan valiosa como esa, tuviera que dejarla encerrada en aquella estúpida biblioteca. Su aportación cambiaría el curso de las cosas y convertiría una batalla agónica en un paseo para su ejército. ¡Estaba seguro! Recordaba al hechicero de una época pasada y siempre había sido igual de arrogante y egoísta, pero tenía la esperanza de que el tiempo lo hubiera cambiado.

Preas se sentía como un pájaro enjaulado en el lerteneo. Sus heridas se curaban bien y no tenía problemas de movilidad, a pesar de la paliza que había recibido en la batalla de Angôr'an, en la que estaba seguro de que podría haber perdido la vida. No recordaba nada desde su caída de la muralla, ni de cómo había sobrevivido ni de quién lo había sacado del fragor del combate, pero lo importante era que había salido de aquel infierno y tenía que hacer algo para compensar la gracia que se había tenido con él. La orden debía pagar por lo que había hecho. Pensar en Tarkon Anan sentado en el trono de su padre, le hacía hervir la sangre en las venas.

Miraba a su alrededor, sentado en la sala común que era usada como dormitorio para la mayor parte de los cientos de refugiados, y veía a su pueblo sufrir esperando que alguien hiciera algo por recuperar sus hogares. ¿Quién quedaba para hacerlo? Solo él. No había nadie más. El reino le pertenecía y era su responsabilidad, estuviera

o no el hechicero a su lado cuando llegara el momento.

No podía esperar ni un segundo más. Se colgó la espada al cinto y salió decidido a poner fin a aquel encierro. Atravesó el patio como una exhalación y se dirigió hacia la zona donde se había asentado la guardia, en la que se habían levantado varias tiendas improvisadas. Vio a Tizo jugando a naipes con otros soldados y se dirigió hacia él.

Nada más verlo, todos se pusieron en pie y firmes.

—Descansen, amigos. Tizo, quiero que te pongas en movimiento cuanto antes. Reúne a los cinco mejores exploradores, a los más capaces para infiltrarse y esconderse entre las sombras.

—¡Sí, señor!

—Quiero que salgáis a recorrer todas las aldeas que podáis, sin ser vistos ni oídos, y hagáis correr la voz entre la población y los posibles supervivientes del ejército. Tizo se quedó sin habla y una sonrisa se fue dibujando en su rostro conforme entendía las implicaciones de esas palabras.

—Decid a todos que el príncipe está vivo y que está reuniendo un nuevo ejército. Todos aquellos capaces de portar un arma deben dirigirse dentro de cuatro días a la Atalaya de Visrên. Desde allí, partiremos hacia Talder'an a incorporarnos a la defensa de la ciudad. ¿Has entendido?

Tizo tardó unos segundos en responder, embargado por la emoción.

—¡Sí, señor! ¡Así se hará!

Preas apoyó su mano en el hombro del soldado.

—Bien. Pues ve. Es hora de recuperar nuestro reino.

Tizo se quedó paralizado unos instantes mientras veía alejarse a su rey. No podía creerlo. Se ponían en marcha por fin. Llevaba días deseando recibir una orden como aquella. Después de haber tenido que huir de Lashte con el rabo entre las piernas se sentía como si hubiera traicionado a su pueblo a pesar de saber que había hecho cuanto había podido. Cuando salió de su estupor miró al hombre que estaba a su lado y con quien un instante antes jugaba a los naipes.

—Hots, ya lo has oído. ¿A quién debemos llevar?

Hots era un hombre mayor que él pero seguía siendo soldado raso. En aquellas circunstancias se habían hecho amigos a pesar de esa diferencia entre ambos. Era un soldado rudo y curtido con una buena colección de cicatrices a pesar de las cuales mostraba siempre una serenidad y templanza que Tizo admiraba.

—Creo que tenemos lo que necesitamos.

Media hora más tarde tenía a un grupo de siete soldados a la espera de sus órdenes. Él solo tenía un grado por encima del de los demás, pero parecían haberlo aceptado como a su líder.

—Llegaremos juntos hasta la linde y allí nos dividiremos en parejas. No podemos ser más si queremos pasar desapercibidos. Debemos entrar en pueblos y aldeas para contactar con todos aquellos que puedan unirse al ejército, sean soldados o no. Si nos

descubren, estamos muertos. Tendremos que reclutar a tantos como podamos para estar en cuatro días reunidos en la Atalaya de Visrên. Partiremos de inmediato. Por supuesto, si alguno de nosotros es capturado, nunca debe revelar la existencia de este lugar ni esta misión.

—¡Antes la muerte! —exclamó uno de ellos.

—¡Antes la muerte! —corearon los demás. Sin más preguntas, todos fueron a pertrecharse y en poco tiempo estuvieron listos para partir. Sin caballos, tendrían que apretar el paso para salir de la foresta cuanto antes y aprovechar el tiempo todo lo posible.

—¡En marcha!

Salieron en silencio y sin hacer ruido. A ojos de los demás podía parecer un nuevo grupo de reconocimiento o de patrulla. Sabían que en pocas horas la noche se les echaría encima, pero no querían perder un tiempo precioso esperando a la mañana siguiente.

La orden estaba dada. No había vuelta atrás.

A la mañana siguiente se encontraban los siete observando la llanura. El silencio se había hecho entre el grupo. La bruma matinal lo cubría todo, pero Tizo sabía que, escondidas por ella, estaban las ciudades de Lashte, Deltia, Olp... Y más allá, Angôr'an. La furia volvió a llenar su pecho dándole ganas de gritar y echar a correr hacia la capital.

—Hots y yo iremos a Lashte. Los demás, distribuíos como queráis. Recordad, amigos: cuatro días. Ni uno más. ¡Corred!

Y sin más, se echó a andar en dirección Suroeste mientras se internaba en la bruma, seguido de cerca por Hots en completo silencio, como dos almas en pena.

La niebla se fue despejando a medida que el sol ascendía en el cielo. Por fin, la pequeña ciudad estuvo a su vista, aún a una buena distancia. Desde allí, protegidos por una arboleda de troncos dispersos, podían ver la actividad que, con la llegada del día, comenzaba a desarrollarse en el exterior de la humilde muralla que rodeaba la pequeña urbe. Varios grupos de personas trabajaban en la reparación de los trozos que habían caído durante la invasión bajo la atenta mirada de soldados de uniforme negro y milicianos flissanos, ataviados con prendas de cuero marrón y lana basta, quienes no dudaban en golpear y empujar para hacer cumplir su trabajo a los hombres bajo su supervisión.

—Los tratan como a esclavos —murmuró Hots apretando los labios.

Tizo no respondió. Sentía las uñas clavadas en las palmas de las manos.

Un instante después, de la puerta este de la muralla surgió un nuevo grupo de hombres y mujeres seguido de un carromato cubierto tirado por un caballo pequeño. En vanguardia cabalgaban dos soldados y en retaguardia iba un tercero. Solo uno de ellos, ataviado de negro de los pies a la cabeza, pertenecía a la orden. Los otros dos debían ser milicianos. Se dirigían a la arboleda en la que ellos se escondían.

—¡Deben ser leñadores! —exclamó Tizo poniéndose a cubierto.

—Tal vez sea nuestra oportunidad.

—¿Cómo lo hacemos?

Hots miró a su alrededor, analizando la orografía que los rodeaba.

—Tenemos que dar un rodeo.

Dedicaron un buen rato a observar y tratar de adivinar la trayectoria que seguiría el grupo y, cuando tuvieron una idea de por dónde accederían a la arboleda, se alejaron varios metros bien ocultos entre los matos. Allí dejaron sus armas y sus protecciones de forma que parecieran humildes pueblerinos y no soldados.

Un rato después la comitiva llegó al bosque, pasando muy cerca de donde ellos habían calculado. No tendrían ninguna opción de acercarse sin ser vistos, así que se limitaron a seguirlos de cerca ocultos entre los árboles. Tras una pequeña caminata llegaron a un claro en el que se podía apreciar días de trabajo anteriores, con restos de árboles recién cortados y zonas desbrozadas por ellos. Se detuvieron y los dos hombres de vanguardia ordenaron que se detuvieran con un gesto de la mano. El tercero abandonó la retaguardia y se dirigió a la parte delantera. Los tres mantuvieron una breve charla, lo que les dio a Tizo y Hots el instante que necesitaban. De un salto salieron de su escondite y se unieron al grupo de hombres y mujeres de rostros serios. Varios de ellos percibieron la llegada de la pareja y los miraron extrañados, pero tuvieron la precaución de no mostrar sorpresa ni decir nada, de modo que los rebeldes pudieron unirse al grupo sin ser vistos justo antes de que uno de los guardas pasara ante ellos. Se detuvo unos instantes y repasó con la mirada al grupo completo.

—Cuéntalos —le dijo a otro de los soldados.

El flissano empezó a contar señalando con el dedo. Unos segundos después perdió la cuenta y tuvo que empezar de nuevo. La segunda vez lo hizo mejor y dijo en voz alta.

—Son dieciocho... o diecinueve.

—¡Aprende a contar, inútil! Da igual, empecemos.

Alguien destapó el carromato, que contenía, como Tizo sospechaba, hachas de mano, azadas, pequeñas sierras y demás herramientas. A él le tocó un hacha de mano, muy poco afilada, lo que la hacía inútil. Levantó la mirada y encontró la de Hots. Le había correspondido una sierra oxidada con aspecto de estar más cerca de romperse que de cortar un tronco. Con un encogimiento de hombros dio a entender que tuviera paciencia.

Los distribuyeron a todos en grupos de cinco y tuvieron la precaución de separarse sin dar muestras de conocerse. Así, pasaron a formar parte de los leñadores. ¿Qué manera era aquella de comenzar una rebelión? Tizo tuvo que hacer un ejercicio de paciencia, pero se dijo a sí mismo que podía ser la mejor manera de entrar en la ciudad, aunque significara perder todo el día trabajando para aquellos que les habían echado de sus casas.

Cuando Tizo alzó el hacha y la dejó caer con todas sus fuerzas contra el primer tronco que tenía cerca, sintió que con aquel golpe descargaba buena parte de la furia

y la desesperación que sentía.
Aun así, siguió sintiéndose mal.



«El grito siempre viene precedido del silencio».
Dicho popular.

Las horas se sucedían y Tizo no conseguía serenarse. Cada disposición que recibía de los soldados de la orden era como una patada en el estómago para él. Hots lo miraba cada vez que sentía que podía perder los papeles y en su mirada encontraba la calma que él mismo no sentía. De esta forma consiguió controlarse.

Se detuvieron para comer junto con los demás. Nadie había preguntado por ellos, a pesar de que sus compañeros sabían que no habían partido de Lashte. Habían tenido la precaución de no mostrar sorpresa por su presencia ni hacerles ningún tipo de comentario, como si fuera algo normal. Fueron aceptados hasta el punto de que compartieron con ellos su comida al ver que no habían llevado nada.

Después del descanso de mediodía Tizo ya sentía el cuerpo dolorido. Después de haber pasado tantos días en el lerteneo con muy poca actividad, sus músculos estaban algo faltos de forma y lo notaba. A pesar de ello, no dio muestras de cansancio. Trabajaba como uno más, pero sin dejar de observar a los guardias. Mostraban una actitud relajada, como si hicieran aquello a diario, como si fueran pastores cuidando de un rebaño obediente. Ni siquiera los flissanos, que siempre habían sido amigos de los angoranos, mostraban piedad alguna a la hora de gritar o golpear a los trabajadores.

Aquello era lo que más molestaba a Tizo. Sus vecinos del reino de Fliss se comportaban como si ellos fueran responsables de las penurias que la Tierra Negra les estaba provocando. Siempre habían tenido buenas relaciones con ellos hasta el punto de que él mismo había sido destinado durante unos meses, dos años atrás, para ayudar a controlar una rebelión en la frontera norte. Apenas hubo enfrentamiento y la

relación entre ambos grupos había sido cordial y amistosa. Por ello, no podía entender qué podría haber provocado esa inusual alianza entre Fliss y la Orden Kariteas.

Perdido en sus pensamientos, no vio cómo uno de sus compañeros de grupo, un hombre mayor que rozaba la ancianidad, caía al suelo después de un mal paso mientras aserraba un gran tronco, aferrándose el tobillo y tratando de no gritar.

—¡Levanta! —le dijo el compañero que sostenía el otro lado de la sierra, que había tenido que detenerse también. Tizo se dio cuenta de lo que ocurría y dejó lo que estaba haciendo para ir a ayudar al viejo.

—¡No puedo mover el pie!

Tizo se agachó junto al herido.

—Ponte en pie, por Gan.

—¡No puedo!

Por el rabillo del ojo, Tizo vio cómo uno de los guardias flissanos reparaba en ellos y se acercaba a grandes zancadas.

—¿Qué está pasando? —gritó.

—Me he torcido el tobillo.

—Me da igual. Levanta y sigue trabajando. —¡No puedo!

El soldado traía en la mano un delgado garrote y apretó con él el hombro del viejo. La espada seguía colgando en su vaina.

—¡He dicho que te levantes!

Pero el hombre no se movió y siguió sentado agarrándose el tobillo. El flissano levantó el garrote y le golpeó el otro tobillo. Un grito de dolor brotó de la garganta del viejo. Tizo no apreció que se hubiera roto, pero era una zona muy dolorosa.

El guardia alzó de nuevo el palo y lo mantuvo por encima de la cabeza.

—¡No te lo repetiré de nuevo!

Y sin más palabras, descargó otro golpe. Tizo se movió con rapidez y aferró la muñeca que sostenía el palo. Sin pensarlo, alzó el hacha que tenía en la otra mano contra el flissano. El arma, a pesar de estar casi sin filo, penetró sin problemas por el lateral izquierdo del cuello del soldado en diagonal descendente, quebrando en su recorrido hueso y músculo. El hombre cayó con el rostro congestionado, aún vivo pero sin capacidad para respirar. Sin pensar, Tizo alzó de nuevo el hacha, esta vez para lanzarla en la dirección del segundo flissano que ya corría hacia él haciendo aspavientos. El arma impactó contra su rostro por el lado sin filo, rompiéndole la nariz y el pómulo derecho. Cayó al suelo casi sin sentido y sangrando por la boca.

Tizo era muy consciente de lo que acababa de hacer: había matado a dos soldados y había quedado desarmado, a sabiendas de que aún quedaba un tercero, el más peligroso de los tres. Se giró buscándolo con la mirada, esperando encontrarlo a su espalda a punto de insertar en él la punta de su espada. Lo halló, en cambio, varios metros a su izquierda, apoyado contra un árbol y con un reguero de sangre surgiendo de su gáznate cercenado. A su lado, Hots lo miraba con una sonrisa torcida.

—¿Y ahora, qué? —preguntó alzando la voz. Un silencio sepulcral les invadió como si estuvieran en un templo, y no en mitad de un bosquecillo. Los trabajadores estaban atónitos y no sabían cómo comportarse.

Tizo se sintió confuso por un momento. Había actuado por instinto y temía haber cometido un grave error. Por otro lado, tal vez aquello era lo que necesitaban para entrar en la ciudad sin levantar sospechas.

—Hots, tráeme la ropa de ese —dijo señalando el cuerpo del soldado negro. Después se giró y buscó con la mirada entre los angoranos, que parecían no salir de su estupor. Por fin encontró al que buscaba—. Tú, ven aquí. Es nuestra oportunidad de ser libres de nuevo, ¡maldita sea! ¡Moveos!

Aquello pareció espabilar a los leñadores, quienes, como si hubieran salido de un mal sueño, empezaban a sonreír y abrazarse. El hombre al que había señalado llegó hasta él.

—Tú encajarás bien —le dijo señalando al soldado con la garganta seccionada—. Quítale la ropa a ese y póntela. ¿Cómo te llamas?

—Bal...

—Bal, ¿a qué te dedicas?

—Soy minero. Estaba de visita en Lashte...

—Ahora eres un soldado flissano. Vístete con sus ropas.

Tizo empezó a hacer lo mismo con el soldado de la nariz rota. Sabía que antes tenía que rematarlo, pero no tenía valor para hacerlo a sangre fría. Se agachó junto a él y comenzó a desvestirlo. En vista de que Bal no reaccionaba, se puso en pie de nuevo y se dirigió al grupo que se congregaba en torno a él y Hots.

—Amigos, el príncipe Preas está vivo y está reuniendo lo que quede de su ejército en la Atalaya de Visrên. No estamos aquí por casualidad. Nos ha enviado él mismo para reclutar a cuantos estén dispuestos a luchar para recuperar nuestros hogares.

Gritos de alegría se alzaron al cielo.

—Estamos desarmados —dijo un hombre—, ¿qué podemos hacer nosotros?

—Vamos a regresar a Lashte...

—¡No! —Exclamó una mujer—. Es nuestra oportunidad de escapar.

—Yo no me iré sin mi familia... —dijo otra desde otro lado.

Tizo intervino.

—Esto es lo que haremos. Seguiremos aquí un rato más. Hots, Bal y yo nos vestiremos con las ropas de los soldados y a la hora habitual regresaremos a la ciudad como si nada hubiera pasado. Una vez dentro regresaremos a nuestros hogares. Debemos correr la voz todo lo posible. Dentro de tres días el rey Preas partirá hacia la defensa de Talder'an. Para entonces todos cuantos puedan portar un escudo deben estar en Visrên para ayudarlo. Dispersaos por Lashte, haced correr la voz. No es una broma ni una trampa.

Hots también intervino.

—Es la hora. Es nuestra única oportunidad de pelear. Si Talder'an cae, no habrá

nada que podamos hacer por defender nuestro reino.

—¿Lo haréis? —Preguntó Tizo en voz muy alta—. ¿Defenderéis vuestros hogares?

Un murmullo se extendió entre los presentes y fue subiendo de intensidad poco a poco.

—¿Lo haréis? —Tizo alzó el hacha al cielo de Angôr que empezaba a vestirse de tonos violetas para recibir a la tarde.

El murmullo se extendió hasta convertirse en un grito de euforia.



«Dar a conocer la historia de alguno de estos hombres y mujeres debería ser prioritario para cualquier bardo en nuestros días».
Vida y obra de los héroes ignotos, prólogo. Varios autores.

El primer día en la fortaleza fue de lejos el más duro que Ulea había vivido nunca. Nada más entrar en ella tras la estela de Leara sintió sobre sus hombros la inevitabilidad de un destino que no podía controlar. Desde que cruzó el umbral, la realidad la golpeó con fuerza brutal: estaba sola e indefensa en aquel inmenso lugar desconocido. Leara tenía razón cuando le dijo que pronto sabría quién era Elis. No terminaba de saber si su actitud esquiva era natural en ella o era fruto de la labor que desempeñaba.

La fortaleza tenía un inmenso vestíbulo desde el que se accedía a varias escaleras. Nunca antes había estado allí y una admiración reverencial le hacía mirarlo todo con los ojos de una niña que descubre lo grandioso que puede llegar a ser el mundo que la rodea. El techo se encontraba muy lejos, a muchos metros de altura, y estaba muy bien iluminado, con grandes cristalerías que recogían los primeros rayos de sol que comenzaban a despuntar.

Leara no se detuvo y la obligó a seguirla hasta una pequeña sala lateral de la que salía una voz grave y profunda. Entraron sin tocar y encontraron a un nutrido grupo de jóvenes ya dispuestas en dos filas que escuchaban con atención las palabras de una mujer enorme, redonda como un tonel y con unos brazos como troncos de árbol, vestida con una gran túnica de muchos pliegues y una especie de turbante que solo dejaba a la vista su rostro.

Su entrada dio lugar a que la mujer guardara silencio, molesta por la interrupción, mientras Leara la ubicaba entre las demás. Ulea pudo sentir el peso de su mirada

clavada en su espalda y no le gustó la sensación.

—Como decía —continuó la mujer cuando Ulea estuvo ubicada en la tercera fila de jóvenes, todas tan asustadas y descolocadas como ella, tan fuera de lugar—, me llamaréis Elis. El nombre de mi familia no os importa. Para vosotras seré solo Elis. Tratadme con el debido respeto y se os tratará de la mejor forma posible. Faltadme y vuestra estancia aquí se convertirá en una pesadilla. En este edificio encontraréis soldados, trabajadores, miembros de la orden... Pero ninguno de ellos importa para vosotras. Quien da las órdenes aquí soy yo, ¿queda claro?

Elis calló unos instantes para observar a las chicas. Sus grandes ojos negros se clavaron en Ulea unos segundos y siguieron de largo. Solo con aquella mirada, Ulea supo que tenía razón en lo que acababa de decir, que no era ninguna fanfarronada: Elis era la que mandaba en aquel lugar.

La mujer siguió hablando un rato más, aleccionándolas sobre el papel que debían desempeñar. Una vez concluida la charla las llevaron a recorrer las estancias que iban a atender cada una de ellas. Antes, las dividieron en grupos de cinco o seis y les dieron instrucciones por separado.

—Vosotras —dijo señalando al grupo en el que había sido ubicada Ulea— os incorporaréis al servicio de dormitorios. Os encargaréis de que las camas estén limpias, los fuegos encendidos y, en general, cualquier cosa que se necesite. ¡Cualquier cosa! Seréis invisibles en todos los sentidos. Si oigo una sola queja de alguna de vosotras, os las veréis conmigo.

Ulea se consideraba una mujer fuerte, pero aquella amenaza le puso los pelos de punta. Se creía a pies juntillas la capacidad de Elis al respecto de hacer de su vida una pesadilla, aunque no sabía por qué, pues acababa de conocerla. La fuerza que desprendía su mera presencia hacía creíble cualquiera de sus amenazas. Por fortuna, el resto del recorrido lo hicieron bajo la guía de Leara mientras Elis se encargaba de otros grupos que se dedicarían a cocinas, lavanderías y demás.

—Esta ala —dijo Leara— es la de invitados de la corte. Ahora mismo está siendo utilizada por los soldados de alto rango de la orden.

La joven hablaba en voz baja, como si estuviera en una catacumba. Ulea recordó al capitán que llevaba visitándola tantas noches y deseó salir corriendo de allí. Se encontraban en una amplia sala con una galería elevada sobre columnas de piedra labrada. Dos escaleras llevaban a esta galería en la que se podían apreciar diversas puertas cerradas a cal y canto. El aire estaba viciado y se oían voces y risas procedentes de esa planta.

—Haced lo que os digan —murmuró Leara. Ulea se fijó en la muchacha. Tenía un aspecto demacrado y triste, como si estuviera haciendo aquello en contra de su voluntad.

En aquella zona, otras mujeres corrían de un lado para otro atendiendo sus obligaciones sin apenas prestarles atención. Se detuvieron ante una gran puerta que daba acceso a una sala circular con las paredes cubiertas de mosaicos. En el centro,

un gran lavadero, también con forma circular y conricos decorados, recibía agua desde un estrecho conducto anclado a la pared. El caudal era escaso pero constante. En la esquina más alejada de ellas, una montaña de ropa de cama esperaba a que alguien la lavara.

—Aquí empezareis hoy. Aunque no seréis lavanderas propiamente dichas, en ocasiones tendréis que afrontar esas labores. En esa sala encontraréis todo lo necesario.

Y así empezó su primer día en el servicio de la fortaleza D’Gor.

Al día siguiente la despertaron al alba. Había dormido en una gran sala común con otra veintena de chicas, una habitación rectangular con ventanas altas y dos puertas en los extremos más alejados. Dos hileras de catres con una pequeña mesilla con cajones al lado de cada uno de ellos era el único mobiliario. A ella le tocó el más cercano a una de las puertas. Al finalizar la jornada dejó caer el agotado cuerpo sobre la cama y se quedó dormida al instante a pesar del ajetreo que aún había a su alrededor.

Por la mañana se sentía un poco mejor, pero era como si le hubiera pasado un carromato por encima. Ni siquiera los trabajos en el campo la habían dejado tan mal como aquel primer día en el servicio de la fortaleza. Después de la lavandería había tenido que hacer camas, retirar ropas sucias, colaborar en el comedor a la hora del almuerzo y la cena, limpiar suelos... Se preguntó si tendrían algún momento de asueto o si aquella sería su forma de vida para el resto de sus días, hasta que sus huesos se quebraran y no pudiera trabajar más.

Sentada en la cama, se cubrió el rostro con las manos y, a pesar de su promesa de ser fuerte, rompió a llorar.

Un instante después sintió el peso de otro cuerpo que se sentaba a su lado y cómo un brazo le rodeaba los hombros. Era muy cálido y se sintió reconfortada por un momento.

—Serénate. El primer día es el peor. Después todo mejora.

Ulea alzó la mirada y encontró junto al suyo el rostro surcado de pecas de una muchacha de tez muy pálida y el pelo casi blanco de tan rubio. Consiguió controlar sus lágrimas a duras penas.

—Eso está mejor —dijo la desconocida con una gran sonrisa—. Me llamo Fraen. El primer día es el más duro, porque no sabes qué va a ser de ti o qué se espera que hagas, pero el segundo ya estás preparada.

Fraen hablaba con una acento muy peculiar, sin apenas pronunciar las erres y extendiendo las eses un poco más de lo normal. Resultaba una manera muy dulce de hablar e hizo que Ulea se sintiera mejor al instante.

—Gracias —consiguió decir, secándose el rostro con el dorso de la mano—. Yo me llamo Ulea.

—Encantada de conocerte, Ulea. Sé fuerte.

Fraen se levantó y se dirigió a su catre mientras se quitaba la ropa de dormir sin

ningún pudor delante de las demás. Ulea supuso que no le quedaba otra opción e imitó su conducta, pues no encontró a la vista ningún tipo de habitáculo diferenciado del resto. Sobre la mesita que descansaba junto a la cama había una túnica de color marrón muy claro bien doblada y supo que sería su uniforme a partir de ese momento. Descubrió también que había una única letrina usada por todas las inquilinas de aquella sala común y, aunque su estado no era del todo malo, tenía que hacer sus necesidades sin apenas intimidad, cosa que la incomodaba muchísimo.

Muy pronto descubrió que lo que imperaba en aquel trabajo era la rutina, pues su segundo día en el servicio fue igual que el primero, punto por punto.

Trató de observar a las demás mujeres, ver su manera de moverse y de trabajar, lo que hablaban entre ellas, y creyó ver en todas la misma pesadumbre que ella sentía. La única diferente era Fraen, cuyo carácter risueño y permanente sonrisa hacían que pareciera feliz incluso en aquellas horribles circunstancias.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó la joven en cierto momento.

—No lo sé —respondió Ulea con un suspiro mientras sacudía el cobertor de una cama por la ventana del dormitorio que le había tocado adecentar junto con Fraen y otras dos jóvenes—. No sé muy bien cómo me siento, en verdad.

—No es tan malo estar aquí. Desde luego, hay sitios peores...

Ulea no quiso ni pensar en cuáles podían ser esos lugares.

Siguieron un rato más cada una con lo suyo, en silencio. Era un dormitorio muy amplio, con varias estancias y vestido con ricos tapices, chimeneas y una gran cama de aspecto acogedor.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Ulea, incapaz de contener su curiosidad.

—Esta habitación está reservada a un alto cargo de la orden que ha pasado aquí los últimos días. Creo que se fue ayer. Antes pertenecía a un miembro de la familia Mor, un hermano del rey, que murió el año pasado en un accidente de caza.

—¿Cómo sabes tanto de esto?

Fraen se detuvo antes de responder.

—Llevo en el servicio varios años. Serví a la familia Mor desde que era una chiquilla. Tras la invasión, la orden respetó a varias de nosotras, entendiendo que era mejor conservarnos que cambiar a todo el servicio. Igual ocurre con Elis aunque, por supuesto, ella llevaba aquí muchos más años que yo.

Fraen guiñó un ojo y siguió con lo suyo, quitándole importancia al asunto, pero Ulea creyó detectar un pozo de sombras bajo el aparente buen humor de su compañera. Se sintió tentada a preguntarle, pero no tenía confianza suficiente con ella como para indagar en sus sentimientos, así que prefirió dejarlo correr y seguir con sus tareas.

Esa tarde terminó temprano sus deberes y, en un alarde de generosidad impropio de ella, Elis las liberó para que se retiraran a descansar. En una sala aparte del gran dormitorio que compartía con sus compañeras varias bañeras servían al aseo de quienes vivían aseando a los demás. Eran baños muy humildes y casi siempre el agua

estaba fría, pero Ulea disfrutó de ese momento como si fuera el último. Dado que habían terminado pronto, el lugar estaba tranquilo, sin el alboroto que se produciría más tarde a medida que fueran llegando las demás.

Se tomó todo el tiempo que quiso y, cuando las yemas de sus dedos comenzaban a arrugarse, salió para secarse con la misma parsimonia. Cuando se vestía de nuevo escuchó una voz en el dormitorio común que preguntaba por ella. Alguien debió indicar donde se encontraba y al instante apareció por la puerta una mujer que ella no conocía.

—¿Ulea?

—Soy yo.

—Te reclaman. Sígueme.

Y así, sin más palabras, la mujer se dio la vuelta y echó a andar en dirección a la puerta del dormitorio. Aunque solo llevaba en la fortaleza dos días ya sabía que no debía preguntar más de la cuenta, así que se limitó a seguir los pasos de la mujer. Dejaron atrás la zona ocupada por el servicio para dirigirse al ala de dormitorios en la que había pasado todo el día trabajando. ¿Habría hecho algo mal?

Un presentimiento le puso la piel de gallina.

«Así te tendré cerca y no tendré que salir al frío para... verte».

Se había obligado a sí misma a olvidar aquellas palabras que nada bueno traían para ella, pero en el fondo sabía que tarde o temprano iba a tener que enfrentarse a aquello. Seguía caminando, pero Ulea había dejado de prestar atención a dónde ponía los pies. Se había convertido en una sombra. Por fin, se detuvieron ante una puerta y su guía se apartó.

—El capitán Gureq te espera.

Y se quedó allí, a un lado, esperando a que Ulea tocara en la puerta. No tenía opción, así que hizo lo que se esperaba de ella, pero la mano le tembló cuando golpeó con los nudillos. ¿Qué le impedía echar a correr? ¿Por qué no huía? Entonces lo supo. Supo que no quería morir. Haría lo que fuera por superar aquel trance, por sobrevivir. Una voz desde el interior le dio permiso para entrar.

Ulea volvió a mirar a la mujer que la había llevado hasta allí. ¿Por qué se ofrecía para algo como aquello? ¿No sabía lo que iba a pasarle? Entonces otro pensamiento, más oscuro aun, la invadió: «Tal vez ella está haciendo esto tan obligada como yo, como Leara», y sintió una corriente de simpatía hacia ella, a pesar de todo.

—¿Por qué haces esto? —preguntó en un susurro, aun sabiéndolo inapropiado.

La mujer no respondió, pero bajó la mirada en un gesto que no supo interpretar. Con un suspiro, Ulea abrió la puerta que la llevaba a su infierno personal. Accedió a un dormitorio en el que no había estado aún, más pequeño que aquellos que había limpiado ese día, pero también sobrio y funcional. El cielo, a través de la ventana abierta, mostraba sus tonos malvas y anaranjados para despedir al día. De pie ante la cama la esperaba el capitán Gureq. Hasta ahora no había sabido su nombre y darle nombre era darle familia, una historia. Era convertirlo en una persona, no en el

monstruo que ella sabía que era.

—Buenas tardes, preciosa.

Por mucho nombre que tuviera, su voz seguía repugnándole. Vestía ropa informal, con unos pantalones y una camisa holgada, el escaso pelo lavado y peinado hacia atrás. Ulea supo que al menos esa vez no apestaría demasiado.

—Esto es otra cosa, ¿verdad? Nada de barro y humedad.

Ulea, por un fugaz instante, le dio la razón. Al segundo siguiente se estaba repreniendo por aquel pensamiento.

—Entra, no seas tímida. Bebe algo.

Gureq señaló una bandeja que reposaba sobre una pequeña mesa a la derecha de la puerta. Él mismo se acercó y sirvió dos copas de lo que parecía ser vino tinto, que vertió desde una jarra de barro decorada. Él tomó una y bebió sin esperar a Ulea. Ella no hizo el más mínimo amago de tomar la copa, temerosa de vomitar cuanto se introdujera en el estómago. Sabía que toda esa amabilidad era ficticia, que el capitán solo quería de ella una cosa. Así pues, Ulea hizo de tripas corazón y se quitó la ropa con dos gestos precisos, quedando desnuda en el mismo lugar en el que estaba.

Ulea se dirigió a la cama y se tendió en ella, seria, como si fuera una muñeca. Gureq la miró con ojos lascivos, apuró su copa y se dirigió también a la cama. Con un suspiro, Ulea se retrajo al interior de sí misma, donde ese hombre no podía tocarla. Que cogiera su cuerpo, que hiciera con él lo que quisiera, pero sabía que nunca le permitiría tenerla a ella, su espíritu y sus pensamientos.

Imaginó una muralla alrededor de su corazón donde esconderse, como si de una nueva invasión se tratara, y notó que se sentía mejor.

Estando allí escondida nunca la encontraría.

Nunca podría tocarla.



«Luchar contra el propio destino es vano. Solo Gan puede
cambiar el curso de los ríos».
La sabiduría de Gan, capítulo tres. Anónimo.

Esa noche el hechicero no consiguió pegar ojo. No podía dejar de darle vueltas a cuanto había descubierto esa tarde. La historia de los kariteas era sorprendente e inquietante, pero saber de la existencia de los Guardianes y de la Piedra del Destino le había dejado una extraña sensación en la boca del estómago. Por un lado, sentía que comenzaba a encontrarle sentido a cuanto había vivido en los últimos años, cosa que le tranquilizaba, pero por otro estaba dándose cuenta de que todo aquello tenía una dimensión que podía escapar a su comprensión.

Sabía que un hechicero siempre aparece sobre la faz de Thera por una razón, con un Destino final que justifica su existencia. Dicho Destino puede ser nimio o grandioso, pero siempre trascendente. Lo peor de todo era no saber cuál era ese fin último, hacia dónde debía dirigir sus pasos. Cuando en un hechicero se despierta ante la Llamada, es imposible abstraerse de ella, y desde muy joven le había obligado a ponerse en marcha y lanzarse al camino, incapaz de establecerse en ningún lugar durante mucho tiempo antes de salir de nuevo en su busca. Él había vivido ya varias Claves que le habían hecho sentir que estaba en el camino correcto. Echó la vista atrás y, aunque a veces eran difusas, pudo recordar algunas con sorprendente claridad: la primera vez que tomó a Êralin entre sus manos, el regreso de su condición de perdido, la bola de cristal... Todas ellas, situaciones y momentos que le habían colocado en el sentido adecuado del camino. Lo sentía dentro, debajo de la piel. En el momento en que ocurría, era consciente de que algo importante estaba pasando.

La bola de cristal... Recordarla era como traer un mal sueño a su memoria. Alargó el brazo e introdujo la mano en su petate, donde revolvió unos segundos antes de sacar un bulto envuelto en telas con exquisito cuidado. Con él entre las manos levantó la vista para asegurarse de que todo el mundo dormía aún y ninguna mirada curiosa se posaba en él. Después empezó a desenvolverlo. Por fin, la bola apareció ante sus ojos. Alguna vez había escuchado a alguien llamarlas «pomelos», pero le había parecido una soberana estupidez. Llevaba en su poder diez años, desde que la había recogido de entre las pertenencias de una anciana llamada Krega. Gracias a ella había salvado varias vidas, pero después de tanto tiempo seguía sin saber cómo emplearla.

Ahora, descansando en su regazo como si solo fuera un juguete, seguía sin ser capaz de desentrañar su misterio. Puso una mano sobre ella y comenzó a acariciar su negro cristal, limpio como si jamás hubiera sido usada, como si no hubiera recorrido cientos de kilómetros por caminos polvorientos junto a él. Árgoht podía sentir el poder que emanaba de ella, pero por alguna razón que aún no entendía, no era capaz de conectar con él, como si su magia y la de la bola procedieran de fuentes diferentes e irreconciliables.

Si el suyo procedía de la Madre, ¿era posible que el poder de la bola surgiera de algún otro de los Guardianes, cuya existencia acababa de descubrir? Si todo aquello tenía que ver con su Destino, ¿qué papel tenía que desempeñar él en algo tan grande? La Piedra del Destino... Solo de pensar en ello se le ponía el vello de punta.

Tal vez estuviera exagerando, pero algo en su interior le decía que no. De una forma u otra todo estaba relacionado y él se sentía en medio, dando vueltas en un mar angosto sin saber dónde estaba la costa o qué profundidad tenía. Dejó vagar sus pensamientos, que le llevaban una y otra vez a aquel momento crucial, diez años atrás. Eso le hizo recordar la Tierra Negra, la gran epidemia que estaba viviendo el sur del continente, que poco a poco se iba extendiendo hacia el norte, amenazando con hacer impracticable todo cuanto tocaba. ¿Era un fenómeno casual o estaba relacionado con la ruptura del Equilibrio? ¿Y qué pasaría si uno de los guardianes se hacía con el control de la Piedra?

«La piedra debe ser protegida».

Una sensación de ahogo ante la grandiosidad de aquella empresa estuvo a punto de dejarlo sin aliento.

No podía seguir dándole vueltas a esos pensamientos. Además, su estómago comenzaba a rugir pidiéndole desayunar. El amanecer clareaba y sus tímidos rayos empezaban a filtrarse por los altos ventanales del salón común en el que dormía, junto a muchos otros refugiados, desde hacía ya casi dos semanas. Aunque empezaba a sentirse hastiado de estar allí, sabía que aún le quedaba mucho que hacer antes de marcharse.

Guardó la bola de nuevo entre sus ropas y dirigió sus pasos hacia el olor a pan recién hecho que procedía del refectorio. Aún no había nadie en el comedor, así que

se acercó a la cocina. Allí, varias ganetorei ajetreadas corrían de un lado para otro con el fin de tener lista la primera comida del día para los refugiados. Tuvieron la deferencia de servirle un tazón de caldo con verduras y pan caliente que el hechicero degustó despacio en una esquina, perdido en sus pensamientos mientras a su alrededor se desataba el caos a medida que se aproximaba la hora del desayuno.

Tenía ganas de coger aire, así que entregó el cuenco vacío a una hermana y salió al patio con intención de dar un paseo por los alrededores. Su mirada se clavó en la puerta que llevaba al sótano en el que se encontraba el talhom y recordó las palabras de Estëas instándole a deshacerse de él lo antes posible. Con un suspiro, cambió de dirección y se introdujo de nuevo en el edificio rumbo a la oscuridad que allí habitaba.

Ante la primera de las puertas, tras haber bajado varios niveles, aguardaban dos soldados con mal aspecto. Tenían marcadas ojeras y parecían estar sufriendo por dentro. A pesar de ello, lo saludaron cuando lo vieron llegar.

—Id a descansar. Yo me ocupo.

Los dos guardias se miraron el uno al otro. Sabían que el hechicero no tenía autoridad para darles órdenes, a pesar de lo cual no pudieron resistir la tentación y salieron disparados escaleras arriba tratando de poner la mayor distancia posible entre ellos y aquella puerta.

Árgoht apoyó la palma de su mano derecha sobre la superficie de madera y la notó la energía que se desataba tras ella a pesar de haber un pasillo y otra puerta entre él y aquel ser.

Se sentó con las piernas cruzadas y cerró los ojos con un suspiro. Muy despacio, pronunció un hechizo de protección contra la oscuridad. Después, pronunció otro que le permitía detectar energías oscuras a su alrededor. Sospechaba lo que iba a encontrar, pero aun así se sorprendió. Cuando abrió los ojos su percepción se había modificado. En torno a él se arremolinaba un denso polvo negro como si hubieran sacudido una chimenea. Sabía que era la prueba de que la sombra se había extendido por allí, pero su densidad le sorprendió. ¿El talhom emanaba todo aquel poder? Si sus sospechas eran correctas y la orden tenía intención de usar a ese ser para sus fines, podría otorgarles un poder que les daría una victoria aplastante contra cualquier enemigo.

«¿Quién eres?».

Las palabras surgieron en su cabeza de pronto, sobresaltándolo.

«¿Quién eres?».

No tenían una tonalidad concreta, como si las pronunciaran cientos de gargantas al mismo tiempo. «Soy Árgoht Grandël, inmundicia».

Una especie de carcajada coral respondió a sus palabras.

«Hay un gran poder en ti. Me gustas».

Árgoht sintió un tirón dentro de su mente.

«No te resistas. Puedo darte mucho más de lo que sueñas. Fuego y poder».

Cientos de imágenes comenzaron a llenar su cerebro. En ellas podía verse a sí mismo desplegando su poder para gobernar a otros, alcanzando cotas inimaginables. A su alrededor, todos sucumbían o se postraban ante él.

«Puedo darte cuanto desees. Ven a mí. Guerra y tormento».

Las imágenes eran gloriosas, pero lo mejor era que podía sentirse poderoso en ellas, lleno de vida y energía. Con Êralin en la mano empapada en sangre podía sentir su energía recorriéndolo como si tuviera vida propia.

Con un gesto de la cabeza, rechazó esas imágenes.

«No tienes nada que ofrecerme, monstruo».

Le costó deshacerse de las escenas que poblaban su cabeza, pero lo consiguió. Sintió cómo el talhom dudaba. Ahora sabía cómo había controlado al jiuru. Estaba seguro de que el talhom no sabía lo que era sentirse expulsado, encontrarse con una mente capaz de rechazarlo. A saber cuánto tiempo, siglos, milenios tal vez, llevaba haciéndolo mientras acumulaba almas en su interior.

«Te aplastaré».

El sonido de la voz en su cabeza se había vuelto más estridente. El ser estaba enfadándose. Árgoht se sintió orgulloso de poder hacerlo pero ¿era bueno o malo?

Como respuesta a su pregunta, la densidad del polvo negro a su alrededor iba aumentando. Él no tenía poder para entrar en la mente del talhom sin estar en contacto con él, así que decidió dejarlo correr. Allí no iba a conseguir nada. En el momento en que se ponía en pie, una nueva imagen le llenó la cabeza: un anciano aparecía sentado con las piernas cruzadas y de sus ojos comenzaban a surgir lágrimas de sangre. En el momento en que resbalaban por sus mejillas para ir a caer a las telas que le cubrían el cuerpo, su rostro comenzó a difuminarse, siendo sustituido por el de un niño de pelo lacio y negro. Tan fugaz como había aparecido, la escena se esfumó. Sintió la risa del talhom en su interior.

«¡No!».

Árgoht quería saber más, quería ver cómo seguía. Era la misma escena que la Madre le había mostrado diez años atrás, durante su convalecencia, la que el maestro Voluthan había cortado de raíz. Lo recordaba como si hubiera sido el día anterior con todo detalle: el anciano, las lágrimas de sangre, el niño... No había podido encontrarle sentido a pesar de que había intuido la trascendencia del mensaje que la Madre había querido transmitirle. ¿Qué sabía el talhom de aquello? ¿Por qué se lo había mostrado?

No podía saber si esa imagen la había extraído de su cerebro, escarbando en sus recuerdos, o bien era algo nuevo, una especie de premonición. Además, el ser se había retirado. Estaba solo de nuevo.

Se puso en pie y apoyó las dos manos contra la puerta proyectando sus pensamientos hacia la estatua. Quería respuestas. Puso la mano en el picaporte con intención de abrir y llegar hasta ella para buscarlas en persona.

La oscuridad mágica se arremolinó a su alrededor.

Entonces se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se alejó varios pasos de la puerta. Comprendió que le había tendido una trampa para obligarlo a entrar y había estado a punto de sucumbir.

Sin pensarlo dos veces se dio la vuelta y echó a correr escaleras arriba.

El exterior lo recibió introduciendo el aire limpio de la mañana en sus pulmones. Se sentía como si hubiera estado ahogándose y acabara de salir a la superficie a tomar aliento. Jadeaba por el esfuerzo mental y físico que le había supuesto librarse de aquel sótano. No entendía cómo habían podido aguantar los guardias de la puerta. Habían cometido un grave error manteniéndolos allí. La única explicación posible era que el talhom no tenía interés en ellos.

A su alrededor, el patio bullía de vida, ignorando su presencia como si nada hubiera pasado. ¿Qué podría ocurrir si el ser lograba manipular a uno de los habitantes del lerteneo? Podía ser una catástrofe.

Apoyados en una columna vio a los guardias comiendo queso y pan. Se acercó a ellos con grandes zancadas.

—No quiero que volváis a bajar. De ahora en adelante las guardias se harán en la puerta del patio. Que nadie baje al sótano bajo ningún concepto.

—De acuerdo, mi señor. Pero esa última orden no podemos acatarla si no viene de un superior directo.

—Hacedlo y decid que lo he ordenado yo. Si alguien os lo discute, que hable conmigo.

—De acuerdo.

—Volved a vuestros puestos.

Y sin más, los soldados terminaron sus bocados y se dirigieron a la puerta bajo la galería del patio que bajaba hasta los sótanos. El alivio en sus rostros era evidente. Había sido una estupidez y un gran riesgo dejarles abajo, ante la puerta, y podría haber ocurrido una desgracia.

Con un suspiro se apoyó en la columna que hasta un instante antes habían ocupado los soldados y dedicó unos instantes a recuperar el aliento. La mañana no había hecho más que comenzar y ya se sentía agotado.

De pronto, una pequeña algarabía se formó en la puerta principal del lerteneo. Varias personas acudían corriendo, movidas por la curiosidad.

«¿Ahora qué?», se preguntó Árgoht, dirigiéndose también a aquel punto. Desde que dio dos pasos comenzó a escuchar la voz de Preas Mor procedente del exterior.

—¡Angoranos!

El príncipe, vestido con ropa informal pero elegante, con un peto de cuero tachonado y la espada al cinto, se había subido a una piedra y sobresalía por encima de la pequeña multitud que se iba congregando a su alrededor. La mañana lo iluminaba todo y la arboleda alrededor del edificio enmarcaba su figura, ensalzándolo.

—El tiempo se nos agota —decía Mor—. Tenemos una ciudad que defender y un

reino que recuperar. Lotrain nos ha acogido y ha curado nuestras heridas, pero el tiempo de esperar a pasado. Nadie nos va a devolver lo que nos pertenece. Vamos a tener que recuperarlo nosotros mismos.

Un murmullo se extendió entre la gente. Árgoht se apoyó en la puerta abierta del lerteneo. ¿Cuántas veces habría escuchado un discurso similar en sus viajes?

—Nos han echado de nuestras casas y no podemos permitirlo ni un minuto más. Sé que estáis cansados y asustados, pero es solo cuestión de tiempo que nos encuentren aquí, desvalidos como corderos. Ya basta de esperar. Tenemos que pasar a la ofensiva. Dentro de dos días todos los hombres disponibles supervivientes y luchadores han sido convocados en la Atalaya de Visrên con la intención de unirnos a la defensa de Talder'an, cuya invasión es inminente. No sé cuántos valientes se unirán a nosotros, pero sí sé que una espada que se una a la guerra es un cadáver de nuestros enemigos que alfombrará el suelo que pisen.

»Ahora vuestro reino os necesita más que nunca. En tres horas partiremos hacia Visrên a esperar a los demás. Os convoco a las armas, amigos míos. Todos aquellos que podáis enarbolar una espada y un escudo debéis venir conmigo. Por amor a nuestro reino, a nuestros hermanos, a nuestra patria. ¿Cuento con vosotros? Un clamor se alzó al cielo.

—¡Nuestra patria! —gritaba el gentío con los brazos en alto.

Preas desenvainó su espada y la alzó mientras se unía a los gritos.

—¡Nuestra patria!

Árgoht sintió una punzada de orgullo por esos hombres y mujeres dispuestos a lanzarse a una batalla suicida por defender lo que era suyo. Él no vivía nada como propio. Incapaz de echar raíces, deseaba poner fin a todo y descansar junto a un fuego el resto de sus días en un lugar al que llamar hogar. Pero sabía que era imposible.

Mientras los angoranos acogidos en Lotrain alababan a Preas y este se dejaba bañar por la multitud con el gesto serio, Árgoht se dio la vuelta y regresó al interior del edificio.

Tres horas después, el ajetreo en el lerteneo era casi ensordecedor. Árgoht observaba el ir y venir de la gente haciendo preparativos y reuniendo todo lo necesario para la marcha. No tenían caballos, por lo que todo lo que fueran a llevar tendrían que hacerlo sobre la espalda, lo que limitaba mucho sus opciones. Debían cargar con lo mínimo.

Preas se encontraba en el centro de todo dando órdenes, organizando, supervisando... No quería dejar nada al azar. Desde la ventana de la biblioteca, Árgoht observaba su rostro, renovado y lleno de energía, inmerso de lleno en lo que mejor sabía hacer. Sus heridas aún no estaban curadas, y cada día acudía a la enfermería a recibir las curas necesarias, pero su alma ya le pedía regresar a la batalla.

Había pasado esas horas en la biblioteca, leyendo más sobre los Guardianes y la Orden Kariteas, tratando de encontrar un vínculo, algo que relacionara las cosas. Y la

relación, sospechaba, iba a estar en el objeto que el soldado de la orden llevaba y que le había costado la mano. Aún no había encontrado ninguna referencia a él en ningún escrito, pero tenía curiosidad por saber si estaban allí, en Angôr, por la presencia del talhom o si era simple casualidad.

Desde la ventana de la biblioteca observaba la agitación previa a la partida de Preas y el pequeño grupo de voluntarios que había podido reunir de entre los refugiados. Había más niños que guerreros y más ancianos que niños, pero todos los que habían podido se había unido a la marcha. Viéndolos prepararse detectó en sus ojos una chispa vital que no había visto antes en todo el tiempo que llevaban allí escondidos. Lo más probable sería que murieran antes incluso de llegar a unirse a las tropas de Talder'an, pero habían recuperado la ilusión, la energía, un objetivo definido y preciso. Ir a defender su pueblo, a reconquistar sus tierras, les daba un motivo para vivir.

De pronto, sintió ganas de salir de allí, de alejarse del lerteneo y de toda aquella ilusión y energía que él no era capaz de sentir. Ver a tanta gente deseosa de defender su patria solo le hacía recordar que él no tenía ninguna. Había nacido en Meledel, muy al Norte, pero siendo aún un niño se trasladó junto a su madre a Narmanthia y, de allí, empezó a vagar por el mundo sin rumbo fijo. No se sentía arraigado a ningún lugar, ninguno al que pudiera llamar hogar. Sin pensárselo dos veces se dirigió a la salida. El grupo acababa de ponerse en marcha recibiendo la despedida de Estëas y el resto de las ganetorei y los refugiados que no habían podido unirse a la comitiva. No tenía ninguna intención de ir a la guerra, pero el paseo hasta la Atalaya de Visrên le vendría bien para despejar la mente y desentumecer los músculos. Se puso al final del grupo sin decir una palabra a nadie, ni siquiera a Estëas, que lo miró con extrañeza y curiosidad pero sin abrir la boca. Regresaría pronto, así que no sintió la necesidad de despedirse.

En unos minutos, el grupo entero se encontraba inmerso en la humedad y el calor de la selva.

Preas Mor tardó muy poco en descubrir su presencia por más que había tratado de mantenerse en la cola del grupo. Una hora después de partir dio con él mientras, apartado de la columna, observaba a sus hombres y hacía recuento.

—¡Árgoht! —exclamó—. Es toda una sorpresa. Eres la última persona a la que esperaba encontrarme aquí. Habías dejado claro que no vendrías.

—Y no voy, príncipe. Os acompañaré hasta la atalaya. Necesito despejarme.

Preas estaba serio, tratando de demostrar que estaba molesto con el hechicero, pero no pudo evitar una sonrisa.

—Yo también empezaba a agobiarme entre aquellas paredes. Necesitaba ponerme en movimiento. Espero poder hacerte cambiar de opinión. Tu participación en esta batalla puede decantar el curso de la guerra.

Sin saberlo, Mor había puesto el dedo en la llaga. Aquello era lo que más temía Árgoht. Si su participación era tan trascendente, ¿cómo afectaba al Equilibrio? ¿Cada

paso que daba, cada pensamiento y acción, eran a favor o en contra de este? Según la superiora Estêas así era. En ese caso daría igual lo que hiciera. ¿Estaba todo predestinado en su vida? Quería creer que no, que el camino debía marcarlo él mismo y desear que la Madre le pusiera en el sendero correcto. Pero en este momento no estaba seguro de nada y miles de pensamientos, algunos contradictorios, se amonaban en su cabeza. Le preocupaba haber dejado el talhom sin su vigilancia directa, pero era tarde para regresar. Deseó en silencio que Estêas tuviera la serenidad suficiente para obedecer las indicaciones dadas a los soldados y lograr que nadie se acercara al sótano durante su ausencia.

Ensimismado en estas reflexiones, ignoró la pregunta de Preas.

—En cualquier caso, me alegro de contar con tu presencia, amigo.

Y sin más, le dio una palmada en el hombro y se dirigió de nuevo hasta la vanguardia del grupo.



«Cuando el pueblo supo que el rey seguía con vida, algo se recompuso en sus corazones: una chispa vital que creían perdida».

Grandes conquistas, capítulo quince. Eltor Greis.

Las horas se le estaban haciendo eternas a Tizo. Solo la excitación podía superar al frío nocturno y gracias a ella se mantenía despierto a pesar de sentirse exhausto. El amanecer estaba cerca y el cielo comenzaba a teñirse de añil para recibir al sol.

La noche había sido larga y esperaba que el día lo fuera aún más.

La entrada a la ciudad no había sido complicada. Vestidos con las ropas de los guardias, habían pasado por el acceso este sin ningún inconveniente. Cuando tuvieron ocasión, se quitaron las ropas y las tiraron lejos de la vista. Desde entonces habían circulado, tanto Hots como él, como otros dos lasheanos cualesquiera. El resto del grupo se dispersó hacia sus hogares con la intención de hacer correr la voz lo más rápido posible. Habían decidido encontrarse allí, en aquel callejón oscuro y frío en el que Tizo llevaba horas esperando, con intención de partir antes del amanecer, antes de que la ciudad cobrara vida de nuevo y la guardia se pusiera en alerta ante la escasez de trabajadores. Solo esperaba que estuvieran siendo lo suficientemente discretos y no tuvieran ninguna sorpresa en el último momento.

Tizo pasó las horas posteriores a la entrada en Lashte de taberna en taberna, escogiendo bien los oídos en los que liberar la información que tenía y que podía acarrearle la muerte si era difundida a la persona equivocada. Fueron muchos los que se alegraron de escucharla, pero otros vieron en él la llegada del mal agüero.

—No sabes lo que dices —murmuró un comensal en una de las tabernas. Era un hombre grande y surcado de cicatrices. Su acento delataba su procedencia del norte y

su aspecto, moreno y de largo pelo negro, lo confirmaba—. La orden es brutal y no tiene reparos en castigar a la menor provocación. Te lo digo por experiencia. Enfrentarnos a ellos es una estupidez. Es mejor dejar las cosas como están. Al menos seguimos vivos.

Tizo lo miró mientras trataba de decidir si valía la pena tratar de convencerlo.

—El rey está en Visrên, esperando a que su pueblo se una él. ¿Qué más necesitas?

—Por lo que a mí respecta, podría ser una trampa de la orden y, desde que pongamos un pie fuera de la muralla, podría masacrarnos a todos por traidores.

Tizo no había esperado algo como aquello y un murmullo de afirmación circuló entre los presentes, incluso entre los que ya habían dicho que se apuntaban.

—Estaba en Lashte cuando llegó esa horda flissana —respondió Tizo con los dientes apretados—, defendí a mi gente cuanto pude...

—Antes de huir como un perro. Si no, ¿cómo es que estás aquí ahora?

Tizo saltó hacia adelante y lanzó un puñetazo contra el norteño, que cayó al suelo despatarrado. La bebida que tenía en la mano regó a varios hombres de los que los rodeaban. El soldado se puso sobre el caído con el puño en alto, dispuesto a seguir golpeando.

—¡Jamás vuelvas a llamarme cobarde! ¡Jamás!

Para sorpresa de todos, el norteño comenzó a reírse. Primero salió de su garganta una risita gutural, pero acabó riendo a carcajadas. Alzó la mano con la palma extendida, esperando a que Tizo la cogiera y lo ayudara a levantarse.

—Ahora sé que no eres un espía de la orden, chico —se acarició el mentón allí donde había recibido el golpe—. Pegas bien. Cuenta conmigo. Mi nombre es Rargast.

Hacía horas de aquello y aún no habían podido detenerse a descansar. A pesar de haber conocido a Rargast, que pronto se contagió del ímpetu de Tizo y prometió extender el mensaje todo cuanto pudiera, el resto del día había encontrado más gestos hoscos que sonrisas ante sus palabras. Muchos le mandaron a callar, instándolo con miradas furtivas a que se fuera por donde había venido, temerosos de que algún espía de la orden pudiera escuchar y tomar represalias. El miedo y la aceptación parecían ser la tónica generalizada.

Ahora, agazapado en el oscuro callejón que serviría de punto de encuentro, seguía dándole vueltas en su cabeza.

—¿Cómo pueden haberse adaptado con tanta facilidad? —se preguntó en voz alta.

Hots, medio adormilado junto a él, respondió con claridad meridiana:

—La gente quiere estabilidad, trabajar y comer. Háblales de rebelión, guerra y muerte y se echarán atrás. Quizás hasta olviden que han muerto sus amigos y parientes en la invasión. Creo que podría llegar a entenderles...

—¡Jamás!

—Tú mismo lo has visto. Creías que encontrarías a la gente esperando alguien que les dijera que se alzarán, pero las cosas no son así. Lo único que quieren es seguir

con sus vidas.

—No puedo aceptarlo.

—Nosotros somos soldados, Tizo, estamos entrenados para sentir la patria y el honor, pero lo único que la gente siente es hambre y frío. Dales comida y cobijo, y tendrás un pueblo que te siga.

En ese momento, unos pasos sigilosos cortaron la conversación de raíz y les hicieron ponerse en pie de un salto. Ambos habían confiscado las armas de los soldados muertos, pero no llegaron a desenvainar. Por la esquina del callejón en el que se escondían apareció el rostro sudoroso de Rargast.

—Se hace tarde. —Tizo estaba nervioso. El sol saldría en cualquier momento. A esa hora esperaba estar a varios kilómetros de allí.

—No es fácil sacar a la gente de sus casas.

Tizo miró detrás de Rargast. En las sombras no podía distinguir bien, pero estaba seguro de que no había allí más de una treintena de personas.

—Sois pocos.

—Habrá otro grupo esperando fuera. No he podido reunir más en tan poco tiempo. De todas formas, he corrido la voz de que pronto partiremos a Visrên. Es posible que aún se nos una alguien más.

Tizo dudó un instante.

—Vámonos —le instó Hots—. No podemos esperar más.

Con un gesto, todo el grupo se puso en marcha. Cuando apenas habían caminado veinte metros hacia la salida, se toparon con una patrulla. Parecían estar esperándolos a la entrada de una callejuela y estaban bien situados bloqueando el paso, el más directo hacia la salida de la ciudad.

—¡Mierda! —exclamó Tizo.

—Vaya, así que era cierto.

Alguien los había traicionado.

Habló un soldado alto y fornido, ataviado con un gran pectoral de cuero negro. Tras él, un nutrido grupo de flissanos bien armados. Ellos solo tenían las pocas herramientas de leñador que habían tenido la precaución de coger del carromato antes de devolverlo y las armas robadas a los cadáveres. Tizo, a pesar de haberse agenciado la espada del soldado de la orden, conservaba el hacha sin apenas filo.

Tizo pensó que no tenían otra opción. Si se detenían estaban perdidos. Sin pensárselo dos veces, echó a correr en dirección al soldado de la Orden mientras desenvainaba. Aquel, sorprendido por la rápida reacción de Tizo, apenas tuvo tiempo de desenvainar la suya y detener el tajo en el último momento. El resto de sus hombres le siguió y en unos segundos estaban enzarzados en la lucha. Gracias a la sorpresa consiguieron causar varias bajas antes de que empezaran a caer hombres de los suyos. Aunque Hots y él eran los únicos soldados profesionales de su grupo, había varios civiles fuertes y habilidosos que nada tenían que envidiar a los milicianos flissanos, muchos de los cuales habían sido reclutados para la ocasión y tenían muy

poca experiencia con las armas.

Unos minutos después, el combate había terminado. Habían perdido a cinco hombres pero habían acabado con diecinueve. Recogieron todas las armas y echaron a correr en dirección a la salida. La opción de salir sin ser vistos se había esfumado. Con el ímpetu de la carrera pudieron acabar también con los guardias de la puerta, pero sabían que ya habían dado la alarma. Lo lamentó por aquellos que estuvieran indecisos. Si los capturaban a ellos, se acabaría la esperanza para los demás. Si quería que alguien de Lashte los siguiera por su cuenta necesitaban escapar, sembrar la duda en los que quedaban atrás.

Así pues, solo podían correr. Tenían que llegar a la selva si querían tener alguna opción.

Tendrían que correr como no habían corrido en su vida.



«La selva es un peligroso enemigo al que se minusvalora con frecuencia. Son pocos los que han conseguido hermanarse con ella».

Pueblos perdidos, capítulo seis. Arthor Erih.

Árgoht empezaba a estar aburrido. El camino hacia Visrên estaba siendo largo y pesado, enrevesado y complejo. La tarde se les había echado encima y habían decidido acampar para salir de la fronda con la luz del sol sobre ellos.

El grupo se acomodó en un pequeño claro al raso, con la luz de las estrellas y el follaje alto como único techo sobre sus cabezas. La humedad les calaba y los mosquitos les zumbaban alrededor. No se atrevieron a encender fuego por miedo a ojos indiscretos, así que la cena fue fría y deprimente. Una vez establecidos los turnos de guardia y cuando todos estuvieron durmiendo, Árgoht se levantó y se alejó del claro internándose en la selva.

Hacía días que no tenía un rato de verdadera soledad, un momento de intimidad lejos del alboroto constante en el que se había convertido el lerteneo de Lotrain. Se dijo que debía volver en el futuro, cuando las cosas se hubieran calmado en el reino, para poder disfrutar de la tranquilidad de aquellas estancias con su ritmo de vida habitual. Se sentía cómodo allí, entre las ganetorei, a pesar de que sabía que ellas no compartían ese sentimiento ante su presencia. Al fin y al cabo, su orden no aceptaba hombres entre sus paredes y la presencia de tantos a su alrededor en los últimos días no debía ser plato de buen gusto para ellas.

Encontró un lugar agradable y se sentó en el suelo. La noche era serena y calurosa. Se aseguró de no tener nada alrededor que pudiera incomodarle y cerró los ojos mientras recitaba el Ther-Arak, las palabras que le llevarían al gehvaal. Recordó

la conversación con Mai sobre Gan. Las ganetorei se acercaban a la Madre desde un camino diferente y, de alguna manera, también extraían su poder de ella, su energía, sus ganas de seguir adelante. Para ellas era una cuestión de fe, mientras que para él era una cuestión práctica: la Madre estaba allí y de ella tenía que absorber su energía y sus conocimientos. Así de simple. Ellas, en cambio, creían en ella a ciegas, sin tener pruebas reales de su existencia aparte de los grabados de un libro que no sabían quién lo había escrito. Aunque... ¿qué pruebas reales tenía él? El gehvaal era su realidad, algo tangible y evidente, pero para los demás podía ser tan falso y extraño como un sueño o un acceso de locura. Él había estado allí, eso lo tenía claro, así que no podía tener dudas sobre la realidad del gehvaal aunque a pesar de los años transcurridos seguía sin entender muchas de las cosas que allí ocurrían. El tiempo que permaneció perdido en él, diez años atrás, aparecía cada vez más difuso en sus recuerdos, como si de forma inconsciente tratara de olvidar cuanto allí había ocurrido. Sin embargo, había algo que no desaparecía de su mente: Gurceas. El viejo hechicero había sido el primer perdido, o eso decían los demás, y verlo morir ante sus ojos justo después de dirigirse a él y hablarle por primera vez en años aún le perturbaba. Siempre se había preguntado si podía morir allí, en aquel mundo paralelo y extraño en el que las leyes de la realidad parecían difuminarse. Y si era así, ¿qué pasaría con su cuerpo? Al recordar a Gurceas, no podía dejar de pensar en si su cuerpo seguiría vivo en algún lugar o si, por el contrario, su parte física llevaba muerta mucho tiempo ya antes de que su parte espiritual, aquella que se había perdido, se rindiera.

«El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida».

Aquella sentencia fueron las últimas palabras del viejo antes de morir. Otra vez esas palabras desconocidas para él hasta ahora y que tanto tiempo llevaban torturándole. Y recordar esos tiempos era recordar a Kleria, la extraordinaria mujer cuya perseverancia le había rescatado del trance en aquella ocasión. La conexión con ella había sido tan importante y profunda que diez años después seguía usando su recuerdo, su rostro, como ancla para volver al presente cuando sentía que el trance se le escapaba de las manos.

Árgoht abandonó esos pensamientos y centró su mirada en la raíz de un árbol situado frente a él. Un resquicio, una sombra, cobró una especial nitidez y empezó a brillar como el rescoldo de una hoguera a punto de apagarse. Su luminosidad fue en aumento hasta que resultó cegadora mientras se extendía por su campo visual como un pequeño amanecer. El hechicero tuvo que parpadear. Sintió un escalofrío en la nuca, allí donde el símbolo de su poder aguardaba escondido bajo el largo pelo negro, lejos de ojos curiosos. Cuando su vista se hubo normalizado ya había entrado en el gehvaal.

Se hallaba en una vasta pradera de alta hierba verde. Al fondo, frente a él, un gran bosque abarcaba hasta donde alcanzaba su vista, denso y oscuro como el mar. Más allá, altas montañas enmarcaban el paisaje. No era ningún lugar que él reconociera,

como era habitual. Aunque el trance le situaba en un espacio reconocible para él, nunca era un sitio en el que hubiera estado antes. Árgoht suponía que la Madre le ofrecía un escenario cómodo donde pudiera sentir los pies en la tierra, pero tan irreal como un sueño.

El aire era fresco y llevaba hasta él los aromas de la primavera: hierba húmeda, romero, madreSelva... Una combinación de olores que era un regalo para los sentidos. Solo el sonido del viento acariciando las copas de los árboles a lo lejos rompía la quietud produciendo un susurro constante y adormecedor.

Pero no todo era bucólico en el paisaje. Más allá de las montañas, densas nubes negras oscurecían el cielo. Destellos en sus tripas delataban la presencia de relámpagos. Era la tormenta que se estaba desatando muy cerca de allí. Aquello era una representación de la realidad exterior, no solo la física.

La visión ante sus ojos cambió y todo se volvió oscuro a su alrededor. La hierba se marchitó, el sol se veló y los árboles perdieron sus hojas convirtiendo sus troncos en grotescos vestigios de lo que un día habían sido, como ennegrecidos dientes de una pútrida dentadura.

Varios cadáveres de animales, hinchados y rodeados de moscas, plagaban la superficie de la pradera, incapaces de servir de alimento para nadie.

Con un parpadeo, todo volvió a la normalidad. La visión desapareció tan rápido como había llegado.

Árgoht sabía ahora lo que aquellas nubes significaban: la Sombra estaba ganando allí. Bajo aquellas nubes estaba la Tierra Negra, el triunfo de la Sombra sobre la Luz.

Una vez había intentado entrar en contacto con la Madre en un lugar donde la Tierra Negra lo había invadido todo. Ella no estaba allí, no pudo sentir su presencia ni extraer nada de ella. El impacto fue tan severo que perdió el sentido y se extravió en el gehvaal.

La Madre no estaba en aquellas tierras de Terth, uno de los Tres Grandes Reinos del Sur, porque la Tierra Muerta lo había invadido. Fue allí donde todo empezó. ¿Qué pasaría cuando lo ocupara todo sobre Thera? ¿Cómo afectaría aquello a su magia, a la fuente de su poder? Árgoht lo supo y fue como un puñetazo en el estómago. Supo que ese era el mensaje que la Madre le quería dar ese día: si la Tierra Muerta seguía avanzando, si no corregían el Desequilibrio, todo acabaría, incluido él. Sin Ella, sin la Madre para recuperar su energía y su poder, podía darse por muerto. Aquel pensamiento hizo que se le pusiera el vello de punta. Se preguntó cuánto tiempo podría durar aquel proceso. Habían pasado diez años desde que habían tenido constancia por primera vez de la existencia del mal y en ese tiempo se había extendido por todo el sur del continente de Kisea, abarcando los Tres Grandes Reinos, Lahmna, Quindarst y Elriss hasta llegar a Fliss, con muchas probabilidades de alcanzar en poco tiempo el reino de Angôr, frontera con los reinos más al norte. ¿Estarían haciendo allí algo para prepararse ante esta posibilidad o permanecerían ajenos al drama que se desarrollaba a pocos kilómetros de sus puertas?

La guerra era inminente. Lo que estaba pasando en Angôr podría ser una pequeña muestra de lo que se desataría. Se preguntó si él podría hacer algo al respecto, pero ¿cómo influir en algo que afectaba a la propia esencia de la vida, a la fuente de todo? Es más, no estaba seguro de si debía hacer algo o no.

Muchas preguntas surgían a su alrededor y, a pesar de su experiencia y sabiduría, no encontraba respuestas, si bien sentía que tenía algo que ver con él, que su presencia allí en aquel preciso instante de la historia no era casual. Hacía mucho tiempo que había aprendido a desconfiar de las casualidades. Sentía en lo más profundo de sí que estaba cerca de una Clave por fin después de tanto tiempo vagabundeando sin sentido ni razón y saberlo le llenaba de vida y energía, le decía que estaba en el camino correcto. Era una sensación difusa, apenas un cosquilleo detrás de los párpados, casi imperceptible, muy fácil de pasar por alto.

De momento, solo podía dejarse llevar, como siempre hacía. Ella lo pondría en el camino correcto.

Salió del gehvaal con más preguntas que respuestas, pero con una extraña convicción en el pecho. Sabía que estaba donde tenía que estar, después de mucho tiempo, que iba en la dirección correcta. Deseó que la Madre no fuera tan críptica con él, que por una vez le dijera con claridad lo que se esperaba que hiciera, pero sabía que las cosas no podían ser tan fáciles y sonrió para sí mismo mientras se ponía en pie, se cubría el cuerpo, húmedo por el rocío, y regresaba al campamento. El sol comenzaba a despuntar por el Este, aunque apenas podía vislumbrarlo a través de la foresta que les cubría. En ese momento se sintió vivo, bien consigo mismo, en comunión con cuanto le rodeaba, con la vida que se manifestaba a su alrededor en la selva como en ningún otro sitio en el que hubiera estado. Todo a su alrededor bullía de vida.

Una voz a su espalda le dio los buenos días. Preas apareció a su lado como salido de la nada, cargando una especie de cerdo de color pardo y peludo sobre los hombros.

—No podía dormir —se justificó—, y el amanecer es la mejor hora. Es cuando salen a comer.

Preas le rebasó y siguió hasta el centro del campamento dando patadas sin ton ni son para despertar a los demás, gritando con su poderosa voz. Esta vez sí encendieron un fuego, necesitados de algo caliente en el estómago y estableciendo sobre la hoguera una ingeniosa rejilla de ramas y hojas que rompía la delatora columna de humo, evitando que fuera visible desde la distancia. Solo el olor del cerdo al cocinarse podría haber delatado su presencia.

Árgoht observó a Preas. Parecía que sus pasos le acercaban siempre a príncipes y reyes, por más que él trataba de esquivarlos, pero Preas era diferente a los demás. Había madrugado para ir a cazar él solo. Lo más probable es que ni siquiera hubiera avisado de su ausencia. Su comportamiento era impropio de la realeza. Una corriente de simpatía recorrió al hechicero al pensar en todo lo que estaba haciendo por su gente, en la clase de rey en el que se estaba convirtiendo con sus maneras rudas y su

lenguaje brusco. Un hombre que se pone al frente de su pueblo en vez de sobre él gobernaría siempre con más sabiduría.

El campamento se puso en movimiento con agilidad, como si todos estuvieran ansiosos por seguir adelante. Árgoht los observaba ahora con una nueva mirada, apreciando la esperanza en sus ojos a pesar del destino incierto que les esperaba en Visrên. Él mismo se sentía más preparado para afrontar ese futuro que la noche anterior, a pesar de que nada había cambiado. Era una cuestión que no afectaba a los demás y no podía dejar de lado que era un pensamiento egoísta el saber que todo el mal que se estaba desatando a su alrededor era bueno para él, que era lo correcto desde su punto de vista. Era lo que tenía que pasar.

A medida que transcurrieron las horas, el buen humor se fue aplastando entre el grupo con la misma celeridad con la que subía la temperatura y sus cuerpos se impregnaban de sudor y los mosquitos les asaeteaban sin piedad. Cuando el fin de la fronda estaba al alcance de la mano, muchos se sintieron tentados de lanzar vítores al aire. Preas detuvo al grupo y apartó a tres exploradores a los que envió en direcciones distintas a fin de establecer la situación en la pradera que se extendía más allá. Los demás se sentaron a esperar, pero Árgoht no quiso hacerlo. No se sentía cansado sino exultante y no le apetecía parar. Sin decir nada a nadie, se separó del grupo y se dirigió hacia el Noroeste haciendo el menor ruido posible. Si el mapa de Preas y su sentido de la orientación estaban bien sincronizados pronto llegaría a las ruinas de Visrên. No esperaba encontrar gran cosa allí, pero quería llegar cuanto antes.

Poco tiempo después vislumbró algo entre los arbustos bajos. Apartando un poco la maleza descubrió lo que parecían ser restos de algún tipo de columnata. Al alzar la mirada encontró más vestigios, cada vez menos espaciados, hasta dar con los restos de una muralla que había sido invadida por la maleza. El moho y la humedad habían hecho de aquella roca su hogar, dándole un aspecto sucio y antiguo. La piedra del muro estaba caída en muchos puntos, por lo que no le costó entrar a un gran patio circular de tierra en cuyo extremo más alejado se alzaba un edificio chato y una alta torre: la Atalaya de Visrên. El patio era casi tan impracticable como la propia selva debido a que la maleza y los muros de la torre ofrecían muchos agujeros y huecos, como si de una dentadura anciana se tratara. El silencio a su alrededor era total y el aspecto de todo, deprimente.

Unos pasos se acercaron a él. Preas caminaba tratando de no hacer ningún ruido, pero sus sentidos eran muy difíciles de engañar y el silencio era tan denso que podría haber escuchado el sudor corriendo por su frente.

—Desolador, ¿verdad? —dijo Preas al llegar hasta donde estaba el hechicero.

Árgoht se limitó a asentir con la cabeza.

—Aquí hubo una colonia muy próspera. Pretendía ser una avanzadilla para ir poco a poco colonizando la selva, pero no es tan fácil como parece. Al igual que ocurre en Lotrain, dedicaban más tiempo a luchar contra la selva que a defender el lugar.

Preas guardó silencio y de nuevo pareció como si ni siquiera ellos dos estuvieran allí.

—¿Qué pasó? —preguntó Árgoht.

—La historia es larga, así que la dejaré para otro día, pero sí os diré que los jirus no han sido siempre un pueblo pacífico. Antaño eran fieros guerreros que defendían su territorio con una agresividad inusitada. Cogieron a la guarnición por sorpresa, temiendo que su presencia aquí significara la destrucción de su forma de vida. Fue rápido y fulminante, a pesar de las defensas. —Preas se giró y señaló la muralla caída—. No se sabe muy bien cómo lo hicieron, pero entraron a sangre y fuego. Con sus primitivas armas de madera destruyeron un asentamiento protegido por cien hombres armados por nosotros. Cuando todo hubo terminado, este patio parecía un cementerio.

Aquello explicaba la extraña sensación que Árgoht sentía en el pecho, como si algo oscuro estuviera agazapado en las sombras. Ahora sabía que era solo la traza que todas aquellas muertes habían dejado en el lugar.

—Con el tiempo, el pueblo de Angôr le ha dado la espalda a la foresta, pues los cuentos que hemos inventado para que los más pequeños se mantengan alejados han acabado calando entre la gente. Se ha convertido en objeto de supersticiones y cuentos de viejas.

Preas paseaba entre las ruinas, observándolo todo como si aquella fuera su historia, como si la estuviera viviendo en ese preciso instante. Árgoht supo en ese momento lo difícil que esa situación estaba resultando para él. Vivía por y para su reino. Hacía suyo su dolor y era capaz de sufrir por un acontecimiento ocurrido siglos atrás como si hubiera sido ese mismo día. Sería un buen gobernante si le daban la oportunidad.

—Ahora esos cuentos se han convertido en leyendas y Visrên es el centro de muchas de ellas. Los niños no entran aquí y los adultos lo evitan como si oliera mal.

Preas le miró con una sonrisa en los labios.

—Esperemos que los kariteas pasen de largo al igual que hacemos nosotros. Es nuestra única oportunidad. Dentro de poco llegarán los demás.

Y, sin más palabras, lo dejó solo de nuevo en el cementerio de Visrên.



«A veces una palabra basta para poner las cosas en marcha».
Sabiduría popular.

Ulea llevaba varias horas despierta cuando el revuelo comenzó. Su mente vagaba por recovecos antiguos que trataba de olvidar sin éxito alguno. Recuerdos de sus padres, de su ciudad antes de la invasión, de los pocos amigos que había tenido... Se preguntaba cómo les iría a Lopse y Errea en los campos, si es que aún seguían allí. Sentía el cuerpo magullado y las manos descarnadas de tanto fregar suelos y lavar ropa. Estaba agotada física y mentalmente.

Se sentía sucia por dentro y por fuera. Estaba trabajando para aquellos que habían invadido su hogar y destruido a muchas familias. Estaba limpiando sus habitaciones y dándoles de comer con los alimentos que su gente había cultivado durante años. Estaba formando parte de un nuevo orden que ni aceptaba ni respetaba. Pero lo peor era el capitán Gureq. Tener que entregarse a aquel hombre era como si la rompieran por dentro, y sabía que no había alternativa diferente a la muerte, lo que era aún peor.

Fuera, en algún lugar, su amado estaba esperando por ella. Había prestado oídos a cuantos comentarios podía escuchar, susurros dichos con miedo sobre la última batalla, y nadie había vuelto a verlo desde entonces. Ella era incapaz de preguntar por miedo a oídos indiscretos, pero necesitaba saber qué había sido de él, si debía esperar su regreso en cualquier momento o si debía llorar su muerte.

Cuando quiso darse cuenta estaba llorando. Miraba al techo del dormitorio común, incapaz de volver a dormirse, inquieta y sin saber cómo colocarse sobre el sencillo catre. Al sentir una vez más las lágrimas sobre sus mejillas se reprendió por su debilidad.

Un movimiento a su lado la sobresaltó y alguien se sentó junto a ella.

—¿Estás bien?

Aunque no podía distinguir bien sus rasgos en la penumbra previa al amanecer, reconoció la voz alegre de Fraen, que hablaba en susurros.

—Sí.

—¿Por qué lloras?

Ulea tardó unos segundos en responder, rebuscando dentro de sí las palabras exactas.

—No sé qué hago aquí, Fraen. No entiendo cómo ha podido pasar todo esto.

La muchacha le puso una mano en el hombro buscando consolarla.

—Debes tener paciencia. Las cosas mejorarán. Confía en mí.

Ulea se quedó dándole vueltas a aquellas palabras. No sabía en quién podía confiar. Apenas conocía a esas mujeres que dormían a su lado.

La mano de Fraen se desplazó de su hombro y comenzó a descender por su camisón desgastado hasta llegar a su pecho izquierdo. Pareció un gesto casual y no intencionado, pero Ulea no pudo evitar un respingo al recordar el tacto repugnante del capitán Gureq. La mano de Fraen se quedó allí y sus dedos comenzaron a acariciar con una ternura y suavidad que casi no recordaba. No sabía muy bien cómo reaccionar, pero su cuerpo se fue relajando ante aquel contacto cariñoso.

Unos instantes después, Fraen se inclinó sobre ella muy despacio, como si ella misma no supiera muy bien lo que estaba haciendo, y la besó en los labios. Fue un beso ligero como el aire al que Ulea no respondió. De los labios pasó a la mejilla para besar las lágrimas que corrían por ella mientras susurraba:

—Todo va a ir bien. No llores más...

Aquello derribó sus defensas y entonces fue ella la que buscó sus labios, con más intención y pasión que antes. La mano de Fraen aumentó la presión.

Unos instantes después, una joven entró corriendo en la sala común abriendo la puerta con estrépito. Las dos jóvenes se separaron bruscamente. Aún el día estaba oscuro y apenas empezaba a clarear el cielo más allá de las ventanas de piedra que se habían convertido en la única vía de escape para su imaginación. Unas delicadas cortinas eran las únicas barreras contra el aire vespertino que la habría hecho tiritar si el contacto con Fraen no le hubiera inflamado la piel.

—¡Algo ocurre! —Gritó la muchacha—. ¡El ejército se pone en marcha!

Una algarabía se formó en el dormitorio cuando todas se pusieron en pie casi al mismo tiempo. Nadie protestó porque las hubieran despertado. Se apelotonaron en las ventanas que daban al Sur. Aunque el amanecer aún estaba por llegar había luz suficiente como para observar que había mucho movimiento en las afueras de la ciudad, más allá de las murallas. Se habían levantado gran parte de los campamentos flisanos y las gigantescas jaulas que contenían los horrores que la orden había usado en la guerra estaban alineadas, dispuestas a partir. Una marea negra que se agitaba como un ente vivo, sucio y putrefacto como aquellos que le daban vida. Hasta sus oídos, viajando con el aire frío de la mañana, llegaba el sonido que la muchedumbre

generaba, los gritos de quienes se disponían a dar y recibir la muerte. Ulea escuchó a alguien decir que solo podían dirigirse a la ciudad minera de Talder'an.

Ella observaba confusa por lo que acababa de ocurrir cuando le asaltó una idea: el capitán Gureq habría marchado con su ejército, lo que la liberaría de su depravada presencia. Y esperaba que fuera para siempre, que un filo amigo atravesara su pecho y acabara con su vida.

La puerta se abrió de golpe y apareció Elis en el umbral con cara de pocos amigos.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

El grupo se puso en movimiento casi al unísono para alinearse ante la enorme mujer, más tiesas, obedientes y disciplinadas, pensó, que el ejército que acababan de observar.

—Eso —dijo Elis señalando hacia la ventana—, no nos incumbe. No es cosa nuestra, así que ni os molestéis en hablar de ello. No quiero ni que os detengáis a pensar en ello. Nuestro trabajo es el mismo. Volverán, tenedlo por seguro, así que a trabajar.

No fue necesario decir nada más. Hicieron las camas y se dispusieron a una dura jornada de trabajo que resultó inusual para todas. El silencio en la fortaleza, la ausencia de gritos y obscenidades por parte de la soldadesca, se hacía notar como un mar de calma que hubiera invadido cada una de las estancias de la fortaleza D'Gor.

El trabajo resultó más sencillo, o eso le pareció a Ulea, sin la presencia de los invasores en cada pasillo que transitaban, en cada dormitorio que limpiaban. Casi parecía respirar aire más puro entre aquellas paredes y el día resultó mucho más tranquilo, casi placentero, por primera vez desde que había llegado allí.

Ulea no conseguía quitarse de la cabeza el tacto suave y rudo a la vez de la joven rubia esa mañana, el sabor de su lengua entre sus labios. Era incapaz de entenderlo y no sabía qué podía significar, pero no le importaba, y recordarlo le hacía sonreír. Era la primera vez que sentía un poco de afecto desde que todo aquel desastre se había desatado, aunque una punzada de remordimiento la invadía. Pero la orden no había desaparecido del todo, ni mucho menos. Un nutrido grupo de guardias permaneció en la fortaleza y, por lo poco que Ulea podía ver por la ventana, también en las calles se había mantenido una significativa dotación.

Pero cuando más relajadas se encontraban, llegaba Elis para recordarles que no estaban en sus casas y que los nuevos amos del lugar no iban a permitir ni un minuto de relajación.

A última hora de esa mañana, Leara la hizo llamar junto a otras dos muchachas. Estaba seria y ojerosa, como si, ese día más que nunca, estuviera haciendo aquello por obligación.

—A partir de esta tarde pasaréis al servicio de intendencia. El maestro de cocinas os espera en una hora. No os demoréis.

Aquella noticia cayó como un jarro de agua fría para las tres. Significaba preparar

comidas y limpiar vajillas grasientas durante todo el día. Sabía por otras compañeras que era aún más duro que la labor que llevaban a cabo ahora, pero no podía hacer nada al respecto sino obedecer.

Una hora después se encontraban ante Pigreas, un hombre de proporciones gigantescas y aspecto demoledor cuya ropa estaba siempre sucia de grasa y restos de comida. Cuando apareció ante ellas, Ulea sintió que el sol se apagaba, de tan grande que le parecía. Se plantó con los brazos en jarras y las observó de una en una.

—Así que venís de dormitorios...

Ulea estuvo a punto de reírse en la cara de Pigreas y supo que a sus compañeras les había ocurrido lo mismo. De aquel grueso cuello, más parecido a un tronco de árbol, surgió una vocecilla aguda y escueta, casi tímida, que en nada encajaba con el enorme cuerpo que la albergaba.

—Espero que seáis conscientes de que esto es otro mundo. —Eché un brazo hacia atrás abarcando la cocina que se extendía a su espalda, invadida por el vapor del agua que hervía en los calderos, el olor de la cena que se gestaba en ellos y el barullo de cuerpos que se movían en perfecta sincronía, sin tropezar ni derramar nada—. En la cocina somos una familia, niñas, quiero que lo tengáis claro.

Aquellas palabras sorprendieron a Ulea.

—No quiero problemas, ni discusiones, ni gritos que puedan herir mi sensibilidad. ¿Está claro?

Ulea no salía de su asombro.

—¿Está claro? —repitió Pigreas.

—Muy claro, señor —se atrevió a responder en vista de que las otras guardaban silencio.

—¿Señor? ¿Quién te crees que soy? Nací en el Callejón, a mucha honra, y no llamaba señor ni a mi padre. Vosotras me llamaréis Pig, ¿está claro?

Esta vez la respuesta fue espontánea por parte de las tres.

—Muy claro.

—Está bien, me gustáis... —De nuevo las miró de arriba a abajo—. Pero no os confundáis. Aquí vais a trabajar, a sudar y a dar lo mejor de vosotras mismas si no queréis ver mi enorme pie patear vuestros culos flacuchos.

Ulea no pudo evitar una sonrisa al ver que, en efecto, tenía unos pies enormes, necesarios para sostener el inmenso volumen de su cuerpo.

—Basta de charla. Seguidme.

Con gesto ágil, Pig se dio la vuelta y comenzó a recorrer la cocina explicándoles dónde estaba cada cosa y cuál sería su cometido. Este comenzaría, como era de esperar, fregando y limpiando. Al mismo tiempo les fue nombrando a sus nuevas compañeras, pero Ulea fue incapaz de recordar todos los nombres. El aire estaba preñado de exquisitos aromas, de vapores y la sensación de que, en medio del caos, todo estaba donde debía estar. A pesar del tamaño del cocinero, no tropezaba con nada ni nadie. Terminó la ronda ante una enorme pila llena de agua con una torre aún

más grande de platos y jarras a su lado a la espera de que los lavaran.

—No tengo que decirlos cómo se hace, ¿verdad?

Las tres negaron con la cabeza viendo lo que se les venía encima.

—Pues a trabajar.

Y sin una palabra más, se marchó, gritando órdenes con aquella vocecita impropia.

Ulea entendió por qué decían sus compañeras que aquel trabajo era de los más duros que se podían realizar en D’Gor. Cuando terminó de fregar, cosa que les llevó varias horas, tuvieron que colaborar en la elaboración de la comida, troceando ingredientes con enormes cuchillos como los que no había usado en toda su vida y con los que se sentía torpe y novata. No cesaban de darle órdenes, de meterle prisas... Se respiraba un aire de urgencia permanente que la agobiaba a cada minuto que pasaba. Cada cosa que hacía parecía ser más importante que la anterior y se llevó varios pescozones por haber cortado mal las zanahorias o por derramar parte del contenido de un caldo. Nadie pareció reparar en el hecho de que era su primer día y no recibió palabras de ánimo. Aun así, se sintió bien al final del día cuando la jornada hubo terminado. Le había gustado aquel alboroto, aquellos olores, aquella sensación de productividad que se respiraba en las cocinas. Todo allí tenía su razón de ser y no había recibido ninguna orden por capricho.

Cuando esa noche, al caer el día, se introdujo en el baño, casi frío ya tras el paso por él de varias compañeras, se olvidó de todo y se concentró en relajarse y recuperar el ritmo de su frenético corazón.

Pig le había parecido un buen hombre, al contrario que Elis. Quizás fuera su tono de voz, que impedía tomarlo del todo en serio, o su porte grácil en contraste con su tamaño, pero generaba en ella una sensación diferente que Elis. La cocina era su feudo y nada ocurría en ella sin su conocimiento y consentimiento, pero aun así quienes allí trabajaban no parecían hacerlo atemorizados, como sí ocurría en los dormitorios cada vez que la mujer abría la boca para soltar una orden.

Antes de meterse en la cama se asomó por la misma ventana por la que lo había hecho esa mañana. Donde antes había habido una enorme masa negra y pulsante, ahora no había nada salvo tierra y hierba pisoteada. El ejército invasor se había ido en busca de una nueva presa. Ulea se durmió pensando en los pobres habitantes de Talder’an.

A la mañana siguiente se levantó con otro ánimo sabiendo que su jornada se desarrollaría en las cocinas, pero su alegría y sorpresa resultó aun mayor cuando la recibió Kiloneed, un joven de piel aceitunada y pelo muy negro que, como había aprendido el día anterior, era una de las manos derechas de Pig. Su voz era grave y sensual, con un acento que situaba su origen muy lejos de Angôr’an. ¿Meledel, tal vez?

—Buenos días. Te vienes conmigo.

Ulea casi no se creía lo que estaba pasando cuando comenzó a seguir a Kiloneed

y dedujo que sus pasos la llevaban a la puerta de servicio que conducía al Mosaico, el patio situado en dirección oeste. Era la primera vez que salía al exterior desde que había llegado a la fortaleza y casi se le escapa una lágrima cuando sintió el aire de la mañana recién nacida acariciar su mejilla como el más delicado de los amantes.

Solo había visto el Mosaico desde las ventanas de la torre oeste. Se llamaba así por el inmenso mosaico que le servía de suelo y representaba el escudo heráldico de la familia Mor. Solo podía verse en todo su esplendor desde la ventana más alta, pero aun desde aquella a la que ella se había asomado en varias ocasiones la imagen que se revelaba era impresionante. Casi se sintió mal por pisarlo. Desde el suelo el mosaico se reducía a múltiples borrones de colores dispersos y sin ningún sentido.

Desde que el sol asomó por el horizonte sintió su leve calor y por un momento su mente saltó sobre los muros que la mantenían presa en la fortaleza y viajó por los campos, libre y feliz. Se hallaban ya en el exterior, recorriendo las calles de arena y piedra. El ajetreo matutino aumentaba por momentos ante la atenta mirada de los Guardias Negros, una presencia constante allí donde mirara a pesar de la desbandada del ejército. La voz de Kiloneed la sacó de sus ensoñaciones. Se había relajado y el joven le había sacado varios pasos de ventaja.

—No te quedes atrás.

Ulea aceleró el paso y se puso a su altura.

—Lo siento.

Con la mirada, Ulea recorrió cada calle, cada rostro con el que se cruzaban, cada fachada de adobe y piedra, como si fuera la primera vez que las viera. Pero la alegría de estar al aire libre por un rato se enturbió en el mismo instante en el que recordó que debía regresar, que volvería a estar presa, obedeciendo órdenes, acatando sin rechistar.

De pronto notó la mirada de Kiloneed clavada en ella.

—No es una buena idea.

Ulea lo miró a su vez. El joven se mostraba serio y formal, más como un mayordomo, espigado y muy tieso, que como un cocinero.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes muy bien. Estás fuera de la fortaleza, sientes la libertad sobre tu piel. ¿Qué te impide escapar?

Ulea guardó silencio. Parecía haberle leído el pensamiento.

—Yo te lo diré. Pig es un hombre afable y de buen talante, pero no te confíes. Si hay algo que odia, es la traición. No importa cómo has llegado hasta él, lo que importa es que ahora le perteneces. Si le traicionas, él mismo te denunciará a la orden y acompañará a sus perros en tu busca. Ahora hemos sido invadidos, pero el trabajo en D’Gor no era muy distinto antes. Si entras al servicio de Pig, eres suya. Solo él decide cuándo puedes irte. —Kiloneed miró a Ulea de reojo y una sonrisa torcida alzó su comisura izquierda—. Y Elis no es mucho mejor.

Kiloneed guardó silencio y Ulea hizo lo propio. No sabía muy bien cómo tomarse

aquellas palabras, si como una advertencia o como una amenaza. Miró a su alrededor y vio cuánta gente pasaba a su lado y pensó en qué le impedía echar a correr y escabullirse entre ellos.

«Él mismo te denunciará a la orden y acompañará a sus perros en tu busca».

Por alguna extraña razón, las palabras de Kiloneed se le habían grabado. ¿En verdad saldrían en su busca o era una fanfarronada?

Mientras pensaba en ello, llegaron al mercado. Ulea recibió los olores de los primeros platos de comida que se guisaban en los puestos pertenecientes al gremio de carniceros. Era un olor muy característico que impregnaba el aire de todo el mercado. Este consistía en una gran plaza de suelo de tierra y varias calles que partían de ella. Apretados como los dientes de un niño, los puestos se alzaban donde podían, sin orden ni concierto, mientras sus dueños clamaban a voz en grito las virtudes de sus productos. A pesar de la hora temprana, la actividad era frenética. Ulea se sorprendió al ver lo rápido que todo había vuelto a ponerse en marcha. El barrio del mercado apenas había sufrido daños durante la invasión y los fuegos se apagaron antes de que afectaran a la zona. No podía dejar de preguntarse si era casualidad o era algo premeditado y bien calculado.

Kiloneed demostró tener un ojo exquisito para elegir productos frescos e ingredientes para la cocina de Pigreas. Pasaba un dedo sobre ellos sin tocarlos hasta que se decidía por el más adecuado. Lo señalaba y Ulea debía cogerlo e introducirlo en la bolsa de tela que llevaba a tal efecto. Cada vez que terminaban en un puesto, Kiloneed sacaba las monedas exactas de un bolsillo que nunca estuvo a la vista de Ulea. Llegaron a un puesto de verduras especialmente concurrido y su dueño, un hombre menudo y enjuto, salió a saludar de forma muy efusiva a Kiloneed. Ulea se quedó al margen, sin interés alguno en la conversación. Sus ojos vagaron por los alrededores hasta que cayeron sobre un joven sentado en una pequeña banqueta a escasos metros de distancia. Tenía la pierna izquierda estirada y una muleta hecha de palos en la mano. Ulea aprovechó la distracción de su guía para acercarse a él sin estar del todo segura de que fuera quien pensaba. Cuando lo tuvo delante, el joven la reconoció y se disiparon en ella todas las dudas.

—¡Ulea! —exclamó.

—¡Lopse!

El chico trató de levantarse apoyándose sobre la improvisada muleta, pero el dolor de lo que a simple vista era una pierna herida se lo impidió. Ulea se agachó y le dio un espontáneo y fugaz abrazo.

—¿Qué te ha pasado?

La mirada de Lopse, que se había distendido al reconocer a Ulea, se preñó de odio, uno tan profundo e intenso que se asustó por un momento.

—Me la rompieron. Esos cabrones me la rompieron. —¿Los guardias?

Lopse asintió mientras miraba hacia todos lados para asegurarse de que podía hablar sin temor.

—Me enfrenté a uno de ellos que golpeó a Errea sin ningún motivo. Le dije que era un matón y, sin mediar palabra, me lanzó una patada contra la rodilla. Me la rompió, Ulea. Nunca había sentido tanto dolor. El maestro sanador dice que nunca volveré a caminar igual, que siempre necesitaré esto. —Señaló la muleta de madera—. Pero lo peor es que se reía mientras me veía en el suelo retorcido de dolor. ¡Se reía! No me dejaron regresar después de eso, sino que me tuvieron en el campo el resto del día sin atención ni cuidados de ningún tipo. Pensé que moriría de dolor allí mismo y a ellos no les había importado lo más mínimo.

—Lo siento mucho, Lopse.

Ulea sentía ganas de llorar. ¿Habría sido diferente si ella hubiera seguido allí?

—¿Tú cómo estás? —le preguntó el muchacho tratando de pintar una sonrisa en su rostro.

—Bien, me tienen trabajando...

—¡Ulea! —Era la voz de Kiloneed a su espalda.

—¡Tengo que irme!

Ulea dio un abrazo rápido a su amigo y dirigió sus pasos hacia Kiloneed. Aún pudo escuchar las últimas palabras de Lopse, casi murmuradas, a su espalda.

—En esto nos hemos convertido. ¡En perros que acuden obedientes a la llamada de su amo!



«En esos días lejanos se tomaron algunas de las decisiones más trascendentes de nuestra historia reciente. Cada pequeño paso provocaba un gran cascada de acontecimientos».
Crónicas del Adalid de la Luz, capítulo nueve. Varios autores.

Árgoht observó desde una ventana de la torre cómo el grupo completo, comandado por Preas, invadía las ruinas de Visrên. La escalera estaba en muy mal estado, pero con paso lento y mucho cuidado pudo subir por varias plantas por el interior de la vieja atalaya. No buscaba nada, solo sentir la soledad que aquellas piedras viejas emanaban, la tristeza del abandono, la inevitabilidad inherente a la destrucción. Aquella sensación encajaba muy bien con su estado de ánimo habitual y en aquella decadencia se sentía cómodo y relajado. Sus dedos tocaban el musgo que había hecho de la piedra su hogar y casi podía escuchar la historia que había en ella: una historia de ascenso y caída. La historia de todo, de todos, de Thera misma.

Su mente vagaba por pensamientos abstractos y casi carentes de sentido, pletórico de silencio y soledad. Ascenso y caída. Ganadores y perdedores. Presente y futuro. Equilibrio.

Equilibrio.

«Equilibrio».

Miró a su alrededor observando con nuevos ojos. Visrên había tenido su momento y ahora no era nada más que hogar de alimañas y arbustos. Su propio cuerpo, a pesar del inmenso poder que ahora atesoraba, sería algún día parte de la tierra. Nada. Ascenso y caída. Era como tenía que ser. Pensó en Angôr y los Kariteas, en la Tierra

Negra. ¿Era Equilibrio o Desequilibrio lo que estaba ocurriendo? ¿Sería su participación positiva o negativa? Estéas había dicho que él tendía al Equilibrio por naturaleza. ¿Era eso posible? Temía que lo único que su aportación trajera fuera más desequilibrio. No era capaz de discernir dónde estaba la diferencia, ¿cómo saberlo?

En ese momento escuchó el jaleo que precedió a la llegada del pequeño ejército. Se acodó en el alféizar de la ventana más cercana y observó cómo la pequeña multitud lo invadía todo, destruyendo la paz que Visrên se había ganado a base de sangre e historia. Sin dudar, comenzaron a desbrozar la maleza del patio con Preas al frente dando órdenes sin cesar, ubicando vigías, estableciendo un perímetro y buscando el lugar más adecuado como base de operaciones. Árgoht se acercó a la ventana opuesta, por la que podía verse la llanura salpicada de pequeños bosques y colinas que formaba parte del reino de Angôr. Sabía que más allá se encontraba la capital, Angôr'an, pero no podía divisarla desde allí a pesar de ser mediodía y de tener una excelente visibilidad. Preas estaba en su legítimo derecho de tratar de recuperar el control de su hogar pero Árgoht se preguntaba si aquello iba a favor o en contra del Equilibrio. ¿Tendría que mirarlo todo con esa dualidad a partir de ese momento?

De pronto, algo interfirió en sus pensamientos. Sintió una perturbación extraña con sus sentidos mágicos: gritos, sangre y fuego. Pudo percibirlo como si estuviera ocurriendo allí mismo. Regresó a la ventana desde la que se divisaba el patio, pero todo parecía tranquilo dentro del ajetreo de un campamento que se montaba desde cero. Nada de sangre, nada de fuego, nada fuera de lo normal. Alzó la mirada hacia el este. Lotrain.

Lo supo con la misma certeza con la que sabía que tenía una mano derecha.

Bajó por las escaleras a saltos con la capa negra ondeando tras él y chasqueando contra las piedras de las paredes. Preas lo vio aparecer y su rostro se congestionó.

—¡Árgoht! ¿Qué ocurre?

El hechicero se detuvo apenas un instante.

—Algo ha pasado en Lotrain. Me voy.

—Espera, te acompaño.

—No, tu sitio está aquí. Haz lo que has venido a hacer.

Sin más palabras, echó a correr, esquivando a los improvisados soldados que empezaban a apelotonarse en todas partes. Visrên había vuelto a la vida. Se preguntó si reclamarían los muertos la deuda que tenían con los vivos.

Árgoht corrió hasta que ya no pudo más. Su sensación de apremio se acrecentaba por minutos, pero no acostumbraba a hacer aquellos esfuerzos y su cuerpo pronto se lo recriminó. La herida que había sufrido en la pierna tiempo atrás tenía la fea costumbre de recordarle su presencia en los momentos menos oportunos y, sin llegar a ser un dolor real, empezaba a molestarle. Se frotó el muslo izquierdo tratando de alejar aquella incomodidad mientras recuperaba el aliento. La selva se cerraba a su alrededor y tenía que estar muy atento para no tropezar, recordando a menudo que

torcerse un tobillo no le ayudaría en nada.

Reanudó la marcha caminando a buen ritmo pero sin correr. El calor le restaba parte de su energía, pero no se detuvo salvo para beber agua y recuperar el aliento. Algo terrible estaba ocurriendo en el lerteneo. Y Árgoht se temía lo peor.

A medida que iba acercándose a Lotrain iba llegando hasta él un olor muy identificable: el de las cenizas aún humeantes. No podía ver humo a través de la espesura, pero supo que no había otra opción: el lerteneo había sido atacado. Mientras afrontaba los últimos metros se preguntaba cómo era esto posible.

Cuando llegó al claro en el que se alzaba el edificio, lo que vio lo dejó sin aliento: decenas de cadáveres eran amontonados frente a los restos humeantes de la fachada principal del lerteneo. Las hermanas ganetorei se afanaban en apagar los últimos rescoldos de un fuego que parecía haber devorado parte del interior, en limpiar y en restablecer los servicios más esenciales, como el comedor. Llanto, sangre y mugre por doquier.

El ir y venir de mujeres era constante, como si nadie se hubiera detenido a llorar y hubieran entendido que lo urgente era ponerse en movimiento. Árgoht caminó entre ellas sin saber muy bien qué hacer hasta que vio a Mai. Se acercó a ella con grandes zancadas. Su rostro, normalmente sereno y pulcro, estaba manchado de hollín y surcado por arrugas de preocupación.

—¡Mai! —Ella se giró hacia él y le pareció ver en su mirada un destello de alivio—. ¿Qué ha pasado?

La ganetorei bajó la mirada, como si necesitara fuerzas para encontrar las palabras adecuadas.

—Tranquila, respira. Cuéntame qué ha pasado.

Cuando alzó la vista, las lágrimas cuajaban sus ojos verdes.

—Nos atacaron por la noche, mientras dormíamos. No sabemos quiénes fueron, pero entraron a sangre y hierro, sin discernir mujeres de niños, hombres de ancianos. No ocultaban sus rostros, pero entre las sombras de la noche era imposible ver nada.

Las manos de la joven se movían, inquietas, al igual que sus ojos, que revoloteaban por su entorno sin centrarse en nada concreto.

—¿Qué querían?

Mai clavó su mirada en Árgoht. Su voz se volvió fría como el hielo.

—Se llevaron la estatua.

Árgoht lo suponía, pero constatarlo le llenó de un sentimiento extraño y poco frecuente en él. Se sintió culpable.

—Yo...

—Vos la trajisteis, pero no os sintáis mal por ello. Era lo que había que hacer. Palabra de Gan.

Árgoht no sabía qué pensar. Estëas había confiado en su palabra de que no habría peligro. El humo a su alrededor parecía querer tiznar su vana promesa.

—¿Dónde está Estëas?

Mai volvió a bajar la mirada, posándola en sus manos sucias. Su voz volvió a cambiar, convirtiéndose en un tenue susurro.

—No pudimos salvarla.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar el hechicero, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

Mai no dijo nada más. Se giró y echó a andar hacia la entrada del edificio de muros ennegrecidos. El salón en el que hasta el día anterior dormían los refugiados era ahora un mar de cuerpos amortajados a la espera de recibir sepultura, de volver a los brazos de Gan. La joven atravesó el salón hasta el extremo más alejado de la puerta, donde cuatro hermanas vestidas de negro velaban un cuerpo apartado de los demás. Las mujeres musitaban letanías graves y sentidas con lágrimas en los ojos. Árgoht no necesitó destapar el cuerpo para saber que era Estëas. No podía dejar de sentirse responsable.

—Lo siento, mi señora —musitó apoyando la palma enguantada en lo que debía de ser una pierna de la difunta—. Que la Madre te acoja entre sus amables brazos. Tal vez nos veamos pronto.

Mai se acercó a él.

—Gan decide. No está en nuestra mano discernir sus senderos. Esto ha pasado por algo.

—No, Mai, esto no tenía que pasar. Vosotras no tendríais por qué haber padecido esto.

Árgoht tomó una decisión.

—Cuéntamelo todo, Mai. Dime cuántos eran, cómo vestían, qué armas llevaban y, sobre todo, por dónde se fueron.

—¿Qué vais a hacer?

—Aún no lo sé, pero alguien va a pagar por esto.

Árgoht pasó la siguiente media hora sentado ante una infusión bien caliente mientras escuchaba el relato de Mai sobre los acontecimientos de esa noche. Según ella, un grupo de hombres había asaltado el lerteneo con antorchas y espadas, derribando puertas y matando sin miramientos a quienes encontraban en su camino. Cuando Estëas salió a ver qué estaba ocurriendo la tomaron por la fuerza y la obligaron a abrir la puerta que llevaba al sótano. Cuando lo hubo hecho, la mataron sin piedad.

—Vi cómo la sacaban y sufrían como nuestros hombres al acercarse a ella. Pero había uno junto a ellos que les forzaba con gritos y golpes. Los pocos capaces de enfrentarles fueron asesinados. Trataron de sacarla por la escalera, pero se les cayó y se quebró en pedazos. Los recogieron y se marcharon a toda prisa.

Árgoht escuchaba tratando de captar cada detalle.

—Había un azul entre ellos, aunque vestía ropas impropias y más parecidas a los angoranos. Él era el peor. Parecía estar poseído, gritando y golpeando sin cesar, tratando de permanecer lo más cerca posible de la estatua, o de lo que ahora son sus

restos. Creo que era el mismo que vimos en Anteri'zá.

Así pues, el jiuru más influenciado por el talhom había sobrevivido al derrumbe de la montaña. Debió de presenciar toda la escena posterior y seguirles hasta allí. Sin embargo, no pudo llegar hasta Angôr'an y volver con refuerzos en tan poco tiempo, así que esos hombres debían ser la patrulla a la que él y Preas se habían enfrentado en la aldea de Anteri'zá. No había vuelto a pensar en ellos y ahora se arrepentía. Al fin y al cabo, eran soldados y era fácil que encontraran el lerteneo a poco que siguieran sus pasos. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? El olor a quemado que le rodeaba y la atosigante ausencia de la superiora Estëas eran pruebas suficientes de la gravedad de su error.

—¿Viste por dónde se fueron? —preguntó Árgoht.

—No, pero no creo que sea difícil seguir su rastro. ¿Qué vais a hacer?

Mai no conseguía dejar de llorar. Sus lágrimas dejaban un rastro blanco al descender por sus sucias mejillas.

—Tengo que encontrar esa estatua.

Ambos se dirigieron de nuevo al exterior y rodearon el edificio en busca del rastro que debió dejar un grupo numeroso en estampida. Dieron con una zona cuya vegetación estaba aplastada en la linde norte del calvero en el que se erguía el lerteneo. El rastro de ramas rotas, arbustos aplastados y raíces levantadas era evidente. El grupo le llevaba muchas horas de ventaja, por lo que ahora podían estar en cualquier sitio. Contaba como única ventaja con el hecho de que no esperaban que nadie fuera a seguirlos, tal vez porque pensaban que todos los hombres en disposición de plantarles batalla habían partido hacia el Este.

Árgoht se despidió de Mai. La joven estaba consternada pero tenía fuerza suficiente para tomar las decisiones adecuadas y tomar el control del lerteneo de Lotrain si fuera necesario.

Sin perder un segundo más se puso en marcha siguiendo el rastro sin saber muy bien qué iba hacer cuando diera con el grupo. No sabía cómo podría acabar con el talhom o cómo destruir la negra roca sin liberarlo. Tendría que improvisar.

En eso era un experto.



«Sufre. Demuestra tu devoción a Kares. Sufre».
Po'karatan. Anónimo.

El dolor era insoportable. Kijl se mantenía firme ante sus hombres, pero se sentía enfermo, cerca del desvanecimiento. Mantenía la mano destrozada envuelta en telas a modo de vendaje pero sabía que lo que estaba ocurriendo bajo ellas era algo que no le apetecía ver. Era incapaz de moverla, por lo que se había convertido en un peso muerto para él que le impedía cualquier otro movimiento del brazo bajo pena de sentir un dolor como nunca antes había experimentado. Había tenido que atárselo para no agitarlo sin querer, pues cualquier rozadura era insoportable.

Era consciente de que había perdido la mano. De lo que habían sido sus dedos solo quedaban jirones de carne carbonizada sosteniendo los huesos. Tendrían que amputársela, pero para eso debía regresar a Angôr'an y ponerse en manos de los sanadores de la orden. Habían pasado cuatro días y sabía que ya nada se podía salvar de ella. Tendría que aprender a luchar con el muñón. Si conseguía sobrevivir. El hedor que emanaba de la tela y la fiebre que atenazaba sus sienes le indicaban que podía quedarle poco de vida. Solo la lealtad de sus hombres había impedido que lo dejaran tirado en cualquier hondonada y le robaran la ropa y las armas. La lealtad y el miedo que le tenían al Oscuro, por supuesto.

Habían recuperado el Gohelanort o, mejor dicho, lo que aquel tipo había hecho con él. El trozo de piedra y el metal fundidos en un único objeto. Había visto su vida pasar ante sus ojos cuando la estatua se rompió en pedazos contra el suelo, sabiendo que eso podía costarle la vida ante Tarkon. Había recogido todos los trozos que había podido, pero daba la impresión de que solo uno de ellos era importante. El pedazo que contenía el metal permanecía caliente y parecía más denso, mientras que los

demás se habían convertido en simples y fríos trozos de roca negra. Ante la duda, prefirió cargarlos todos. Aquello facilitaba las cosas, pues cargar con la estatua completa por la selva les habría entorpecido el paso.

Solo llevaba un día cerca de aquella cosa y ya la odiaba con toda su alma. Habían tardado en descubrir que debían mantenerla alejada de ellos o de lo contrario sus hombres enfermaban y enloquecían. Una reyerta estúpida había acabado en sangre por su culpa. Él mismo podía escuchar el ronroneo continuo que introducía en su cabeza y que le daba ganas de sacarse los ojos para extraer el zumbido a la fuerza. Tarkon no le había advertido de nada de aquello, de qué se iba a encontrar. Lo más probable fuera que él tampoco lo supiera.

Se encontraban varios kilómetros al norte del lerteneo de las ganetorei. Había oído hablar de él, pero nunca lo había conocido. Prenderle fuego, a pesar de no haber podido quedarse a disfrutar del espectáculo, fue una de las cosas más satisfactorias de su vida. Esa falsa deidad, ese santurrón absurdo, al que rendían pleitesía merecía cosas peores que el fuego purificador de Kares. Si por él hubiera sido y hubiera tenido tiempo, habría demolido cada una de sus piedras, destruido todos sus símbolos y ajusticiado a cada una de sus herejes seguidoras. Pero eso tendría que ser en otro momento, pues ahora la prioridad era la estatua, ponerla a salvo y regresar con ella a Angôr'an, depositarla a los pies de Anan y quitársela de delante. Después, rogar piedad por haber destruido el Gohelanort.

Este pensamiento le hizo fijarse en el saco en el que lo cargaba. Sentía una pulsión en las sienes muy molesta, aun desde la prudencial distancia que siempre mantenía. El dolor que soportaba convertía esa sensación en algo casi físico y su presencia era constante en su cabeza. Sin embargo, pensaba con cierta satisfacción que si todo aquello era obra de Kares, merecía la pena pasar la penuria. En ese momento se sentía más cerca que nunca de Él. El dolor era parte de su doctrina, como Tarkon había demostrado con creces. Si él tenía que soportar el dolor de cabeza, las náuseas y el continuo susurro que invadía sus pensamientos, lo haría encantado. Además, siempre era mejor que sufrir la ira del Oscuro si llegaba a volver de vacío y sin el Gohelanort.

Cuando se planteó recuperarlo a toda costa no podía imaginar que Preas Mor se lo fuera a poner tan fácil y abandonara voluntariamente el edificio. Entrar y salir con el objeto había sido un juego de niños, casi una ofensa para su preparación militar. Le bastó con vigilar el edificio durante algunas horas bien escondido en la selva para entender que algo estaba pasando, que se estaban poniendo en marcha por alguna razón. Cuando vio que todos aquellos capaces de portar un arma se iban, dejando atrás solo a mujeres, niños y enfermos, tuvo que alzar una oración a Kares para darle las gracias por ser tan generoso con él.

El dolor le estaba matando. Dio el alto y ordenó montar el campamento. Quería alejarse todo lo posible de la ruta que hubieran podido tomar Preas y su ridículo ejército, por lo que aún debía seguir más hacia el Norte y después virar en dirección

Oeste, aunque al final tuvieran que desandar hacia el Sur. Era mejor eso que arriesgarse a encontrarse con sus enemigos y que pudiera perder de nuevo al ser. Si para ello tenía que soportar algunos días más de dolor, bienvenido fuera.

Una presencia tras él le hizo girarse de pronto. Era el jiuru, Digyo, que tan útil les había resultado. Era asombroso el ímpetu que había mostrado, el fervor que le dedicaba a la estatua. Era un fiel siervo de Kares, aunque no sabía que aquella población perdida de paletos tuviera preocupaciones tan profundas. El azul se acercó a los restos de la estatua y se arrodilló ante ella, como si estuviera escuchando, como si la adorara. Uno de sus hombres trató de detenerlo, pero se resistió con todas sus fuerzas. A una mirada de Kijl, el soldado lo dejó en paz. Al jiuru la presencia de la estatua no parecía provocarle ningún tipo de malestar. Podía adivinarse el odio y la muerte en su mirada. Si sus sospechas eran correctas y había entendido bien sus explicaciones, él mismo había matado a la práctica totalidad de su tribu para despertar a este ser y, si era así, estaba ante un verdadero servidor de Kares, un ejecutor de su voluntad. Alguien admirable.

—¿Qué dice? —gritó Kijl desde su posición al ver que el murmullo de Digyo se convertía en verdaderas palabras.

Uno de sus hombres, familiarizado con su idioma, se acercó para oírlo bien.

—Dice cosas incoherentes, como si estuviera hablando con la piedra; que debe liberarse y que tiene hambre. Él le está prometiendo alimento.

Kijl se acercó también.

—Vigílalo de cerca, que no haga ni un movimiento sin que tú te enteres. No quiero que nos convirtamos nosotros esa comida. No me fío.

Kijl necesitaba descansar. La tarde comenzaba a cerrarse sobre aquella odiosa foresta, cuya humedad empezaba a calarle los huesos, y pronto sería difícil distinguir el día de la noche. Como el día anterior, Digyo empezaba a ponerse nervioso desde que la luz daba indicios de disminuir hacia el ocaso, temeroso de la llegada de la oscuridad. Le ponía nervioso con aquella actitud y empezaba a arrepentirse de haberle dejado unirse a ellos cuando lo encontró a las afueras de Anteri'zá.

Habían caminado casi todo el día a buen ritmo, poniendo toda la distancia posible entre ellos y el lerteneo. No había riesgo de que alguien saliera en su persecución. Tanto Preas como el brujo que lo acompañaba habían partido hacia el oeste. No había querido enviar un explorador a seguirles, pues iba a necesitar a todos sus hombres, pero sentía mucha curiosidad por saber qué pretendía hacer Mor con aquel pequeño grupo de hombres, desnutridos y dispersos. Había sido un estúpido abandonando la seguridad del edificio. Estaba decidido a atacar aun con ellos dentro con tal de no regresar con las manos vacías ante Tarkon, pero casi no pudo creer la ayuda que Kares le proporcionaba cuando los vio partir, dejándole vía libre.

Kijl se dedicó a cuidarse la mano herida, incapaz de mitigar el dolor que apenas le permitía dormir. Aun así, cayó en una ligera duermevela dentro de su tienda. Se sentía febril y agotado, así que esperaría hasta el día siguiente para seguir la marcha.

Sus sueños se llenaron de imágenes oscuras y cargadas de fuego y guerra, de gritos y sangre. Cuando despertó, se sentía incómodo y agobiado por ellas. Él, que adoraba el combate y nunca se había arredrado ante la visión de la sangre, sintió náuseas después de aquellos sueños brutales y sin sentido que el ser estaba metiendo en su cabeza. Incapaz de soportarlos ni un segundo más, dio orden de levantar el campamento cuando el amanecer apenas rayaba en el horizonte más allá de los árboles que les cubrían.

Tras pocas horas de penoso avance por aquella maldita selva dio orden de virar hacia el Oeste. Era poco probable que coincidiera con el rumbo que pudiera haber tomado Preas, por lo que nada debía temer de su pequeño ejército.

Apenas una hora después, el hombre que cargaba con el objeto cayó de rodillas y empezó a vomitar. Kijl se acercó a él con cara de pocos amigos.

—¡Levanta, holgazán!

El hombre alzó la mirada. Tenía los ojos cruzados por pequeñas venas rojas y respiraba con dificultad. El compañero que en ese momento tiraba con él no estaba mucho mejor. El saco descansaba a sus pies, a unos metros de distancia, tirado de cualquier manera. Si aquello fuera posible, Kijl diría que se reía de la situación.

El soldado obedeció, pero se encaró con Kijl.

—No pienso cargar con eso ni un minuto más, señor. No deja de susurrar. La cabeza me va a estallar. ¡Está maldito!

Kijl alzó la mano buena y le abofeteó. El desprevenido soldado a punto estuvo de caer hacia atrás.

—Coge el saco ahora mismo.

El soldado se irguió de nuevo. Un reguero de sangre brotaba de un corte superficial que había surgido de la comisura derecha de su boca.

—¡No!

—Es una orden.

—¡Esa cosa nos matará a todos!

Esta vez Kijl lanzó un puño contra el abdomen del insurrecto, que se dobló por la mitad como un árbol quebrado. Aun así, se revolvió y retrocedió dos pasos al tiempo que sacaba una daga de su cinturón.

Kijl lo miró con aire de superioridad.

—¿Estás seguro de lo que haces? Sabes que no importa cómo acabe esto. Puedes matarme, pero no estarás a salvo en lugar alguno. La orden te perseguirá como a un perro y te dará caza.

El soldado pareció dudar, pero aun así se lanzó al ataque gritando.

Kijl esquivó la estocada.

—¿Prefieres morir?

—¡Sí!

El soldado parecía cada vez más fuera de sí. Estaba descontrolado.

Kijl no se molestó en desenvainar. Con el brazo herido sujeto contra el cuerpo,

esquivaba sin dificultad cada vez que el que había sido su compañero lanzaba un ataque impetuoso e impreciso, como si estuviera bebido. Aturdido como estaba, no le resultó difícil lanzarle otro golpe en pleno rostro la siguiente vez que esquivó, seguido de una patada en el plexo solar que lo dejó sin aliento y le hizo soltar la daga.

Sin prisa, mientras el soldado jadeaba en su lucha por recuperar el aire perdido, Kijl se agachó y cogió el arma abandonada. Sin pensárselo dos veces, se la clavó en el estómago. Los ojos del soldado se clavaron en su superior y Kijl pudo ver en ellos una mezcla de sorpresa y algo parecido al alivio. ¿Tan perniciosa era la influencia de aquel objeto como para que hubiera preferido la muerte a la resistencia? Airado, extrajo la daga y volvió a clavarla en el cuerpo del soldado, esta vez en el corazón, convencido de que esa debilidad demostraba que no era un buen seguidor de Kares. Aquella estatua era una representación de Él en Thera y quien no pudiera estar en su presencia no era digno de adorarlo. Había hecho lo correcto deshaciéndose de esa escoria.

Con la daga manchada de sangre en la mano se giró para encararse con el resto del grupo. Todos habían observado cómo Kijl mataba a uno de sus hombres sin intervenir, elegidos para aquella misión por destacar en su habilidad para la lucha y su coraje. Y lo había hecho usando solo la mano derecha.

—¿Alguien más tiene intención de negar mi autoridad? ¿Alguien más va a usar la palabra «no» para responderme? ¡Quién más va a negar la presencia de Kares, nuestro señor!

Nadie en el grupo se movió, ni parpadeó siquiera, mientras duró el escrutinio de su líder. Kijl se guardó la daga sin molestarse en limpiarla.

—Bien, sigamos.



«El buen dirigente es aquel que toma las decisiones adecuadas en el momento oportuno. Una capacidad que pocos han demostrado tener».

Historia viva de Angôr, capítulo nueve. Merkus de Làrgaran.

Preas Mor observaba la llanura que lo separaba de su hogar desde una de las ventanas de la Atalaya de Visrên, la misma que había usado Árgoht un poco antes. Deseaba llegar a Angôr'an y comprobar en qué estado había quedado la ciudad, qué consecuencias había dejado la invasión. Ansiaba y temía al mismo tiempo recorrer de nuevo su fortaleza, ver sus habitaciones, su biblioteca... Pero sabía que nada estaría como él lo había dejado y no se hacía ilusiones. Sabía lo que ocurría cuando un ejército invadía una ciudad: lo primero en caer eran los símbolos relacionados con sus antiguos dueños. Nada quedaría de la familia Mor entre aquellas paredes.

Aquellos pensamientos aceleraban sus pulsaciones y conminaban a su espíritu a darse prisa, a echar a correr en dirección a la ciudad para recuperar lo que era suyo aun a costa de su vida. Pero también era consciente del error que aquello suponría. Había prometido cuatro días para que los hombres reclutados por Tizo llegaran allí y debía ser fiel a su palabra. Además, aun no tenía soldados suficientes como para organizar un ataque con una mínima garantía de éxito.

La palabra quedó rondando por su cabeza como una sombra inalcanzable.

El día anterior se había ido en los preparativos y había permanecido ocupado estableciendo un perímetro de seguridad, turnos de guardia y demás, pero el amanecer le había despertado sin nada que hacer salvo esperar. Y para enturbiar aún más sus pensamientos, la partida de Árgoht le había dejado mal sabor de boca. A pesar de sus palabras, mantenía la esperanza de que el hechicero se pusiera de su

parte y se decidiera a participar en la batalla que estaba por venir. Su intervención podría ser crucial para llevar la reconquista a buen puerto. Su marcha repentina, sin explicaciones, le preocupaba. Si algo había pasado en Lotrain... ¿Qué podía haber sido tan importante para que le provocara esa ansiedad y esa urgencia? Trató de borrar esos pensamientos de un plumazo. Bastantes preocupaciones tenía ya.

Atravesó la torre en diagonal y se apoyó en el alféizar de la ventana que miraba al este, al patio en el que sus hombres esperaban la llegada de los refuerzos. Procuraban no estar ociosos, pero era consciente de que tenerlos mucho tiempo allí minaría su voluntad y su espíritu combativo. Tenían que esperar y montar un ejército de la nada partiendo de restos de lo que un día habían sido. Por primera vez, viendo a sus hombres, con el cansancio clavado en la mirada, dudó si estaba haciendo lo correcto. Se preguntó si no les estaría llevando hacia una muerte segura. Muchos de ellos ni siquiera habían combatido durante la invasión, demasiado jóvenes aún para blandir un arma con seguridad. Uno de ellos, con una espada en la mano y una piedra de amolar en la otra, alzó la mirada y lo vio. Con una sonrisa, extendió el filo hacia él, señalándolo con el metal. Otros a su lado, al percatarse del escrutinio de Preas, imitaron el gesto. Instantes después, todo el patio alzaba las armas en su honor de forma espontánea. Aquello sacó a Preas de todos sus pensamientos dubitativos mientras se le erizaba el vello de los brazos y una corriente de orgullo y responsabilidad le recorría la columna. Desenvainó su propia espada y la alzó también hacia el cielo acompañando el gesto con un grito. Con él, brotaban de su garganta todas las dudas, toda la negatividad y todo el sentimiento de culpa. Los gritos se extendieron por el patio como si fueran una sola voz. No hicieron falta palabras. Supo de pronto que, fueran cien o solo dos, tenía un ejército en aquellos hombres y estaban dispuestos a morir, si era necesario, por aquella causa suicida.

El clamor se fue difuminando poco a poco, pero no se hizo el silencio. Una voz juvenil se alzó procedente de las murallas. Preas se puso alerta al escuchar que pronunciaban su nombre a voz en grito.

—¡Majestad!

Uno de los exploradores apareció tras una pequeña montaña de restos derrumbados. Era casi un niño que apenas podía blandir un arma, pero muy apto para las labores de espionaje por su delgadez y sigilo.

—¡Mi señor! —Gritó mirándolo en lo alto—. ¡Viene alguien! Un grupo numeroso.

Preas envainó su arma y se lanzó escaleras abajo, donde se hizo un pasillo para dejar pasar al explorador.

—¿Por dónde vienen? —preguntó Preas al llegar al patio y encontrarse con él.

—Por el Sur, majestad. Campean por la linde del bosque.

—¿Amigos o enemigos?

El explorador bajó la mirada.

—No sabría decirlo, mi señor...

—Está bien, llévame allí.

Preas seleccionó a cinco hombres, buenos arqueros todos ellos, y echó a correr en pos del muchacho.

Unos minutos más tarde llegaron al punto de observación desde el que se había producido el avistamiento. Por señas, Preas distribuyó a sus hombres estratégicamente y se camuflaron con la floresta, volviéndose invisibles desde fuera. A pocos metros de distancia comenzaba la llanura que descendía desde donde ellos se encontraban hasta una ensenada al pie de un pequeño grupo de colinas bajas. A mitad de camino, muy pegados a los árboles, avanzando con exquisito cuidado, un grupo de hombres salvaba despacio la tenue pendiente. Desde aquella distancia no podía precisar si iban armados o no, pero desde luego no vestían las características armaduras negras. Podían ser flissanos, pero no lo parecían. En cualquier caso no daban la impresión de ser una patrulla organizada ni un equipo de exploración. Parecían estar buscando algo. ¿Sería posible? Casi no se atrevía a albergar esperanzas...

Con una seña, indicó a uno de los arqueros que lanzara una flecha de aviso. Un instante después, una saeta iba a clavarse a los pies del líder de la comitiva. Al momento, el grupo entero se ocultó en la selva, desapareciendo de su vista. Preas ordenó aguardar. Unos minutos después, el hombre que comandaba al grupo se asomó desde detrás de un grueso tronco de árbol. Con pasos cortos se expuso a la vista y depositó su arma en el suelo con exquisito cuidado. Era un hombre grande y robusto como una roca, con el largo pelo negro recogido en una trenza.

Una nueva seña y dos arqueros se expusieron a su vez sin dejar de apuntar al desconocido con las flechas dispuestas a perforar su cuerpo a la menor provocación. El propio Preas se hizo ver. El rostro del hombre se iluminó al reconocerle. Con las manos en alto comenzó a avanzar hacia él.

—¡Príncipe, Mor! ¿Sois vos?

—¿Quién lo pregunta? —intercedió uno de sus arqueros tensando un poco más su cuerda.

El hombre pareció dudar unos instantes.

—Venimos de Lashte. Buscamos al príncipe Mor. Nos dirigimos a Visrên.

Preas sintió cómo se quitaba un peso de encima y soltó el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—¡Acercaos! —gritó—. No tengáis miedo.

El hombre continuó su avance hasta que estuvo a escasos metros de ellos. Era de complexión atlética y su rostro estaba cruzado de cicatrices que demostraban un pasado beligerante y le daban el aspecto de alguien temible. Al reconocer a Preas, hincó la rodilla en la tierra.

—Majestad...

Preas ordenó con un gesto que los arqueros bajaran las armas.

—Levántate, amigo. Dime tu nombre.

—Mi nombre es Rargast, mi señor.

—Di a tus hombres que vengan. Aquí no estamos seguros. Seguidme para que puedas contarme tu historia.

Rargast se giró y lanzó un silbido. Al instante, los arbustos se agitaron y comenzó a salir de ellos el grupo entero de hombres con el alivio pintado en sus sonrisas sinceras.

Una vez en Visrên, la comitiva fue recibida con vítores y cánticos de alegría desatada. Apenas una treintena, todos los presentes esperaban que fueran los primeros de muchos más. Rargast se lanzó contra su cazuela de comida mientras contaba a Preas la llegada de Tizo a Lashte y la posterior huida de la ciudad.

—¿Dónde está Tizo ahora?

—No lo sé. Se separó de nosotros desde que consideró que estábamos fuera de peligro y dijo que se dirigía al Sur a seguir reclutando gente.

—¿Os han seguido?

—Una patrulla de flissanos salió tras nosotros, pero los emboscamos y dimos buena cuenta de ellos. No creo que encuentren sus cuerpos. Hemos avanzado muy despacio ocultando nuestras huellas y dando rodeos. Dudo mucho que alguien pueda seguir nuestro rastro hasta aquí.

—Bien, Rargast, bien. ¿Partió alguien más?

—No lo creo.

Por fin, Preas se atrevió a lanzar la pregunta cuya respuesta más temía escuchar.

—¿Cómo están las cosas en la aldea?

Rargast miró a su príncipe, como sopesando la respuesta que debía dar.

—La gente tiene miedo de salir de sus casas. Temen perder lo poco que les queda, así que obedecen y hacen lo que se les pide. Solo la presencia de los soldados negros ha alterado el día a día. Eso y las cenizas que nos han obligado a limpiar. Se han dado prisa en poner el pueblo en funcionamiento de nuevo, como si nada hubiera pasado. Pero ha ocurrido y la gente no lo olvida aunque trate de adaptarse, cada uno a su manera.

Los dos quedaron pensativos tras esas palabras. Por un lado, Preas sentía que afianzaban su determinación pero por otro le entristecían profundamente. Su pueblo estaba sufriendo y él no podía hacer todo lo que quisiera.

Por fin, dio una palmada en el hombro de Rargast y se puso en pie.

—Gracias, amigo, por no rendirte. Espero que muchos más sigan tu ejemplo. Ahora come y recupera fuerzas porque muy pronto vas a necesitar todas aquellas de las que puedas hacer acopio.

Durante ese día y el siguiente, varios grupos más consiguieron llegar a la Atalaya de Visrên, cuyo patio pronto se quedó pequeño para albergarlos a todos. Tuvieron que habilitar una zona fuera de las murallas caídas y desbrozarla para ubicar a los que iban llegando. Tras el grupo de Rargast llegó otro más pequeño, procedente de Lashte, que había partido tras ellos. Otros dos, de casi cuarenta miembros cada uno,

llegaron procedentes de varios pueblos de los alrededores, apenas agrupaciones de granjas, hasta las que había llegado la noticia y a la que a duras penas habían dado crédito. Al amanecer del día siguiente, eran más de trescientas personas las que habían pasado a engrosar el grupo de Preas, muchas de ellas mujeres y jóvenes imberbes que habían preferido luchar a servir a los invasores.

Cuando ya el sol estaba alto en el cielo, llegaron buenas y malas noticias. Al día siguiente se cumpliría el plazo y el ejército tendría que partir. Por ello, las nuevas que llegaron a oídos de Preas apagaron un poco el buen ánimo que un instante antes se había puesto por las nubes debido a algo casi ya inesperado.

Un hombre se había destacado entre los demás desde de la retaguardia de uno de los últimos grupos. A pesar de estar sucio y cansado, Preas lo reconoció al instante.

—¡Hots! —gritó Preas.

El soldado esbozó una sonrisa dubitativa ante su rey.

—Me alegro mucho de verte. —Preas le saludó dándole una palmada en el hombro.

Hots necesitó varias horas ante un buen fuego y un plato de comida para terminar de contar la historia que le había llevado por varias aldeas más al sur de Lashte.

—Nos separamos —dijo cuándo Preas le preguntó por Tizo—. El tiempo se nos acababa y necesitábamos abarcar más terreno. Quedamos en encontrarnos al norte de Lashte, pero no apareció a la hora establecida y temí lo peor. Decidí seguir adelante. Lo siento, mi señor, espero no haber obrado mal.

—Has hecho bien, Hots. No cargues con ese peso. Tizo sabrá llegar hasta nosotros y estoy seguro de que lo hará. Ahora descansa, amigo, te lo has ganado.

La noticia había tocado a Preas en lo más profundo, a pesar de sus últimas palabras. ¿Había enviado a Tizo a la muerte? ¿Cuántos más habían muerto con él? Aunque el gran número de nuevos reclutas le había dado nuevos bríos, esta noticia vino a enturbiar su buen humor. Aún había tiempo. Hasta el día siguiente no partirían, así que Tizo aún tenía ocasión de llegar hasta allí y, esperaba, comandando un nuevo grupo de hombres.

Hombres. Preas echó un vistazo a la ahora numerosa tropa que abarrotaba Visrên y trató de contar cuántos hombres, verdaderos soldados con formación, había entre ellos. Eran muchos menos de los deseables. La gran mayoría eran más viejos o más jóvenes de lo ideal. Alguno practicaba con espadas que a todos los efectos les quedaban grandes y demostraban muy poca habilidad con ellas. Quizás fuera la primera vez que lo hacían, pero sabía que no podía pedir más. Los soldados y hombres más fuertes habían acudido a la llamada de Angôr'an para la guerra. Solo aquellos que habían logrado escapar de la invasión y habían tenido ocasión de refugiarse podían ahora regresar a vengar esa derrota. Los demás eran los que no habían sido llamados o no habían podido llegar a tiempo. Aun así, era más de lo que tenía un día antes y sabía que no debía quejarse ni dejarse llevar por pensamientos negativos. Llevaría a esos hombres a la guerra para tratar de recuperar su hogar con

ellos o moriría en el intento.

Todavía llegaron dos grupos más antes de que el sol despuntara el día en que se cumplía el plazo. Preas no había podido dormir apenas, presa de la inquietud y el nerviosismo. Los fuegos no se apagaron en toda la noche y un ambiente de expectación tensa se respiraba entre el pequeño ejército congregado en la Atalaya de Visrên. La ansiedad previa a la partida, la urgencia y el deseo de ponerse en movimiento, creaban un aura de nerviosismo casi palpable.

Poco después del amanecer se encontraba comiendo junto a Hots y Rargast cuando una voz de alarma se alzó entre las sombras de la selva. Era la señal convenida que expresaba peligro. Preas y Hots se miraron esperando una nueva señal que indicaría que era una falsa alarma, que era otro grupo que se acercaba desde el sur, pero lo que llegó hasta sus oídos fue una repetición de la original, silbada con un gorjeo constante.

Sin pensarlo dos veces, los tres se pusieron en pie. Cinco arqueros se unieron a ellos, así como una docena de hombres armados que echaron a correr por orden de Preas.

—Rargast, reúne a quince hombres más y síguenos. Preas corría entre las ramas bajas y las raíces altas de la enrevesada selva en dirección al punto desde el que había surgido la alarma. Un explorador salió a su encuentro de entre las sombras.

—¡Mi señor! —Su voz era apenas un murmullo.

—¿Qué ocurre? —Preas se detuvo y trató de recuperar el aliento.

—Una patrulla. Unos veinte hombres. Armaduras negras.

El rey no necesitó más información. El grupo al completo siguió avanzando aprovechando los árboles y arbustos para ocultarse lo máximo posible. Cuando divisaron la linde del bosque, Hots se adelantó casi a rastras entre la hojarasca y el fango omnipresentes. Con señas, indicó a los demás que los tenía a la vista y que, en efecto, eran una veintena. Eran muchos para una emboscada. Tendría que salir a campo abierto si quería aprovechar la ventaja que sus arqueros pudieran ofrecerle. Maldijo por lo bajo. ¿Cómo les habían descubierto? Después pensó en la cantidad de personas que habían llegado hasta Visrên y dedujo que no sería difícil seguirle los pasos a alguno de los grupos.

Preas se acercó hasta la posición de vigilancia para verlo con sus propios ojos y, en efecto, era una patrulla bien pertrechada. Avanzaban a buen ritmo y no parecían haberse percatado de su presencia.

—Que lluevan flechas —murmuró Preas.

Hots se giró hacia sus hombres y les ordenó situarse en posición de disparo. Hubo un susurro de hojarasca mientras los arqueros se posicionaban. Debido a los árboles era imposible hacer un lanzamiento elevado que habría aumentado la distancia de alcance. En cambio, tendrían que esperar aún un poco a que se acercaran para atacar de forma directa contra objetivos escogidos. El silencio se hizo de nuevo. La patrulla se agitó de pronto, como si hubieran escuchado algo. Estaban algo lejos, pero no

podían permitir que se ocultaran en la selva. Era ahora o nunca.

Con un gesto, Preas ordenó disparar. El aire a su alrededor se llenó con el sonido de las cuerdas al destensarse y de las saetas volando hacia sus desprevenidas víctimas. Seis hombres cayeron, muertos o gravemente heridos. Los arqueros se prepararon de nuevo y lanzaron otra andanada, pero los rivales estaban ahora prevenidos y solo cayeron otros tres. Los demás se parapetaron en la linde del bosque desenvainando sus armas.

Hots se lanzó al ataque cuerpo a cuerpo gritando y seguido de inmediato por sus hombres. Preas se lanzó a la carga también, pero alguien lo sujetó por el codo. Era un joven soldado.

—No, mi señor, quedaos aquí. Os lo ruego. Dejadnos a nosotros.

Preas se sintió ofendido, pero se detuvo, reflexionó un instante y se quedó dónde estaba mientras el joven se lanzaba en pos de sus compañeros para cruzar su acero contra los oscuros enemigos.



«Nuestro momento llegará. Muchos tendrán que postrarse y suplicar perdón por las ofensas que hemos recibido».
Ser Supremo de la Orden Kariteas.

Kijl apretaba los dientes casi a cada paso que daba tratando de soportar el dolor que la mano herida le provocaba. Se recordaba a sí mismo que era su sacrificio a Kares, que el dolor le purificaba, pero a ratos era tan intenso que lo aturdiría. Comenzaba a temer una insurrección seria por parte de sus hombres, cada vez más hartos de cargar con aquella cosa que introducía pensamientos horribles en sus cabezas y les daba ganas de vomitar hasta las entrañas. Cada vez tenían que pasarse el petate más a menudo, como si cargar con él les provocara quemaduras insufribles. Él había evitado llevarlo debido a sus heridas.

Kijl aguantaba como podía las miradas de odio que le dedicaban los demás. Según sus cálculos debían salir del bosque en poco tiempo, aunque el lamentable estado en el que se encontraba le impedía estar seguro de nada. Se sentía febril y enfermo.

En ese momento escuchó un ruido. Fue sutil, apenas percibido por alguna parte profunda de su cerebro. Mandó a callar a todos con un gesto y se quedó quieto como una estatua. Sí, allí estaba de nuevo. Era el sonido apagado de voces aún a cierta distancia. Muchas voces. Pero ¿por qué iba a haber gente por allí?

Por señas, indicó a sus hombres que avanzaran con todo el sigilo posible, escondiéndose entre los troncos y los arbustos. Sus instintos de guerrero salieron a la luz, haciéndole olvidar el dolor. Poco después descubrió el origen de los sonidos, que se fueron intensificando con cada paso que daba. Desde una considerable distancia pudo ver un campamento improvisado alrededor de unas ruinas viejas. ¿Qué hacían

allí aquellas personas? Se les notaba agitadas, como una manada de lobos que acaba de encontrar un rastro con olor a sangre. Se tumbó en el suelo y localizó a varios vigías, pero parecían tensos, como si pensarán que debían estar en otro lugar. En ningún momento miraron en su dirección. No podían ser otros que los hombres de Preas Mor. Kijl se maldijo a sí mismo por su mala suerte. Habían dado aquel enorme rodeo precisamente para evitar encontrarse con ellos, dando por sentado que se habían dirigido hacia el Oeste. ¿Por qué había ido hacia el Norte?

El campamento era bastante grande. Aún sin acercarse mucho pudo deducir que contaba con al menos trescientos hombres, muchos más de los que habían salido de Lotrain. De alguna forma, Preas estaba logrando reclutar hombres, por lo que debía de estar preparándose para regresar e intentar recuperar su ciudad. Casi sintió lástima por él. Nunca lograría reconquistarla. No mientras los gorgs estuvieran bajo el control de la orden.

En cualquier caso, era una información que Tarkon Anan querría saber. Y sería él quien se la proporcionara.

Siguió avanzando hacia el Sur hasta que estuvo seguro de haber dejado el campamento atrás y que ningún vigía les había localizado cuando un nuevo sonido llegó hasta sus oídos. Esta vez le resultó reconocible a la primera: cerca de allí se estaba desarrollando un combate. El pulso se le aceleró por un momento pensando en la posibilidad de que la guerra hubiera llegado hasta allí. En cualquier caso, su gente, sus compañeros, debían estar implicados. ¿Contra quién si no podía enfrentarse Preas allí? Decidió que tenía que investigarlo y cambió de rumbo, dirigiéndose hacia el Oeste otra vez, que era de donde parecía proceder el sonido. Muy poco tiempo después vio confirmadas sus sospechas. Casi se hallaba en la linde de la selva y una patrulla de la Guardia Negra estaba siendo masacrada por un pequeño grupo de hombres. Kijl observó la escena tratando de decidir si tenía que intervenir cuando sus ojos tropezaron con la figura del príncipe Mor en la retaguardia, protegido solo por un soldado muy joven, apenas un chaval cuya espada parecía mucho más grande que él. Como siempre, esperando a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, demostrando su cobardía.

Kijl notó cómo se le aceleraba el pulso. Kares volvía a demostrar su generosidad con él. El sufrimiento que estaba padeciendo en su honor estaba siendo recompensado con creces. Siempre lo había sabido. Se imaginó a sí mismo arrodillado ante Tarkon entregándole en una mano los fragmentos de la estatua negra que contenían al ser y en la otra la cabeza del único capaz de discutirle a la orden el control del reino de Angôr. Veía cómo el Oscuro le hacía ponerse en pie, reconociendo en él a un igual y no a un siervo.

Mandó llamar a uno de sus hombres, que se acercó hasta él sin hacer un solo ruido. Llevaba a la espalda un arco corto que, le constaba, sabía usar.

—Mátalo. Es nuestra oportunidad.

El soldado descolgó el carcaj y tensó la cuerda mientras situaba en ella una flecha

de plumas negras. Preas estaba a la vista, absorto en el devenir del combate que estaba cerca de terminar a pocos metros de distancia. Se le notaba ansioso por intervenir, moviéndose de un lado para otro como un animal enjaulado.

Kijl observaba los preparativos del arquero con la sensación de que estaba tardando una eternidad hasta el punto de que comenzó a sentir frío cuando hasta un instante antes sudaba fruto de la tensión y el esfuerzo de avanzar casi a rastras. Vio el aire que exhalaba formar nubecillas ante sus ojos y se preguntó cómo podía haber bajado tan rápido la temperatura. Lo ignoró y se concentró en su objetivo. Borró de su mente cualquier pensamiento que no fuera el de ver a Mor con una flecha atravesando su corazón.

El arquero tensó la cuerda hasta el límite mientras apuntaba con un ojo cerrado y los músculos de sus brazos tensos y dispuestos. Hacía mucho frío. Kijl notó que sus dientes castañeteaban hasta que abrió tanto la boca debido a lo que comenzaba a ocurrir ante sus ojos que dejaron de estar en contacto. La parte inferior del arco comenzó a cristalizarse, convertida en brillante hielo blanco. Lo mismo ocurrió con la punta de la flecha dispuesta a volar. Cuando el arquero por fin la soltó, inició su recorrido en dirección a su objetivo al mismo tiempo que se congelaba. Cayó al suelo después de recorrer unos pocos metros, convertida en una aguja de cristal que se rompió al instante en mil pedazos.

Kijl vio cómo el soldado se giraba intentando, igual que él, comprender qué había ocurrido. Al instante siguiente caía al suelo, muerto. De su pecho surgía, bañada en sangre, una aguja de hielo del diámetro de su puño.

En ese momento lo vio. El hechicero se encontraba ante él, a escasos quince o veinte metros, conformando una visión que nunca olvidaría. Sus ojos violetas refulgían entre los claroscuros del bosque y sus brazos eran dos témpanos de hielo desde el puño hasta el codo que brillaban con los escasos rayos de sol que el verde tapiz dejaba pasar hasta ellos. Sin esperar a su orden, uno de sus hombres, que esperaban algunos metros a su derecha, desenvainó y se lanzó hacia el intruso. Con un solo movimiento de su brazo, un nuevo proyectil de hielo salió disparado para impactar contra su pecho, casi partiéndolo en dos.

—Eres un cobarde. —Le oyó decir—. Ibas a matar a un hombre por la espalda. No eres más que un animal.

Kijl sintió el miedo invadir poco a poco sus entrañas. Era el brujo de la montaña, pero estaba cambiado. Ahora le resultaba mucho más temible que entonces y supo que no iba a servir de nada luchar contra él. No quería acabar convertido en un bloque de hielo. El soldado que quedaba dudaba tanto como él. Vio cómo el hechicero alzaba de nuevo su brazo y se levantó justo a tiempo, antes de que una nueva flecha helada impactara donde había estado hasta un segundo antes, enterrándose en la hojarasca. Con el brazo pegado al cuerpo llegó hasta su compañero y, de un tirón, arrancó de su espalda la mochila que contenía los restos del Gohelanort. El desequilibrio impidió al incauto esquivar el siguiente proyectil, que

vino a impactar contra su estómago, matándolo en el acto entre estertores sanguinolentos.

Kijl echó a correr lo más rápido que pudo entre las ramas de los árboles mientras nuevas puntas brillantes se estrellaban en torno a él, deshaciéndose en pedazos. Se imaginó empalado por una de ellas y eso le dio fuerzas para correr aún más rápido. Aquello estaba mal, muy mal. Sentía el aire frío penetrar en sus pulmones pero fue incapaz de detenerse a observar si el brujo le seguía. Salió de la selva muy cerca de la batalla que estaba a punto de finalizar. Varios hombres le miraron extrañados pero estaban demasiado ocupados para prestarle más atención. Un movimiento a su derecha le hizo detenerse por instinto a tiempo de ver un caballo pasar a su lado que cerca estuvo de arrollarle. Debió de haber pertenecido a alguno de los caídos de la refriega. Kijl lo observó detenerse algunos metros más lejos y quedarse girando sobre sí mismo, como si estuviera tratando de decidir qué hacer una vez separado de su jinete. No lo dudó y se lanzó en su dirección. Apenas ofreció resistencia cuando lo tomó por las riendas con la única mano buena y lo montó con un ágil salto. Era un animal magnífico, negro y marrón, más asustado que concentrado. Pareció relajarse cuando sintió que alguien tomaba sus riendas y respondió de inmediato a la orden del soldado, que lo dirigió hacia el Sur a todo galope.

En su mente solo cabía el poner toda tierra de por medio entre él y aquel monstruo de ojos violetas.



«Gan nos observa una vez cada veinte lunas. Cada cierto tiempo fija su mirada en nosotros, iluminando nuestros pasos en la noche. Después, sigue su camino hacia otros mundos. Hacia alguna de sus otras creaciones».
Leyendas. Varios autores.

Árgoht observaba desde las sombras de la linde del bosque la nube de polvo en la que se estaba convirtiendo el caballo que su objetivo estaba usando para huir. Ignoraba deliberadamente los sonidos procedentes de su derecha, donde el combate había terminado y se hacía recuento de bajas y prisioneros. Sentía su pecho agitado y trataba de recuperar el aliento después del poderoso hechizo que había empleado contra aquellos que trataban de matar a Preas a traición. Regresó al lugar en el que se había desarrollado la escena mientras el hielo de sus brazos desaparecía al mismo tiempo que la energía que había empleado para generarlo. Sabía que los tendría entumecidos durante varias horas.

Registró a fondo los cadáveres buscando el objeto que contenía al talhom, pero no estaba allí. La única conclusión posible, pues, era que estaba en poder de su cabecilla, ahora lejos de él. Molesto consigo mismo por no haber acertado a impactar contra él regresó a la linde ansiando un poco de luz solar con la que calentar su piel. La selva terminaba en seco, como si un filo hubiera cortado la arboleda y hubiera establecido allí su final. Más allá, estaba la llanura salpicada de colinas rocosas.

—¡Árgoht! —Preas Mor le había visto y se acercaba a él a grandes zancadas, como solía hacer—. ¡Has vuelto! ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado en Lotrain?

—Más despacio, Mor. —Señaló hacia la mota de polvo que se perdía en la lejanía—. ¿Qué hay en esa dirección?

Preas contuvo su indignación por la pedantería del meledino.

—Las montañas Ilean-oth.

—¿Solo eso?

—Hay un par de pequeñas aldeas y una ciudad de poca importancia. Ah, y la Torre de Mügero.

Eso lo explicaba.

—Ahí se dirige.

—¿Quién? —El tono de Preas comenzaba a ponerse serio—. ¿De qué estás hablando?

—Del hombre que ha estado a punto de matarte. —El rostro de Preas se congestionó—. Atacó Lotrain para robar la estatua y el Destino lo ha traído hasta aquí. He podido evitar que te asesinara, pero no que lograra huir. Debe dirigirse a Mügero a entregar el objeto maldito.

Preas se había sumido en oscuros pensamientos.

—Me has salvado la vida de nuevo...

Árgoht cayó en la cuenta de este hecho y se giró hacia Mor.

—Olvídalo.

—No puedo, ¿no te das cuenta?

—Lo importante es que lo que ese hombre lleva con él puede destruir cualquier intento de resistencia a las fuerzas de la orden. Si quieres tener una opción de vencer, de recuperar tu reino, hay que evitar que ese hombre llegue a Mügero.

—Pero...

—Déjate de deudas ahora, Preas. ¡Céntrate! ¿Qué ha pasado aquí?

—Nos han descubierto. Llevaban en una pica la cabeza de uno de los hombres que envié a reclutar al Sur. Es posible que los demás hayan acabado igual.

—Debemos presuponer que ya saben que estamos aquí. Tienes que partir de inmediato.

—Pero dimos nuestra palabra. Esperaremos hasta la fecha convenida. Partiremos mañana.

—No es buena idea. Deja un par de hombres que puedan recibir a los rezagados, pero si la orden envía un contingente y te encuentra aquí, tu reconquista habrá concluido antes de empezar.

Preas parecía debatirse consigo mismo. Renunciar a la palabra dada y partir de inmediato evitando ser descubiertos o esperar y correr el riesgo de tener que luchar allí, lejos de donde realmente era necesario.

—Maldito seas, hechicero. ¿Por qué tienes que tener razón siempre?

Árgoht no respondió y volvió a centrar su vista en el horizonte del que ya había desaparecido la figura del soldado de la orden, sin duda oculta entre las colinas cercanas.

Preas siguió la dirección de su mirada.

—Supongo que no vendrás conmigo.

—Tengo que encontrar ese objeto. Su importancia es mayor de la que imaginas.

—Te asignaré algunos hombres...

—No, lo haré solo. Los necesitarás a todos en lo que está por venir en Angôr'an. Yo sé defenderme solo.

—Idiota testarudo —respondió con una sonrisa—, cuando se te mete algo en la cabeza es imposible sacarlo.

Árgoht no pudo evitar sonreír. Era la primera vez que alguien le llamaba idiota.

—¿Cuánto tardaré en llegar a la torre? —preguntó.

—A caballo, un día y medio, a buen ritmo. A pie, cuatro. Volvamos a Visrên, ahora está lejos de tus manos. Lo mismo dará que partas ahora o dentro de una hora, cuando hayas podido comer algo.

El meledino tuvo que reconocerse a sí mismo la verdad de aquellas palabras. Sin montura, era una estupidez lanzarse en persecución y tenía hambre. Se había dado toda la prisa que había podido, sin apenas descanso, para alcanzar al grupo de soldados negros. Estaba agotado y necesitaba unos instantes de reposo.

Fueron pocos los que cayeron en la escaramuza con la patrulla de la orden, pero aun así eran pérdidas importantes dado el escaso número de efectivos con los que contaban. Retiraron los cuerpos y los trasladaron a la atalaya, donde fueron enterrados con todos los honores. Árgoht se sorprendió por el número de hombres allí apostados. Cuando Preas había enviado a Tizo —que no aparecía por ninguna parte— a reclutar por las aldeas, había pensado que era una estupidez. Ahora, aun siendo muy pocos, veía que su pueblo había respondido y había acudido a su llamada. Debía haber allí al menos trescientas personas. Podían haber sido una fuerza temible si hubieran dispuesto de más tiempo del que tenían.

Preas se sentó a comer junto a Árgoht con un sonrisa cansada en los labios. La tarde había refrescado mucho y el calor de las llamas y la comida les reconfortaban. Como ya había podido comprobar, los cambios de temperatura bajo aquel tupido manto de vegetación podían ser bruscos e imprevisibles.

—¿Estás seguro de que quieres ir a Mügero? —le preguntó mientras mordía un pedazo de carne.

—¿Me vas a pedir de nuevo que te acompañe a la batalla?

—No acostumbro a pedir las cosas más de una vez. Contigo ya me he excedido. Mi pregunta tiene otros derroteros. Mügero es un sitio depravado y oscuro, el origen de toda la maldad de este reino desde tiempos inmemoriales. ¿Has visto los gorgs?

Árgoht negó con la cabeza mientras se echaba un pedazo de queso a la boca.

—Se dice que nacen en las entrañas de la tierra bajo la Torre Sombría de Mügero, aunque nadie sabe cómo. Los pocos que han tratado de descubrir el misterio no han vivido para contarlo, pero hay evidencias suficientes de que algo horrible ocurre allí. Ese tipo de prácticas, entre muchas otras, fueron las que hicieron que mi abuelo, en su juventud, persiguiera a la orden y la despojara de sus posesiones y su poder económico. Su mera existencia se demostró como una aberración. Y la palabra que

predican no es mucho mejor. Siempre en encontrada oposición a cuanto dicta Gan, en su bondad y sabiduría.

Árgoht prefirió guardarse su opinión al respecto, pero el asunto de los gorgs le interesaba.

—¿Cómo son esa criaturas?

—Al verlas las reconocerás. Tienen dos veces el tamaño de un hombre y apenas pueden caminar erguidas debido, supongo, a su gigantesco peso. Sus cuerpos están malformados: lo mismo les falta un ojo que una mano, igual tienen un brazo de más, que una boca de menos. Cada uno es diferente. En cada pliegue de su cuerpo, codos, rodillas, nudillos... Nace una protuberancia ósea casi indestructible que les hace parecer, visto desde lejos, una masa de carne y púas. Son una visión aterradora.

»Esas bestias no son hijas de Gan, eso te lo aseguro. Su mera presencia resta el valor del corazón más formidable y su fuerza es equivalente a la de diez hombres. Muy certero tiene que ser el disparo de una flecha para que penetre en su piel...

Preas perdió el hilo y se quedó en silencio unos instantes.

—Enviaron decenas de ellos contra Angôr'an. Vi morir a muchos hombres aplastados bajo sus puños de piedra, los vi derribar murallas con apenas dos poderosos golpes. No pudimos hacer nada contra ellos. Aun así, abatimos a algunos, pero a costa de muchas vidas. Los enviaron en la vanguardia, justo antes de la morralla flissana que solo tuvo que seguir el camino abierto por las bestias.

Árgoht entendió el esfuerzo que Preas hacía para expresarse de aquella forma. Era la primera vez que le escuchaba hablar de la caída de Angôr'an y describirlo con palabras debía ser muy doloroso para él, que todo lo había perdido aquellos días. Siguió comiendo en silencio, guardándose sus preguntas para más tarde. El príncipe parecía estar muy lejos de allí, ajeno a cuanto le rodeaba e inmerso en tan dolorosos recuerdos.

—Enviar hombres a defender las puertas fue enviarlos al matadero. Yo mismo caí en uno de los derrumbes y soy incapaz de recordar nada hasta que llegué a Lotrain.

Por fin, Preas alzó la mirada.

—Debí haber muerto allí, Árgoht, junto a mi pueblo, pero alguien me sacó a rastras y arriesgó su vida para salvar la mía. Ahora tengo que hacer algo con este tiempo que me han regalado. Aún me zumba la cabeza a veces y el costado me tortura a ratos, pero no me verás quejarme... He perdido mucho, hechicero. —Preas miró a Árgoht como si estuviera meditando mucho sus siguientes palabras—. Hay una persona allí, alguien que me importa, y no sé si está viva o muerta. Esa incertidumbre me carcome las entrañas. Pensar en lo que puedan haberle hecho o lo que le pueda estar pasando, me da ganas de montar en el primer caballo que encuentre y acudir yo solo en su busca.

—No sabía...

—Es una plebeya, nadie lo sabe ni debe saberlo jamás. Aunque, ¿qué importa ahora? Soy el rey, yo decido, ¿no?

Aquello no parecía decirlo en tono de gracia y no esperaba respuesta, así que Árgoht guardó silencio de nuevo.

—Los gorgs estarán esperándonos cuando llegemos —continuó Preas—, pero te prometo que si tengo que caer bajo sus golpes, mi pica quedará bien clavada en su pútrido corazón. Ve a Mügero si es lo que crees que tienes que hacer. No te lo pediré de nuevo. Si decides acudir a mi llamada, serás recibido con júbilo por mi parte. Pero si no vienes con nosotros, aquí estás de más. Parte cuanto antes en pos de tu destino. No te conviertas en un estorbo.

Y sin más palabras, se puso en pie y dejó a Árgoht comiendo solo y abrumado por el discurso que acababa de escuchar, tan vago como cierto, tan sincero como crudo. Preas había dado rienda suelta a sus sentimientos y no podía recriminárselo. Él habría actuado de forma similar. Sin embargo, tenía clara cuál era su obligación en ese momento. Si el poder desatado del talhom caía bajo el control de la orden, Preas podía olvidarse de cualquier opción de recuperar su reino. El recuerdo del talhom llamado Vahall que había encontrado en Pranthas, con la esencia del rey Manlor en su interior, así como su capacidad destructiva, permanecía muy presente en su memoria a pesar de los años transcurridos. Este nuevo ser albergaba las almas de cientos de personas ya. ¿Cuántas más podía atrapar si se le soltaba en medio de la batalla que se iba a desarrollar en Talder'an? Aunque Preas le odiara por ello, cosa que nunca le había quitado el sueño, tenía que encontrar ese artefacto y evitar que desataran su poder.

Sin pedir permiso a nadie, tomó prestado uno de los pocos caballos de que disponían en la Atalaya de Visrên, que habían sido confiscados a la patrulla que les había atacado poco antes. Era un animal grande, de intenso pelaje negro, y lo tomó ignorando las miradas hostiles de varios soldados que, sin embargo, no hicieron nada por evitarlo. Sabían quién era y los rumores relacionados con su persona eran continuos, a pesar de que nadie se dirigía a él de forma directa. Los supervivientes de la batalla de Lashte que habían huido a su lado se habían encargado de contar las cosas que había hecho allí, o que creían que había hecho, creando hacia él un sentimiento que mediaba entre la admiración y el temor. El hecho de que apenas hablara con nadie había contribuido a alejar a los curiosos.

Desde la muerte de su caballo Karzan, su fiel compañero, el único ser vivo al que había permitido acercarse a él durante los últimos quince años, apenas había montado otros caballos y la sensación que le transmitía el animal que ahora lo transportaba le resultaba extraña, ajena. Desde aquel día, tres años atrás, en que decidió dejarlo ir, había preferido viajar a pie. Cuando iniciaron juntos el viaje en la ciudad de Ereth ya era un animal con muchos inviernos. Aun así, le había acompañado, como sabía que haría, hasta el final. Murió tranquilo y en paz, sin necesidad de sacrificarlo. Un día, sencillamente, no quiso caminar más. Se tendió en la hierba y lo miró con sus grandes ojos. Árgoht supo de inmediato que se estaba despidiendo, que sus días sobre Thera habían llegado a su final. Se sentó a su lado y esperó sin separarse de él, como venían

haciendo desde hacía tanto tiempo. Lloró cuando por fin expiró su último aliento. Una única lágrima por el que había sido su amigo más fiel.

Pero ahora la urgencia mandaba y necesitaba partir y llegar cuanto antes. Necesitaba una nueva montura.

Le preguntó al soldado más cercano la forma más rápida de llegar a Mügero. Recordaba su posición por los libros que había consultado en la biblioteca, pero era algo que no quería dejar al azar y prefería ir sobre seguro. El soldado se limitó a darle un nuevo mapa con la posición de las principales ciudades y poblados, incluida la Torre Sombria, inscritos en él.

Hincó los talones en los ijares de su negra montura y esta respondió al instante, vigorosa, casi febril, como si estuviera deseando salir del bosque a un campo abierto que le permitiera estirar sus patas y gastar la energía acumulada. Él mismo se sentía renovado y libre, a pesar de las circunstancias, al recibir los últimos rayos del sol de la tarde que se alejaba de él en dirección a la noche y sentir el viento agitar sus negros cabellos a su espalda. La selva le había agobiado más de lo que pensaba y cabalgar por las llanuras era un bálsamo para su ánimo, aunque pronto llegaría a las colinas y tendría que aflojar el ritmo. Cuando la noche cayó sobre él le invadió una sensación de libertad que hacía años que no sentía y que le hizo sonreír abiertamente. Se olvidó de todo a su alrededor: de la guerra, de Preas, de Mügero; hasta su propia búsqueda, su Destino, quedó desterrada de su pensamiento en ese momento en el que solo existían él, su montura y la noche que lo abrazaba con sus sábanas negras y acogedoras.

Bien avanzada la noche sintió que el caballo empezaba a dar muestras de cansancio. Llevaban varias horas de camino a buen ritmo. Se merecía un buen descanso. No podía saber cuánto tiempo llevaba viajando con los soldados negros cuando cayó en sus manos, así que prefería no arriesgarse a agotarlo. Árgoht buscó cobijo en un pequeño afloramiento rocoso que le proporcionó protección contra el aire de la noche en forma de cueva improvisada. Era suficientemente profunda como para albergar a su montura pero no tanto como para temer la presencia de un morador inesperado en su interior. A pesar de la urgencia que tenía por encontrar la torre, se entretuvo en buscar algunas ramas secas y preparar un pequeño fuego con el que calentarse. La noche estaba luminosa y cálida, con la Gran Luna en toda su plenitud, inmensa y redonda. Según había podido leer en la biblioteca de Lotrain, en días como ese en los que la luna parecía llenar todo el cielo con su fulgor, en Angôr se la llamaba el Gran Ojo de Gan. Cada cierto tiempo, Gan abre uno de sus ojos para observar los acontecimientos sobre Thera, para disfrutar de su creación y del devenir de los hechos de sus hijos. Pasados unos días, su mirada se desvía hacia algún otro mundo y dejamos de verlo en toda su plenitud.

Árgoht reflexionó, mientras recogía la leña, en esa sutil diferenciación que habían hecho allí entre la Madre y Gan, aunque eran una misma entidad. Había encontrado durante sus viajes otras derivaciones similares y siempre le llamaban mucho la

atención. Él nunca se había molestado en ponerle nombre a Ella. Entonces recordó la conversación con Estëas y los Guardianes, aquel concepto nuevo para él pero tan antiguo como el mundo. Sentía que encajaba con todo lo que sabía o intuía sobre la naturaleza de las cosas, pero era algo que no habría podido deducir por sí mismo. El gehvaal nunca le había dado pistas al respecto y solo la Madre se le había mostrado, de una forma u otra. Jamás había sentido la presencia de otros poderes a su alrededor, pero ahora que su existencia le había sido revelada, lo encontraba lógico y natural.

Cuando el fuego estaba vivo y había comido algo de las muy escasas provisiones que había cargado cuando salió de Visrên, recitó la letanía que le haría entrar en el gehvaal. Casi tuvo ganas de gritar el Ther-Arak. Estar allí, solo con su caballo, sin nada que se interpusiera entre él y la noche, era una sensación que ansiaba y necesitaba como el respirar, la que le obligaba a ponerse en marcha sin permitirle establecerse en ningún sitio. Era la búsqueda que le exigía ponerse en movimiento y que, cuando por fin lo hacía, le hacía experimentar algo parecido a la felicidad.

Fijó la mirada en una grieta de la piedra que lo rodeaba y unos instantes después se encontraba en otro lugar. También allí era de noche y escuchaba el sonido del viento y las cigarras a su alrededor. Era una gran llanura iluminada por la luna, pero la luz de esta no era tan brillante como debería, como si un velo difuso diluyera su claridad. De nuevo, como el día anterior, pudo ver negras nubes en el horizonte, allí donde la Tierra Negra ganaba terreno.

Estaba desnudo, cosa poco habitual. Se acostó sobre la hierba húmeda y sintió un escalofrío en la columna vertebral cuando la energía de la Madre penetró en él al contacto con ella. Estuvo así un buen rato y cuando ya pensaba que nada más pasaría, que ese día no obtendría más de Ella, la luna cambió. Comenzó a girar sobre sí misma; muy despacio al principio, fue cogiendo velocidad poco a poco. El resto del firmamento permanecía estático. Los contornos del astro se fueron estilizando y definiendo, adquiriendo volumen y una textura de vidrio hasta que tuvo la forma perfecta de una bola de cristal. En su interior se agitaban extrañas brumas de múltiples colores en una danza tensa, como si se estuviera desatando una tormenta en sus entrañas. Entre las nubes creyó divisar una escena: pudo ver al talhom en todo su esplendor rodeado de hombres vestidos de negro a la sombra de una gran muralla. Sobresalía muchos metros sobre ellos, los cuales formaban una mancha negra hasta donde alcanzaba la vista. La escena cambió, y de nuevo al instante siguiente. Los saltos fueron cada vez más rápidos hasta que se convirtieron casi en parpadeos que le era casi imposible asimilar de manera consciente. Cientos de escenas pasaron ante sus ojos vertiginosamente. Se vio a sí mismo deslumbrado por una potente luz, demacrado y sucio en un lugar que no reconocía; se vio gritando y luchando aunque no podía ver a su contrincante; vio una gran sombra cerniéndose sobre él como una nube de tormenta; vio palabras y letras en diversas formas entremezcladas con las imágenes; vio una niña en una playa con los pequeños pies lamidos por la marea: «El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida».

Un instante después, todo había terminado. La luna tenía su forma habitual y ningún vestigio quedaba de lo que acababa de ocurrir. Su corazón latía acelerado y le faltaba aire para respirar. Había estado conteniendo la respiración para no perderse nada. La Madre le había hablado con una intensidad que ya no recordaba. Tenía que reflexionar sobre aquellas imágenes, pero lo que más le interesaba de todo eran los fragmentos de palabras y letras ocultos entre ellas, como retales de información que, para él, eran de vital importancia. La Madre le estaba ofreciendo un nuevo hechizo. Sintió la especial trascendencia del momento y de las palabras aunque aún no pudiera encontrarles sentido. Debía memorizarlas, estudiarlas e interpretarlas si quería usarlas correctamente, en el caso de que ya las tuviera todas, cosa que no podía saber. Había experimentado una especie de urgencia impropia de Ella en el gehvaal que se le contagió de forma espontánea. Lo que estaba ocurriendo en Angôr era muy importante y debía ser atajado cuanto antes o la situación se pondría mucho peor.

Permaneció un buen rato más allí tendido, recuperando el aliento y tratando de asimilar y recordar cada imagen vista, cada palabra del hechizo, antes de iniciar el Sher-arak que lo devolvería a la realidad.

Sabía que interpretar aquella información no sería fácil. Ahora sería trabajo suyo identificar las palabras y encontrarles el sentido, la entonación y el orden correctos para que pudieran tener el efecto deseado, sea cual fuere.

Regresó en un parpadeo y observó las llamas danzarinas de un fuego a punto de extinguirse para convertirse en meros rescoldos. El caballo seguía a su lado como si apenas hubieran transcurrido algunos instantes. La sensación de desasosiego regresó con él a la realidad. La Madre le había imbuido de su urgencia, de la premura que la situación que se estaba viviendo en el reino de Angôr requería, si bien no era consciente del papel que debía representar en ella, si es que debía hacerlo. Como siempre, el gehvaal había sido demasiado crítico y le correspondería a él sacar las conclusiones necesarias y actuar en consecuencia.

Una única cosa estaba clara. Entre todas las imágenes que habían pasado frente a sus ojos, ninguna de ellas le situaba en la batalla que estaba a punto de desencadenarse en Angôr. Su lugar no estaba junto a Preas.

Como siempre había sospechado, aquella no era su guerra.



«A veces la decisión más importante proviene del pensamiento
más irrelevante».

La sabiduría de Gan, capítulo doce. Anónimo.

Ulea llevaba ya un buen rato despierta cuando los primeros rayos del sol comenzaron a invadir el dormitorio. Se estaba convirtiendo en una molesta costumbre el despertarse antes de lo necesario sin poder conciliar el sueño de nuevo, a pesar de que ya no la desvelaba la preocupación por su trabajo. Su nueva ocupación en las cocinas le satisfacía más que la de los dormitorios y Pigreas era un patrón más tolerable que Elis, a pesar de sus gritos y sus frecuentes salidas de tono. Se había llevado varios tirones de oreja en el tiempo que llevaba a su servicio, pero sus enfados no tenían nada que ver con los de la robusta mujer, quien parecía querer acabar con la vida de su interpelada cada vez que decidía llamarle la atención.

Por otro lado, le gustaba Kiloneed, con su exótico aspecto y su peculiar forma de hablar. Desde que habían ido juntos al mercado habían desarrollado una buena relación y él parecía estar dispuesto a acogerla y enseñarle cuanto necesitaba saber en su nuevo puesto de trabajo. Sin embargo, había dos cosas que no conseguía quitarse de la cabeza y le impedían relajarse. Por un lado, no había obtenido noticias de su amado desde la invasión. Había luchado en ella defendiendo las murallas como uno más, pero no podía saber si estaba vivo o muerto, aunque habían llegado hasta sus oídos varios rumores sin confirmación que decían que estaba escondido en algún sitio, recuperándose de sus heridas. Si aquello fuera cierto... Pero no, no se atrevía a albergar esperanzas. Ni siquiera podía saber con seguridad si sus palabras cariñosas eran sinceras o no. La relación que habían mantenido era compleja y podía dar lugar a equívocos. No había querido comportarse como una estúpida cuando estaba en su

presencia y siempre había mantenido las distancias. Cuando él la besó por primera vez no creyó que fuera posible y el mundo a su alrededor dejó de existir. Al fin y al cabo, ¿cómo podía esperar ella que su amor fuera correspondido? Si alguien le hubiera dicho que sus días juntos serían tan escasos, los habría aprovechado mucho mejor, habría dicho muchas más cosas y, sobre todo, habría besado mucho más. Ahora era posible que no volviera a verlo y, aunque lo hiciera, ella había cambiado, no era la misma. Las experiencias vividas la habían convertido en otra persona, pero ¿hasta qué punto?

El segundo pensamiento que no la dejaba dormir era el recuerdo de las palabras de Lopse. «En esto nos hemos convertido». Giraban en su cabeza como una peonza sin cesar de chocar una y otra vez contra sus huesos. No podía creer que se hubiera adaptado tan rápido a esa nueva vida, a servir a aquellos que habían invadido su hogar, sus casas y sus vidas... ¿Tan rápido había olvidado las vejaciones a que la había sometido el capitán Gureq? Inmediatamente después pensaba en sí misma. No podía hacer nada aparte de despotricar en voz baja. No era nadie, no tenía ningún tipo de autoridad, ni real ni moral. Era insignificante en todos los sentidos en que podía serlo. Las palabras de su antiguo compañero le habían afectado, pero no encontraba, por más que le daba vueltas desde hacía dos días, nada que pudiera hacer al respecto. Así como pensar en su amor le devolvía el ánimo, las palabras de Lopse y las posteriores reflexiones a las que se abandonaba la deprimían profundamente.

Se levantó de la cama, cansada de dar vueltas sobre sí misma y se dirigió al aseo para lavarse. Después, inició el camino hacia intendencia. Iba pensando en sus cosas y casi no se percató de que un grupo de personas corría hacia ella por un ancho pasillo de la planta baja hasta que casi los tuvo encima. Se apartó de un salto para dejar pasar a un nutrido grupo de soldados, sucios y ensangrentados, que trasladaban a varios hombres en camillas improvisadas. Se dirigían a la enfermería.

—¡Aparta, estúpida! —le gritó uno mientras la empujaba y la hacía chocar contra la pared. Ante sus ojos vio pasar, tendido en una de las camillas, al capitán Guraq, como si pensar en él lo hubiera invocado ante su presencia. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Sin pensarlo dos veces se lanzó en pos de la comitiva que corría por el pasillo apartando a quien hiciera falta hasta llegar a las dependencias de los sanadores, prácticamente vacías. Un anciano vestido con un largo camisón de tela basta les salió al paso, alertado por el alboroto y casi se le desorbitan los ojos al ver lo que se le venía encima. Sin dudarlo abrió de par en par las puertas para dejarlos pasar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras indicaba con señas las camas en las que podían dejar a cada uno.

Uno de los soldados se encargó de responderle. Iba vestido con la característica cota de malla negra de los soldados de la orden.

—Un gorg se ha soltado y ha enloquecido. Ha causado varios muertos antes de que su metrigorg lograra aplacarlo.

Eran cuatro los heridos, de diversa consideración. El que parecía más grave lucía un feo corte en el torso y otro en la pierna, tan profundo que casi parecía tenerla separada del cuerpo. Este fue el primero en recibir las atenciones de Frejger, el maestro sanador. La escena adquirió para ella un tinte rojizo y todo fueron gritos y órdenes masculladas.

Una de las ayudantes de Frejger casi tropezó con ella.

—¿Qué haces ahí pasmada? ¡Ayúdanos!

Aquella orden tan directa la activó y, antes de darse cuenta, ya estaba con las manos llenas de sangre, ayudando a sanar a aquellos hombres que tanto daño habían causado a su pueblo. Mientras presionaba una herida a la espera de recibir sutura recordó a su madre y a su padre, muertos quizás por las armas de esos mismos soldados y se sintió sucia, aunque fue incapaz de dejar de hacerlo. No podía dejar de preguntarse qué movía al maestro y sus ayudantes a darlo todo para salvarles las vidas a hombres como aquellos. ¿Por qué no dejarlos morir sin más? Serían cuatro soldados menos dispuestos a atacar Talder'an.

Estos pensamientos duraron poco en su cabeza, pues la actividad frenética a su alrededor le impedía pensar más de lo necesario. Sin percatarse de ello, se le había pasado la hora de incorporarse a su labor en intendencia. Desde que tuvo un momento de respiro y sin decirle nada a nadie, salió corriendo hacia la cocina.

Cuando entró por la puerta a toda prisa, a punto estuvo de tropezar con Pigreas. El robusto cocinero abrió la boca y frunció el ceño, como si fuera a llamarle la atención, pero sus ojos se clavaron en sus ropas y manos sucias de sangre seca y su expresión se suavizó.

—¿Qué te ha pasado?

Ulea se miró las manos.

—No es mi sangre. —Resumiendo cuanto pudo para aprovechar la atención que el hombre le dispensaba, le contó lo que había ocurrido. Pig pareció guardarse el enfado.

—Tu puesto está aquí, no en la enfermería. Ve a la lavarte.

Y sin más palabras se dio la vuelta y siguió con lo suyo.

Ulea no esperó a que se lo dijeran dos veces y fue a la sala de servicio, situada detrás de las cocinas, a lavarse lo mejor que pudo. Se tapó las manchas de sangre con un delantal limpio y se incorporó a su trabajo.

Durante toda la jornada siguió dándole vueltas a la presencia de los soldados heridos. Le parecía irónico que ni siquiera hubieran entrado en combate aún y que sus heridas se debieran al ataque de sus propias criaturas. Sentía una extraña satisfacción por ese hecho. No creía que se hubiera sentido mal si hubieran muerto entre sus manos, ni mucho menos. Aun así, experimentaba una extraña sensación por el hecho de haber salvado sus vidas.

Al terminar se dirigió a su dormitorio con la intención de lavarse la sangre que aún tenía adherida a su cuerpo. Había sentido su olor y su presencia durante todo el

día y se sentía sucia por dentro y por fuera. Aunque el agua estaba ya fría cuando llegó, estuvo un buen rato en remojo, frotando las manchas. No se le iban de la cabeza las palabras de Lopse. Ahora, además de servir a los invasores, les había salvado la vida.

Se vistió con ropa limpia y salió de nuevo al pasillo en dirección a la enfermería sin saber muy bien el motivo. Cuando llegó todo estaba en silencio. Solo tres de las camas estaban ocupadas, lo que quería decir que uno de los hombres había muerto. Una joven se paseaba entre las camas, observando el estado de sus pacientes. Al entrar, le dirigió una mirada pero no le preguntó qué hacía allí. Tal vez el verla esa mañana ayudando le hizo creer que trabajaba allí. El maestre Frejger entró en ese momento y la saludó al verla.

—Gracias por ayudarnos, niña. Sé que no era de tu incumbencia.

El maestre era un hombre sencillo y muy mayor, aunque el peso de los años aún no había encorvado su espalda. Su voz era amable y grave, por lo que parecía que siempre estaba susurrando un consejo. Era la primera vez que hablaba con él.

—Fue un impulso.

—Aun así te lo agradezco. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—No lo sé. Trato de entender.

Lindar siguió la dirección que marcaba la mirada de Ulea, clavada en las camas ocupadas.

—Son vidas, hijos de Gan, como tú y como yo, aunque ellos mismos no lo sepan.

Ulea casi pensó que el maestre bromeaba, pero no lo hacía.

—Sirven a otro dios, por lo que sé. Uno maligno y perverso.

—Cierto, pero están equivocados en sus creencias, eso es todo. No es su culpa, estrictamente hablando. Gan sabrá ponerlos en el buen camino. Ahora tengo que dejarte. Hay mucho que hacer. Reza por ellos, pues les hará mucha falta para salir de esta.

Y sin más palabras, abandonó la enfermería, dejándola sola con los enfermos y el eco de sus palabras.

Sin proponérselo, llegó hasta la cama de Guraq. Tenía un gran vendaje en la cabeza que le cubría el ojo derecho y parecía respirar con dificultad. Además, tenía un brazo entablillado hasta el codo y lo mantenía estirado sobre la cama. Cuando se situó a su lado, abrió el ojo sano para clavarlo en ella. Sintió ganas de huir, de alejarse todo lo posible que aquella mirada incompleta porque en el fondo de aquel ojo seguía estando el hombre que tanto daño le había hecho.

—¡Vaya! —Una sonrisa torcida apareció en el rostro de Guraq—. ¡Mira quién ha venido a verme! Lo siento pero, como puedes ver, hoy no puedo salir a jugar contigo.

Ulea no respondió, tratando de contener la ira que amenazaba con brotar en su interior.

«Son vidas, hijos de Gan, como tú y como yo».

Recordó las noches que ese hombre le había hecho pasar, las vejaciones, los

insultos... Levantó la mirada y vio que la joven sanadora que observaba el descanso de los pacientes entraba de nuevo, recogía unos trapos sucios y volvía a salir. Ulea la siguió y, cuando hubo traspasado el umbral, con sutileza, cerró tras ella. Se quedó sola en la sala con los heridos. Tres hombres que habían contribuido a la muerte de su familia, de sus amigos y de tantos otros; que habían derribado sus murallas y quemado sus casas. Se acercó con paso firme hasta la cama del capitán Guraq.

—¿Sigues aquí? —le preguntó con aquella sonrisa burlona que tanto odiaba. Su prominente barriga destacaba bajo las sábanas como una colina en mitad de un desierto.

Ulea miró a su alrededor. En una esquina de la sala, las armas de los soldados reposaban esperando a que sus dueños se repusieran y pudieran tomarlas de nuevo. Sin pensarlo, se dirigió hacia allí y tomó una pequeña daga. Nunca había tenido una en la mano, así que por un momento no supo bien qué hacer. Pero la determinación estaba fija en su rostro. Con un gesto rápido, la desenvainó y volvió junto a la cama.

«Son vidas, hijos de Gan, como tú y como yo».

—¿Qué te crees que vas a hacer, zorra? —la sonrisa había desaparecido de los labios de Guraq—. Ni siquiera sabes cómo usarla. ¡Suéltala!

Ulea era un mar de dudas. Sentía el peso del filo entre sus dedos. Su corazón, a punto de estallar dentro de su pecho.

—¿No me has oído? ¡Te he dicho que la sueltes!

Ulea seguía sin responder. La mirada fija en la pequeña hoja. No tendría más de quince centímetros.

—Cuando salga de aquí te voy a matar, zorra. —A pesar del tono de las palabras, la mirada de Guraq estaba preñada de miedo—. Si no sueltas eso ahora mismo, lo que te he hecho hasta ahora serán caricias comparado con lo que te haré. ¡Tu vida será un infierno!

Con un movimiento brusco, el soldado lanzó su mano buena hacia Ulea con intención de quitarle el arma, pero ella fue más rápida y la alejó de su alcance justo a tiempo. Sin pensarlo dos veces y sin saber muy bien lo que hacía, clavó la daga en su pecho. Puso en ese golpe toda la rabia contenida, toda su frustración y su miedo. Con ese golpe escaparon de su cuerpo todo el dolor y la angustia, todas las lágrimas que ese hombre le había hecho soltar.

Solo la empuñadura sobresalía del cuerpo de Guraq, pero aún tuvo fuerzas para lanzar otro golpe hacia ella, por lo que necesitó apartarse otra vez. El golpe se convirtió en un manoteo inútil al tiempo que un buche de sangre brotaba de sus labios. Sus palabras se convirtieron en gorjeos mientras la vida iba abandonando su cuerpo. Ulea sentía el aire pugnando por entrar en su pecho.

Con un fuerte tirón retiró la daga del pecho de Guraq, exánime ya, y se dirigió hacia el siguiente soldado convaleciente. Parecía estar inconsciente.

«Son vidas, hijos de Gan, como tú y como yo».

Ulea clavó la daga de nuevo y segó también la vida de aquel hombre. No emitió

ningún sonido cuando murió. Simplemente, su pecho dejó de moverse. Ella, en cambio, cada vez respiraba con más fuerza. Su corazón latía alocado y casi jadeaba por el esfuerzo y la exaltación.

El tercer soldado despertó en ese momento y, al percatarse de lo que estaba ocurriendo, comenzó a dar gritos y a hacer aspavientos. Un instante después entró en la sala la ayudante del maestro. Encontró a Ulea dirigiéndose hacia la tercera cama con la daga y las manos manchadas de sangre. La joven sanadora se interpuso.

—¿Qué haces?

—¡Apártate!

—¿Estás loca? ¡No puedo permitirlo! —Miró por encima del hombro de Ulea y vio los dos cadáveres—. ¿Qué has hecho?

—Mucho menos de lo que ellos han hecho. Sabes que no merecen que les salvemos.

El soldado que seguía con vida gritaba sin parar.

—¡No dejes que se acerque a mí! ¡Me va a matar!

—¡Apártate! —insistió Ulea—. Estos hombres son nuestra perdición, la de nuestro pueblo, nuestra ciudad y nuestras familias. ¿A cuántos has perdido tú en la invasión? ¿Padres, hermanos, amigos, marido... hijos?

La firmeza de la sanadora pareció flaquear.

—Tú también quieres hacerlo, pero no te has atrevido. Te odias a ti misma por tener que salvar sus vidas. Si lo haces es por ti, no por ellos. No te haré responsable. Solo quiero que te apartes.

Una lágrima comenzó a rodar por la mejilla de la joven al tiempo que su cuerpo se relajaba. Ulea se acercó a ella y la apartó con suavidad. No se resistió. Sin más palabras, llegó a la cama del soldado que quedaba. Cuando alzó la daga, el hombre se giró y se cayó de la cama en un vano intento de huir. Tenía una pierna rota. Ulea cayó sobre él y clavó el arma en la espalda. Una vez y otra. Y otra.

Cuando dejó de moverse se apartó de él, pero no soltó la daga. Alzó la mirada y observó lo que había hecho. Había matado a tres personas a sangre fría. Sentía la sangre recorrer su cuerpo con una vida nueva y una determinación clavada en su sien que desconocía hasta ese momento. La sanadora se había dejado caer con la espalda apoyada contra la pared y lloraba a lágrima viva.

—Levántate. ¿Cómo te llamas?

—Tirgha —logró decir entre hipidos.

—Tirgha, necesito que me ayudes. Sabes que esto es correcto, ¿verdad?

La muchacha asintió con la cabeza, pero no parecía muy convencida.

—Tenemos que movernos deprisa o no saldremos de aquí con vida. Necesito que me ayudes. ¿Lo harás?

Un nuevo asentimiento, más tenue aún que el anterior.

—Busca a un muchacho llamado Lopse que vaga por el mercado. Lo reconocerás porque lleva un gran bastón hecho de madera.

—¿Qué debo decirle?

Ulea pareció dudar un instante.

—Dile que nunca más seremos perros.



«Nadie sabe muy bien cómo empezó el movimiento durante la Noche de Coraje, quién derramó la primera sangre. Pero aquellos valientes primeros pudieron haber cambiado el curso de la historia».

Vida y obra de los héroes ignotos, capítulo sexto. Varios autores.

Ulea se quedó sola en la enfermería. Cientos de pensamientos, posibilidades y conclusiones brotaban y desaparecían de su cerebro hirviente. Era muy consciente de lo que había hecho, pero no se atrevía a ponerle nombre. Si la descubrían, la muerte sería poco castigo para ella. No había forma de arreglarlo.

La noche había caído sobre Angôr pero ella sentía que despertaba un nuevo mundo, una nueva vida para ella. Salió de la enfermería aún con la daga en la mano y regresó a los dormitorios. A medida que subía los tres tramos de escaleras y transitaba los diversos pasillos, varias compañeras del servicio se cruzaron con ella solo para apartarse sobresaltadas al ver el aspecto que mostraba. Aquellas miradas se quedaron clavadas en ella, pero no se detuvo a dar explicaciones. Sabía que, si lo hacía, perdería el impulso. Si alguien trataba de detenerla estaba dispuesta a derramar más sangre, pero eso no ocurrió. La dotación de la guardia se había reducido tanto tras la partida del ejército que casi parecía ridículo.

Cuando llegó al dormitorio abrió la puerta doble de un empujón dejando las marcas de sus manos ensangrentadas en la madera antigua. La sorpresa hizo que reinara el silencio en la sala y que todas sus compañeras se detuvieran a observarla.

Fraen, como casi siempre, fue la primera en recuperarse y dirigirse hacia ella.

—Niña, ¿qué ha ocurrido? ¿Estás bien?

Se acercó a ella hasta que detectó el arma en manos de Ulea. Se detuvo en seco.

—¿Qué has hecho?

—He hecho lo que hay que hacer. Y no, no estoy bien. —Cerró la puerta tras de sí y levantó las manos para que todas pudieran verlas—. Acabo de matar a tres soldados de la orden.

Un murmullo se alzó entre las mujeres que no salían de su asombro.

—Mis padres murieron durante la invasión, muchos de mis amigos, muchos de los vuestros... ¿Y qué hacemos a cambio? ¡Lavarles la ropa y hacerles de comer! ¡A ellos! A los mismos que han quemado nuestras casas. Queremos creer que todo está bien, que podemos vivir así, pero los espíritus de los muertos claman y se retuercen llorando por nuestra desidia. Con estas muertes he vengado una pequeña parte, muy pequeña, de nuestro sufrimiento.

El silencio se hizo entre las presentes. Ulea paseó la mirada por sus rostros expectantes, sabiendo que en cualquier momento podían lanzarse contra ella, reducirla y denunciarla. Sin embargo, nadie se movió.

—Y no voy a detenerme aquí.

—No seas estúpida —dijo Fraen—, ¿crees que podrás llegar a algún lado con ese juguete? La guardia te detendrá desde que descubran lo que has hecho.

—Tienes razón. No puedo hacerlo sola.

Un murmullo se alzó cuando todas las mujeres entendieron el mensaje implícito en sus palabras.

—¡No puedes pedirnos eso! —gritó una al fondo.

—¡No os estoy pidiendo nada! No quiero que me hagáis ningún favor. Quiero que despertéis igual que yo lo he hecho. Prefiero morir a seguir viviendo así, atendiendo y sirviendo a nuestros asesinos.

De pronto, una algarabía se escuchó en la calle. Ulea se acercó a la ventana y vio un destello a su derecha, seguido de otro. Fuego en el barrio del mercado.

«¡Lopse!».

—¿Qué ocurre? —preguntó Fraen.

—Ha empezado —fue la escueta respuesta de Ulea. El fuego, cada vez de mayor intensidad, se reflejaba en sus iris de color miel—. Ya no hay marcha atrás.

Ulea se lavó las manos, pegajosas de sangre, en una jofaina. Sabía que aquellas manchas se habían convertido para ella en un símbolo, pero no podía ir por la fortaleza con ese aspecto o se delataría demasiado pronto.

Fraen estaba junto a ella, caminando de un lado para otro. Las mujeres se agolpaban en la puerta de los baños.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—No, pero sé que esta no es la vida que quiero. Ulea terminó y se secó las manos con gestos rápidos. Estaba ansiosa por salir del dormitorio. Sabía que si se quedaba más tiempo allí, si seguía escuchando las reticencias de sus compañeras, perdería el ímpetu y abandonaría. Se dirigió con paso firme hacia la puerta ante la atenta e incrédula mirada de las demás.

—¿A dónde vas? —Fraen la seguía de cerca.

—A buscar algo con lo que defenderme.

—Voy contigo.

Ulea se detuvo y se giró, mirando a los ojos de la rubia. Después miró a las demás, pero fue Fraen la que habló.

—¿Quién viene con nosotras?

Silencio y miradas al suelo por respuesta. El aire pareció volverse más denso a su alrededor, cargado con la responsabilidad que acababan de depositar sobre sus hombros.

—No me esperaba esto de vosotras.

Ulea no esperó por ellas y salió de la sala de dormitorios abriendo la gran puerta de madera. Solo Fraen la siguió. Cuando cerró, sintió que algo se rompía en su interior. De alguna forma, había esperado que sus compañeras la apoyaran, pero no podía pedirles que hicieran algo como aquello, que se jugaran la vida por una incertidumbre. Fraen la sacó de sus cavilaciones.

—Vamos.

La Fortaleza D’Gor estaba en silencio. No debían haber descubierto aún los cadáveres en la enfermería. La noche había caído sobre ellas y las sombras empezaban a ocupar los rincones del enorme edificio a medida que las antorchas se iban consumiendo. Cada vez que pasaban junto a una ventana, un intenso olor a quemado ascendía hasta ellas. Acudieron a su memoria los días vividos durante la invasión. Era el mismo olor, la misma sensación de desamparo e inquietud.

A medida que avanzaban, cada piedra de las paredes, cada tapiz, cada mueble que se encontraban en su camino, resultaron nuevos para ella, pero sabía muy bien que los conocía a la perfección después de trabajar en su cuidado y limpieza. Lo que estaba cambiando era su manera de mirarlos.

Ulea se dirigió a las cocinas. En el momento en que traspuso el umbral, se topó de frente con Pigreas, que le bloqueaba el paso con su enorme cuerpo rechoncho. A su izquierda, atemorizada como un cachorrillo al que se le acaba de llamar la atención, estaba Tirgha.

—Vaya, a ti te quería ver...

—Pig...

—Esta jovencita quería pasar corriendo por aquí y pretendía no tener que explicarme a qué venía tanta prisa. Tu nombre ha surgido mucho durante la conversación.

Ulea no era capaz de interpretar el rostro de Pig. Mostraba una sonrisa torcida que bien podía significar tanto sincera diversión como la más fina ironía. Ulea se sorprendió a sí misma con sus siguientes palabras.

—No te interpongas.

Pig abrió mucho los ojos.

—¿Qué has dicho? —Extendió los brazos mirando a su alrededor, a aquella gran

cocina donde se movía como pez en el agua. El resto del personal observaba la conversación como si de un torneo de caballería se tratara—. Esta es mi casa. Aquí no ocurre nada sin que yo me entere. ¿No has aprendido nada aún? O me cuentas qué te traes entre manos o de aquí no pasas.

Ulea miró a Fraen, que se encogió de hombros como toda respuesta.

—Vamos a recuperar la fortaleza. Nos hemos cansado de servir a unos indeseables. Esto se acaba hoy. Pig guardó silencio unos instantes mientras observaba a Ulea con una profundidad que la joven nunca había sentido, como si estuviera escarbando en el fondo de su alma para extraer la verdad allí oculta. De pronto, para su sorpresa, se echó a reír.

—¡Vaya! Veo que tienes redaños. ¡Alguien tenía que hacerlo!

Ulea no creía lo que estaba oyendo cuando Pig le dio una palmada en el hombro como si de un viejo amigo se tratara. Apartó su cuerpo sin dejar de reírse y les franqueó el paso a las cocinas cerrando la puerta tras ellas. Los demás seguían con la mirada fija en las dos. Kiloneed dio un paso al frente y tras cruzar una rápida mirada con Pigreas, se dirigió a ellas.

—Si vas a hacer algo así, más te vale hacerlo bien. Sígueme.

El joven se dirigió a una puerta lateral, casi oculta tras una gran alacena, y la abrió con una pequeña llave que extrajo de un bolsillo. Ulea tuvo que obligarse a cerrar la boca cuando vio, en la pequeña habitación que había quedado a la vista, todo un arsenal de espadas, dagas, yelmos, escudos, lanzas cortas... De todos los tamaños, facturas y estilos. Sin terminar de creerlo miró a Kiloneed buscando una explicación a la existencia de algo así.

—Sabíamos que este momento llegaría. Digamos que hemos estado preparándonos. —Miró la pequeña daga aún ensangrentada que ella llevaba en la mano—. Algo que tú no has hecho.

Pig volvió a hablar tras ella.

—Gente, este es el momento que hemos estado esperando. ¡Armaos!

Los que hasta ese instante habían sido sus compañeros de servicio en las cocinas se pusieron en movimiento como un solo ser y fueron entrando uno por uno para salir instantes después perfectamente pertrechados.

Ulea los observaba moverse sin terminar de creer lo que sus ojos le mostraban. Cada uno de los dieciséis chicos y chicas que formaban el grupo de trabajo de intendencia entró en la sala y tomó una o varias armas en silencio, como si estuvieran preparados para ello desde tiempo atrás, con una solvencia que le llevó a pensar que no era la primera vez que lo hacían. Por fin les llegó el turno a ellas, que se miraron con dudas, temerosas del paso que iban a dar. Había acudido a la cocina con la intención de hacerse con un cuchillo grande o algo similar, no para armarse para la guerra. No se esperaba algo así.

Fue Fraen la que salió antes del estupor y entró en la sala. Ulea no tuvo más remedio que seguirla. Quedaba poco ya tras el paso de los chicos de Pig, pero aun así

pudo hacerse con una espada corta y un pequeño escudo de madera de forma circular. Además, encontró un peto de cuero que no le iba demasiado grande. Puesto sobre la ropa de trabajo le daba un aspecto ridículo, pero nadie esbozó tan siquiera una sonrisa. Por su parte, Fraen, más alta y corpulenta que ella, se hizo con una espada larga, aunque de hoja fina y ligera, y un escudo rectangular. También ella se puso un peto de cuero que se le ajustó mucho mejor al talle. Parecía hecha para aquello.

—¿Sabes manejarla? —le preguntó Ulea al ver la soltura con la que tomaba la espada.

—¿Estás de broma? Me crie con cinco hermanos.

Y, como si aquello fuera explicación suficiente, salió de la habitación con una sonrisa para unirse a los preparativos que se terminaban de realizar en las cocinas.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Pig cuando Ulea se hubo incorporado a los demás.

Se sentía estúpida con aquellas armas en la mano, a pesar de haber matado ya a tres personas. Lo cierto era que no tenía ningún plan. El impulso asesino iba dejando paso a una sensación extraña y desconocida. Comenzaba a sentirse como lo que era: una muchacha sin ningún tipo de experiencia en aquellas lides. Aun así, ella había empezado todo aquello y ahora no podía echarse atrás. Todos la observaban esperando una respuesta. Cogió aire y trató de sacar fuerzas de flaqueza. Hizo un esfuerzo por recuperar la sensación que había experimentado al hundir la daga en el pecho de Guraq, esa liberación, esa corriente de energía que había inundado sus venas.

—Lo primero es tomar la fortaleza. Debemos ir directamente a por el dormitorio del capitán de la guardia. Tenemos que saber quién se ha quedado al mando. Si tomamos D’Gor, la ciudad será nuestra. La dotación de la Guardia Negra es escasa en estos días. Si no lo hacemos ahora, no será nunca.

—Bien dicho.

Y de esta manera comenzó la Noche de Coraje. La noche en la que sucedieron cosas inauditas en la ciudad de Angôr’an.



«Es en la hora más oscura de la noche donde moran los monstruos».
Fragmento de la canción popular Días de luz y sombra. Anónima.

Árgoht debería haber llegado a Mügero en un día y medio, a primera hora de la tarde, pero al atardecer aún se encontraba lejos de las montañas Ilean-oth en ese momento. La pradera se iba haciendo más agreste a medida que avanzaba, con pequeños grupos de árboles y colinas que entorpecían su avance. Aprovechó esa circunstancia para cazar algunas piezas y en un pequeño arroyo se detuvo a rellenar la cantimplora que siempre le acompañaba. En la deliciosa soledad del camino dedicó mucho tiempo a pensar, mientras avanzaba hacia el suroeste, en las imágenes que el gehvaal le había mostrado, sobre todo en las palabras del hechizo. Instintivamente iba ubicándolas, tratando de formar con frases con ellas, de otorgarles un orden, pero no conseguía darles el sentido correcto. Sin embargo, poco a poco fue sintiendo el poder que albergaban y, cada vez que pronunciaba alguna de ellas en voz alta, un escalofrío recorría su espalda, poniéndole de punta el vello de los brazos. Disfrutaba con el enigma que significaba darle forma al sortilegio. Siempre lo había hecho y descubría ahora, mientras las montañas iban creciendo en el horizonte, que lo había echado de menos. Ni siquiera le importó cuando comenzó a llover sobre su cabeza y sus ropas se empaparon, enfrascado como estaba en el misterio.

Cuando percibió que una nueva noche se le echaba encima y que aún no parecía haber indicios de que se encontrara cerca de la Torre Sombría hizo un alto y, ocultándose lo más posible bajo unos grandes árboles de troncos inmensos que parecían sostener el mismo cielo gris, dejó pasar el tiempo y la tormenta. Las prisas se habían esfumado para él, como si la misión que le había hecho ponerse en marcha

hubiera dejado de tener importancia. A su alrededor encontró restos de grandes estatuas de piedra que le ayudaron a ponerse a resguardo. Árgoht no conocía de Angôr más que lo que había leído en los últimos días en la biblioteca de Lotrain, pero sabía que en aquella zona habían proliferado pequeñas poblaciones, muchas de ellas de nómadas, durante los primeros años del reino. Poco a poco la población se fue desplazando más al Norte a medida que las ciudades más importantes fueron creciendo allí.

Hacia el Este podía ver los picos chatos y pulidos por el viento, como los dientes gastados de un anciano, de una cordillera cuyo nombre no fue capaz de recordar. Sabía que más allá, al otro lado, se encontraba la ciudad de Lashte y al otro, hacia el oeste, estaba Talder'an. No esperaba encontrarse con ningún tipo de patrulla, pero extremó las precauciones de todas formas. Si, como Preas temía, se estaba preparando el ataque a la segunda ciudad del reino, nadie le molestaría en aquella foresta insignificante.

No había encontrado rastro del soldado manco, pero esperaba estar en lo cierto al suponer que acudiría directamente a la torre. Era cierto que podría haberse desviado hacia cualquier guarnición que le diera cobijo, pero algo le decía que no era así. La carga que llevaba era demasiado importante y no se arriesgaría a depositarla en manos inadecuadas. Iría a Mügero, estaba seguro. Y en cualquier caso, si no era así, Árgoht tenía una morbosa curiosidad por saber qué se estaba cocinando allí, así que iría de todas maneras.

No entró en gehvaal por temor a que nuevas imágenes a las que buscar sentido invadieran su trance. Estaba descansado y si se había detenido era más por comer algo y liberar un rato a su montura que por su propia necesidad de reposo. Estaba alerta y espabilado como hacía mucho tiempo que no lo estaba. No podía dejar de preguntarse si estaría de camino hacia una nueva Clave. Solo se sentía como en ese momento cuando estaba en el camino correcto de su Destino, cuando sus pasos andaban el sendero de las Claves que le acercaban cada vez más a su razón última, al acontecimiento esquivo que daría sentido a su existencia.

En esos momentos se sentía en paz consigo mismo.

El amanecer llegó húmedo y fresco. El refugio le había protegido de lo más fuerte de la tormenta, pero no había podido evitar mojarse y la humedad le había calado la ropa. Cuando el sol asomó entre las nubes se sintió un poco mejor y se puso de nuevo en marcha.

La pequeña cordillera Ilean-oth se alzaba ante él, aún a cierta distancia, cuando salió de la arboleda de grandes troncos. La mañana había amanecido luminosa y despejada y los rayos del sol se reflejaban en los picos rocosos. Desde la cima de una colina chata oteó la base de las montañas tratando de encontrar un resquicio en el que pudiera estar oculta la Torre de Mügero y creyó encontrar una zona, una ligera depresión, que parecía apropiada para ello. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando encontró un sendero, un tiempo después, que transcurría paralelo a la

montaña y que parecía usado recientemente con asiduidad. Puso al animal al galope siguiendo el camino aún a sabiendas de que podían interceptarlo, de que si tenían vigías en la zona, la Orden Kariteas sabría pronto de su presencia allí. Ya se había entretenido demasiado y cada minuto que pasaba podían estar más cerca de desatar el poder del talhom.

Al doblar un recodo del camino, tras una gran afloración rocosa, apareció por fin ante su vista. Mügero había sido prácticamente excavada en la roca viva aprovechando una depresión natural que miraba al Norte. Compuesta por varios niveles de piedra negra, su aspecto era poco sugerente para la vista, plagado de crestas, puntas y murallas almenadas como si hubiera sido construida sin ningún tipo de planificación. Además, era mucho más grande de lo que había sospechado. Era casi una pequeña ciudad, amurallada en todo su perímetro. Sobre esta muralla asomaban los techos de algunos pequeños edificios y, por encima de todos ellos, la Torre de Mügero, oscura tanto por la piedra negra con la que había sido levantada como por quedar a la sombra la mayor parte del día.

Árgoht dedicó un buen rato a observar la zona desde una distancia prudencial bien pegado a la pared rocosa que se extendía hacia el cielo a su izquierda. En aquella zona parecía cortada a pico, si bien el resto de la cordillera ascendía poco a poco en altitud y dimensión.

La muralla de Mügero era un obstáculo con el que no contaba. Tenía una gran puerta con rastrillo en su cara oeste vigilada por tres soldados en el suelo y dos más entre las almenas. Suponía que habría al menos otra igual por el otro lado, pero no le apetecía tener que recorrerla entera solo para comprobar si estaba menos vigilada, cosa harto improbable.

Retrocedió un poco hasta quedar fuera de la vista de los guardias y soltó al caballo apartado del camino. Confiaba en que encontrara por sí mismo el camino a su hogar, fuera cual fuese. Después regresó al camino. En el momento en que lo hacía, escuchó un rumor de pasos que se acercaban. Por el camino llegaba una patrulla de soldados a trote ligero, con las armas en la mano y las botas manchadas de barro. Varios miembros del grupo se habían rezagado, agotados, apenas capaces de sostener sus armas en alto.

Si se quedaba dónde estaba, a medio camino entre los arbustos y la pared rocosa, era cuestión de instantes que lo encontraran y era demasiado pronto para enfrentarse a ellos y que dieran la alarma en la ciudadela. Se encogió en una grieta cuanto pudo, lo más lejos de la vista del grupo de que fue capaz pidiéndole a la Madre que nadie mirara en aquella dirección.

Instantes después llegaron hasta su posición. Pudo sentir el ligero temblor en el suelo debido al peso de sus pasos. Dejó de respirar durante los segundos que tardaron en cruzar ante él... y siguieron de largo. No recibió una segunda mirada a pesar de que pasaron muy cerca. Los rezagados, sudorosos y jadeantes, lo hicieron más despacio y uno por uno. Árgoht vio en esto una posibilidad, pero estuvo a punto de

reírse de sí mismo, aun a riesgo de que lo detectaran, cuando se lo pensó por segunda vez. Por un momento había pensado en desarmar a alguno, vestir con sus ropas y entrar junto a los demás, haciéndose pasar por uno de ellos. Una estupidez sin posibilidad de éxito. ¿Cuántos soldados podían formar la guarnición de la torre? Aunque fueran una centena tenían que conocerse unos a otros. Sería imposible infiltrarse de aquella manera.

Así pues, dejó pasar al último de los rezagados y volvió a respirar en su precario escondite. Tendría que buscar otra forma de entrar.

Desde su posición, protegido por la sombra de la montaña, pudo ver cómo el grupo de soldados llegaba hasta la muralla y un gran rastrillo, como si de la boca de un dragón legendario se tratase, como Hargür el Grande, se abría para dejarles paso, cerrándose tras el último hombre. Árgoht observó la escena desde la distancia y pudo contar seis soldados en las almenas sobre la muralla y cuatro más a nivel del suelo, controlando el acceso. Ahora estaba seguro de que había hecho bien en esperar.

Se entretuvo aún un rato más en observar las idas y venidas de los guardias por la muralla y no encontró un punto débil en la vigilancia, al menos en la zona visible para él. El muro formaba un semicírculo, por lo que gran parte de él, la que quedaba más hacia el Este, estaba fuera de su alcance. Supuso, en cualquier caso, que la dinámica de guardia sería similar. En todo momento había cuatro guardias patrullando cada sector en completo silencio.

Mügero estaba en pie de guerra. A simple vista este hecho podía pasar desapercibido, pero un ojo avizor detectaría los pequeños gestos que delataban la condición de alerta en la fortaleza. Los rastrillos siempre bajos, el número de soldados en las murallas, el doble de los que harían falta en cada sector y esa sensación de tensión permanente en todos ellos que daba a entender que no había lugar para la relajación.

No encontraría la forma de entrar mientras la guardia mantuviera ese grado de atención. De alguna forma, tenía que distraerlos. Mientras pensaba en ello, su mirada abandonó la mole de piedra negra que formaba la Torre Sombría para perderse por la pared de la montaña. Una ligera brisa revolvió sus cabellos bajando desde las cimas nubladas.

En ese momento se le ocurrió una idea. Era arriesgada y temeraria, pero podría funcionar.

Solo esperaba no derrumbar toda la montaña en el proceso.



«Una gran ola puede comenzar con la caída de una pequeña
lágrima en el mar».
Dicho popular angorano.

La piedra negra de la Torre de Mügero, sumada a la casi permanente sombra que la montaña vertía sobre ella, le daba un aspecto lúgubre y oscuro, muy acorde a las actividades que, si lo que le habían contado hasta ese momento era cierto, se desarrollaban en su interior.

Árgoht se acercó todo lo que se atrevió, siempre buscando cobijo entre las grietas de la pared rocosa. Cuando hubo llegado al punto en que consideró imposible situarse más cerca sin que alguien lo viera desde lo alto de la muralla, se detuvo a observar. Pudo ver a los cuatro guardias que vigilaban el rastrillo más los seis en las almenas sobre él, que no se habían movido del lugar. Cuatro más llegaban hasta su posición patrullando la muralla, daban la vuelta y llegaban casi hasta la misma pared de la montaña antes de volver a dar la vuelta. Como había sospechado, era imposible entrar de forma directa.

Sin pensárselo dos veces, apoyó su palma izquierda sobre la superficie fría y húmeda de la montaña. Cerró los ojos y musitó unas palabras. Unos segundos después, llegó hasta sus oídos un murmullo sordo, como si la misma piedra protestara sin mucha convicción. Había empezado. Solo esperaba haber calculado bien.

El meledino retrocedió sobre sus pasos. La guardia seguía concentrada. Aún no habían escuchado el rumor. Aún le separaban más de doscientos metros de la muralla y tenía que dar un rodeo para acceder a ella desde el otro lado. Si su plan funcionaba, la zona que ahora tenía a la vista pronto estaría muy agitada.

El rumor subió de volumen hasta convertirse en un murmullo grave, como si una

bestia estuviera despertando de un profundo sueño. Árgoht pudo ver que algunos guardias empezaban a sentirlo y se miraban unos a otros preguntándose si habían sentido lo mismo. Se preparó para correr. Unos segundos más tarde, el murmullo se convirtió en un sonido real y un ligero temblor empezó a sentirse bajo sus pies. Los soldados se movieron, inquietos, cuando sintieron algunos cascotes caer desde la pared de la montaña. Ninguno miraba ya en su dirección, así que Árgoht no esperó más y se lanzó a la carrera, primero hacia el Norte, para alejarse un poco más del muro y luego hacia el Este para rodearlo. Se detuvo tras el primer arbusto que pudo y miró hacia la ciudadela. Grandes trozos de piedra se desprendían de la montaña y caían en el interior de la fortaleza. Había conseguido contener el temblor en la zona oeste. Si se pasaba y provocaba un terremoto, se arriesgaba a destruir toda la estructura. Por un momento se preguntó si no habría sido lo mejor, si acabar de aquella manera con la raíz del mal no sería lo más sensato. Entonces recordó que no tenía ningún derecho a decidir sobre la vida o la muerte de todas las personas que vivían en la torre, que su misión allí era encontrar al talhom, nada más.

La guardia empezaba a concentrarse en la zona oeste de la muralla, como había esperado, mientras más y más piedras caían sobre ella. El sonido era ya ensordecedor y la algarabía que se estaba formando le daría la oportunidad que necesitaba. Solo le faltaban cien metros. Tendría que ser rápido. Salió de su nuevo escondite y corrió, esta vez directo hacia la muralla. Cuando apenas le faltaban unos metros, dijo unas palabras y saltó apoyándose con fuerza sobre su pierna derecha. El sencillo sortilegio le impulsó lo suficiente para superar el muro. Bajo él, a escasos quince metros a su izquierda, un grupo de soldados negros corría hacia el derrumbe.

El impulso hizo al hechicero sobrepasar la altura de la muralla, pero no previó lo que se podía encontrar al otro lado. Incapaz de controlar su caída, aterrizó sobre un edificio chato cuyo techo de paja cedió bajo su peso, y lo atravesó como si de una piedra más del derrumbe se tratara. Cayó al suelo con un fuerte impacto, algo amortiguado gracias al montón de paja que le esperaba. Había invadido un almacén.

Un dolor sordo le recorrió la pierna izquierda recordándole la vieja herida y a punto estuvo de gritar. Escuchó unas voces alteradas procedentes del exterior y muy cerca del edificio.

—Te digo que he visto algo —dijo una voz joven.

—La montaña se derrumba, no entres. Sería una piedra —respondió otra voz, asustada.

—Era una piedra muy rara...

—Debemos acudir al punto de reunión. Es peligroso...

Para cuando la puerta se abrió, Árgoht había conseguido ponerse en pie y ocultarse entre las sombras de un rincón. Sin saber muy bien cómo, una pequeña daga había aparecido en su mano derecha. No recordaba haberla sacado de su funda.

Los dos hombres, convertidos en meras siluetas negras debido a la claridad procedente de la puerta que dejaban atrás, entraron con pies de plomo, sin duda

temiendo que una piedra les aplastara en aquel mismo momento.

—No veo ninguna piedra...

—Pues yo vi caer algo, estoy seguro.

Árgoht apretó la empuñadura de la daga a medida que los pasos de los dos hombres les acercaban a su posición. Si le descubrían la situación podía ponerse muy fea. Se vio a sí mismo clavando la daga en el cuello a esos incautos y disfrutando al ver cómo morían a sus pies. Sintió como Êralin se agitaba en su vaina y supo que era ella la que hablaba, por lo que ignoró esos pensamientos y se limitó a esperar, pegándose todo lo posible a la pared.

—Ha sido un fragmento del derrumbe —insistió el segundo hombre—, y puede caer algo más. Yo me largo.

Y sin darle más vueltas al asunto ni llegar hasta el rincón en cuyas sombras esperaba Árgoht como un depredador a su presa, dirigió sus pasos hacia la puerta, perdiéndose de nuevo en la claridad exterior. El otro aún permaneció un instante más y Árgoht estuvo a punto de saltar cuando su mirada llegó a su posición, pero pasó de largo en su escrutinio y, por fin, también él se dio por vencido.

El meledino no era consciente de que había dejado de respirar hasta que los dos hombres se hubieron marchado y soltó el aire que había retenido. Sentía la pierna dolorida, pero sabía que parte de esa sensación estaba solo en su cabeza. Desde que había estado a punto de morir por culpa de una flecha envenenada clavada en su pierna, la sensación de que estaba herido regresaba en ocasiones para recordarle que seguía vivo. En esos momentos, casi podía experimentar de nuevo la agonía que había vivido entonces. Disfrutaba de esas ocasiones porque siempre llevaban aparejadas la imagen de Kleria a su lado, cuidándolo y esforzándose por mantenerlo con vida. Por más que había preguntado en sus múltiples viajes después de la aventura que había unido su destino al de la guerrera, no había conseguido información sobre lo que estaba ocurriendo en Krahedia. Es más, nadie sabía qué lugar era ese. Por ello, no pudo saber si había regresado sana y salva. Cientos de veces se había planteado acudir por sí mismo a buscar ese fantástico país del que tantas maravillas le había contado la zághera, pero siempre había tenido un motivo para postergar el viaje. Árgoht salió de entre las sombras tratando de no hacer ningún ruido mientras la daga regresaba a su sitio. Por un momento se arrepintió de no haber matado a los dos hombres y temió que entrara media docena de soldados por la puerta, pero eso no ocurrió. Si las cosas estaban sucediendo como esperaba, estarían muy ocupados en el otro extremo de la ciudadela. Incluso desde allí podía escuchar el rumor que aún sacudía la montaña.

Se acercó a la puerta y abrió una rendija por la que mirar. Estaba en algún patio trasero, oculto al pie de un contrafuerte de la muralla. Ante él se extendía una amplia superficie de losas negras entre cuyos resquicios la hierba crecía desaliñada. Varios bancos de piedra gastada eran el único ornamento a la vista. En el otro extremo se alzaban varios edificios bajos y achaparrados que jalonaban dos callejuelas cuyo final

se perdía entre las sombras. Más allá, la Torre Sombría se alzaba, acompañada por varias torres más bajas. Aquello, era en efecto, más una pequeña ciudadela que una simple torre. ¿Preas no lo sabía, o es que nunca había estado realmente allí?

La actividad en el patio era muy variada. Unos jóvenes vestidos con túnicas negras y libros en las manos llegaron y se sentaron en uno de los bancos mientras mantenían una charla animada sin dejar de mirar a la montaña. Más personas llegaban y pasaban de largo, algunos soldados entre ellas, hacia el otro lado del muro, donde Árgoht esperaba que aun estuviera activo su hechizo. No podía arriesgarse a ser visto antes de tiempo, pero tampoco quería abusar de su magia y quedarse sin fuerzas demasiado pronto. Aún no sabía con qué se iba a encontrar o a qué tendría que enfrentarse, y trataría de hacer las cosas sin recurrir a su poder.

Cuando estuvo seguro de que nadie miraba en su dirección dio un paso fuera del almacén. Se cubrió cuanto pudo con la capa negra y se mantuvo con la espalda pegada a la pared. Debía moverse con rapidez y sigilo. Tenía que buscar la manera de atravesar el patio, pero sería imposible sin ser visto. Observó a su alrededor buscando otra alternativa. Con lo que le había costado entrar, no podía detenerse ahora, atascarse en el primer obstáculo.

A su derecha, en una zona del patio más cercana a la muralla y ya cerca de la pared rocosa de la montaña, vio un pequeño edificio de madera, algún tipo de almacén similar a ese en el que se encontraba. Pegados unos a otros, varios edificios más, de diferentes alturas, se iban alejando del patio por una de las callejuelas sombrías. Apoyada sobre la fachada, una tosca escalera de madera le dio la salida que necesitaba.

Con todo el sigilo de que fue capaz llegó hasta allí. Para alcanzar la escalera tendría que exponerse y recorrer varios metros. Se quitó el cinto y se ciñó con él la capa de forma que desde atrás pudiera parecer una túnica como la de los estudiantes del patio. Esperaba que eso, sumado a su pelo negro suelto, supusiera disfraz suficiente en el caso de que una mirada despistada recalara en su figura. Una vez ataviado de esta forma salió de la cobertura de la sombra con toda la seguridad de que disponía, como si su presencia allí fuera natural y no fuera un intruso. No miró hacia atrás para no levantar ningún tipo de sospecha y llegó al pie de la escalera que le conduciría al tejado de paja del chato edificio. Unos metros a su izquierda se abría una puerta al interior y pudo escuchar voces que procedían de allí, así que se dio prisa y ascendió con paso firme haciendo crujir los travesaños de madera. En cualquier momento podían retirarla, pero esperaba no tener que usarla para regresar, así que no le dio mayor importancia. El techo estaba formado por un entramado de madera cubierto de paja, así que tuvo mucho cuidado con el lugar donde ponía los pies, pues un paso en falso podía hacerle dar otra vez con sus huesos en el suelo. Al otro lado del tejado un nuevo edificio, una planta más alto, ascendía pared con pared. Llegó hasta él esperando que en cualquier momento alguien diera una voz señalándole con el dedo, pero eso no ocurrió. Cuando llegó a la pared de madera del nuevo edificio se

pegó a ella todo lo que pudo y echó un vistazo al patio. La actividad allí seguía igual, con los jóvenes acólitos enfrascados en su charla y otros transeúntes de un lado para otro a la carrera. Nadie le había visto.

Unos metros a su derecha se abría una ventana. Comprobó que no había nadie dentro y se coló de un salto. Sus pies apenas hicieron ruido al depositarse en el interior de una pequeña alcoba, con apenas un catre y una mesita sobre la que reposaba una vela apagada. Se acercó a la puerta cerrada y pegó la oreja a ella. Ningún sonido le llegó del otro lado, así que abrió con cuidado una rendija, suficiente para comprobar que no había nadie en el pasillo que se abría ante él. Al otro lado vio otra puerta de similares características y la abrió sin miramientos. Era otra alcoba y, como sospechaba, una nueva ventana se abría a otra techumbre, esta vez de madera recia.

De esta manera, pasando de un tejado a otro, fue recorriendo la distancia que le separaba del edificio principal: la Torre Sombría de Mügero. Por fin, se halló a pocos metros de una pequeña muralla que rodeaba la torre. Se alzaba a más de dos metros de altura respecto del último tejado, el que pisaba en aquel momento. Como en cualquier otra ciudad, los edificios y viviendas habían crecido en torno a la torre, muchas veces literalmente pegados a ella, por fortuna para él.

Pero la altura era demasiada como para que pudiera trepar sin más. En ese momento, mientras decidía la mejor manera de subir, escuchó las voces de dos personas que se acercaban desde lo alto. Guardias. Charlaban despreocupadamente y no parecían tener prisa, por lo que Árgoht dedujo que o no se habían enterado del derrumbe o les habían ordenado permanecer allí. De hecho, se detuvieron varias veces antes de seguir de largo. Mientras Árgoht pensaba la mejor manera de sortear la altura, los escuchó regresar. Estaban de ronda. Si subía lo descubrirían.

Tenía que tomar la iniciativa. Se colocó con la espalda pegada al muro de piedra con los pies bien afianzados en el entramado de madera del tejado. Cerró los ojos y murmuró unas palabras. Lo hizo a regañadientes, pero no podía perder más tiempo buscando otras opciones. Solo esperaba no arrepentirse más tarde.

Por un momento pareció que no iba a ocurrir nada. Cayó en la cuenta de que estaba en casa del enemigo, de que la Madre allí era una extraña y era posible que no pudiera acceder a ella con facilidad. Volvió a intentarlo, tratando de visualizar las palabras en su mente, indagando dentro de su ser todo cuanto pudo.

Por fin, sintió la energía recorrer cada poro de su piel, despacio, como la más delicada de las amantes o como si le costara mucho esfuerzo hacerlo, y estiró los brazos hasta formar una uve sobre su cabeza, también pegados a la piedra. Árgoht supo a la Madre dentro de sí, aunque lejana y dispersa, fuera de su lugar, y en ese momento olvidó todas sus preocupaciones, las disquisiciones sobre su naturaleza, su destino... Solo existieron él y Ella, el poder y la energía que circulaban por su cuerpo y hacían crepitar el aire a su alrededor, haciendo que se sintiera vivo y en paz a pesar de las circunstancias. Pero algo funcionaba mal, como si un grano de arena se hubiera

colado en su visión, como si un molesto zumbido se hubiera interpuesto en la más bella melodía.

Era aquel lugar, las fuerzas que allí se desarrollaban, las que interferían en su magia.

A pesar de ello, instantes después, los dedos extendidos de sus manos comenzaron a cambiar. Se estiraron y se estrecharon, cambiando su textura y color hasta semejarse más a raíces arbóreas que a miembros de carne y hueso. Como ramas de una planta trepadora aferradas con fuerza a la pared, sus dedos metamorfoseados ascendieron en dirección a las almenas reptando por la piedra como asesinos silenciosos.

Los dos guardias continuaban su ronda, ajenos a la presencia del poderoso hechicero a escasos metros de distancia. Caminaban con la tranquilidad que les daba el encontrarse en una zona de difícil acceso en la que nunca pasaba nada y dedicaban el tiempo a charlar de cosas intrascendentes hasta que llegara el momento del cambio de guardia. No se percataron hasta que fue demasiado tarde de que algo se aferraba con fuerza a sus tobillos. Los dedos-raíces de Árgoht trepaban con rapidez por las pantorrillas de los dos hasta llegar a sus rodillas. Antes de que tuvieran tiempo de asimilar lo que ocurría, fueron alzados por aquella fuerza inesperada y zarandeados hasta que sus cabezas impactaron brutalmente contra el muro una y otra vez, manchando de sangre la negra piedra de las almenas. Solo cuando el hechicero estuvo seguro de que no se movían lo más mínimo, soltó su presa y las raíces se retiraron en completo silencio, sin dejar ningún rastro de su asesina presencia excepto dos grandes cardenales en las piernas de sus víctimas.

Aferrándose a los resquicios de las piedras, Árgoht aprovechó para izarse haciendo fuerza sobre las mágicas raíces en que se habían convertido sus dedos de forma que, casi tan despacio como un árbol en crecimiento, fue ascendiendo los metros que lo separaban de las almenas. Cuando por fin sus pies estuvieron firmemente apoyados en ellas, deshizo el hechizo con un susurro. Había consumido una gran cantidad de energía en el proceso y necesitó unos minutos de recuperación para que su respiración se serenase. Evitando pisar los charcos de sangre que comenzaban a formarse, pasó sobre los cadáveres para ocultarse de la vista de posibles curiosos.

Viendo los cuerpos inertes a sus pies Árgoht se preguntó si había sido realmente necesario. En otra época se habría planteado el sentido de aquellas muertes y habría buscado, quizás, alternativas. En cambio, había acabado con sus vidas sin pensárselo dos veces y sin ninguna clase de remordimiento, al contrario de lo que había pasado un rato antes. Como si quisiera responder a este pensamiento, Êralin, la Cazadora, vibró. La sensación de extrañeza, de que algo iba mal, se acentuó por un momento y la espada lo percibió.

Pero en ese momento no tenía tiempo de pararse a reflexionar sobre ello. Trató de decidir en qué dirección avanzar. Si iba hacia su izquierda, se acercaría a la fachada

principal de la fortaleza; hacia su derecha, se acercaría más a la pared rocosa de la montaña que se perdía entre las brumas antes de tocar el cielo. El aire bajaba frío desde las cumbres y los cabellos del hechicero se agitaron por un instante. De frente, un salto de más de cuatro metros que le conduciría a lo que parecía ser un pequeño jardín interior, sucio y cubierto de maleza y árboles retorcidos. Dos acólitos de la orden salieron por una puerta y Árgoht se retiró de su vista. Bajar por allí, a pesar de que divisó una escalera de piedra que ascendía anexa a la muralla, era demasiado temerario. Por otro lado, permanecer en la muralla era arriesgarse a que lo vieran desde otro nivel de la fortaleza, una ventana o un balcón. Así pues, sin pensarlo una segunda vez, se dirigió a la escalera y se lanzó por ella sin perder de vista la puerta que acababan de dejar abierta los acólitos. Quizás no tuviera otra ocasión como aquella.

Envolviéndose en la capa negra lo máximo posible bajó por la escalera, tratando de que no se le notara la prisa que sentía. Cuando llegó al suelo aceleró el paso haciendo crujir la grava. En el momento en que se disponía a franquear la puerta escuchó voces que se acercaban desde el interior. De un salto se situó a un lado de la puerta con la espalda pegada a la pared como si quisiera convertirse en uno con ella. Tres acólitos salieron al exterior con gesto serio, hablando entre ellos y llevando varios libros en las manos. Tan concentrados iban que ninguno se percató de la presencia del meledino. Este se quedó unos instantes más allí sin moverse ni hacer ruido, temiendo que algún rezagado apareciera de pronto. Cansado de esperar, atravesó la puerta de un salto, preparándose para cualquier encuentro que pudiera tener lugar. Pero la sala a la que accedió estaba vacía. Era un pequeño recibidor cuya única función era caldear la entrada, pues un enorme brasero encendido daba la bienvenida al forastero. Otra puerta se abría más allá, a escasos metros, y estaba cerrada, sin duda para no dejar entrar el frío de la montaña. Con sumo cuidado, abrió una rendija para asomarse al interior, que se encontraba en completo silencio. Cuando estuvo seguro de que no había nadie a la vista, entró escurriéndose como una lagartija y cerrando la puerta tras de sí.

Nunca había hecho algo como aquello, nunca había asumido tanto riesgo. Pero el talhom tenía que estar en aquel edificio y era de vital importancia que lo encontrara. Si tenía que entrar a sangre y espada, lo haría.

Sin embargo, la sala a la que accedió no invitaba a la sangre ni la muerte. Había llegado a una gran biblioteca. Varias antorchas con la llama protegida por rejas metálicas servían como única iluminación para la sala, cuyas ventanas estaban tapiadas para impedir el paso de la luz. La lobreguez del lugar quedaba eclipsada por su calidez. Desde el suelo de negras baldosas hasta los altos techos, cientos de estanterías repletas de libros rodeaban una zona central libre de ellas y ocupadas por varias mesas y sillas, sin duda para aportar un espacio de consulta a los usuarios. Árgoht se quedó un instante absorto en la visión de aquel lugar fantástico antes de caer en la cuenta de dónde estaba y qué había ido a hacer allí. Una somera inspección le permitió encontrar dos puertas. No podía quedarse más tiempo tan expuesto a que

algún acólito de la orden acudiera y se tropezara con él. Una de las puertas daba a un pasillo oscuro que se perdía en el interior del edificio, mientras que la otra daba a una amplia escalera y un recibidor.

A pesar de la urgencia que sentía, se detuvo un instante a reflexionar. ¿Dónde podía estar lo que había ido a buscar? En Lotrain habían tenido que aislar el negro objeto en el sótano para evitar los efectos que causaba sobre quienes se acercaban a él. ¿Podía suponer que allí sucedería lo mismo? Un sonido a su espalda le hizo ponerse en alerta. Alguien había abierto la puerta que daba al patio. Sin tiempo para meditarlo más, abrió la que daba al pasillo más oscuro, presumiendo que pudiera conducir a la parte baja de la torre, quizás a las mazmorras. Su presencia quedaba oculta por varias estanterías. Cerró la puerta con todo el sigilo posible y permaneció tras ella unos instantes temiendo que se volviera a abrir de golpe y por ella surgieran soldados armados en su persecución. No fue así y al hechicero solo le quedó la opción de seguir adelante, hacia las sombras que prometía el oscuro pasillo apenas iluminado por una antorcha casi consumida. A pesar de ello, gracias a sus excelentes sentidos, pudo apreciar un recodo un poco más allá. Las paredes estaban frías y húmedas. Trató de ubicarse y llegó a la conclusión de que debía estar muy cerca de la pared rocosa de la montaña. Quizás aquel pasillo condujera a una zona excavada en la misma piedra.

El silencio era total. Tras recorrer varios metros y doblar por el recodo tropezó con una escalera que ascendía y descendía en vertical trazando una espiral aferrada al muro como si de hiedra se tratase. El aire estaba viciado, pues ninguna ventana daba al exterior y la humedad se hacía cada vez más intensa. Guiado por su experiencia con el talhom en Lotrain decidió ir hacia abajo, esperando encontrar un sótano o catacumba en donde pudieran haber depositado el objeto.

Descendió pues, en casi total oscuridad. Tuvo que poner especial cuidado con sus pasos a medida que bajaba pues la humedad comenzaba a supurar por las paredes y a mojar los escalones. El aire, además de viciarse cada vez más, comenzaba a oler mal, a podredumbre antigua y persistente. Pronto pudo distinguir un destello de luz difusa algunos metros más abajo, donde parecía encontrarse el final de la escalera. Ralentizó aún más el descenso al tiempo que concentraba sus sentidos. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando el sonido de unas voces graves llegó hasta sus oídos. Sus sentidos mágicos se pusieron en tensión, revelándole que algo oscuro se estaba gestando en aquellas profundidades. Inconscientemente, buscó a la Madre dentro de sí tratando de hallar algo familiar a lo que aferrarse, pero la encontró lejana y difusa. Entonces supo el motivo como una revelación espontánea que explicaba también la sensación que había tenido en la muralla: se encontraba en los dominios de Kares. La Madre allí estaba en desventaja. Y como una piedra rodando por una ladera, indómita e inevitable, tuvo otra revelación aún mayor que le hizo detenerse por un instante. Recordó algo ocurrido diez años atrás.

Se encontraba de paso por el reino de Terth, uno de los Tres Grandes Reinos del

Sur, ya invadido por la Tierra Negra. Las cosechas estaban destruidas y los animales morían de enfermedad e inanición. Al tratar de entrar en contacto con Ella a través del gehvaal, debilitado y enfermo como estaba entonces, había sufrido tal conmoción que se había perdido en el trance. La Madre no estaba en aquellas tierras y nunca hasta ahora le había encontrado explicación. Aquellas tierras, como ahora la Torre de Mügero, estaban bajo la influencia de Kares. La Madre no era bienvenida allí.

Esta revelación dejó al hechicero casi sin aliento preguntándose si no había cometido un grave error introduciéndose voluntariamente en la boca del lobo, pero nuevas voces desde el interior le hicieron regresar a su realidad más inmediata, sobre todo cuando una de esas voces fue subiendo de tono hasta convertirse en un grito horripilante. El hedor era cada vez más intenso, como a carne y pelo quemados.

Ya no tenía más opción que seguir adelante. Con exquisito cuidado descendió por los escalones que le faltaban para llegar a la puerta por la que surgía el resplandor difuso. Era un simple arco abierto en la pared, sin puerta propiamente dicha que separara ambos espacios. Êralin comenzó a agitarse sutilmente, como si quisiera participar de aquello que allí estaba ocurriendo. Cuando asomó la cabeza al interior, apenas fue capaz de aceptar lo que estaba viendo.

Era una gran sala abovedada excavada en la roca de la montaña. Diversos pilares empotrados sostenían una cúpula de roca que servía de soporte para que el peso no colapsara todo el espacio. Infinidad de recovecos y aberturas salpicaban los contornos de la enorme estancia, creando sombras en cada esquina y salpicando de oscuridad la ya de por sí oscura cueva. Al fondo, apenas iluminadas por las escasas antorchas que creaban la ilusión de luz en el vasto espacio, se adivinaban varias jaulas o celdas metálicas en cuyo interior algo se agitaba. Algo grande. A su izquierda, una gran puerta de madera negra esperaba completamente cerrada sobre una pequeña escalera de cinco anchos peldaños tallados también en la roca. En el centro de la sala, varias superficies horizontales de piedra, parecidas a altares, se disponían de forma simétrica. A su derecha, enfrentada a la puerta, otra mesa de piedra decorada con infinidad de velas encendidas y grotescas figuras de formas que el hechicero fue incapaz de identificar. Parecía algún tipo de altar.

La sala era tan grande que había muchos espacios vacíos. De uno de los recovecos perforados en la pared parecía brotar algún tipo de humo vaporoso, como si fuera un pozo que conducía sabía la Madre a dónde. El aire estaba enrarecido y el olor a sangre lo impregnaba todo. Y es que un gran charco del líquido carmesí, casi negro entre aquella penumbra, se estaba formando bajo una de las estructuras centrales. Como si de una cama de piedra se tratara, sobre ella había un hombre atado de pies y manos con grilletes y cadenas anclados al suelo. A su alrededor varios individuos, embozados con túnicas y capuchas negras, manipulaban su cuerpo con diversas herramientas, abriendo heridas allí donde entraban en contacto con la piel del pobre desdichado que no dejaba de gritar, creando ecos en la sala que eran rápidamente absorbidos por las paredes de roca.

Uno de los encapuchados no usaba herramientas. En cambio, mantenía las manos suspendidas sobre el cuerpo con las palmas hacia abajo, como si repudiara el contacto. Ahora que había centrado su atención en él, pudo escuchar que pronunciaba una sucesión de palabras en algún dialecto desconocido. De pronto, el cuerpo del hombre respondió al cántico contoneándose convulso. Su columna vertebral pareció quebrarse de pronto, adoptando una posición antinatural. Esquirlas de hueso comenzaron a surgir de su cráneo y sus articulaciones, como si su esqueleto quisiese salir de su cuerpo por la fuerza. La sangre manaba a borbotones allí donde el hueso perforaba la piel.

De pronto, los hombres guardaron silencio y se alejaron un paso del infeliz.

—La primera fase ha concluido —dijo el que había pronunciado las extrañas palabras, esta vez en un idioma conocido—. Debemos esperar.

Y, sin más palabras, se retiraron hacia la puerta, por la que desaparecieron en completo silencio.

Árgoht se sentía asqueado por lo que estaba viendo. Salió de su parapeto y entró en la sala. El olor era cada vez más intenso. Las otras estructuras similares estaban vacías, aunque la sangre coagulada sobre ellas demostraba que las habían usado hacía poco tiempo.

Con cautela, se acercó al hombre. La visión era grotesca. Su piel se agitaba como si sus músculos tuvieran vida propia y cambiaba ante sus ojos. Parecía haber entrado en un estado delirante, pues gemía y decía palabras sin sentido, sin duda presa del dolor y el sufrimiento. Los músculos pectorales se expandían, ampliando la caja torácica. De sus codos brotaban ya pedazos de hueso que parecían seguir en movimiento. Todo él se agitaba, como si una nueva criatura estuviera surgiendo de su interior.

En ese momento recordó las palabras que Preas le había dicho el día anterior: «En cada pliegue de su cuerpo, codos, rodillas, nudillos... nace una protuberancia ósea casi indestructible». Se lo había dicho muy claro. Se decía que nacían en las entrañas de la Torre de Mügero y estaban en lo cierto.

Árgoht miró hacia el fondo, hacia las jaulas y se acercó tomando una antorcha de la pared más cercana. Al acercarla a los barrotes para disipar las sombras, una mano gigantesca a punto estuvo de arrebatársela, junto con el resto del brazo, si no hubiera sido de reflejos rápidos. Ante su vista apareció una criatura horrenda, malformada y enorme, toda músculo y hueso. Un gorg. En aquel sótano, gracias a algún tipo de magia oscura, la orden creaba aquellas bestias. Magia negra. El poder de Kares desatado.

Tenía que irse de allí. Ahora estaba claro: había cometido un grave error.

En ese momento, las puertas del sótano se abrieron con un estrépito y varios soldados negros, armados con espadas y picas, accedieron a la estancia, situándose en abanico a su alrededor. Eran más de veinte. Árgoht desenvainó a Êralin al tiempo que trataba de entrar en contacto con la Madre. A pesar de la corriente de energía que

barrió su cuerpo al entrar en contacto con la Cazadora, sintió Su presencia como un eco lejano, como una palabra dicha en la distancia, escuchada pero no entendida, como si no estuviera allí del todo.

—Estás lejos de tu terreno, hechicero —dijo una voz de mujer, melodiosa y sensual, como si adivinara qué estaba pasando por su cabeza—. Este es hogar de Kares. Aquí Gan no es bienvenido. No hallarás su poder en este lugar.

Cuando el último soldado hubo entrado en las catacumbas, una última persona hizo acto de presencia. Era una mujer alta y de curvas generosas. Vestía completamente de negro con una túnica que se ajustaba a su figura de forma perfecta, apenas insinuando la piel de unos senos generosos.

—Te recomendaría que no te resistieras, pero sé que no serviría de nada. Así que haz lo que te plazca. Soldados, ¡prendedle!

Árgoht hizo bailar a Êralin, impregnado de su afán destructivo, dejándose llevar por su melodía, pero cuando intentó una vez más ponerse en contacto con su poder, se dio cuenta de que estaba vacío, sin manantial del que beber. Cuando por fin un golpe en la cabeza lo dejó aturdido e incapaz de defenderse, tres cadáveres yacían a sus pies hendidos por el filo de la Cazadora. Varios soldados le agarraron con fuerza y, tras golpearle para asegurarse su colaboración, lo arrastraron ante la mujer que observaba la escena con una sonrisa de satisfacción. Lo miró de arriba abajo.

—Eres bravo, hechicero. No esperaba menos de ti, dada tu reputación. —Miró de nuevo a los soldados—. Llevadlo arriba. Este no es lugar para charlar.

Árgoht se sentía al borde de la inconsciencia. Había recibido varios golpes en el rostro y sentía la nariz y un moflete hinchados y amoratados. Pero lo peor era sentirse lejos de la Madre, incapaz de acceder a ella. Sabía que estaba allí, en algún sitio, pero no podía encontrarla. En Terth había estado demasiado debilitado para realizar el esfuerzo necesario y eso había estado a punto de destruirlo. En esta ocasión, si no llegaba hasta ella, podía significar su muerte.

Sus captores lo arrastraban sin miramientos, ascendiendo por la torre. Sumido en aquel estado no fue capaz de apreciar el recorrido, pero supo que había subido varios tramos de escaleras, que el aire era allí menos viciado, más fresco, y que el hedor a muerte se había diluido. Cuando abrió los ojos se encontraba en un gran salón. Lo soltaron y cayó de rodillas sobre las baldosas negras del suelo. Sintió varias manos que lo registraban, que le quitaban su petate y descolgaban su espada de su cintura. Por el rabillo del ojo vio cómo lo tiraban todo a un rincón de la sala.

Los soldados se retiraron varios pasos para dejarlo de nuevo en presencia de la mujer, que esperaba sentada en un gran sillón de piel decorado con grotescas figuras y runas de todo tipo. Cuando sus hombres se hubieron alejado, se puso en pie y se acercó al hechicero con paso deliberadamente lento. Árgoht la veía entre las brumas de su ojo izquierdo, cada vez más hinchado. Le dolía la cabeza y sentía un zumbido muy molesto fruto de la paliza recibida.

La mujer, muy morena de piel y con unos profundos ojos negros, se agachó ante

él y, con un extremo de su larga falda de tela negra, comenzó a limpiar la sangre seca del rostro de Árgoht, demasiado sorprendido y aturdido para impedirlo.

—Espero que no te hayan hecho demasiado daño, hechicero. No querría que empezáramos de malas formas.

Árgoht vio un gesto por el rabillo del ojo y un instante después sintió que le liberaban las muñecas y alguien le obligaba a ponerse en pie.

La mujer regresó al sillón y él fue obligado a sentarse en otro similar situado enfrente. Ambos se encontraban al calor de una gran chimenea encendida que reconfortó el cuerpo herido de Árgoht.

—Eres muy valiente o muy estúpido viniendo tú solo hasta aquí. Pero me alegro mucho de que lo hayas hecho. Cuando me contaron tus hazañas el Lashte supe que solo un brujo podía hacer algo como aquello.

La palabra «brujo» se clavó en la mente de Árgoht, poniéndolo aún de peor humor, a pesar de las circunstancias.

—Era cuestión de tiempo que vinieras. Kijl me avisó de que debías llegar en su persecución y no estaba equivocado.

Un sirviente se acercó a ellos con dos copas de vino sobre una bandeja metálica que depositó en una pequeña mesa que esperaba entre ambos sillones. A pesar de que Árgoht estaba dispuesto a no probar su contenido, su cuerpo golpeado le reclamó beber para saciar la sed que le acució de pronto, como si estar allí, cómodamente sentado y entrando en calor, estuviera despertando otras necesidades. Tomó la copa y acompañó a la mujer con un largo trago. Si estaba envenenada le daba igual. Necesitaba beber. Por el rabillo del ojo, vio el fardo que formaban su petate y su arma en un rincón de la estancia, abandonados de cualquier forma.

—Mi nombre es Shera Ante'i y soy maestra de la Orden Kariteas. Mi voz aquí es ley y con ella otorgo vida y muerte. ¿Querréis decirme vuestro nombre?

Árgoht guardó silencio, sopesando sus opciones. El calor y el vino empezaban a despejar su mente embotada. No perdía nada por decirle su nombre.

—Árgoht Grandël.

—Árgoht... Hermoso nombre. Sé por qué estás aquí, Árgoht. —Otro sorbo de vino—. Vienes buscando eso.

Con un dedo señaló algún lugar a su izquierda. Allí, sobre una repisa de madera, se encontraba el objeto, el fragmento de la estatua con los restos metálicos incrustados que contenía el talhom. Su negra superficie apenas reflejaba el resplandor de las llamas de la chimenea. Tan cerca...

Shera se llevó de nuevo la copa a los labios y el movimiento distrajo al hechicero, que volvió a centrarse en ella. Su piel aterciopelada resplandecía y sus ojos brillaban escondiendo tras ellos una gran inteligencia.

—¿Por qué tanto interés en ese objeto? ¿Qué sabes de él?

—Solo sé que desatar su poder significará la muerte de muchos.

—¿Y eso a ti en qué te afecta?

Árgoht guardó silencio de nuevo y tomó un sorbo de vino. Aquella era una buena pregunta.

—Morirán muchos inocentes.

Shera rio y su risa sonó cálida y melodiosa. Árgoht se irritó, aunque sabía que no era una buena respuesta y que no le convencía ni a él.

—Es una guerra, Árgoht. Mueren inocentes. Tú con tu poder podrías estar ayudando en la reconquista de Angôr o en la batalla que está a punto de desatarse en Talder'an. En cambio, has decidido venir hasta aquí en busca de algo sobre lo que ignoras más de lo que sabes. ¿Por qué?

—No tengo que darte explicaciones de mis actos.

La sonrisa de Shera, hasta ahora bien definida en sus labios, se tambaleó y el brillo de sus ojos cambió. La furia surgió en ellos, pero la maestra la aplacó con rapidez.

—Desde luego que no, pero tu situación no te es muy favorable que digamos. Tiene dos opciones: hablar conmigo y responder a mis preguntas, o negarte y volver a la mazmorra a hacer compañía a los gorgs. Vivir o morir de la forma más dolorosa y desagradable que puedas imaginar.

Árgoht disimuló su turbación con otro sorbo de vino. Su mente volvía a estar activa a pesar del dolor y aún no había encontrado una forma de escapar. En cualquier caso, no podría hacerlo desde las mazmorras.

Debía evitar volver allí por todos los medios.



«Si no luchas por lo que quieres, te estás matando a ti mismo
al mismo tiempo que a tus sueños».
Dicho popular angorano.

Mientras las sombras aumentaban a medida que las antorchas se iban consumiendo a lo largo de los pasillos de la Fortaleza D’Gor, un pequeño ejército avanzaba por ellos con paso decidido. Si algún miembro del servicio se los encontraba era informado de inmediato para que corriera la voz y, así, todos en el gran edificio supieran que no tenían que obedecer más, que la servidumbre había terminado. Varias personas más se unieron al grupo antes de que una patrulla les hiciera frente.

Fue cruzando un salón de la tercera planta. Era una sala de estar, con el suelo cubierto de ricas alfombras. En las paredes aún se podían ver los huecos vacíos que hasta la invasión habían ocupado unos hermosos tapices que mostraban diversas escenas de la historia del reino de Angôr. Varios muebles de madera de exquisita factura y una gran estantería repleta de libros invitaban al reposo y el estudio. Una gran puerta de doble hoja les esperaba al fondo de la sala para darles acceso a las habitaciones privadas de la fortaleza.

Cuando se abrió de golpe, la comitiva encabezada por Ulea y Pig se detuvo en seco. Miembros de la Guardia Negra comenzaron a invadir el salón y a situarse en posición defensiva como si de una batalla campal se tratara y se encontraran a cielo abierto. Su precisión de movimientos era de admirar, así como su equipamiento, pues todos llevaban corazas de cuero negro, yelmos, escudos y espadas largas.

El último en entrar fue su comandante, el capitán Feds. Ulea lo conocía de sus días cuando limpiaba dormitorios, pues en varias ocasiones había tenido que cambiar sus sábanas sucias. Era un hombre alto y muy robusto.

—Se acabó el paseo —dijo con voz grave y tono autoritario—. No sé qué pretendéis, pero no pasaréis de aquí.

Los miembros de la guardia eran al menos quince. Ulea sintió miedo y temió que el sudor en sus manos le hiciera perder el agarre del arma. Sabía que algo así iba a pasar, pero una cosa era ser consciente de un peligro y otra enfrentarlo cara a cara y descubrir que la muerte estaba cercana. Hasta ese momento no fue consciente de lo que había puesto en marcha. El peso del arma en su mano se le hizo imposible de soportar, como si su cuerpo hubiera entendido de golpe que ella no sabía nada de la violencia o la guerra, que aquel no era su lugar. Se sintió tentada de soltarla y salir corriendo de allí solo para no tener que ver a aquellos hombres esperando una orden para cortar sus cabezas. Pero una vocecilla en su cabeza se impuso al terror diciéndole que había sido decisión suya. Si tenía que morir, sería con la espada en la mano.

—No sois bienvenidos aquí —intervino Pig—. Lo mejor que podéis hacer es recoger vuestras cosas y largaros al pozo del que habéis salido.

La respuesta de Feds fue una sonora carcajada.

Ulea pudo observar cómo el rostro de Pigreas se encendía en tonos rojos y supo que la suerte estaba echada. En efecto, el hombretón se lanzó hacia delante. Blandía un martillo de mano y un ancho escudo como si hubiera nacido con ellos bajo el brazo. Tuvo tiempo de pensar en lo poco que conocía a aquellas personas con las que había convivido tantas horas. ¿Cómo habían acabado trabajando en las cocinas? ¿Qué eran o qué habían hecho antes de eso? El grito de Pig al lanzarse al ataque la sacó de sus cavilaciones y, sin dudarlo, lo siguió, sabiendo que iba a encontrarse con la muerte, quizás a reunirse con aquel hombre al que aún amaba, a pesar de las penurias y las vejaciones.

Los demás reaccionaron tras ella con un grito unánime con el que se desprendían de una vez por todas de la tensión acumulada, de la falsa sonrisa de servidumbre. Ulea supo, como una revelación, que cada uno de aquellos hombres y mujeres que ahora alzaba su arma contra el invasor prefería morir a volver a servir a esas personas.

El impacto fue brutal. El tiempo pareció detenerse para Ulea, cuya percepción de su alrededor se redujo a aquello que tenía justo delante, que no era otra cosa que un soldado que alzaba su espada con suma tranquilidad y la dejaba caer en un tajo diagonal cuando ella llegó a su altura. Por inercia alzó el escudo y consiguió desviar el tajo. Por puro instinto y con los ojos casi cerrados, respondió con un tajo ascendente y quiso la suerte, o el exceso de confianza de su rival, que su filo fuera a impactar bajo la axila del brazo izquierdo penetrando varios centímetros en la carne. La sangre comenzó a brotar de inmediato obligándole a soltar el escudo y el arma para tratar de contener lo que prometía ser una fea hemorragia. Ulea se quedó un instante observando, incrédula ante lo que había hecho. Un fuerte empujón estuvo a punto de hacerla caer. Pig estaba junto a ella, deteniendo con su martillo el tajo que

iba dirigido a ella. Con su enorme puño izquierdo golpeó al soldado en la nariz, haciendo crujir sus huesos. La sangre comenzó a manar de inmediato. El siguiente golpe del hombretón impactó en el lateral de su cabeza y lo derribó como un saco de piedras.

—¡Arriba! —le gritó el cocinero—. ¡Demuéstrame lo que te enseñaron tus hermanos!

Aquello hizo reaccionar a Ulea. Pig ya se enzarzaba con otro soldado. Más allá, Kiloneed bailaba, grácil como un felino con dos espadas cortas, alrededor de su propio rival. Su ligereza y agilidad eran sorprendentes. Ulea no había tenido hermanos que le enseñaran a usarla como a Fraen, pero sabía cómo blandir la espada.

Varios de sus compañeros yacían bañados en sangre a su alrededor. La visión le insufló fuerzas y apretó el puño de su arma. La lucha no parecía ir bien. Los soldados negros estaban arrinconando a sus amigos, haciéndoles perder terreno e iniciativa, pasando por encima de los cuerpos caídos. Su destreza era mayor, así como su equipamiento. Aun así, Ulea lanzó un ataque contra el que tenía más cerca, dispuesta a hacer cuanto estuviera en su mano. Su golpe evitó que una de las más jóvenes cocineras muriera, desarmada y caída. La espada corta hizo un buen tajo en el hombro derecho del soldado que, a pesar de ello, no soltó el arma. Se giró con el odio y la furia pintados en el rostro. Y supo que había llegado el momento. Era un hombre alto y fornido contra el que no tendría oportunidad.

En ese momento, una de las puertas laterales del salón se abrió con estrépito. Por ella entró un torrente de mujeres gritando y chillando, armadas con chuchillos de cocina y palos. Ulea pudo reconocer a sus compañeras de dormitorio entre aquellas chicas enloquecidas. Sorprendidos, los soldados no pudieron evitar el ataque por la espalda y se vieron acorralados por dos frentes. Ulea aprovechó la oportunidad y hundió su espada corta en el pecho del soldado mientras este aún trataba de entender quiénes eran aquellas mujeres gritonas y qué hacían allí. Cayó muerto a sus pies en el acto. La joven a la que había salvado recogió la espada de sus dedos muertos y se apropió de ella.

Incapaces de contrarrestar ambos ataques, los hombres de negro fueron cayendo uno a uno bajo las armas de los rebeldes, cuya moral se había puesto por las nubes con la nueva perspectiva de victoria. Pig se enzarzó en un combate singular contra el capitán Feds. Aunque al cocinero le sobraban kilos y le faltaba la agilidad que el otro sí tenía, fruto de un entrenamiento apropiado, aquel demostró tener una mejor técnica que le permitía anticiparse a los pasos de su rival, esquivarlo sin grandes esfuerzos y, por fin, aprovechar un error en la guardia para hacer impactar su maza contra una de las rodillas de Feds, que cayó al suelo entre gritos de dolor. Un segundo impacto en el pecho le hizo callar y lo dejó desmadejado sobre el frío suelo de baldosas. Ulea tuvo tiempo de preguntarse quién era en realidad el enorme cocinero, qué había sido antes de recalar en las cocinas de la Fortaleza D’Gor.

Cuando todo hubo terminado, el suelo del salón estaba plagado de cadáveres,

pero habían sobrevivido al primer encuentro.

Ulea estuvo tentada de dejarse caer allí mismo, exhausta y aturdida, cuando cayó en la cuenta de que todos la miraban a ella, pendientes de su reacción y su siguiente paso. Kiloneed se le adelantó.

—Atrancad las puertas de acceso. Que nadie llegue por nuestra espalda. Tenemos que seguir avanzando.

Las recién llegadas asumieron las órdenes con total naturalidad, como si fuera lo que estaban esperando. Ulea respiró hondo y recuperó la serenidad.

—Vamos. Solo hemos dado un paso.

Escondiendo en lo más recóndito de sí misma el miedo que sentía, salió del salón por la puerta que protegía la guardia y que les llevaría a las zonas privadas de la fortaleza D’Gor. Nada más traspasar el umbral el cambio era notable. Muebles exquisitos, tapices, chimeneas siempre encendidas para caldear el ambiente... El lujo se palpaba en el aire. La orden había retirado cualquier ornamento religioso, pero, continuando su costumbre, había conservado todo lo demás, al menos de momento.

Accedieron a un ancho pasillo elevado con una balaustrada a su izquierda que permitía asomarse al Salón de los Niños, situado varios metros por debajo y llamado así porque era donde la familia real presentaba a sus hijos al pueblo desde tiempos inmemoriales. A pesar de estar casi sumido en las sombras, desde allí Ulea pudo observar que solo había un trono donde debería haber habido dos, tallados en ricas maderas de los bosques de Antioquia, muy apreciadas por su larga duración y resistencia. Pero no se detuvo más y siguió avanzando. Ella nunca había estado en aquella zona de la fortaleza, así que fue Pig quien les guio, más experimentado que ella.

Tras abandonar el pasillo elevado accedieron a una pequeña biblioteca donde se encontraron a un nuevo grupo de guardia. Kiloneed se situó a su lado y el combate comenzó de inmediato y fue rápido y brutal. Ellos eran solo seis y, con la llegada de sus compañeras de dormitorio, el grupo de rebeldes había crecido hasta una treintena. En pocos minutos los soldados yacían muertos, aunque se llevaron varias vidas por delante. El joven de piel aceitunada no se separó de ella, ayudándola con sus gráciles estocadas y sus esquivas imposibles. Ulea sabía que no había tiempo para charlas, pero esperaba sobrevivir para preguntarle dónde había aprendido a luchar de esa manera. Por delante de ellos, el martillo de Pig subía y bajaba sin cesar, quebrando huesos en su constante balanceo.

Sabían muy bien que habían perdido el factor sorpresa, pero eso no les detuvo. Más allá de la biblioteca encontraron una ancha escalera que ascendía a partir de ese punto. Era de piedra maciza con decoraciones de madera muy pulida. Pig ordenó a una docena de rebeldes que se quedaran custodiando la entrada y que atrancaran bien las puertas. Su fuerza iba a estar en su número, así que le molestaba tener que partir el grupo, pero debía ir asegurando zonas a medida que avanzaban o tarde o temprano les cogerían por la espalda. Además, tantas personas en espacios tan reducidos acabarían

estorbándose.

El piso superior estaba en completo silencio. Todas las antorchas estaban encendidas pero nadie les salió al paso. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida la orden de dejar tan pocos efectivos en la ciudad tras la puesta en marcha del ejército? Llegaron a la habitación que solía ocupar el rey sin que nadie les impidiera el paso. Ulea no se atrevía a esperar que fuera algo fácil, pero daba la sensación de que la orden se había confiado, que había cometido un grave error. Había subestimado al pueblo.

Pig empujó la puerta esperando resistencia, pero se abrió sin apenas aplicar fuerza. A su lado, Ulea accedió a un enorme dormitorio. Al fondo, un gran ventanal daba acceso a un balcón desde el que se podía ver toda la ciudad. Las llamas de los incendios alumbraban la noche. Allí, de espaldas a ellos, una figura estaba plantada ante el alféizar, observando los acontecimientos que se estaban desarrollando en el mercado y que poco a poco se iban extendiendo, como la brisa marina, a otras zonas aledañas de la ciudad.

Al sentir su presencia, el hombre se giró y accedió a la habitación, cerrando la puerta del balcón tras de sí. El olor a quemado era allí muy fuerte. Se sentó en un enorme sillón junto a una mesita de servicio de la que tomó una jarra para dar un largo trago de lo que en ella hubiera. El espacio estaba decorado con un gusto exquisito y era tanto dormitorio como despacho, pues a un lado disponía de una enorme cama con dosel mientras al otro contaba con una pequeña biblioteca, un gran escritorio y varias sillas. Alfombras y tapices daban a la habitación un aspecto confortable y cálido a pesar de la noche que los rodeaba.

El hombre los miraba de arriba abajo sin decir nada, como si estuviera esperando a que ellos rompieran el hielo.

—Se acabó —dijo Ulea por fin.

El hombre apuró la copa que tenía en la mano y la soltó con una gran sonrisa en los labios. Vestía de manera informal pero elegante y, por supuesto, por completo de negro. Era menudo pero fornido y completamente calvo.

—¿Eso creéis?

Aquella respuesta la cogió por sorpresa.

—La fortaleza D’Gor es nuestra y la calle también. Ríndete ahora y respetaremos tu vida.

—¿Y para qué quiero mi vida entre vosotros, miserables impíos? Mi señor Kares me espera para acogerme con los brazos abiertos. Lo que hemos logrado aquí me ha hecho ganar un puesto a su lado.

—Eres un enfermo.

El hombre lanzó una carcajada.

—Me alegro de que pienses eso, mocosa. No espero ni quiero tu aprobación. Tu desprecio es la mejor prueba que puedo tener de que hago lo correcto. Insistí en que la dotación de guardia era escasa para defender la ciudad, pero no me hizo caso,

ansioso como estaba por salir a la guerra, a conquistar Talder'an.

—¿De quién hablas?

—De nuestro líder, el Oscuro. Hablo de Tarkon Anan, por supuesto. ¿Ya habéis olvidado su nombre? Pues hacéis mal. Os aseguro que volverá y tomará de nuevo la ciudad. Nuestro ejército es invencible. Cuando eso ocurra, sufriréis como nunca lo habéis hecho. Quizás tanto que hasta Kares se apiade de vosotros. Tarkon no es hombre de medias tintas. Os destruirá aunque para hacerlo tenga que reducir este antro que llamáis hogar a cenizas y escombros.

Kiloneed pareció hartarse de la charla y se lanzó contra él daga en mano. Cuando estaba a punto de atravesar su cuello, Ulea lo detuvo.

—¡No! ¡Es lo que él quiere!

Kiloneed se detuvo un instante antes de golpear.

—Préndelo, átaló y que se pudra en las mazmorras. No le des el placer de cumplir su deseo de morir. Que el asqueroso de Kares espere un poco más por él.

La sonrisa había desaparecido del rostro del karitei cuando se lo llevaban a rastras, vivo y bien atado, para encerrarlo en el sótano más profundo de la fortaleza.



«La confianza en uno mismo puede ser el mayor error que un guerrero puede cometer».
Historia viva de Angôr, capítulo doce. Merkus de Làrganan.

Preas observaba sin ser capaz de entender del todo lo que estaba viendo.

La mañana había llegado despejada y radiante, ofreciéndole una visibilidad perfecta y una temperatura agradable. El olor del romero y la madreselva le impregnaba la ropa y le animaba el espíritu.

Desde que la comitiva había salido de Visrên había estado evaluando opciones, estrategias que le permitieran entrar en la ciudad, plantar batalla. En todas ellas, su llegada era recibida por un ejército de flissanos y soldados de la orden dispuestos a defender lo que habían conquistado. Ahora tenía la ciudad de Angôr'an a la vista por fin. De nuevo con su hogar a tiro de piedra y nadie les había salido al paso aún. Se encontraba tendido sobre un promontorio, una colina cubierta de malas hierbas, mientras sus hombres le esperaban ocultos al otro lado. Hots le acompañaba y a él tampoco le gustaba lo que estaban viendo.

Aunque su idea inicial había sido ir directamente hacia Talder'an y unirse allí a los defensores, apenas habían tenido que desviarse para tener la capital a la vista, y no pudo resistirse a dar la orden de acercarse.

La ciudad se encontraba a poca distancia. Desde allí podían divisar las murallas y los altos torreones, aunque no a las personas que en ellas se pudieran encontrar. Los campos de cultivo alrededor de la ciudad estaban vacíos, sin nadie que trabajara en ellos. Todo parecía en orden, aunque demasiado tranquilo.

Salvo por el humo.

Varias densas columnas de humo se alzaban en el cielo desde la parte norte de la

ciudad. Preas no sabía cómo interpretar aquello, si era positivo o negativo para él, pero tuvo que contener una lágrima ante sus hombres.

—Es el mercado —dijo Hots—. Está ardiendo el barrio del mercado.

—Eso parece.

Preas no le quitó ojo. Al poco se puso en pie de un salto y descendió de la colina hasta el lugar donde le esperaba su pequeño ejército. No tenían caballos, así que no podía enviar a un explorador rápido que le trajera nuevas sobre lo que estaba ocurriendo. Si querían acercarse, tendrían que hacerlo todos juntos, a plena vista. Si el ejército estaba esperándoles, como él siempre había sospechado, apenas podrían acercarse a las murallas antes de que salieran a plantarles batalla.

Observó al grupo una vez más. El goteo de personas llegado a la Atalaya de Visrên había sido incesante en las horas anteriores a su partida. Por fin, incapaz de contener más su necesidad, se puso en marcha con quienes estaban preparados en ese momento, que era la gran mayoría. Quedaron atrás unos pocos hombres enfermos o heridos con la intención de informar a los rezagados que pudieran ir llegando de que el grueso del grupo ya había partido. En total, tenía ante él a unos seiscientos soldados, entre hombres y mujeres, casi todos pobremente armados. A pesar de ello, podía leerse la determinación en sus ojos, la lealtad que profesaban al hombre que iba a llevarlos a la muerte. Preas aún sentía dolor en algunas de las heridas que había sufrido en la batalla y ya iba a enfrascarse en otra.

Y se sentía bien por ello. Si tenía que morir, que fuera tratando de recuperar su hogar y no encerrado en un lerteneo junto a las mujeres y los niños. Ese era su sitio. Desenvainó muy despacio. Le habría gustado portar a Angustias, la espada que había pertenecido a su familia desde diez generaciones atrás, pero su padre no había tenido oportunidad de legársela como a él su padre, y el padre de su padre. Tenía que recuperar muchas cosas de Angôr'an. Sus pensamientos recayeron una vez más en su amada y sintió la furia arder en sus venas. Ver el humo en la ciudad le había introducido una nueva urgencia en el pecho. Desde luego, ella podía estar muerta desde el primer día de la invasión, pero no quería pensar en esa posibilidad. Ella estaba viva y tenía que encontrarla.

Apartando esos pensamientos de su cabeza volvió a centrarse en su pequeño ejército. Sintió el peso de su coraza, el volumen del yelmo bajo el brazo izquierdo, el roce del cuero contra la piel, como si fuera algo nuevo para él. Alzó la espada al cielo antes de empezar a hablar. Hots se situó a su lado.

—Amigos, ha llegado la hora.

Un murmullo se levantó a su alrededor.

—Muchos habéis dejado atrás vuestros hogares para seguirme hasta aquí y lo habéis hecho por una buena razón: luchar contra la injusticia, contra la opresión y la indignidad. Esos hombres —señaló a su espalda, a la ciudad más allá de la colina— nos han echado de nuestras casas, han matado a nuestras familias y han usurpado nuestro hogar. Sé que somos pocos y que tenéis miedo. Sé que es posible que

ninguno regrese de esta lid, pero os digo una cosa, y escuchadme bien porque nunca me habréis oído decir algo semejante: yo estoy preparado para morir por mi tierra. Estoy preparado para morir por mi pueblo. ¡Estoy preparado para morir por vosotros! ¿Y vosotros? ¿Estáis preparados?

Un grito se alzó al cielo como una sola voz surgida de seiscientas gargantas.

—¡Estamos preparados!

—¿Estáis preparados? —repitió.

—¡Estamos preparados! ¡Estamos preparados!

Preas observó y le gustó lo que vio.

—¡En marcha!

El grupo se puso en movimiento como un solo ser que conoce su destino y finalidad. Preas sintió un escalofrío de satisfacción al verlos lanzarse de cabeza a una batalla incierta de la que podían no regresar. Estaba preparado, pero pidió a Gan en silencio no estar enviado a su pueblo al matadero.

No tenían forma de llegar a la ciudad sin ser vistos. La llanura que rodeaba a la ciudad tenía esa función específica y había sido ocupada con campos de cultivo precisamente para evitar que los posibles asaltantes estuvieran a cubierto en su aproximación a la urbe. Pero no podían hacer otra cosa. Solo podían formar y acercarse a pecho descubierto, encomendándose a Gan para que tuvieran alguna posibilidad de éxito.

Las murallas se hacían más altas a medida que se acercaban y pronto les llegó el olor de la madera quemada y el humo. Una sensación de angustia se instaló en el pecho de Preas a medida que avanzaban y nadie les salía al paso. No podía ser tan sencillo. Algo terrible estaba ocurriendo. ¿Dónde estaba el ejército de la orden? Los campos alrededor de Angôr'an aparecían quemados y pisoteados, abandonados. Pudo ver los restos de varios campamentos grandes, con hogueras apagadas y letrinas infectas rodeadas de moscas. El ejército se había marchado ya y el destino no podía ser otro que Talder'an. ¿Habrían llegado tarde?

Los metros finales hasta apostarse ante las puertas de la ciudad se le hicieron eternos, como un sueño en el que nunca consigues llegar a tu destino por mucho que corras. La puerta orientada al Este, la Puerta de Tunes, estaba protegida por dos pequeñas torres de vigilancia, pero no parecía haber nadie en ellas. La lluvia de flechas esperada nunca llegó. Paradójicamente, pensaba que aquello no podía significar nada bueno.

Preas ordenó detenerse al grupo y siguió avanzando solo en compañía de Hots. Su aspecto no era el más idóneo, pero alguien debía de haber en la ciudad con quien poder parlamentar. No estaba preparado para aquello y se vio obligado a improvisar sobre la marcha.

Cuando apenas faltaba una veintena de metros para alcanzar la puerta, una cabeza se asomó en el torreón de la izquierda, como si su presencia le hubiera sorprendido.

—¿Quién va?

El hombre que asomaba llevaba un yelmo metálico hundido por un lado y una espesa barba enredada decoraba sus mejillas. Un segundo hombre apareció a su lado.

—No parece un soldado de la orden —le dijo Hots a su príncipe.

—Desde luego que no...

—¿Quién va? —repitió el guardián de la torre. Un segundo guardia apareció a su lado, esta vez con un arco entre las manos.

—¡Soy el rey Preas Mor, hijo de Jäinor Mor! Vengo a recuperar el lugar que me corresponde en nombre de la casa de Mor.

Los dos hombres se miraron un momento, como si estuvieran tratando de dilucidar la verdad de aquellas palabras. Después volvieron a mirar a Preas y Hots, y aun más allá, al grupo que esperaba la resolución de aquella conversación. El primero de los guardias susurró algo al oído del otro, que a su vez desapareció de su vista entre las sombras de la torre.

Aún tuvieron que esperar un buen rato antes de que algo pasara. Cuando la paciencia de Preas comenzaba a flaquear, la Puerta de Tunes se abrió con un crujido solemne. El olor a humo era más intenso cada vez. Por ella salió un hombre enorme, con una gran barriga y unos brazos a juego. Llevaba un peto de cuero acorde a su tamaño. Aun así, estaba más delgado de como lo recordaba. Preas apenas podía dar crédito a sus ojos cuando reconoció al inmenso cocinero.

—¡Pigreas! ¡Que Gan nos ampare! ¿Qué significa esto?

El cocinero se detuvo ante Preas y, a duras penas, hincó una rodilla ante él.

—Es una gran alegría veros sano y salvo, majestad.

—Por Gan, Pigreas, ponte en pie.

Pig obedeció con un resoplido.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Qué ha pasado?

—Os lo explicaré todo, mi señor, pero no aquí. No estamos seguros. Entremos. — Pig clavó sus ojos en Preas como si fuera una aparición desde el mundo de los muertos—. No sabéis cuánto me alegra veros. Y precisamente en este momento...

Hots regresó junto al ejército de Preas y les indicó que no había peligro. Minutos después todos se encontraban a salvo tras las murallas de Angôr'an. Preas no terminaba de creer que aquello pudiera estar ocurriendo. Habían entrado sin derramar una gota de sangre, sin tener una sola baja en el grupo. No podía ser tan fácil. Se mantuvo alerta, temiendo una trampa, mucho después de que la gran puerta se hubiera cerrado tras él. Cientos de curiosos se fueron agolpando en las calles al paso de la comitiva. La voz se corrió más veloz que el viento y pronto comenzaron los vítores, primero tímidos y cada vez más exaltados, que clamaban por el regreso del príncipe, a quien todos creían muerto en la batalla.

Preas miraba todo a su alrededor. Mientras cruzaba las calles pudo ver varios grupos de cadáveres, muchos de ellos pertenecientes a soldados negros de la Orden Kariteas y otros a ciudadanos angoranos. El cansancio y la incertidumbre se plasmaban en las miradas de quienes se cruzaban con ellos, como si llevaran muchos

días sin dormir.

Cuando Preas volvió a insistir en que le explicaran que había ocurrido, Pig le dijo que no harían nada hasta que hubieran comido algo, que se los veía hambrientos. Estuvo tentado de decir que quienes parecían recién salidos de una guerra eran ellos, que en comparación su pequeño grupo parecía estar de excursión.

Volver a la Fortaleza D’Gor le produjo una sensación que a duras penas habría podido describir con palabras. El olor a quemado era abrumador, muchas puertas estaban desvencijadas y ennegrecidas y había cuerpos caídos, pero sintió que regresaba a casa, como si el tiempo que había pasado en Lotrain hubiera sido un sueño. Si alguien le hubiera preguntado algo en ese momento le habría sido imposible responder. La emoción le embargaba y le había robado las palabras.

Siguieron a Pig hasta el comedor más grande de la fortaleza, pero a pesar de su tamaño fue imposible albergarlos a todos. Pig ordenó preparar cuanta comida fuera posible para el grupo y se llevó aparte a Preas, a una pequeña sala privada, más pequeña, acogedora y, sobre todo, silenciosa, ahora que en el salón principal se había desatado una algarabía que hacía imposible comunicarse. Solo cuando ambos tuvieron un plato de comida caliente ante ellos, Preas se atrevió a preguntar.

—¿Cómo es posible, Pig? Debes contarme qué ha ocurrido o reventaré de pura impaciencia.

—El pueblo ha recuperado lo que le pertenecía, alteza. La orden cometió un grave error dándonos por vencidos y, por lo que veo, a vos por muerto.

Mientras el príncipe comía, Pig le contó lo que había acontecido en los dos últimos días. Preas apenas podía tragar de incredulidad.

De pronto, la puerta se abrió y una muchacha entró a la carrera.

—¡Vaya! Aquí está nuestra heroína...

Preas se puso en pie de un salto, casi tirando el plato que tenía delante, y se abrazó a la recién llegada con todas las fuerzas que le permitieron sus brazos. Volver a sentir su perfume, el roce de su piel y sus labios contra los suyos fue lo que le hizo entender que aquello era real, que todo lo que le había contado Pig era cierto. El cocinero observaba sin dar crédito a lo que sus ojos le estaban mostrando.

—Ulea —dijo, por fin, cuando ella se separó y le dejó respirar un instante—, estás bien...

—Preas, te daba por muerto.

Volvieron a abrazarse ante la atónita mirada tanto de Pig como de Hots, que observaba desde la puerta y tenía la boca tan abierta que parecía que nunca se le volvería a cerrar. Preas, por su parte, sentía que nunca había sido tan feliz en toda su vida.

—No me atrevía a albergar esperanzas —dijo él.

—Yo tampoco.

—Pig me ha contado lo que ha pasado, pero no me ha dicho el nombre de la instigadora de todo este follón. ¿Tú?

Ella bajó la mirada, pero Preas sabía que no era por vergüenza.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Volvieron a besarse, dando rienda suelta a la pasión contenida, a la incertidumbre despejada, a la esperanza de que todo podía acabar bien. Habían tenido que mantener en secreto su relación mientras él era príncipe de Angôr, pero siendo rey no tendría esas limitaciones. Ahora era libre de expresar su amor aunque Ulea fuera una plebeya. La abrazó una última vez antes de regresar su mirada a los demás, que no podían cerrar la boca de la sorpresa. Cuando se hubo sentado entre ellos, percibió el esfuerzo que les costaba disimular y contener las preguntas que debían estar bullendo en su interior, y agradeció estar en disposición de no tener que dar explicaciones.

—¿En qué situación se encuentra la ciudad ahora mismo? —preguntó, tratando de desviar la atención y centrar a sus interlocutores. Ulea se sentó a su lado y no se soltaba de su mano.

—Un pequeño reducto de la guardia se ha atrincherado en el cuartel del Barrio Viejo. Creo que no aguantarán mucho.

—Vamos —Preas se puso en pie, asumiendo el control de la situación con total naturalidad—. Quiero hablar con ellos.

Recorrer la ciudad, viendo el estado en que se encontraba, entristeció a Preas, por lo que las buenas noticias por la fácil reconquista y la recuperación de Ulea, quien se había quedado en la fortaleza organizando los trabajos, quedaron en segundo plano. Sintió tener que separarse de nuevo de ella, pero sabía que aún había mucho por hacer antes de poder disfrutar de su compañía como a él le hubiera gustado.

Los cuerpos de uno y otro bando se apilaban en las calles y los angoranos se afanaban en apagar los fuegos que se habían extendido desde el barrio del mercado hacia los barrios colindantes a pesar del esfuerzo ímprobo que realizaban los ciudadanos, sustituidas las guadañas y martillos por cubos llenos de agua. Preas vio el fuego destruir viviendas y sintió que era necesario, que ni todo el fuego del mundo lograría purgar el hedor que la presencia de la orden había dejado en su ciudad. Por un momento tuvo la tentación de ordenar que dejaran las llamas desarrollarse, que no lucharan contra ellas, que permitieran que el fuego les brindara un nuevo renacer.

El Barrio Viejo era la parte más antigua de Angôr'an, en la que el primer Mor se había establecido cuando hubo llegado a la región, seguido solo de su familia y unos pocos campesinos. Su distribución y forma había cambiado mucho con el paso de los siglos hasta convertirse en uno de los barrios más solicitados, donde vivían las familias nobles y con más recursos, sobre todo comerciantes afortunados. Las casas, casi todas de piedra, apenas habían sentido el embate de la invasión y, ahora, de las llamas, que se cebaban en las zonas más pobres donde las viviendas eran más frágiles.

—Veréis que muchas de las grandes casonas se hallan vacías, majestad —informó Pig—. La orden las había requisado para su propio uso y los nobles fueron puestos a trabajar en el campo.

—Reubicaremos a todos. Cada familia regresará al hogar que le pertenece.

—No estoy seguro de que algunos quieran volver tras el paso de los soldados...

Por fin llegaron al cuartel de la guardia. Se hallaba rodeado por miembros de la rebelión que, armados con los pertrechos robados a los soldados negros caídos, soportaban estoicamente la lluvia de flechas que caía sobre ellos desde las pequeñas ventanas cuando trataban de acercarse. Cuando reconocieron a Preas hincaron la rodilla ante él, presas de la más profunda emoción. Después, lo parapetaron tras unos tablones y lo protegieron con varios escudos.

Pig llamó a uno de los rebeldes, que se situó ante él lo más rápido que pudo a pesar de tener una pierna entablillada.

—Lopse, informa a su majestad.

El joven fue incapaz de contener una gran sonrisa mientras hablaba.

—Quedan al menos cinco soldados negros y diez flissanos, mi señor. No dan el brazo a torcer.

—Lopse —dijo Preas—, Pig me ha contado de tu valentía y sé que has hecho mucho por Ulea. Te lo agradezco mucho.

El joven se envaró, orgulloso y satisfecho.

—No podíamos dejar que nos pisotearan, alteza. Teníamos que hacer algo. No somos perros.

—Así se habla, muchacho. Tienes un gran valor. Vamos a resolver este asunto de una vez por todas.

Y sin más, se puso en pie, quedando expuesto de cintura para arriba.

—¡Cubridlo! —ordenó Pig, pero Preas lo impidió.

—Quiero que me vean bien.

Tomó uno de los escudos, en el que se veía con claridad el emblema del reino de Angôr.

—¡Flissanos! —gritó—. Soy Preas Mor, hijo de Jäinor Mor y rey de Angôr por derecho de sangre. Nuestros pueblos han sido hermanos desde hace siglos. La Orden Kariteas ha ensuciado nuestro nombre y nos ha hecho enfrentarnos entre nosotros en vez de unirnos para luchar contra ellos. La Tierra Negra nos afecta a todos y tal vez algún día nos veamos en la misma situación que vosotros. Llegado el momento, lo haremos juntos, venceremos al mal unidos como hermanos. Renunciad ahora a esas serpientes, salid y seréis reconocidos como tales, protegidos y alimentados. No sois nuestros enemigos. La orden lo es, esos con quienes compartís sangre en este momento os traicionarán cuando mejor les convenga. Esta oferta es única y tenéis mi palabra de que vuestras afrentas serán perdonadas si salís ahora en paz. No deis vuestras vidas por ellos. Ellos no lo harían.

Preas se quedó en pie esperando una respuesta desde el interior, pero los minutos pasaban y nada sucedía. Quería evitar un baño de sangre, pero no podía permitir que la situación se extendiese por más tiempo. Si no respondían, tendría que buscar la forma de reducirlos.

—¡Flissanos! —comenzó a decir de nuevo cuando, desde el interior del cuartel llegaron hasta sus oídos sonidos de gritos, como si se hubiera entablado una reyerta. Preas guardó silencio. Por las estrechas ventanas del edificio solo se veía oscuridad.

Un rato después, cuando ya Preas estaba a punto de perder la paciencia, se hizo el silencio y la puerta principal comenzó a abrirse muy despacio. Una espada salió despedida por la rendija para caer al suelo con un tintineo metálico. Tras ella, un arco, otra espada, una espada corta... y así hasta una decena de armas. Por fin, un hombre asomó con las manos en alto. Era un flissana, con sus ropas de color pardo tan diferentes del uniforme negro de la orden. Se situó ante la puerta sin bajar los brazos.

—Os reconocemos, rey Mor. Aceptamos vuestra palabra como promesa de un hermano y os ofrecemos nuestra más sincera rendición.

Tras él, varios hombres más salieron, también con las manos en alto. Los últimos en salir arrastraban tras ellos los cadáveres de dos soldados kariteas.

Preas salió de su parapeto y se acercó hasta el flissano.

—Has tomado una sabia decisión, soldado. Has evitado más muertes con ella y te prometo que no te arrepentirás nunca.

Los nueve flissanos supervivientes hincaron la rodilla ante Preas y un coro de vítores se levantó a su alrededor.

Preas sintió que la sangre hervía en sus venas, como si hubiera nacido de nuevo en aquel preciso instante. Los curiosos se agolpaban a su alrededor, formando una auténtica muchedumbre.

—Amigos —dijo, aprovechando la atención que la concurrencia le brindaba—, este ha sido solo el primer paso. Hemos demostrado que no nos vamos a dejar pisar. Ahora toca dejar de defendernos y comenzar a golpear. ¡Debemos ir a Talder'an!

En esta ocasión, los vítores se volvieron ensordecedores.



«La tentación estuvo a punto de vencer. Si eso hubiera llegado a ocurrir, el mundo habría sido diferente al que hoy conocemos».

Crónicas del Adalid de la Luz, capítulo catorce. Varios Autores.

Árgoht notaba el cuerpo como si no le perteneciera del todo. Hacía tiempo que no se sentía tan dolorido pero, a pesar de las circunstancias, el calor de la chimenea y el efecto reconfortante del vino, del que había dado buena cuenta con dos grandes copas, le hicieron recuperarse poco a poco. Sentía el ojo hinchado y era posible que tuviera una costilla rota, pero su mente estaba clara y serena. Se preguntaba por qué la presencia del objeto, tan cerca, que antes le provocaba mareos y náuseas, ahora no lo hacía. La única explicación posible era que allí estaba en casa. ¿Era posible que en todo momento supiera, de alguna manera que él no lograba entender, que aquel era su sitio, su hogar?

Shera lo observaba con sumo interés. Su vaporosa túnica negra de ribetes grises se ceñía a su contorno como el más tierno de los amantes y la piel de sus pechos que quedaba libre por encima del escote reflejaba con calidez el ambarino color de las llamas de la chimenea.

—Me extraña mucho que la muerte de esos imbéciles, por muy inocentes que te parezcan, te afecte tanto. ¿Por qué les proteges? —Árgoht se empecinó en su silencio—. No sabes nada de ellos. El reino de Angôr lleva mucho tiempo truncando los intereses de la Orden Kariteas por puro egoísmo, temeroso de que extendiéramos nuestra influencia más allá de su control. Nos despojaron de propiedades, recursos y fondos, abandonándonos aquí sin opciones de medrar.

—Pero lo habéis hecho.

Shera Ante'i sonrió con aquellos labios perfectos. —Lo hemos hecho sí, a pesar de todo, y gracias a Kares. Somos perseverantes y Él guía nuestros pasos entre las sombras. Ahora la familia Mor, que nos ha esquilado durante tanto tiempo, ha caído bajo el peso de su propio ego. No queda nadie para defender Angôr de nosotros.

Árgoht guardó silencio sobre la supervivencia de Preas.

—¿Y qué saca la Orden de todo esto? Los flissanos buscan nuevas tierras lejos de la Tierra Negra, es comprensible, a pesar de que sea inútil, pero ¿y vosotros? — Nosotros nos hemos apuntado a la estela del ca ballero ganador en esta justa, ni más ni menos. La Enfermedad se extiende y Fliss necesitaba salir de su confinamiento. Angôr les negó su ayuda y ahora se están tomando la justicia por su mano. Nosotros solo les hemos dado el valor para hacerlo y la guía para llevarlo a cabo. A cambio de unas cuantas regalías, por supuesto. ¿Qué conseguimos? Crecimiento y expansión, algo que se nos ha negado durante mucho tiempo. Extender la palabra de Kares nuestro señor hasta donde tenga que llegar. La Tierra Negra era la señal que esperábamos de que Él ha regresado, de que su poder vuelve a estar en apogeo. Es nuestro turno para ponernos al frente y tomar las riendas de este mundo infecto.

Árgoht bebió otro sorbo de vino. Con él trataba de tragar también las palabras de Shera. Su postura tenía sentido, uno extraño y retorcido, pero lo tenía.

—Pero ¿y tú, hechicero? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué estás de su parte?

—Me pongo en contra de quien va a provocar la muerte de miles de inocentes. Esa es mi parte.

—Eres un lobo solitario que nunca se ha inmiscuido en asuntos como este, ¿no es cierto? ¿Por qué ahora?

Era una buena pregunta, y Árgoht sentía una ligera turbación, como si estuviera tocando una fibra sensible dentro de su ser.

—Es interesante pensar en tu presencia aquí justamente ahora, cuando Kares empieza a reclamar el lugar que por justicia le pertenece. Percibo una gran sombra en ti, un espacio negro y sombrío que mantienes bajo control. Podrías aprender mucho entre nosotros...

Árgoht clavó la mirada en los preciosos ojos de Shera Ante'i.

—Ya has visto en las catacumbas que tenemos ciertos conocimientos de magia, pero ningún hechicero se cuenta entre nuestras filas. Percibo la bestia dentro de ti, el ansia por desatar ese poder que a duras penas logras controlar.

El meledino se sintió desconcertado. Lo último que esperaba era ese tipo de oferta. Sin titubeos, le estaba brindando la posibilidad de adquirir un conocimiento que estaba al alcance de pocos hombres. La magia de las sombras, siempre presente aunque escondida en lo más recóndito de su poder. La Madre no la controlaba, pero siempre había sentido su presencia. Cada vez que quitaba una vida o cada vez que sacaba a Êralin de su funda la sentía más cerca, como si la sombra creciera y amenazara con engullirlo. Una parte de sí mismo quería adquirir esos conocimientos,

ampliar sus horizontes y ser más poderoso de lo que lo había sido nunca.

—Únete a nosotros, Árgoht Grandël. El mundo está cambiando. Un nuevo orden se cierne sobre Thera. No tendrás otra oportunidad como esta de elegir el bando correcto.

—¿Quién eres tú para decidir cuál es el bando correcto?

Shera sonrió.

—Es fácil, hechicero. El bando correcto es el que gana.

Una hora después, Árgoht se encontraba en una celda en algún punto elevado de la Torre Sombría. Shera Ante'i había dado la conversación por terminada y, para su sorpresa, no le enviaron a las mazmorras. Cinco hombres armados le escoltaron escaleras arriba hasta llegar a un largo pasillo ricamente decorado. A pesar de la lobrete que la piedra negra generaba, el lujo que lo rodeaba era cada vez mayor a medida que ascendían. Le llevaron hasta una puerta de madera y uno de ellos sacó una llave de un manojo con la que abrió. Con un ligero empujón y sin mediar palabra, otro soldado le indicó que entrara. Entendiendo que pelear no le serviría de nada en ese momento, Árgoht obedeció. Necesitaba pensar sobre su situación y sobre su conversación con la maestra de la orden.

La puerta se cerró con llave tras él, dejándolo solo en un amplio dormitorio tan bien decorado como todo lo demás. Una gran cama, un escritorio, una jofaina, alfombras... Querían que se sintiera cómodo en una clara estrategia para ganarse su favor.

En la pared contraria a la puerta se abría una ventana. Se acercó a ella para observar el día que languidecía, pero la estancia había sido tan bien escogida para él que su visión desde allí se limitaba a la pared rocosa de la montaña y, una veintena de metros más abajo, una pequeña parte de la muralla en el punto en el que esta se anclaba a la piedra. Sería imposible escapar por allí. Si miraba hacia su izquierda, asomándose sobre el alféizar, podía ver varios edificios chatos anexos a la Torre Sombría, pero le era imposible apreciar su utilidad desde allí.

Regresó al interior del dormitorio y se sentó en la cama con un suspiro y un latigazo de dolor en el costado. Aquella situación era lo último que había esperado cuando había decidido ir hasta allí en pos del objeto de piedra negra. Recibir una proposición por parte de la orden y ser su invitado más que su prisionero no entraba en sus planes. Se sentía agotado, a pesar de lo bien que había descansado la noche anterior. La paliza recibida le había mermado mucho y sentía que las fuerzas se le escapaban a marchas forzadas. Se llevó la mano al costado dolorido. No parecía tener nada roto, pero las costillas gemían con cada contacto. Además, para completar el cuadro de dolores, debía de haber recibido alguno en la vieja herida de la pierna, pues volvía a dolerle. Se desabrochó el pantalón y se lo bajó hasta las rodillas. La cicatriz, como esperaba, seguía allí, fea y oscura como un mal recuerdo de tiempos peores. Solo había sido un golpe.

En ocasiones se pasaba largo rato con la mente en blanco y observando aquella

masa informe como recordatorio de lo cerca que había estado de la muerte. En ocasiones como esa echaba mucho de menos a Kleria. Casi podía sentir su olor natural a su lado, la calidez de su piel morena...

Desechando aquella nostalgia pueril, se abrochó de nuevo los pantalones y volvió a centrar sus pensamientos en su problema actual, más importante y acuciante.

Lo poco que le había contado Preas sobre la Orden Kariteas se alejaba mucho de la imagen que ahora se mostraba. Pero no era estúpido y sabía que solo estaba viendo la superficie, la pátina limpia y ordenada con la que podían cubrirse si era necesario para aparentar normalidad y honradez. No negaban su culto a Kares pero ¿era eso algo malo en sí mismo? ¿Era diferente de su amor a la Madre? La existencia de Kares, su presencia en el esquema junto a los demás Guardianes, lo hacía digno de ser respetado como parte del Equilibrio necesario. Pero no podía olvidar lo que había visto en las mazmorras.

«El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida». Ahora que entendía un poco más aquellas misteriosas palabras sabía que la presencia de la orden, su crecimiento en los últimos años y su actual osadía, tenían que ver con el auge de Kares, con el Desequilibrio que se estaba produciendo.

Alargando el brazo hacia atrás buscó su petate sin encontrarlo con la intención de coger la bola, de sentirla cerca para que le ayudara a pensar, a concentrarse. Se lo habían quitado todo en el momento de su captura. Se sintió frustrado y empezó a molestarle su cautiverio. No tener cerca sus cosas le molestó más de lo que esperaba y una suerte de nerviosismo comenzó a invadirle, acostumbrado como estaba a acariciarla cuando necesitaba pensar. Pero peor aun era sentirse lejos de Êralin, a la que suponía descansando junto a la bola. Después de tantos años, se encontraba desnudo sin ella colgando de su costado.

Se levantó y se lavó la cara en la jofaina esperando refrescar sus ideas con el agua fría. No podía sacarse de la cabeza las palabras de Shera Ante'i. Su relación con la Madre y su entrada en el gehvaal le proporcionaban los conocimientos necesarios para seguir progresando como hechicero, pero siempre dentro de los límites que ella establecía. Por ello, su conocimiento de la magia estaba siempre vinculado, salvo contadas excepciones, a su Esencia, a aquello que tenía que ver con la propia Thera, con su naturaleza y sus recursos naturales. Por ello el ofrecimiento de la maestra le había llegado hondo. Conocer otros tipos de magia... ¿Era posible?

Había visto en ocasiones efectos de esta magia, como lo logrado por el nigromante Nerak en el reino de Lahmna, cuando la invocación de la criatura Margahelar a punto estuvo de destruir el linaje real. Nerak no había sido un hechicero propiamente dicho, pero sus conocimientos eran suficientes como para causar daños abriendo portales al mundo de los muertos. Por un momento se preguntó si podría él acceder a ese poder.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. No quería arriesgarse a entrar en el gehvaal en un lugar como aquel, pero necesitaba volver a probar su conexión con la

Madre. Cerró los ojos y se concentró en el aire que entraba en sus pulmones, en el tacto de la alfombra bajo su cuerpo. Buscó entre los entresijos de su magia, ahondó en los hechizos más básicos buscando el cosquilleo que le producía, ese tremor en el aire, esa palpitación propia de un prodigio inminente.

No encontró nada.

Volvió a intentarlo con el mismo resultado. Sin embargo, el pensar en la Madre le trajo a la mente las palabras del hechizo incompleto que revoloteaban por sus pensamientos. Se centró en eso como ejercicio de concentración y sintió un tenue escalofrío a su alrededor. Las palabras parecían querer cobrar sentido, pero cuando parecía tenerlo cerca, se disipaban como el polen al viento. Aun así, sentía que estaba cerca y temía el momento de hacerlo. Podía sentir el enorme poder que albergaba en su interior y sabía de hechizos tan potentes que eran capaces de destruir al hechicero que los mencionase. Aunque, ¿por qué iba la Madre a darle un poder que a su vez pudiera destruirlo? No tendría sentido.

Durante varias horas mantuvo la concentración, tratando de dar con el resquicio que le permitiera llegar hasta Ella. El sol fue descendiendo más allá de las montañas pero Árgoht apenas fue consciente de ello. Tenía que haber alguna manera.

Entonces, como un rayo de luz en mitad de la más profunda de las tinieblas, una voz llegó hasta sus sentidos mágicos. Por un momento temió habérselo imaginado, pero cuando se concentró de nuevo en ella, la volvió a escuchar.

«Árgoht...».

Era tan sutil, tan lejana de sus sentidos en aquella torre maldita que se sorprendió de ser tan siquiera capaz de apreciarla. Tenía que hacer un esfuerzo inmenso por entender las palabras.

«Adalid...».

La voz apenas era un delgado hilo en el telar de la sombra, pero estaba allí. Por un momento sintió que podía agarrarlo, que podía llegar a él. Estaba a punto de encontrarla...

Unos fuertes golpes en la puerta lo sobresaltaron, arrancándolo de su concentración. Su corazón palpitaba desbocado. La puerta se abrió y bajo el umbral apareció una mujer vestida de negro con una larga túnica con ribetes y anchas mangas. Su piel pálida contrastaba con el negro de sus cabellos, bien peinados y recogidos en una cola. Árgoht miró por la ventana. La tarde estaba a punto de abandonar Thera para dejar paso a la noche. Por su frente resbalaba una gota de sudor.

—Soy la acólita Gres Andurtoi. La Maestra Ante'i os requiere para la cena.

Árgoht tardó unos instantes en reaccionar, muy contrariado por la interrupción cuando parecía que estaba a punto de encontrar la forma de contactar con la fuente de su poder. Diez años atrás, cuando había quedado perdido en el gehvaal por culpa de la Tierra Negra, estaba débil y enfermo, incapaz de aguantar el impacto que significó no poder acceder a la Madre. Ahora estaba fuerte y en plena forma, a pesar de los

dolores por la paliza.

Sin otra alternativa a la vista, el hechicero salió en pos de la acólita. Gres avanzaba ante él en completo silencio. Árgoht trató de distinguir en la actividad del personal la agitación propia de una plaza en guerra, pero nada parecía indicarlo. Los acólitos con los que se cruzaban saludaban a Gres y miraban al hechicero con disimulada curiosidad, si bien se cuidaban de hacer ningún tipo de comentario. Desde luego, aquello no parecía un cuartel general.

—Entra.

Gres se detuvo ante una puerta doble y abrió uno de sus batientes manteniéndose a un lado para franquear el paso al meledino. Desde el interior llegaba el olor de la carne recién asada, invadiendo sus fosas nasales. De pronto cayó en la cuenta de que estaba hambriento. La puerta se cerró tras él y Árgoht se encontró a solas de nuevo en la sala en la que Ante'i le había recibido esa misma mañana. Una mesa rectangular flanqueada por dos sillas ocupaba ahora parte del espacio. La chimenea seguía encendida y la sala, deliciosamente caldeada. Instantes después, una puerta al fondo se abrió y entró la Maestra. Había sustituido su túnica negra por una gris, aún más ceñida y más ricamente decorada con lo que parecían ser hilos de plata. El pelo, recogido en un alto moño, parecía brillar con el resplandor de las llamas al igual que sus ojos felinos.

—Siéntate, hechicero. Deléitame con tu compañía.

Árgoht, hambriento como estaba, no se lo pensó dos veces. Un sirviente entró para servir ambas copas y Shera alzó la suya hacia él.

—Porque lleguemos a entendernos.

Árgoht no repitió el gesto y se limitó a beber un trago. Shera disimuló su contrariedad bebiendo a su vez muy despacio, sin quitarle ojo mientras empezaba a comer sin miramientos los platos que el sirviente había puesto ante ellos. Se trataba de un gran estofado de aspecto exquisito acompañado de verduras, queso, pan y algo que parecían ser salchichas o algún tipo de chorizo.

—La batalla de Talder'an ha comenzado —dijo la mujer—. Pensé que querías saberlo.

—No es mi guerra —dijo sin dejar de comer.

—Eso pensaba yo, pero tus actos te contradicen.

—Lo dudo.

—Esta mañana hablabas de que morirían inocentes y eso te parecía mal. ¿Has cambiado de opinión?

Árgoht dejó de comer un instante y alzó la mirada hacia la Maestra.

—No. Y lo evitaré si está en mi mano. Es una promesa.

Shera Ante'i rio en respuesta. Árgoht la ignoró y bebió de nuevo para bajar un pedazo de pan.

—Que no te engañen mis buenos modales, hechicero. No eres un invitado. Tus opciones son escasas. De hecho, solo dos: o te unes a nosotros o mueres. Serías una

magnífica incorporación para la orden, pero mi condescendencia tiene un límite.

Árgoht alzó la mirada hacia la maestra.

—¿Qué ganas tú con esto?

Una sonrisa traviesa se dibujó en el rostro moreno de la karitei.

—Parece que me has calado.

—La orden tiene cinco maestros, pero no me has mostrado ante ellos. Quieres que mi captación sea un mérito tuyo.

Shera fijó en él su mirada. Árgoht pudo sentir su intensidad en la piel, como si su mera presencia le quemara.

—Conocerás a los demás, te lo aseguro. Pero preferiría que fuera de mi mano en vez de con mis grilletas. Tú decides.

Árgoht no respondió y siguió comiendo. Miró hacia la repisa en la que esa mañana esperaba la estatua del talhom, pero se encontraba vacía. Shera se percató de ese detalle.

—No está aquí, hechicero. Hoy es el día. Como te dije, la batalla ha comenzado. Y la vamos a ganar. Jerkal'im es nuestra puerta al futuro.

Árgoht alzó la mirada.

—No sabes nada, ¿verdad? Has venido aquí a la carrera en persecución de ese objeto, de ese ser increíble, sin saber nada de él. Pues te diré algo. Has tenido el honor de conocer a Jerkal'im, uno de los Cinco Hijos de Kares. Lo más sorprendente es que hayas sobrevivido al primer encuentro, lo que se explica por lo reciente de su renacimiento. Pero su poder crece a cada momento que pasa. Pronto nadie podrá detenerlo.

Shera Ante'i se levantó con su túnica revoloteando a su alrededor dejando a Árgoht solo, presa de sus más funestos pensamientos.

Antes de salir de la sala se giró de nuevo hacia el hechicero. Su rostro era frío como la negra piedra que los rodeaba.

—Insisto: o te unes a nosotros o mueres.



«Si has de hacer algo, que sea en honor a Kares. Si no es así,
no lo hagas».
Po'karatan. Anónimo.

Shera Ante'i sonreía mientras avanzaba por los pasillos de la torre en dirección al Salón de Ámbar Negro, donde la esperaba el resto de los maestros. El hechicero no estaba lejos de la verdad al decir que quería ser ella quien lo ofreciera a los demás como muestra de su devoción a la orden. Se había ganado varias felicitaciones cuando se apareció ante los demás con el talhom encerrado en lo que había sido el preciado Gohelanort. Aun le irritaba pensar que Tarkon Anan la había traicionado al enviar a Kijl a cumplir una misión que solo le correspondía a él. En cambio, se había puesto en marcha al frente del ejército que combatía en Talder'an. Ella debía haberlo anticipado. Anan era un guerrero y apartarlo de la batalla era como arrancarle la vida. El resultado había sido óptimo, pero aun así debía tomar medidas para asegurarse la obediencia de Tarkon en el futuro.

Cuando llegó al gran salón sus cuatro compañeros la esperaban. El Ser nunca estaba presente en situaciones clave como aquellas. Sus conversaciones eran exclusivamente con su señor Kares y presidir una reunión de maestros sería indigno de su posición.

Los demás maestros esperaban en pie alrededor de una gran mesa redonda de piedra situada en el centro del inmenso salón, sostenido por cinco grandes columnas. El techo se perdía en las alturas y la escasa luz que penetraba en él lo hacía a través de cristaleras situadas en el punto más alto con el fin de aprovechar los escasos rayos solares que llegaban hasta allí durante pocas horas al día. Media docena de sirvientes esperaban alrededor en el más completo silencio las órdenes de sus superiores.

—Bienvenida, maestra.

Shera saludó y se sentó en el sitio que le correspondía. En ese momento se percató de que también se encontraba presente Kijl, que se había quedado de pie. Solo los Maestros tenían derecho a una silla en el Salón de Ámbar Negro. Allí se habían tomado las decisiones más importantes de la orden desde tiempos inmemoriales.

En el centro de la mesa, los restos deformados y fusionados del Gohelanort y la piedra negra. Su mera presencia imponía respeto, como si estuvieran ante el mismísimo Kares. Aquel éxito suyo debía llegar a oídos del Ser.

El primero en tomar la palabra fue Otrex, el maestro más antiguo. Su orondo tórax subía y bajaba con cada movimiento de su pesada respiración.

—He ordenado a Kijl que se presente ante nosotros. Queremos escuchar su historia de primera mano. A partir de ella, sacaremos las conclusiones pertinentes.

El inmenso soldado tenía la mano vendada y sujeta con un cabestrillo rudimentario. Al verlo, Shera supuso que tendría que ser muy fuerte para superar esa flaqueza si quería volver a ser el guerrero que había sido y mano derecha de Tarkon Anan. Se mostraba inquieto y tenía razones para ello. Eran pocos los que tenían el honor de hablar ante el Consejo de maestros al completo.

—Habla, acólito. Cuéntanos cómo llegó el Gohelanort a tus manos y cómo lo has traído hasta aquí.

Kijl comenzó a hablar sin tapujos, contando con orgullo cómo había perdido la mano por defender el mágico objeto y cómo había tomado la determinación de asaltar el lerteneo de Lotrain. En este punto, le interrumpieron. Lo hizo el propio Otrex con su voz ajada y ronca.

—¿Preas vive, pues?

—Sí, maestro. Ha reunido un pequeño ejército y planea usarlo para recuperar Angôr'an.

Una carcajada común se extendió por los miembros del consejo.

—¿De cuántos efectivos cuenta ese... ejército? —preguntó Gio Lahnoir.

Lahnoir era el segundo en la jerarquía del Consejo de maestros y, aunque era más joven que Otrex, cargaba ya muchos años a sus espaldas. Su voz melodiosa escondía una crueldad inesperada en un hombre como él. Varias cicatrices surcaban su rostro enjuto.

—No son muchos, maestro, y la mayoría son jóvenes y heridos. Son refugiados.

—¿Crees que pueden suponer un problema?

—No me corresponde a mí decidirlo, maestro.

—Bien dicho —intervino Shera, la única mujer en el Consejo—, no es tu cometido. Ya respondo yo: Preas Mor está muerto, ya sea real o figuradamente. No hay nada que él o su ridículo ejército puedan hacer por recuperar el reino de Angôr.

—Me preocuparía más por el hechicero —concluyó Kijl.

Otrex calvó en él su anciana mirada. Aún había en ellos una chispa de energía que

incomodó al soldado como si lo hubieran atravesado con una aguja candente.

—Háblanos de él.

Kijl repitió el episodio de Anteri'zá y cómo había estado a punto de acabar con su vida en Visrên.

Cuando terminó de hablar se hizo un silencio en el gran salón.

—Es en verdad preocupante... Pero tú le has sobrevivido en dos ocasiones. Tal vez no sea tan duro como aparenta —dijo Otrex.

Shera Ante'i observaba el rostro de los demás maestros con la satisfacción de quien sabe un secreto de vital importancia.

—No lo es —dijo por fin.

Gio la miró.

—Explícate.

—La explicación es sencilla, hermano. El hechicero está aquí, bajo mi custodia.

Se alzó un revuelo entre los miembros del Consejo.

—¿Está aquí y no nos lo habías hecho saber?

—Esperaba el momento oportuno, que es este. Está a buen recaudo bajo mi supervisión.

—Tráelo de inmediato a nuestra presencia, maestra. Debemos evaluar si es un peligro para nosotros. —No lo es, al menos inmediato, maestro. Sugiero que antes hablemos de la batalla que se está desarrollando en Talder'an. Esa es nuestra prioridad. Jerkal'im nos espera impaciente. Que la presencia del brujo no nos desvíe de nuestro cometido más importante.

Shera se puso en pie para darle mayor dramatismo a sus palabras.

—Una ocasión única se muestra ante nuestros ojos. Si todos los indicios son correctos, como sospechábamos, estamos en presencia del mismísimo Jerkal'im, uno de los Cinco Hijos de Kares, que vuelve a su hogar tras un injusto exilio.

Un silencio reverencial se extendió entre todos los miembros del Consejo de maestros mientras observaban el objeto informe de piedra negra que, opaco, más parecía absorber la luz de la chimenea que reflejarla.

—Tenemos una oportunidad de servir a Kares nuestro señor como no lo ha hecho nunca ninguno de nuestros predecesores. Tenemos la oportunidad de liberar de sus cadenas a Jerkal'im para que desate sobre los infieles la furia de Kares y con él, destruir a quienes se opongan al avance de la Orden Kariteas. Estableceremos un nuevo orden en Thera. Hoy, hermanos, haremos historia. Las palabras de Shera provocaron en los demás maestros una agitación casi infantil ante las expectativas que planteaba.

—Recuperaremos el poder que se nos robó —intervino Gio—, nuestro lugar en el mundo. Quienes se atrevieron a desafiarnos y nos encerraron aquí para que no pudiéramos van a pagar con sus vidas esa afrenta.

La figura de piedra negra cambiaba ante sus ojos, formando aristas y pliegues sin cesar, como si se contagiara de la excitación que la rodeaba.

—Siento su poder —dijo Londrar, el más joven de los maestros—. Lo oigo dentro de mi cabeza, hablándome, diciendo las cosas más hermosas que he escuchado jamás.

—¡Liberémoslo! —exclamó Otrex, presa de la exaltación—. ¡Honremos a nuestro señor Kares como se merece!

Shera disfrutaba con aquella expectación, sabiendo que era gracias a ella. Sin duda, era un paso hacia adelante en su futuro dentro de la orden. Por un momento se imaginó a sí misma como Ser Supremo. ¿Por qué no?

Alzó las manos para pedir silencio a sus hermanos, que poco a poco fueron serenando sus ánimos. Sentía el corazón desbocado dentro de su pecho y un regusto dulce en la boca. Era el sabor de la victoria. Tuvo que coger aire y contener su emoción para que no le temblaran los labios.

—Ha llegado el momento de recuperar nuestro lugar en el mundo —dijo cuando se hizo el silencio a su alrededor—. ¡Jerkal'im, Hijo de Kares, nosotros te invocamos!



«La falta de prudencia, esa especie de temeridad innata, es la característica común de todos los héroes a lo largo de la historia».

Vida y obra de los héroes ignotos, capítulo noveno. Varios autores.

Árgoht apenas percibió la presencia de cuatro soldados embozados de negro que penetraron en la sala. Shera Ante'i se había ido, dejando tras ella un perfume embriagador. Siguió comiendo de manera mecánica, como si se encontrara en un confortable comedor y no prisionero de, tal vez, el enemigo más temible que había surgido en Thera desde tiempos inmemoriales. El estofado estaba delicioso y el pan, exquisito. Si tenía que morir ese día, que fuera con el estómago lleno.

Las últimas palabras de la maestra acudieron a su mente como procedentes de un eco lejano. La orden iba a invocar al talhom Jerkal'im. Con él bajo su control, podían devastar aquellas tierras sin sufrir bajas en sus ejércitos. No había poder en el mundo que pudiera detenerlo. La presencia de aquella horrible criatura provocaría un desastre entre las filas de angoranos y de todos los reinos vecinos, pero la urgencia que le había llevado hasta allí había desaparecido, sumido como estaba en dudas impropias de él. La oferta de Shera pululaba por sus pensamientos como el olor de la miel para las abejas. Al fin y al cabo, si era la orden la que acapararía el poder en un futuro cercano, ¿no era lógico permanecer a su lado antes que enfrentarse a ella? ¿Qué posibilidad tenía él contra el poder de uno de los Cinco de Kares?

Terminó de comer y apartó el plato. Ningún sirviente se acercó a retirarlo. Se puso en pie y los soldados negros se situaron junto a él y a su espalda, dispuestos a acompañarlo a su habitación. Sus ojos se fijaron en el fardo que formaban sus

pertenencias, tirado de cualquier manera en el rincón más cercano a la puerta, como si aquella espada no fuera Êralin, como si en su interior, entre las telas, no hubiera una delicada bola de cristal. Sintió una rabia impropia al pensarlo, como si sus pertenencias merecieran un poco más de respeto.

En el momento en que dio un paso, dispuesto a aceptar un destino incierto, un dolor lacerante le penetró en la cabeza como una aguja, haciéndole gritar y caer de rodillas, aferrándose las sienes. Sintió, como perteneciente a otro mundo, el movimiento de sorpresa de sus escoltas. Entonces todo se desvaneció a su alrededor, y quedó sumido en la negrura más absoluta. Una imagen apareció ante él, como un recuerdo lejano. Era una playa de arena blanca. En vez del delicioso cielo azul que podía esperarse en un lugar como aquel, oscuras nubes de tormenta otorgaban al mar embravecido un tono gris que solo presagiaba la muerte. En el horizonte, los relámpagos destellaban como si quisieran partir el mundo en dos. El viento agitaba sus cabellos. Pero no había ningún ruido entre el caos. El silencio era total. Ante él, con el agua de la orilla lamiendo sus tobillos, una niña pequeña le esperaba. Vestía un delicado camisón de fina tela blanca que el viento no sacudía a pesar de su furia. Su cabello lacio reposaba sobre sus hombros en suaves caricias de color castaño. La niña parecía estar en otro lugar. En sus ojos, Árgoht vio el miedo y la angustia. Era el mismo lugar de diez años atrás, la misma playa y la misma niña. Era la Madre, allí, ante él.

De pronto recordó las palabras de Estëas: «¿Quién sois? ¿Por qué Gan se pondría en contacto directo con vos? ¿Qué papel desempeñáis en esta historia?».

Y escuchó las palabras de la niña sin que ella moviera los labios.

«Árgoht... Adalid...».

La niña alzó una mano y él quiso acercarse, pero era incapaz de moverse, como si la arena se hubiera cristalizado en torno a sus pies. Como la otra vez, la marea comenzó a disolver el cuerpo de la niña. Pronto desaparecería tragada por las aguas. Empezó a escuchar palabras familiares, casi a gritos, con su voz delicada y armoniosa. Eran las palabras del hechizo, girando en su cabeza como una vorágine descontrolada. Sentía su significado al alcance de la punta de sus dedos, como si lograr colocar una en su sitio ubicara todas las demás de manera espontánea.

La niña desaparecía ante sus ojos.

«Otra vez, no, por favor. Déjame salvarte».

Pero seguía anclado, incapaz de hacer nada mientras las olas se llevaban su frágil cuerpo.

Sus últimas palabras quedaron grabadas a fuego una vez más en sus pensamientos.

«El equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida».

Con un parpadeo, regresó a la realidad con la respiración como si acabara de correr kilómetros, y sudaba copiosamente. Sentía la presión que los guardias ejercían en sus brazos intentando que se pusiera en pie. Tenían el rostro congestionado por la

impaciencia.

Pero Árgoht no pensaba en ellos. La Madre, Gan, había llegado hasta él a pesar de encontrarse allí, en el epicentro de la sombra, donde no tenía poder. Había sentido el esfuerzo que le había supuesto hacerlo, lo sentía en cada poro de su piel, en cada célula de su cuerpo.

«Perdóname, Madre», pensó abrumado, «he estado a punto de abandonarte». Ese pensamiento despertó en él una ira como nunca antes había sentido. ¿Tan cerca había estado de renunciar a ella? Apretó los puños contra la piedra del salón hasta que sintió que iba a desgarrarse las palmas de las manos con las uñas.

Uno de los soldados se situó a su lado, dispuesto a levantarlo por la fuerza. Se dejó hacer y, en el momento preciso, lanzó el codo contra su rostro, cogiéndolo desprevenido. Sintió cómo se rompía el hueso de la nariz al tiempo que un chorro de sangre brotaba y salpicaba sus ropas. El hombre lanzó un grito, más de sorpresa que de dolor, y se llevó las manos al rostro.

Árgoht aprovechó la sorpresa, los segundos que tardaron los demás en reaccionar, para lanzarse hacia la esquina en la que Êralin, como la más paciente de las amantes, esperaba regresar a sus manos. Escuchó cómo, tras él, los soldados maldecían y desenvainaban sus espadas. Sin pensarlo dos veces se tiró al suelo, rasgándose las rodillas al caer con ellas sobre el suelo de piedra. Estiró el brazo cuanto pudo y cerró los dedos alrededor del cuero que recubría la empuñadura de la espada. Con un brusco tirón, la sacó de su vaina.

El contacto con el arma erizó el vello de sus brazos, como si una corriente de energía recorriera su cuerpo, revitalizando sus músculos y su mente, alertando sus sentidos. El dolor desapareció, las preocupaciones se desvanecieron. Solo quedó Êralin. Se sintió poderoso a pesar de las circunstancias.

Pero había algo más.

Siempre había sospechado que Êralin se alimentaba de algún tipo de fuerza oscura y pudo comprobarlo allí, donde esas fuerzas estaban en su máximo apogeo. La espada pareció cobrar vida propia en manos de Árgoht y, cuando el primero de los soldados se acercó a él, casi sin tener que pensarlo, el filo se lanzó contra su adversario, rompiendo su defensa y penetrando en el pecho del desafortunado, que murió antes de tocar el suelo. Los otros tres parecieron dudar, pero enseguida iniciaron su ataque. Êralin danzó, deteniendo tajos y lanzando los suyos propios. Árgoht se alejó de la esquina que limitaba sus movimientos. Finta. Esquiva. Tajo. Finta. Se sentía pletórico. Sin ser un gran versado en la esgrima, la fuerza extra con la que Êralin inflamaba sus venas le hacía ser más veloz, más astuto... mejor. No podía decir que la espada se moviera por sí misma, ni mucho menos, pero el efecto era similar. Sus sentidos estaban más frescos y su resolución, más certera. Ninguna duda ponía en tela de juicio sus acciones.

En pocos minutos, los cuatro soldados yacían muertos a sus pies mientras densos charcos de sangre se formaban bajo su cuerpo. Con el baile habían roto varias sillas y

una mesa de servicio, por lo que, cuando todo hubo terminado, el lugar parecía un campo de batalla. Sus músculos palpitaban por el esfuerzo.

Árgoht observó los cadáveres con un regocijo impropio de él, deleitándose en el color carmesí de la sangre bajo sus pies, y supo que era Êralin quien hablaba. Se sintió asqueado y la envainó con un gesto brusco. Odiaba aquella voz que la espada introducía en su cabeza, pero cuando la enarbolaba sentía un poder embriagador, capaz de cualquier cosa. Pero también esa sensación era ficticia y lo sabía.

Dedicó unos segundos a serenarse antes de recoger su petate. Introdujo la mano en él y sacó la delicada bola de cristal para comprobar que no había sufrido daños. Su superficie seguía inmaculada y un tenue resplandor iluminaba su seno, como si estuviera despertando de un largo sueño.

Volvió a cubrir la bola con las telas luchando contra el deseo de quedarse allí mirándola, tratando de desvelar sus ignotos secretos. No era el mejor momento. En algún lugar de la torre, Shera Ante'i podía estar invocando, en ese mismo instante, a Jerkal'im. Tenía que encontrarla e impedirlo. Ahora lo tenía claro.

Sin dudarle un instante más, se lanzó en dirección a la puerta por la que había desaparecido la maestra un rato antes. Llegó a un pasillo amplio y bien iluminado, decorado por múltiples tapices y alfombras. No tenía forma de saber si debía ir a la izquierda o a la derecha. Por un lado, el pasillo seguía algunos metros más antes de terminar en una puerta y girar a la derecha. Por el otro, varias puertas más, más pequeñas y de aspecto insignificante, se abrían a ambos lados hasta acabar condenando el pasillo a escasos metros de distancia.

Por fin, se encomendó a la Madre y se lanzó hacia la izquierda. Tuvo la tentación de echar a correr, de llegar cuanto antes a su enfrentamiento con la maestra, como si, ahora que había tomado una decisión, quisiera llevarla a cabo lo antes posible. Controlando su ansiedad, midió cada paso que daba, atento a cualquier ruido que le indicara la presencia de soldados o acólitos en su camino. Tras varias puertas cerradas escuchó voces y cuchicheos, pero siempre masculinas. Las ignoró y pasó ante ellas con todo el sigilo posible. Con las prisas, estuvo a punto de pasar ante una puerta abierta de doble hoja que daba a un gran salón. Con un respingo, se situó a un lado con la espalda pegada a la pared, temiendo que lo viera alguna de la veintena de personas que estaban en su interior. Por suerte para él, todas estaban orientadas hacia el fondo, arrodillados ante un gran altar coronado por una estatua negra y sin nada que separara la frágil piel de sus rodillas del contacto con la dura piedra del suelo. Al unísono, entonaban un cántico en voz muy baja.

Con todo el sigilo del que fue capaz, Árgoht pasó de largo ante la gran puerta echando un vistazo al interior. Varios de los acólitos presentaban la espalda descubierta y llena de sangre debido a los golpes que se propinaban con una suerte de pequeño látigo terminado en puntas duras y redondas. La sangre goteaba al suelo, contribuyendo a alimentar las energías oscuras que en aquel lugar lo dominaban todo.

El hechicero podía sentirlo en el ambiente, en cada bocanada de aire que aspiraba.

Se negaba a definirlo con la palabra «maldad» pues no le haría justicia y sería una vulgaridad subjetiva fruto únicamente de su percepción de la verdad; pero lo que allí sentía, la sangre que corría por los resquicios de aquella negra piedra, iba en contra de todo cuanto él conocía, de todo cuanto la Madre le había enseñado. Sentía la muerte a su alrededor, la muerte lenta y dolorosa del torturado.

Haciendo un esfuerzo por centrar su mente, siguió adelante, dejando atrás el lento murmullo y avanzando hasta doblar por la esquina casi sumida en sombras. Más allá se extendía un nuevo trecho de pasillo de escasos cinco metros rematado por una nueva puerta de madera oscura y doble hoja. Ante ella, dos guardias flanqueados por sendas antorchas que despertaban destellos anaranjados en sus metálicos petos negros.

Árgoht se pegó a la pared, ocultándose entre las sombras todo cuanto pudo y fuera de su vista. Aún no había doblado la esquina. Contuvo la respiración, esperando el grito de alarma o de advertencia por parte de los vigilantes que, sin embargo, no se produjo.

Encontrar una puerta custodiada podía significar que tras ella se ocultaba lo que estaba buscando.

No tenía muchas opciones, así que recurrió, a la desesperada, a lo más simple.

—¡Soldado! —llamó, dejándose ver un poco por la esquina. Esperaba estar bien cubierto por las sombras y que apenas pudieran entreverlo.

—¿Quién va?

Árgoht trató de poner su tono de voz más autoritario.

—Soldado, ¡te necesito! ¡Ven aquí, hay un intruso en la capilla!

Vio que los dos hombres se miraban entre sí, dudando, pero por fin, tras unos instantes, uno de ellos alzó los hombros en un gesto de resignación y se separó de la puerta para dirigirse a la esquina.

—¡Rápido! —se atrevió a insistir Árgoht con una sonrisa. Se estaba divirtiendo.

Volvió al refugio del parapeto tras la esquina y mantuvo la espalda pegada a la pared. En el momento en el que el guardia llegaba a su altura lanzó un golpe con el codo a la altura del rostro con toda la fuerza de la que fue capaz. Oyó los huesos romperse y un tenue gemido antes de que el hombre se desplomara, inconsciente. Árgoht lo sostuvo cuanto pudo, pero le fue imposible evitar que el peso muerto que suponía el cuerpo impactara contra el suelo, haciendo tintinear la armadura.

—Glose, ¿qué ocurre?

Como era de esperar, el otro guardia lo había oído todo.

—¿Estás bien?

Árgoht, en respuesta, gimió con voz gutural, imitando el sonido de alguien agonizante.

Los pasos del soldado se aceleraron.

—¡Glose! ¿Quién anda ahí?

Árgoht no se mostró más. Escuchó cómo los pasos se volvían más lentos, más

cuidadosos y el inconfundible sonido del metal arrastrándose por el cuero al desenvainar su espada. El meledino hizo lo propio con una pequeña daga que mantuvo pegada al cuerpo para evitar que reflejara la luz de las escasas antorchas.

—¡Glose!

En el momento en que Árgoht supuso que el guardia ya estaba a su alcance salió de su escondite de sombras y, veloz como un rayo a pesar de sus dolores, se abalanzó sobre él, acortando la distancia entre los dos para evitar que levantara su arma. Con un gesto hábil, clavó la daga en el cuello del desprevenido soldado. Murió sin un grito, sin un gemido. Solo un gesto de sorpresa le acompañó en la agonía corta que le provocó el ahogarse en su propia sangre. Árgoht acertó ese sufrimiento clavando de nuevo la daga en el corazón. Después arrastró el cuerpo para situarlo junto al otro, que seguía inconsciente y sin que pareciera tener mucho interés en despertarse.

Sin tratar de esconder más los cuerpos, avanzó hasta la puerta. Ya no podía ocultar su rastro, así que estaba todo dicho. Solo le quedaba cumplir con su objetivo o morir en el intento.

Se concentró en la puerta y pudo escuchar voces al otro lado. Parecían entonar un cántico, como los acólitos poco antes, y pudo distinguir entre ellas la voz femenina y cálida de Shera, distorsionada por la madera, así que no podía estar seguro por completo, pero no tenía otra opción que comprobarlo. Asió los tiradores con las dos manos y abrió la enorme puerta con un empujón.



«La arrogancia de su líder pudo resultar en la pérdida de su
cruzada».

Historia viva de Angôr, capítulo once. Merkus de Làrgaran.

Así que aquella era la famosa ciudad de Talder'an. Tarkon Anan tenía ante él, a menos de un kilómetro de distancia, las imponentes murallas de la Ciudad de las Minas, centro neurálgico del comercio del reino de Angôr, que le desafiaban con su mera presencia a entrar en combate.

Se encontraba en una posición privilegiada para observarla, sobre una verde colina en la que soplaba una agradable brisa procedente del Tar-Aralân que él solo podía notar en el roce con sus cabellos negros. Se sintió tentado de quitarse la máscara para dejar que el aire calmara el escozor de su piel, pero ni siquiera hizo el intento. Sentía calor bajo el embozo y el sudor recorría su espalda, pero aceptaba esa incomodidad y se regocijaba por ella. A su espalda, su ejército de soldados de la orden, flissanos y gorgs, esperaba su señal para atacar los muros.

Sabía que destruir las defensas de Talder'an y tomar el control de la ciudad haría caer al resto del reino de Angôr, por lo que podrían empezar a pensar en la invasión de los reinos vecinos. Su expansión no tendría límites. Se imaginaba a sí mismo en los años venideros y estaba convencido de que, cuando sus ansias de guerra terminaran, le premiarían con un puesto de maestro. Porque mientras ellos estaban en Mügero, planeando y planeando sin tomar ninguna decisión, él había desobedecido un mandato directo de la orden para estar allí, a punto de atacar, para mayor gloria de Kares. Ese era su sitio y no un salón de vistas en Angôr'an gobernando en una poltrona. Allí, en el combate, era donde se sentía vivo, donde todos los sacrificios que había hecho cobraban sentido. Donde las cicatrices dejaban de escocer.

Se había preparado durante años para aquello y sabía que Kares valoraría su esfuerzo y sacrificio en su justa medida.

Era muy consciente de que no había dejado la capital en las mejores manos, pero eso apenas le preocupaba. Si la orden quería un gobierno en la ciudad, que vinieran los maestros a hacerlo. Su sitio estaba allí, al frente del ejército, con la espada en su cintura y no colgada en una pared. Sin embargo, a pesar de estar seguro de hacer lo correcto, una sombra de inquietud le había asaltado en algún momento durante el viaje hasta allí. Al fin y al cabo, si por la razón que fuese perdían el control de la capital, tendría muchos problemas.

La noche caía con rapidez y numerosas antorchas fueron surgiendo a su alrededor. La luna brillaba como una moneda de plata iluminando el espacio que le separaba de la ciudad. Talder'an, al contrario que Angôr'an, había tenido ocasión de prepararse para la batalla, prevenida como estaba por lo reciente de la invasión de la capital. A lo largo de toda la muralla, allí donde se encontraba con la tierra, miles de inmensas estacas de madera orientadas hacia el exterior en ángulo agudo les amenazaban incluso en la distancia. La gran puerta de madera estaba doblemente protegida. Aunque no podía verlos desde allí, estaba seguro de que todo el perímetro estaba defendido por hábiles arqueros, por lo que un acercamiento directo sería casi un suicidio.

Lo sería si no tuviera los gorgs.

Aquel pensamiento provocó una sonrisa bajo la negra máscara y giró la cabeza para observar una vez más a las gloriosas criaturas que le darían otra gran victoria. Era imposible verlas en sus jaulas cubiertas por inmensas lonas, pero sabía que estaban allí, en la retaguardia, esperando ser liberadas para poder desatar toda la rabia contenida que el doloroso proceso de su creación provocaba en ellas. Había presenciado ese proceso en varias ocasiones y reconocía que era un espectáculo no apto para todos los estómagos. Él había insistido no solo en verlo, sino en participar en la medida de lo posible. Era una muestra gloriosa del poder de Kares y en todas esas ocasiones había terminado con la sensación de haber presenciado un auténtico milagro de Su obra.

El trayecto hasta allí había sido largo pero había preferido tomárselo con calma. Necesitaba que sus hombres llegaran descansados y eso le había supuesto emplear casi dos días para cubrir la distancia que un hombre a caballo recorrería en media jornada. Por fin, cuando la ciudad estuvo a la vista, ordenó detenerse. Aunque el ritmo había sido lento, dos días de caminata cansaban a cualquiera y no podía permitirse atacar con un ejército agotado de antemano. A su pesar, dio orden de levantar el campamento y volvió a centrarse en Talder'an. Algunos hombres aún estaba agitados por el accidente con el gorg pocos kilómetros después de iniciar la marcha. El metrigorg había perdido el control de la criatura y habían caído unos cuantos soldados antes de que lograra dominarla de nuevo. No fue algo bonito de ver.

El capitán Kalo, sustituto de Guraq, se situó a su lado. Vestía con un tabardo

negro sobre una cota de malla e iba tocado con un yelmo también oscuro. Tarkon echaba de menos a Kijl allí, a su lado. Sabía que podía confiar en su ferocidad y nunca se había separado de su lado cuando habían entrado en combate. Era leal y fiable. Lamentaba haberlo enviado a la estúpida misión que le había encomendado Shera Ante'i, pero no podía arriesgarse a fallarle. Bastante había desobedecido no yendo él en persona.

—Hemos empezado a montar el campamento, mi señor.

—Bien.

Tarkon empezaba a saborear el momento. Observando las murallas, se imaginaba cuál sería el mejor punto para entrar, cómo sacar a los soldados de ellas. La gran puerta de madera, que les miraba como una boca desdentada, flanqueada por dos grandes torres de vigilancia y una zona almenada entre ellas, le retaba con su presencia. Sabía que estaría bien trancada y apuntalada por dentro. Pensar en cómo derribarla, en cómo desarrollar la estrategia, le hacía sentirse más vivo que nunca.

Varias horas después, Tarkon se encontraba de nuevo listo para la batalla. Había pasado esas horas en su tienda de campaña y había aprovechado para quitarse la máscara, tras dar la orden a los dos guardias apostados fuera de que nadie debía entrar bajo ningún concepto, y refrescarse el rostro con agua fría. Aquellas cicatrices eran su orgullo, su demostración de lealtad a Kares, pero no dejaban de dolerle. Se había acostado en un jergón para descansar y había dedicado un buen rato a orar, a hablar con su Señor. Quería que supiera los sacrificios que estaba haciendo por Él, que mantuviera fija su mirada en aquel punto concreto para que lo que estaba a punto de ocurrir no le pasara inadvertido. Con Angôr'an solo había comenzado su cruzada.

Por fin, incapaz de dormir más y ansioso por ponerse en movimiento, se colocó la máscara y ordenó llamar a un sirviente. Al instante un joven escudero, acólito de la orden, entró y comenzó a colocar las piezas de la armadura que el Oscuro luciría ese día y que consistía en una coraza, hombreras, grebas, guanteletes y yelmo. Todo ello, por supuesto, más negro que la noche. Él mismo se colocó el yelmo y se sintió completo. De esta guisa, salió de su tienda con el joven a su espalda sosteniendo su espada envainada.

Kalo, de guardia en ese momento, se acercó presuroso.

—Ha llegado el momento. Que el ejército se ponga en pie.

Una hora más tarde, con la luz de la luna como único testigo de su presencia, el ejército de la orden, formado por acólitos, flissanos y gorgs, estaba listo para asaltar Talder'an. Habían apagado todas las antorchas para reducir la visibilidad que los angoranos pudieran tener sobre ellos y al mismo tiempo aumentar su propia visibilidad. Por suerte para ellos, la luna proporcionaba luz suficiente para apreciar dónde ponían los pies. Las murallas, en cambio, estaban bien iluminadas con antorchas cada pocos metros.

Tarkon alzó su espada y señaló con ella la ciudad. Sin una palabra, sin un grito, el ejército negro se puso en movimiento. En primera línea iban los infantes flissanos,

milicianos con escasa formación militar pero perseverantes y muy unidos como grupo. Además, eran conocidos por su destreza con el arco, por lo que su presencia en la primera línea estaba justificada por algo más que por ser unidades prescindibles para la orden. Junto a ellos, formando claros a su alrededor, los gorgs dirigidos por sus metrigorgs avanzaban con sus pesados pies dejando profundas huellas en la tierra blanda. Sus casi tres metros de altura, formados por puro músculo y hueso, ofrecían una vista pavorosa para los defensores de la muralla que, aun desde la distancia, podían apreciar su inmensidad e intuían su poder destructor. Ninguno de ellos, a pesar de estar sobre aviso, estaba preparado para ver criaturas como aquellas, que más parecían extraídas de una pesadilla. A los propios flissanos les provocaba tal pavor que trataban de mantenerse lo más alejados posible de ellas, pues habían visto la gran cantidad de compañeros que habían caído en la batalla de Angôr'an bajo la incontrolada furia de los gorgs.

Kalo se encontraba inmerso en esta primera oleada, rodeado por un grupo de acólitos leales. Cuando consideró que se encontraban a la distancia apropiada, dio la orden de detenerse. Decenas de cuernos cantaron al cielo nocturno más allá de las murallas y, al instante, llegó hasta él el sonido familiar de arcos al destensarse.

—¡Escudos! —gritó.

Al momento, la infantería alzó una muralla de escudos para proteger a sus arqueros. El propio Kalo alzó el suyo y una flecha se clavó en él. La punta asomó muy cerca de su frente. A pesar de la cobertura, dos docenas de flissanos cayeron en esa primera andanada.

—¡Arqueros! —ordenó cuando las flechas dejaron de caer.

La infantería bajó los escudos y los arqueros tomaron la iniciativa. Aprovechando la distracción que esto generaba, los flissanos avanzaron algunos metros, se detuvieron y volvieron a alzar los escudos. Los arqueros los siguieron justo a tiempo, antes de que las flechas llovieran de nuevo. Muchos lograron parapetarse, pero muchos otros cayeron. Repitieron la operación y fueron ganando metros mientras caían defensores en uno y otro bando.

Tarkon observaba impassible el avance de su primera línea bastante satisfecho con el resultado. Podía ver cómo los angoranos caían de las murallas con cada oleada de flechas de sus hombres. Sabía que sus pérdidas doblarían las de ellos, pero eran bajas esperadas y aceptables.

Cuando la primera línea estuvo a una distancia adecuada, tres de los metrigorgs dieron rienda suelta a sus bestias. Estas se lanzaron contra las puertas con un ímpetu demoníaco, haciendo retumbar la madera bajo sus poderosos golpes, tras apartar las defensas como si solo fueran astillas en su camino. Decenas de flechas cayeron sobre ellos sin causarles daños aparentes. El ataque a las almenas no cesaba y seguían cayendo defensores desde las murallas como una lluvia de cadáveres. Desde la parte más alta de la puerta, dos calderos de aceite hirviendo regaron a uno de los gorgs. Tarkon Anan pudo oír el rugido de la bestia desde su posición. Enloquecida, comenzó

a golpear a ciegas, impactando sus puños contra uno de sus compañeros y contra la piedra del muro por igual. Al fin, tras unos minutos de frenesí, cayó al suelo entre espasmos de agonía, más muerto que vivo. Los otros dos siguieron con su cometido y pronto la puerta empezó a astillarse. Sus cuerpos comenzaban a mostrarse plagados de flechas clavadas, lo que añadía más aristas a su ya grotesco y deformado cuerpo.

Los cuernos, sobre ellos, lanzaban al aire de la madrugada sus cantos graves y rotundos como si estuvieran invocando a sus dioses. Tarkon sonrió para sí cuando la madera de la puerta cedió bajo los brutales impactos de los increíbles gorgs. El paso hacia Talder'an estaba abierto.

Que Kares tuviera piedad de quienes se pusieran en su camino.



«La llamada del destino resulta imposible de ignorar».
Crónicas del Adalid de la Luz, capítulo dieciocho. Varios
autores.

Árgoht tuvo un par de segundos para disfrutar de la sorpresa que se dibujó en los rostros de los Maestros de la Orden Kariteas cuando le vieron entrar en el salón, interrumpiendo sus cánticos.

Shera Ante'i, de espaldas a él, fue la última en verlo, pues solo se giró al apreciar el gesto de los demás, pero su expresión hizo sonreír al meledino, a pesar de las circunstancias.

—¡Árgoht!

Los maestros se hallaban formando un corro alrededor de una gran mesa negra sobre la que descansaba el objeto negro fusionado con el artefacto metálico. Habían comenzado la invocación y tal vez fuera ya demasiado tarde.

Shera pareció recuperarse de la sorpresa, haciendo regresar a su rostro su sonrisa más dulce y embaucadora.

—Sé bienvenido, brujo. Llegas a tiempo para presenciar el gran milagro de Kares, el mayor acontecimiento de la historia reciente de la orden. Espero que vengas a decirme que te unes a nosotros, que has considerado mi oferta, porque nada de lo que hagas puede ya detener el proceso.

Árgoht miró más allá de la maestra y pudo ver que el objeto se hallaba enfrascado en una actividad frenética, como si tuviera vida propia. Su forma cambiaba sin cesar. Las aristas aparecían y desaparecían sin ningún orden, como si la criatura contenida en su interior estuviera ansiosa por salir, como si el contenedor estuviera a punto de ceder al impulso de su contenido.

—Solo dos frases nos separan del milagro de presenciar uno de los más importantes logros de Kares. Jerkal'im volverá para llevar a la orden al lugar que se merece en el esquema de poder de este mundo.

—Estáis locos.

Era una mala respuesta, pero no había podido evitarla.

—¿Locos?

En ese momento intervino Otrex, mostrando su impaciencia.

—Esta conversación no tiene razón de ser, maestra. ¡Guardias!

Árgoht no sabía cuánto tiempo tardarían en aparecer soldados en el angustioso salón negro y trató de sopesar sus opciones. Intentó establecer contacto con la Madre y supo que no estaba allí. Lo que podía extraer de ella ya lo había hecho. Estaba solo. Shera Ante'i seguía hablando. Su tono ya no era melodioso y amable, sino irritado y agudo, como si estuviera conteniendo una gran ira.

—Eres ignorante, brujo.

Otra vez aquella palabra que tanto le irritaba. Por un momento se imaginó clavando a Êralin en aquel cuello moreno y delgado para separar la cabeza del cuerpo de la mujer solo para que no volviera a usarla. Se sentía insultado cada vez que la pronunciaban sus labios sibilinos.

—¿Vas a desperdiciar una oportunidad como esta? Los sonidos de muchos pasos corriendo por el pasillo llegaron hasta sus oídos. A su espalda, comenzaron a entrar soldados en la sala.

—La única oportunidad que veo aquí —respondió Árgoht— es la de detener esta locura y evitar la muerte de miles de personas. ¿Crees saber cómo controlar a ese ser? ¿Crees que se doblegará ante ti? —Árgoht paseó la vista entre los demás maestros—. ¿O ante alguno de vosotros?

Shera respondió enseguida, pero creyó ver un atisbo de duda en alguno de los otros.

—Somos servidores de Kares. Llevamos preparándonos para este momento durante siglos. Cuando llegue el momento Jerkal'im sabrá quiénes somos y aceptará nuestra autoridad como representantes de Kares sobre Thera.

Una docena de guardias accedió al salón a la carrera y se situó en torno al hechicero. Sus pasos llenaron de ruido el espacio, creando infinitos ecos.

—Detenedlo y, si se resiste, matadlo. Aún estás a tiempo, Árgoht. Piénsalo bien.

Y sin más, se dio la vuelta, dispuesta a terminar el ritual de invocación del talhom Jerkal'im.

—No te muevas —dijo uno de los soldados—. Suelta tu espada y tumbate en el suelo.

Sobre esta voz empezó a alzarse la de Shera y los demás, entonando un canto lento y tedioso.

No le quedaba otra opción. Tenía que llegar hasta ella e impedir aquello. Muy despacio, tratando de que todos lo vieran bien, desenvainó a Êralin. Pudo sentir los

ojos de los guardias recorrer todo el filo y llegar hasta la empuñadura que mostraba a dos aves con las garras en alto enfrentadas entre sí.

Sabía que no podría con todos ellos, que no tenía la destreza necesaria. Sin acudir a su magia, no tendría ninguna opción de atravesar el muro defensivo que formaban. Así pues, se dispuso a morir peleando, luchando por evitar el ascenso de aquel ser al que llamaban Kares. Este pensamiento le produjo una extraña serenidad y se preguntó si sería ese su Destino, si ese era el motivo para el que había nacido o si, por el contrario, había fracasado en su búsqueda después de tantos años de vicisitudes. ¿Dónde había errado el paso? ¿En qué momento se había desviado del camino?

Con una frialdad que no esperaba, lanzó un tajo veloz como un rayo contra el guardia más cercano. Este, desprevenido a pesar de todo, tardó un instante más de la cuenta en alzar su arma. El tajo le abrió una profunda herida en el estómago, que comenzó a verter sangre de forma incontrolada. Árgoht se sintió febril y lúcido al mismo tiempo, como si sus sentidos se hubieran agudizado. Pudo presentir el siguiente paso que darían, quién sería el próximo en atacar. Fue un hombre a su derecha con una estocada directa. Su espada era ligera y de filo estrecho, muy diferente a Êralin. Árgoht la desvió con facilidad y, prolongando el movimiento, lanzó un tajo contra el rostro del guardia, perforando el pequeño yelmo y dividiendo su cara en dos con una fea raya roja. Cayó como un fardo.

De fondo, las palabras de los maestros seguían con su letanía oscura. Árgoht podía sentir que el momento estaba cerca, que el ritual se terminaba. Se concentró en el combate a tiempo de retroceder un paso y lanzar un tajo. Su contrincante lo esquivó y entró en su guardia, pero Árgoht lo repelió con un certero puñetazo en el rostro.

A pesar de haber derribado a tres hombres, seguía sin poder avanzar. Al contrario, tuvo que retroceder otro paso al tiempo que detenía otro golpe. A pesar de la orden dada por Shera, no parecían querer matarle sino capturarlo, lo cual era una ventaja para él.

De pronto, se hizo el silencio en el salón. Fue tan repentino que hasta sus rivales detuvieron sus ataques. Fue como si se hubieran quedado todos sordos al mismo tiempo. Una vibración recorrió todo su cuerpo, haciendo rechinar sus dientes. Árgoht supo al instante lo que iba a ocurrir.

La invocación había terminado.

Con un suspiro de resignación vio cómo el objeto negro se agitaba una última vez y una nube negra se alzaba contra el techo aún más negro del salón. El talhom estaba libre de nuevo.

La nube se arremolinó unos instantes ante la mirada incrédula de los guardias y los maestros. Árgoht vio miedo en alguno de ellos y supo que había quien había dudado de que aquello fuera posible. Él, que lo había visto con sus propios ojos, no tenía opción a la duda. El talhom, la nube de partículas que lo formaba, se concentró un instante antes de lanzarse a toda velocidad contra el techo del salón para salir por

un hueco de ventilación casi invisible a la vista, perdido entre las sombras de las alturas.

Shera fue la primera en reponerse del sobrecogimiento. Con un movimiento lento, se giró hacia el hechicero. En su rostro se pintó la sonrisa más perversa que había visto jamás. De la mujer dulce y sensual no quedaba nada. Ahora solo había un monstruo.

—¿Qué opinas ahora, Árgoht? Acabas de presenciar un milagro, el arma definitiva que llevará a la orden a la victoria. ¿Seguro que no quieres reconsiderar tu posición?

Árgoht respondió muy despacio.

—Solo sois unos monstruos depravados que traeréis la sombra sobre el mundo. Jamás me uniré a vosotros. Tu dios es una farsa.

El rostro de Shera Ante'i se crispó en un rictus que pasó de la sorpresa al odio más absoluto en un parpadeo. Había logrado con sus palabras justo lo que esperaba.

—¡Matadlo! —gritó Shera señalándolo—. ¡Matadlo y mutilad su cadáver! ¡Que no quede nada de su cuerpo ante mis ojos! ¡Matadlo!

Estaba fuera de sí y a Árgoht casi le pareció divertido, pero la sonrisa se le esfumó en el momento en que los soldados se pusieron de nuevo en guardia. Esas palabras habían dictado su sentencia de muerte. Tratando de pensar qué hacer, retrocedió un paso. Seguían entrando guardias en el salón. Shera Ante'i seguía gritando órdenes sin cesar. Sus pies toparon con la pared. No había escapatoria para él. La puerta por la que había llegado también se hallaba bloqueada por guardias. Se apoyó contra la piedra con un suspiro mientras pensaba en una solución cuando un sutil tintineo llegó hasta sus oídos. Algo de cristal había golpeado el muro. La bola.

Una idea descabellada despertó en su cabeza. No tenía manera de saber si iba a funcionar, pero no tenía otra opción. Con un gesto rápido guardó a Êralin. Después, abrió el petate y sacó la bola, sosteniéndola con las dos manos. Los guardias dudaron, temiendo una jugada por parte del hechicero y se detuvieron un instante. Sintió de pronto la serenidad que siempre le transmitía la bola, como si fuera el encuentro con una vieja amistad que le susurraba palabras amables y tranquilizadoras. Los demás sonidos a su alrededor se difuminaron. Seguía escuchando a los maestros, cada vez más alterados, pero ahora sus voces llegaban hasta él como si se encontraran en otra estancia.

No sabía si la bola era capaz de hacer lo que iba a pedirle, pero tenía que intentarlo, y tenía que ser rápido. Hasta ese momento nunca había logrado sacar nada de ella, pero lo único que sabía es que una vez le había transportado al reino de los muertos solo con su pensamiento. Tal vez le sirviera para otro tipo de viaje. Si no lo hacía, estaba muerto. Puso la mano derecha sobre ella mientras la sostenía con la izquierda por debajo. Cerró los ojos y se concentró en que debía detener al talhom. Tenía que ir donde él estuviera. Tenía que llevarle hasta allí.

Pasaron unos instantes y nada ocurrió. Abrió los ojos y una serenidad extraña lo

invadió. Varios soldados se acercaban a él gritando y alzando sus espadas, superada su inicial aprensión y azuzados por las órdenes de los maestros, a punto ya de impactar contra él. Árgoht se preparó para su resistencia final. Haría danzar a Êralin y acabaría con la vida de tantos siervos de Kares como pudiera. Quizás incluso lograra matar a alguno de los maestros. Si no podía acabar con la orden, al menos haría todo el daño del que fuera capaz. Pero cuando estaba a punto de soltar la bola y lanzarse al ataque, su visión comenzó a cambiar. El aire pareció rielar a su alrededor y un zumbido invadió sus oídos. Cerró los ojos y sintió como si su cuerpo se estirara y encogiera varias veces, haciéndole girar la cabeza y provocándole mareos.

Cuando volvió a abrirlos, todo a su alrededor había cambiado. El salón y los maestros, los guardias y los gritos, habían desaparecido, aunque lo que veía ahora no era mucho mejor.

Ante él se abría un escenario de sangre y muerte. Los sonidos propios de la guerra llegaron hasta él. Tambores, gritos y el entrechocar de las espadas contra la madera de los escudos. Se encontraba en lo alto de una muralla, rodeado de arqueros que tensaban sus arcos y soltaban flechas sin cesar. Mareado, cayó de rodillas y vomitó sobre la piedra ante la atónita mirada de varios soldados. Cuando se hubo recuperado, se puso en pie y se asomó por las almenas. Más abajo, dos ejércitos luchaban a vida o muerte.

En medio de la lucha, sobresaliendo entre la muchedumbre, el enorme talhom, negro como la noche, como una sombra entre las sombras, mataba hombres a docenas, absorbiendo sus almas y haciéndose cada vez más fuerte y poderoso.



«Talder'an resultó un escollo más duro de lo esperado para la orden, cuya ambición se desbocó durante un tiempo».
Historia viva de Angôr, capítulo quince. Merkus de Làrganan.

Preas Mor sentía muchas cosas al mismo tiempo mientras cabalgaba en dirección Oeste lo más rápido que podía. El mero hecho de salir de la selva había sido un gran alivio, pero cabalgar de nuevo por sus tierras en libertad, apreciar el aroma de sus campos y el perfil familiar de sus colinas y bosquecillos, le hacía sentirse vivo de nuevo.

Le seguían cuatrocientos hombres dispuestos como él a defender su reino. Hombres que habían abandonado su seguridad, su anonimato discreto en el lerteneo para seguirlo en lo que tal vez solo fuera una vana ilusión, el sueño de un loco que realmente creía que aquello era un ejército y que tenían alguna posibilidad de hacer algo contra el enorme poder que la orden había desatado contra ellos.

La ansiedad por saber que la batalla debía haber comenzado ya, que las murallas podían estar cediendo en ese preciso momento, que tal vez fuera demasiado tarde, le hacía lamentarse por el tiempo que había tardado en decidirse a ponerse en marcha. Aún sentía dolor en alguna de sus heridas, pero lo ignoraba tanto como podía. Del mismo modo, ignoraba los sentimientos encontrados que le habían nacido a raíz de su última conversación con Ulea antes de su partida.

—No deberías ir tú, Preas —le había dicho mientras se preparaba—. Ahora eres el rey. Tu sitio está aquí. Deja que otros luchen por ti, para variar.

Estaban solos en el que había sido su antiguo dormitorio. Como sospechaba, no encontró ninguna de sus viejas pertenencias, pero no podía detenerse en esos detalles. Sentía que el tiempo corría en su contra y que necesitaba partir cuanto antes hacia

Talder'an.

El ejército de Anan, tal y como le había explicado Ulea, les llevaba casi dos días de ventaja. Sabía que él, a caballo con un pequeño grupo, recorrería la distancia mucho más rápido y recuperaría algo de tiempo, pero era consciente de que nunca iba a llegar antes de que empezara la batalla, salvo, claro está, que Tarkon decidiera proceder a un asedio, cosa que no creía que fuera a hacer. Era un hombre impulsivo e impaciente que no se quedaría en su campamento mirando, quizás durante meses, cómo la ciudad se moría de hambre. Atacaría desde que tuviera las murallas a la vista.

Cada minuto que pasaba allí era un instante que su pueblo sufría sin él.

Después del reencuentro con Ulea había comenzado a prepararse de nuevo para partir.

—Eres el rey de Angôr —continuó ella—, ahora tu sitio está aquí. Debes restablecer el orden, hacer que la ciudad se ponga de nuevo en movimiento. Eso me recuerda una cosa.

Ulea se retiró a una sala contigua y regresó con un fardo y una gran sonrisa.

—Esto te pertenece.

Preas cogió el paquete y retiró las telas que cubrían lo que evidentemente era una espada. El corazón se le aceleró ante la posibilidad de algo que ya había dado por perdido.

Como sospechaba, era Angustias, el arma de su padre y del padre de su padre antes que él. Un nudo en la garganta le impidió hablar.

—La encontramos tirada de cualquier manera en una armería. Pig la reconoció.

Preas la sostuvo entre sus manos como si temiera que se fuera a romper. La sacó de la vaina muy despacio, admirando su filo perfecto y su rica manufactura. Un rictus de determinación se estableció en sus facciones.

—Esto es a lo que me refería. Soy el rey y tengo que defender a mi pueblo. No me voy a quedar aquí sentado mientras Talder'an cae. Debo hacer algo por evitarlo o morir en el intento.

Ulea sabía que tenía razón, pero era su corazón quien hablaba. Gan le había devuelto a Preas y no quería renunciar otra vez a él cuando apenas llevaban unas horas juntos. Se limitó a abrazarlo con todas sus fuerzas.

Preas aún sentía su olor. Ella le había dado un pañuelo como prenda para que no olvidara nunca que lo esperaba con los brazos abiertos.

—Dejaré la ciudad, durante estos días, en manos de Pig —le dijo—. Creo que tiene madera de líder. Tú serás su mano derecha.

—Pero yo no...

—Tienes lo necesario. —Preas apoyó sus grandes manos en los hombros de la muchacha y la miró a los ojos—. Lo que has hecho es increíble y pocos habrían tenido el coraje de llevarlo a cabo. Te has comportado como uno de los héroes de nuestras leyendas.

—No te burles de mí...

—No lo hago. Lo has hecho muy bien. —Preas plantó un apasionado beso en los labios de Ulea. Después, la miró de nuevo a los ojos—. Ayudarás a Pig a tomar las decisiones correctas y, cuando regrese, seguirás haciéndolo a mi lado, como mi reina. Si me aceptas, claro.

Preas acompañó sus palabras con una gran sonrisa que disimulaba su nerviosismo.

—¿Me estás pidiendo...?

—Sí, lo estoy haciendo. ¿Te casarás conmigo, por la gloria de Gan?

Ulea se tiró a sus brazos, dejando a Preas sin aliento, sin dejar de decir que sí.

Preas ordenó aflojar la marcha. Habían recorrido ya una gran distancia ganando, esperaba, terreno al Ejército Negro, pero necesitaba que las monturas llegaran lo más frescas posibles. Contaba con tener que atacar sobre la marcha en cuanto tuvieran la ciudad a la vista por lo que, a pesar de la urgencia, debía medir bien sus energías. Aparecer agotados en el campo de batalla no le haría ningún bien a nadie. Además, a duras penas había conseguido caballos para todos, rebuscando en las cuadras de toda la ciudad, y casi todos eran animales que hacían sus últimos esfuerzos, despreciados por la orden por ser poco aptos. Era consciente de que pedirles demasiado podía significar tener que terminar el camino a pie.

Se detuvieron unas horas para comer y dar de beber a los animales en un pequeño arroyo que atravesaba una arboleda dispersa. La sombra de las copas de los árboles bajos refrescó sus pieles después de varias horas de cabalgada bajo el sol. El día estaba radiante y eso le motivaba a seguir adelante. Gan les había bendecido con un día claro y luminoso, en contra de las sombras a las que adoraban los repugnantes kariteas, pero el día tocaba a su fin con rapidez y estaba próxima la caída de la noche. Ahora más que nunca ahora por qué su familia había condenado a la orden al ostracismo, retirándoles su poder. Si habían logrado algo como aquello con sus fuerzas mermadas y casi olvidados, ¿qué no habrían hecho si hubieran tenido más fuerza e influencias? Por un momento, se imaginó un mundo gobernado por la sombra, por ese al que llamaban Kares, y un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Llegaremos a tiempo —dijo la voz de Hots a su lado. Hots había insistido en seguir con él, a pesar de que Preas le había invitado a quedarse en la guardia de la ciudad. No había querido cometer el mismo error que la orden y se había asegurado de dejar allí hombres suficientes, reclutando milicianos de entre los rebeldes, para que una segunda invasión no fuera posible. Según parecía, era poco probable. La orden había cometido un grave error infravalorando al pueblo de Angôr'an y él no haría lo mismo. No iba a arriesgarse a que la rebelión hubiera sido en balde, con la cantidad de vidas que habían costado las reyertas. Los flissanos que lo habían solicitado habían recibido amnistía e invitados a incorporarse a sus filas, cosa que habían aceptado a pesar de las reticencias de los demás. Preas, en cambio, prefería

tenerlos cerca a dejarlos de nuevo en la ciudad sin supervisión. Aún formaban un grupo aparte pero confiaba en ellos. Sabía que llegado el momento no le fallarían. Eran pocos, pero era mejor que nada.

—No estoy seguro, Hots.

—No os inquietéis. Debéis manteneros sereno. Habrá que tomar decisiones difíciles.

Preas levantó la mirada del trozo de carne seca que estaba mordisqueando ante una pequeña fogata. A varios kilómetros de distancia podía ver un cúmulo de colinas bajas rodeadas de árboles. Sabía que cuando las sortearan tendrían a la vista la ciudad de Talder'an y, aunque aún tardarían en alcanzarla, estaba retrasando ese instante. Temía y ansiaba al mismo tiempo llegar, pues sospechaba que la iba a encontrar en llamas y medio en ruinas.

Y sus sospechas no eran muy desacertadas. Tardaron aún varias horas en llegar a las colinas y, cuando por fin las bordearon y tuvieron a la vista la llanura de Talder, el impacto estuvo a punto de dejarlo sin aliento. Hacía horas que había caído la noche y solo la luz de las antorchas en los muros y los fuegos en la llanura le permitían apreciar lo que estaba ocurriendo a sus pies.

La puerta principal de la ciudad, así como una de las torres de guardia aparecían destruidas. Varios fuegos y densas columnas de humo se alzaban contra el cielo. Sobre la muralla, asomando su gruesa cúpula rechoncha, el Templo de Gan aparecía envuelto en ese denso humo gris.

Una gran marea negra asediaba la ciudad. El ejército de la orden estaba golpeando Talder'an.

Pero un rayo de esperanza se instaló en su corazón cuando distinguió una masa de soldados talderanos que había salido a campo abierto a combatir. Eran muchos, y en ellos reconoció Preas, entre otros, al famoso cuerpo de Piqueros de Fairard, la más prestigiosa orden militar del reino de Angôr. Su peculiar tabardo rojo como la sangre podía verse en primera línea, manteniendo a raya los embates enemigos mientras los arqueros, tras ellos, causaban numerosas bajas con cada lluvia de flechas. Eran pocos, pero estaban causando mucho daño. Debían de haber salido de la ciudad por la puerta norte al ver que la del este había caído, atacando por el flanco derecho y, tal vez, pillando por sorpresa a los de la orden, obligándoles a combatir a campo abierto al pie de las murallas en vez de permitir la invasión de la ciudad. Para su inmensa sorpresa, el cuerpo de uno de los gorgs aparecía caído y abandonado cerca de las puertas y otro de ellos, por su paso renqueante, parecía cerca de la muerte. Pero varias criaturas más, al menos media docena, seguían rondando por los alrededores, golpeando las murallas con sus puños poderosos o causando estragos entre las tropas defensoras.

Talder'an se estaba defendiendo.

—Los piqueros aguantan —dijo Hots, con una gran sonrisa grabada en los labios.

—Sí, amigo. Parece que no hemos llegado tan tarde. En el momento en que

decían esto, varios gorgs penetraron entre las líneas de piqueros, abriendo un hueco por el que los soldados flissanos entraron como un torrente, dividiendo la columna en dos. Los arqueros, perdida la ventaja que les daba la distancia, soltaron sus arcos y desenvainaron sus armas cortas. Preas podía oír el sonido del metal contra el metal y los gritos desde su posición. Las bestias avanzaban a ciegas golpeando igual a amigos que a enemigos, por lo que los flissanos trataban de mantenerse tras la línea que formaban para evitar ser arrollados en su frenesí. La caballería pesada talderana, que había permanecido a la espera en retaguardia, se puso en movimiento de inmediato al ver que sus líneas de infantes se rompían. Preas conocía bien su capacidad y habilidad en liza, con sus armaduras pesadas y sus inmensos caballos de combate. Eran una fuerza temible.

Un movimiento a su izquierda le hizo mirar y observó al líder del improvisado grupo de flissanos que se les había unido.

—Majestad, tengo que hablar con vos.

—Habla sin tapujos, Ardah, si bien estoy seguro de que sé lo que me vas a decir.

El veterano Ardah miró de nuevo hacia el lugar en el que se desarrollaba el combate. Según le había contado, se había encargado de entrenar a muchos de los milicianos reclutados y usados en primera línea, los primeros en caer. Era soldado de infantería desde que tenía uso de razón y se le notaba en la piel y en el semblante. Cuando hablaba, su voz grave y serena daba a entender que debía ser escuchado.

—No lucharemos contra nuestros compatriotas. Preas lanzó un suspiro. Ya esperaba algo como aquello.

—Una cosa es renunciar a nuestra promesa de apoyo a la orden y otra muy diferente, entrar en combate con nuestros hermanos, a los que vemos morir en estos instantes. Debimos pensarlo antes, majestad. Ruego que me disculpéis.

—No hay nada que disculpar, Ardah, y la propuesta sigue en pie. Buscaremos la manera en que podáis ayudar sin tener que enfrentaros a vuestra gente. El enemigo no es el reino de Fliss ni sus ciudadanos, sino ellos.

Preas señaló un punto a su derecha, donde el núcleo de mandos de la orden observaba la batalla como ellos lo hacían. Preas creyó distinguir al orgulloso Tarkon Anan, cuya soberbia le había hecho perder Angôr'an, bien protegido por sus hombres y dos inmensos gorgs sometidos por sus cuidadores. Estaban demasiado lejos y aún no les habían detectado, pues de lo contrario ya habría ordenado un ataque de arqueros contra ellos. Atacarlos con las fuerzas de las que disponía era un suicidio.

—Me alegra que lo entendáis, alteza. Haremos cualquier otra cosa que nos pidáis.

Preas volvió a mirar a la marea negra que formaba el ejército invasor. Aunque los defensores talderanos aguantaban líneas, su situación era muy precaria. La participación de la caballería y la lluvia de flechas que no cesaba desde las murallas lograban contener las oleadas de enemigos, pero sabía que no sería así durante mucho más tiempo. De hecho, los soldados negros aún no habían entrado en combate y esperaban su turno, bien formados, tanto de infantería como de caballería.

De pronto, como una señal, el cielo comenzó a clarear por el este. Casi sin que se dieran cuenta, había amanecido. Preas miró una vez más a sus hombres, ocultos tras las colinas. Soldados y milicianos, más dispuestos que preparados, más motivados que entrenados. Era consciente de su debilidad frente a aquel inmenso ejército, pero estaba seguro de que algo podría hacer, de que su intervención ayudaría a decantar la balanza. De pronto, como si alguien hubiera estado escuchando sus palabras, un movimiento se desató a su izquierda, más allá de los pacientes soldados de la orden. De pronto, giraron para enfrentarse a algo que llegaba desde el sur, desde un flanco desprotegido que les pillaba de espaldas. Parecía un batallón de hombres a pie que les atacaba por sorpresa. Vio a Tarkon Anan hacer aspavientos mientras, suponía, daba órdenes para solventar esa inesperada situación. Preas vio en aquella sorpresa una señal para él. Miró hacia el Este, al sol que salía, irradiando con la luz de Gan un nuevo día sobre Thera, inflamando sus venas de nueva vida. Era ahora o nunca.

Se puso el yelmo y sacó a Angustias de la vaina. Tenerla en la mano le dio una fuerza que ya no esperaba sentir.

—Angoranos, ha llegado el momento. Ellos son el enemigo. Los tenemos ahí mismo, ¿dejaremos que regresen sanos y salvos a sus sucias casas?

Un grito se alzó en respuesta. Temía que los oyeran, pero ya le daba igual. La suerte estaba echada.

—¡No!

—Pues adelante, valientes. ¡No dejemos ni uno en pie!

Y, sin más, hizo girar a su montura y se situó al frente de su pequeño batallón. Había tenido ocasión de darse un baño y ponerse ropa limpia, por lo que vestía un extraordinario jubón plateado sobre el que destacaba el emblema de Angôr, el cual le hacía refulgir bajo los recién salidos rayos del sol como si de una pequeña estrella se tratara, que les indicara a sus hombres el camino a seguir. En días posteriores se recordaría este momento concreto de la historia del reino y algunos juglares le pondrían a Preas el sobrenombre de Estrella de la mañana.

Preas pudo apreciarla sorpresa de Anan cuando por fin su grupo entró en su campo visual. Cogerían a los soldados negros por la espalda, pues todos ellos se habían girado hacia el Sur para enfrentarse a los nuevos y desconocidos oponentes. Con los caballos al galope, se lanzaron de cabeza contra las sorprendidas filas de acólitos que apenas tuvieron tiempo de alzar sus escudos antes de que Preas impactara contra ellos. A pesar de la defensa, el primer tajo desarmó a su rival y el segundo le segó la vida. Tras él, los demás entraron al trapo de inmediato, provocando tal desconcierto que por un momento sus enemigos no supieron de dónde le venían los golpes.

Sin embargo, los soldados de la Orden Kariteas no eran milicianos reclutados para la ocasión, sino guerreros entrenados y pertrechados para la guerra, por lo que pronto su disciplina y preparación hicieron que dejaran de lado la sorpresa y se reagruparan, preparándose para defenderse por los dos flancos por los que eran

atacados. Y comenzó el combate de verdad. Las espadas bailaban con los escudos, las mazas silbaban una letanía de metal y los caballos relinchaban presos de un frenesí sangriento. Los gritos de uno y otro bando se mezclaban con los gemidos de dolor y agonía.

En un momento determinado, Preas tuvo una visión clara de sus sorprendentes colaboradores. Eran más incluso que su propio grupo, si bien iban a pie y mal armados. Sin duda se trataba de un ejército miliciano y, aunque hacían más ruido que daño, su presencia se estaba haciendo notar. Vio cómo, a pocos metros de su posición, uno de esos hombres quedaba desarmado y caía al suelo de espaldas ante los embates de un caballero negro que se preparaba para el golpe de gracia. Preas no lo pensó y soltó de su soporte una pequeña hacha de mano, la sostuvo un instante y la lanzó contra el acólito con todas sus fuerzas. El arma impactó contra su espalda, haciéndole caer del caballo. Preas, sin desmontar, se acercó al miliciano.

—Llegas tarde —le dijo tratando de mostrarse serio a pesar de que una gran sonrisa le cruzaba el rostro bajo la barba.

—Me entretuve, majestad, mis disculpas —respondió Tizo mientras recogía sus armas y se disponía a entrar de nuevo en combate—. Pero veo que vos también.

Tizo tomó de las riendas la montura del caballero caído y se subió de un salto.

—Me alegro de verte sano y salvo —le dijo el rey.

Pero no hubo tiempo para más charlas, pues pronto varios soldados se cerraron sobre ellos, obligándoles a concentrarse en la batalla.

Preas se sentía más vivo que nunca.



«La Guerra tuvo lugar antes que todo, antes incluso que el tiempo mismo».
Leyendas. Varios autores.

Tarkon Anan, el Oscuro, el más importante y más preparado general de la Orden Kariteas, estaba muy satisfecho. El plan se estaba ejecutando a la perfección. Si bien la aparición del ejército talderano por el flanco derecho fue una sorpresa, su efecto fue menor y sus hombres habían respondido a la perfección. Los gorgs cumplían con su parte y había sentido un gran regocijo al ver caer la puerta y una de las torres de guardia con sus arqueros dentro. Aquella era la fuerza de sus criaturas. Aunque el día empezaba a clarear y la batalla llevaba varias horas en marcha, estaba seguro de que no duraría mucho más. Aún quedaría mucho por hacer en el interior de la ciudad, pero esperaba que los fuegos fueran haciendo parte del trabajo. Contaba con tenerla bajo su control al caer la noche sobre ese nuevo día. Y lo mejor es que la élite de su ejército permanecía incólume. Con un poco de suerte ni siquiera tendría que entrar en liza. Lo haría al final con la intención de acabar con los restos de la famosa caballería Talderana que sobrevivirían a buen seguro, así como de los piqueros, que resistían bien apelotonados a pesar de la incursión de los gorgs. Estaban ganándose la fama que les tenían.

Pero de pronto las cosas habían dado un giro inesperado. Ahora su ejército estaba combatiendo contra dos nuevos grupos de hombres de Angôr y ni siquiera los había visto venir. Si era algo planeado había sido una buena estrategia, pero algo le decía que no era así y que aquello respondía a la improvisación y no al cálculo. Aun así, le molestaba ver caer a sus hombres. El combate se había desplazado y a punto estaba de mezclarse con los que se sucedían al pie de las murallas, por lo que sus tropas

quedarían al alcance de los incontrolables golpes de los gorgs. La estrategia se había echado a perder y ahora el desenlace de la contienda solo dependería de la habilidad y el número de cada uno de los bandos.

Su mirada se posó en la figura de uno de los atacantes sorpresa. Destacaba sobre los demás, protegido por un pequeño grupo de hombres que le cubrían las espaldas. Llevaba el emblema de la casa de Mor. ¿Sería posible? Solo había un hombre capaz de llevar ese estandarte, dado que Jäinor Mor había muerto por su mano. Preas estaba vivo y, de alguna manera, había regresado con un pequeño ejército. Una ira ciega empezó a latir en su seno al reconocer al príncipe, como si él fuera el responsable directo de todo cuanto estaba marchando mal en la contienda. El sol le molestaba en los ojos y a medida que ascendía por el cielo y la temperatura aumentaba, el calor le irritaba más.

Con gesto lento desenvainó su espada, un arma delicada y completamente negra. Lo hizo despacio, buscando en su interior la concentración que le aislase de cuanto sucedía a su alrededor. Focalizó con la mirada a su enemigo. Preas combatía aún sobre su caballo, con la coraza manchada de sangre y el rostro congestionado por el esfuerzo. A su lado luchaban varios hombres con peculiar encono.

Golpeó a su montura con los tacones y se puso en marcha, internándose en el maremágnum de hombres, espadas y gritos en el que se había convertido la llanura de Talder. Preas se hallaba ya cerca de la muralla, pero Tarkon no temía ser alcanzado por una flecha desde las almenas. Se sentía protegido por Kares y nadie alzó su arma contra él, por lo que avanzaba entre los combatientes como si la lucha que se desarrollaba por todas partes no tuviera nada que ver con él.

Por fin tuvo a Preas enfrente. Él lo vio también y se giró para enfrentarlo.

—Me alegro de que estés aquí, Mor.

—Yo me alegro de estar aquí, rata.

—Así podré darme el gusto de matar en persona cuanto queda de la estirpe familiar en Angôr. Asesinar a tu padre fue un placer que no puedo describir.

El rostro de Preas se congestionó y, sin más palabras, se lanzó al ataque. Aunque estaba preparado para ello, la ferocidad del golpe a punto estuvo de coger a Tarkon desprevenido, pero alzó su arma y detuvo el tajo, lanzando otro a continuación que Preas esquivó con un ágil movimiento. Ninguno de los dos llevaba escudo. Preas porque lo había perdido en la lucha; Tarkon, por una cuestión de orgullo y practicidad. Se lanzaron varios ataques más antes de que el movimiento de los combates que se desarrollaban a su alrededor los separara durante unos momentos.

Cuando Tarkon se disponía a lanzarse de nuevo al combate, su caballo corcoveó y se alzó sobre los cuartos traseros uniendo un quejoso relincho a los gritos que lo rodeaban. Una flecha perdida había impactado en su pecho, penetrando muy profundo. Tarkon tuvo tiempo de saltar antes de que el animal cayera al suelo y se quedara allí sangrando y agitándose sin entender qué le estaba ocurriendo. Algunos metros más lejos, Preas lo miraba. Se acercó espoleando a su montura y, para su

sorpresa, se apeó de un salto. El Oscuro rio para sus adentros.

—Eres un estúpido, Mor. Renuncias a tu ventaja...

—No me tomes por uno de tus lacayos, Anan. Mi pueblo aún tiene honor y orgullo, algo que a ti y a tu... —el rostro de Preas se torció en un gesto burlón— Kares nunca os ha sobrado.

Tarkon sintió la ira bullir en su interior al oír el nombre de Kares en labios de un infiel ignorante. Con un grito se lanzó contra él con un golpe poderoso y certero. Preas lo desvió y dio un salto a un lado, alejándose y preparándose para desviar también su siguiente tajo y contragolpear después. En esta ocasión Tarkon fue demasiado lento y el filo llegó a rozar su armadura ligera, haciendo una mella a la altura de las costillas. A pesar de que no llegó a penetrar, sintió el golpe y la presión ejercida. Era la primera vez en años que alguien lograba tocarla en combate. Se sintió desconcertado por un instante, pero reaccionó enseguida para esquivar un nuevo ataque. Cuando él contragolpeó, Preas se giró, con tan mala suerte que pisó la pierna de un acólito muerto, con lo que perdió pie y cayó de espaldas al suelo. La espada escapó de su mano y quedó tendido a su merced.

Tarkon no podía estar más satisfecho. Preas Mor sudaba tendido ante él, totalmente sometido a su voluntad. Por uno de los resquicios de su armadura vio asomar un pedazo de tela. Con la punta de su espada lo ensartó y lo elevó, llevándoselo hasta su mano izquierda. Era un pañuelo de delicada tela azul.

—¿Un prenda, Mor? —Tarkon rio con ganas. Era lo último que esperaba ver en aquel combate—. Será un amuleto perfecto para mí a partir de ahora.

Preas estaba fuera de sí de rabia. Una vez cayera, su ejército acusaría el golpe. Tarkon conquistaría Talder'an y vencería al único capaz de ofrecerle resistencia. El Reino de Angôr era suyo. Solo tenía que dar el golpe de gracia...

De pronto, sintió un temblor ascender desde sus pies, aunque no provenía de la tierra. Notó cómo el aire se desplazaba a su alrededor y algo pasaba cerca de su cabeza, muy cerca, dejando un hedor inhumano a su paso. Pudo ver cómo todos a su alrededor, tanto de un bando como del otro, se detenían un instante a observar qué estaba ocurriendo. Cuando Tarkon alzó la mirada sintió un regocijo que ya no esperaba, mayor incluso que el de matar a Preas Mor. Ante él, a una veintena de metros y casi ante la derruida puerta de la ciudad, una sombra gigantesca oscurecía su campo de visión mientras se arremolinaba, como polvo negro en suspensión, e iba tomando la forma de una criatura humanoide de tamaño descomunal. Era casi tan alta como la muralla. Su mera visión era aterradora y a sus pies se desató el caos más absoluto a medida que los presentes se hacían partícipes de lo que estaba ocurriendo.

Tarkon experimentó un momento de revelación espiritual. Aquello era de lo que hablaba la maestra Ante'i y la única explicación era que Kijl había tenido éxito en su misión: era uno de los Cinco Hijos, no había otra posibilidad. Y él lo estaba presenciando. Si las circunstancias hubieran sido otras, habría caído de rodillas y se habría puesto a rezarle a Kares por su generosidad al permitirle presenciar aquello. La

criatura era casi sólida ya y era una visión maravillosa. Su piel parecía aceite hirviendo, más negro que la noche que acababan de dejar atrás. Su tamaño, descomunal. Su poder, temible. Comenzó a aplastar hombres bajos sus poderosos golpes como si estuviera matando hormigas. Cada golpe que daba a la muralla derribaba un fragmento de piedra y arcilla. Las flechas que le lanzaban los pocos arqueros que se habían recuperado de la horrible visión que suponía, no le hacían el más mínimo daño. De hecho, no parecía tan siquiera sentirlos.

Entonces, un movimiento a los pies de Tarkon le hizo concentrarse en lo que tenía más cerca. Su distracción había permitido a Preas recuperar el arma y lanzar un tajo contra sus piernas. Aunque pudo interponer su filo, fue un poco lento y recibió un corte en la parte interior del muslo que comenzó a sangrar. Preas se puso en pie y se alejó unos metros para detenerse a recuperar el aliento. Un angorano que pasaba por allí se enfrentó a Tarkon, sin duda ignorante de con quién cruzaba su espada. Lo liquidó con dos certeros movimientos y volvió a centrarse en Mor, que estaba listo para continuar con el baile.

Tarkon disfrutaba más a cada momento.



«Algunos de los más valerosos soldados de aquellos días eran niños cuando todo empezó. El Daño les hizo madurar antes de tiempo».

Vida y obra de los héroes ignotos, capítulo quince. Varios autores.

Preas Mor siempre había sabido, pues había sido educado para ello, que acabaría siendo rey de Angôr. Lo que nunca sospechó es que tuviera que verter tanta sangre para lograrlo.

Se sentía agotado. No era capaz de contabilizar el tiempo que llevaba en liza, como tampoco el número de hombres caídos por su mano, pero sentía como si llevara toda una vida allí, peleando bajo las altas murallas en la llanura de Talder. Tizo se había alejado de él en la refriega y lo prefería así. Era uno más con su pueblo y tendría, para mayor gloria, la gran satisfacción de matar al responsable de tanto sufrimiento y dolor. Sabía que él estaba más cansado que Tarkon Anan, pero estaba seguro de poder vencerle. Nunca se había batido con un rival tan formidable como aquel hombre oscuro.

Su distracción había estado a punto de costarle la vida y le había dado a él la posibilidad de tomar aliento y recuperar su posición, pero sintió sus fuerzas flaquear cuando notó en el aire una vibración que le resultó conocida. El vello de su nuca se erizó y el miedo se instaló en su corazón, amenazando con hacerlo reventar desde dentro. Sin que hubiera tenido ocasión de saber cómo era posible, la horrible criatura que Árgoht había encerrado en una piedra negra volvía a estar allí, ante él, asesinando a diestro y siniestro, derribando las murallas como si fueran de arena y no de la más recia piedra de todo el reino. El hechicero había fracasado y toda esperanza se

desvanecía para ellos, pues nada podían hacer contra aquel ser maldito. Pero no podía pensar en ello ahora. Su prioridad era Tarkon Anan y, con independencia del final que fuera a tener la batalla, estaba decidido a vengar la muerte de su padre.

Los dos tenían pequeños cortes, pero seguían en pie, midiendo la distancia que los separaba, tensando los músculos a la espera de una oportunidad. No verle la cara a su enemigo, siempre escondida bajo el horrendo embozo negro, le desconcertaba, por lo que tenía que centrarse en su mirada para tratar de anticiparse a sus movimientos.

Tarkon atacó con una gran zancada y un tajo en diagonal. Preas dio un paso a un lado y desvió el golpe con su hoja, pero Anan se repuso a tiempo de detener su contragolpe. Con cada impacto de ambas espadas, Preas sentía que sus fuerzas mermaban, fruto de varios días de cabalgada y poco descanso. Aun así, no estaba dispuesto a cejar. Se habían acabado las bravuconadas y los comentarios hirientes. Solo quedaban dos hombres y dos espadas, y solo sobreviviría el más fuerte.

Tarkon Anan dio un golpe bajo y, cuando Preas interpuso su arma a la altura de las rodillas, aprovechando la posición forzada, le lanzó un fuerte puñetazo. Sintió un agudo dolor en la mejilla izquierda y la humedad de la sangre comenzó a gotear desde su mandíbula al enfangado suelo que pisaban. El guantelete debía haberle abierto una brecha en la parte que el yelmo dejaba al descubierto. En un arrebato de ira se lo quitó, lanzándolo a un lado lejos de sí. En el fondo, solo le estorbaba. Ahora tenía mejor visión y se sintió liberado, más ligero y grácil. El fuego que sentía en su interior se convirtió en rabia y se lanzó al ataque con más fuerza aún que antes, a pesar del cansancio, a pesar del alboroto a su alrededor, a pesar de la gigantesca criatura que se cebaba con sus hombres a poca distancia.

Tarkon necesitó de su toda su concentración para bloquear sus golpes, pero se vio obligado a retroceder varios pasos, sorprendido por la sucesión de tajos rápidos y precisos. En un momento determinado, Preas encontró lo que estaba buscando. Fue apenas un instante, un parpadeo, pero estaba entrenado para ello, para aprovechar ese preciso momento: Tarkon falló y abrió la guardia. Preas no dejó escapar la opción y lanzó un certero tajo que penetró bajo el plexo solar de su rival, cortando piel y músculo.

El Oscuro lanzó un grito al cielo y cayó de rodillas ante Preas. El corte era muy profundo y sangraba con profusión. Las fuerzas le fallaron y cayó de espaldas sujetándose la zona herida como si de esa manera pudiera recuperar la vida que se le escapaba por segundos. Preas soltó a Angustias, sacó una pequeña daga y se arrodilló sobre su rival. Llevaba tiempo deseando hacer aquello y esperaba que fuera la humillación definitiva, la mejor manera de vengar a su padre.

—No —gemía el Oscuro—, no, no, no, por favor...

Preas introdujo la punta de la daga entre el borde del yelmo y la máscara, arrancándola con un gesto rápido. Lo que vio le dejó sin aliento por unos instantes. Tarkon no tenía rostro. Su cara era un amasijo deformado por las cicatrices, como si hubiera sufrido las más horribles quemaduras. La boca y la nariz eran meros agujeros

en aquella malformación.

Una gota de sangre brotó de lo que antaño habían sido unos labios. Solo los ojos parecían conservar la humanidad.

Preas apoyó la daga sobre el pecho de Anan, en el punto donde se unían las placas pectorales. Apoyando todo su peso sobre ella, toda su furia, su rabia y su necesidad de venganza, por su padre, por su reino, por su pueblo, la hundió hasta que no dio más de sí y se quedó observando cómo la vida se extinguía de aquel ser odioso.

A su lado, enmarañado y sucio de barro, encontró el pañuelo que Ulea le había dado antes de partir. Lo recogió y lo guardó de nuevo, aferrándose a él como si fuera el último rescoldo de calor en mitad de una ventisca.

Cuando se puso en pie, sintió el cansancio cebarse con él, como si el peso de todo el mundo hubiera caído sobre sus hombros. A su alrededor el combate seguía, pero la presencia de la criatura había acaparado todas las miradas de ambos bandos. En lo más profundo de su corazón sabía que nada podía hacer para salvar la ciudad, que todo su esfuerzo había sido en vano. Aunque Tarkon hubiera caído, aquella fuerza destructora era más de lo que ni él ni nadie podía enfrentar.

—¿Dónde estás, Árgoht? —musitó, perdida toda esperanza.



«El fin rondaba a cada paso, en cada decisión que debía tomar.
Cada una parecía ser a vida o muerte».
Crónicas del Adalid de la Luz, capítulo diez. Varios autores.

Árgoht observaba la escena que se desarrollaba a sus pies mientras trataba de recuperarse de la conmoción que aquel extraño viaje le había provocado. Veía el ajetreo a su alrededor, cómo el ejército invasor atravesaba las puertas destruidas mientras el ejército defensor seguía tratando de compensar los embates. Las tropas de la orden seguían siendo superiores en número y la batalla se había dividido en varios grupos, rota cualquier formación. Debía de estar en Talder'an. La bola le había trasladado al epicentro de la guerra.

Todo esto lo veía el hechicero desde la distancia, como si una neblina le obnubilara el cerebro y le impidiera pensar con claridad. Una arcada le subió a la garganta y vomitó sobre el suelo de piedra de la muralla. Cuando se incorporó se sentía mejor. El mareo iba desapareciendo y su visión se aclaraba. Una profunda vibración estuvo a punto de hacerle perder pie. Toda la muralla se había estremecido. Árgoht se acercó a una de las grandes almenas y vio al talhom que, olvidando a los incautos que lo rodeaban, se estaba cebando con los muros una veintena de metros a su izquierda. Ya habían caído varios fragmentos importantes que abrieron huecos por los que las tropas enemigas se colaban a raudales.

Árgoht observó a las defensas talderanas enfrentarse a él sin ningún éxito. ¿Y él? ¿Qué es lo que él podía hacer? En Anteri'zá había logrado controlarlo gracias al Gohelanort y al hecho de que su poder era aún limitado, pero ahora estaba en su apogeo y el objeto estaba muy lejos, en Mügero. La bola, inerte de nuevo en su petate, le había sacado de allí, pero seguía sin saber qué debía hacer a continuación.

Con un suspiro, pensó que la Madre no le había preparado para algo como aquello. Al pensar en ella pensó en la escena de su último gehvaal, con su imagen siendo tragada por la marea.

En ese momento se hizo el silencio y, como llega el recuerdo de un nombre cuando ya no lo necesitas, unas palabras comenzaron a bailar ante él. Era el hechizo que Ella le había querido enseñar durante los últimos días. Estaba allí mismo, a su alcance. Las palabras comenzaban a cobrar sentido. Casi sin pensarlo, se colocaron en su sitio, como si hubieran estado allí desde siempre y fuera él quien había estado fuera de lugar. Entendió el hechizo, su sentido, su orden, su entonación... y su efecto.

Se dejó caer de rodillas al entender el alcance de aquel sortilegio. La Madre, Gan, le había dado la llave para vencer al talhom, pero el precio que debería pagar sería enorme. Por un momento, sintió que no podría hacerlo. Tal vez hubiera alguna otra manera... Pero sabía que no era así. Volvió a ponerse en pie al sentir otro retumbo en la muralla. La criatura estaba ya casi dentro de la ciudad. ¿Qué pasaría cuando entrara, cuando todas las defensas hubieran caído? Aquel ser seguiría alimentándose del alma de sus víctimas, creciendo en fuerza y poder. Quizás dentro de poco estuviera fuera de su alcance el detenerla. Era ahora o nunca y Ella le había dicho cómo hacerlo.

«¿Es este el Destino que me espera?», pensó con un suspiro. ¿Era ese momento preciso de la historia de Thera para el que había nacido, el que debía justificar toda su existencia? Una suerte de comprensión serena se abatió sobre él. Era la resignación del condenado a muerte que sabe que el verdugo no fallará en el último momento el tajo de su hacha. Comenzó a andar hacia el borde roto de la muralla, hacia el agujero que el talhom acababa de abrir en ella. A su alrededor había desaparecido todo sonido, como si el tiempo se hubiera detenido y solo quedaran la criatura, él y las palabras que, encerradas en su cabeza, pugnaban por salir, por tomar forma y sentido. Árgoht se concentraba a cada paso que daba, pronunciando el hechizo en su cabeza, dándole la consistencia que debía tener. Sabía que solo tendría una oportunidad, que fallar significaba la muerte para él y la ciudad de Talder'an. Pensó en la Madre y sintió furia al recordar que había estado a punto de traicionarla. La Orden Kariteas había estado cerca de vencer solo con palabras tentadoras, pero ahora tenía ante sí lo que ellos querían hacerle al mundo y supo cuál era su lugar sin ningún resquicio de duda. La muralla se volvía inestable bajo sus pies a medida que se acercaba a la sección destruida. La presencia del talhom comenzaba a hacerse notar.

«Hechicero... Fuego, calor y sangre. Es lo que quieres. Ven a mí».

Árgoht se sacudió las palabras de la mente como si de una mosca se tratase. Se sentía más fuerte que nunca, más seguro. No había flaqueza en él.

«Ven a mí... Poder como nunca has sentido. Fuego, lujuria, venganza...».

Árgoht se situó al borde del muro y desenvainó a Êralin muy despacio, disfrutando una última vez de la exquisita sensación de poder que su presencia le otorgaba, el cosquilleo en cada poro de su piel. Ante él, la inmensa masa del talhom

se agitaba. Bajo su superficie pudo distinguir rostros, pálidos y con grotescos gestos de dolor, que aparecían y desaparecían bajo la falsa piel aceitosa. Eran los rostros de sus víctimas, de aquellos que ahora moraban en su interior. Retrocedió varios pasos para coger impulso y, sin pensarlo dos veces, echó a correr.

«Madre».

En el último momento, justo en el borde del muro, saltó con Êralin por delante mientras gritaba las palabras del más poderoso y destructivo hechizo que había pronunciado nunca.

«Ven a mí...».

Preas se había olvidado de la lucha que se desarrollaba a su alrededor.

—Por Gan, ¿qué clase de ser es ese?

Era Tizo quien hablaba. Se había situado junto a él y se encontraba también atónito. Estaba sucio y un feo tajo en el hombro le hacía sostenerse el brazo pegado al cuerpo, pero por lo demás parecía estar entero. La batalla con los soldados de la orden casi estaba terminada. Muchos de ellos, al saber de la muerte de Tarkon, habían comenzado a huir del campo de batalla. Como si de una serpiente descabezada se tratase, el Ejército Negro comenzaba a desgajarse.

—Es algo contra lo que no podemos luchar.

El engendro estaba golpeando el muro con saña. Ante sus ojos, un gran fragmento de la muralla se derrumbó a sus pies. Ya por la puerta este, caída tiempo atrás, empezaban a introducirse los invasores. Alrededor de la negra criatura se había hecho un vacío y solo algunos soldados negros la acompañaban, creyéndose seguros, protegidos por su condición de acólitos. La caballería y los piqueros, aún fuertes y formados, se habían alejado lo más posible de ella y seguían combatiendo contra los flissanos.

—Debemos ayudar dentro de la ciudad, Tizo.

—¿Pretendéis que entremos con eso rondando?

Como respondiendo a sus palabras, un nuevo pedazo de la muralla cayó con estrépito, levantando una nube de polvo.

Entonces, algo llamó su atención en lo más alto del muro. Entre las almenas, algunas medio derruidas, pudo observar una figura familiar. ¿Sería posible?

—¿Ese no es...? —comenzó a decir Tizo, que también lo había reconocido.

—Sí —dijo Preas con una gran sonrisa—, es Árgoht.

Preas sintió la esperanza renacer en él. Si alguien podía resolver aquella situación, era el hechicero.

—Reagrupa a las tropas, Tizo. Que todos los hombres disponibles se congreguen aquí de inmediato. Vamos a entrar. Hay que expulsar a esos asquerosos de nuestra ciudad.

Tizo se puso en movimiento de inmediato y Preas volvió a fijar su atención en Árgoht. No parecía estar participando de la batalla, sino que permanecía quieto sobre la muralla, observando. Con tanto poder como él tenía, seguía sin entender por qué no

le ayudaba a terminar aquella guerra. De pronto, como si hubiera escuchado sus pensamientos y quisiera llevarle la contraria, el hechicero se puso en movimiento, desenvainando su espada y lanzándose a la carrera.

—¿Qué está haciendo...? —musitó.

En el último instante, cuando la muralla dejó de existir bajo sus pies, dio un salto con la espada por delante. Se dirigía hacia la criatura.

—¡No!

Aquello era un suicidio. Pero entonces ocurrió algo que, no fue capaz de explicar del todo aún mucho tiempo después. Juraría que vio que el cuerpo del hechicero se iluminaba como el sol de la mañana, como si el propio Gan lo hubiera bendecido con su luz. El tiempo pareció detenerse mientras veía la pequeña estrella en que se había convertido caer sobre la negra criatura, todo contraste la una de la otra. Parecía diminuto en comparación, como lanzar un alfiler contra una catapulta.

Cuando ambos cuerpos entraron en contacto, ocurrió algo inaudito. Empezó como un molesto zumbido en sus oídos y notó como si el aire rielara a su alrededor, más caliente de lo que debería. Presintiendo lo que iba a ocurrir, se cubrió los ojos con las manos en el preciso instante en que una gigantesca explosión de luz bañaba sus sentidos, hiriendo sus ojos a pesar de las manos y los párpados. Una onda de energía partió del punto del brutal encuentro entre la criatura y el hechicero, barriéndolo todo a su paso. A duras penas consiguió ver cómo un inmenso trozo de la muralla saltaba por los aires, lanzando piedras, argamasa y hombres en todas direcciones. La torre del templo se derrumbó sobre sí misma, incapaz de soportar la presión. Sus oídos se saturaron, a pesar de que no hubo sonido alguno en aquella extraña escena, hasta el punto de que creyó haberse quedado sordo.

Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue una lluvia de cascotes caer a su alrededor y rezó por no morir aplastado por uno de ellos.



«Los testigos de aquella extraña maravilla aun tratan de
entender lo que pasó».
Historia viva de Angôr, capítulo treinta y uno. Merkus de
Làrgaran.

Preas recobró el conocimiento instantes después. Una nube de polvo lo había cubierto todo a su alrededor. Estaba dolorido como nunca antes y a duras penas podía moverse. Trató de poner en orden sus pensamientos, pero todo aparecía confuso. Poco a poco sus recuerdos se fueron ubicando cada uno en su lugar y fue consciente de que acababa de presenciar algo increíble. Cuando trató de moverse, una puntada de dolor le recorrió el abdomen. Supo que necesitaba atención médica inmediata.

Un brazo le aferró por debajo del hombro y le ayudó a incorporarse.

—Arriba, majestad.

Era Tizo, que seguía a su lado a pesar de todo. Del muchacho que había conocido en el lerteneo no quedaba nada. La experiencia vivida le había devuelto a un hombre curtido y maduro. Apoyándose en él logró ponerse en pie, pero tuvo que quedarse apoyado para no volver a caer. El polvo se le introdujo en los pulmones, haciéndole toser varias veces. Necesitó varios minutos para recuperarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, aún incrédulo, como si Tizo fuera capaz de explicar lo inexplicable.

—No lo sé.

Preas levantó la mirada hacia la zona de la muralla en la que, hasta unos minutos antes, había estado la criatura negra.

—Ha sido Árgoht.

Como si aquello fuera explicación suficiente, Tizo no dijo nada más.

La batalla a su alrededor parecía haber terminado. Los soldados negros habían huido al ver caer a Tarkon y después a su criatura. Incluso los gorgs parecían haber caído con la explosión de luz y sus enormes cuerpos fueron asomando como negros lunares a medida que el polvo fue desapareciendo barrido por el viento. La llanura de Talder parecía una carnicería, pero la batalla había terminado. Cientos de flissanos dejaban caer sus armas y se rendían ante la evidente derrota, y los gritos de alegría, tímidos al principio y más intensos a cada instante que pasaba, se fueron elevando al cielo de la mañana. La más gloriosa que el reino de Angôr recordaba desde hacía muchos años.

A pesar de la sensación de alegría que comenzaba a invadir su corazón al ver que, teniéndolo todo en contra, habían vencido, su alegría no podía ser completa al ver a su alrededor los cuerpos de su pequeño grupo, de los que muy pocos habían sobrevivido. Encontraron el cadáver de Hots a escasos metros con diversas heridas en su cuerpo.

—Quiero que todos estos hombres, los tuyos y los míos, sean homenajeados. Asegúrate de que recuperamos todos sus cuerpos. Merecen una mención en nuestros recuerdos.

Tras rezar un plegaria a Gan por las almas de sus amigos, Tizo ayudó a Preas a caminar hacia la muralla. Allí por donde pasaban los supervivientes le hacían reverencias, reconociendo en él al legítimo rey. A pesar del dolor que sentía, su piel se erizó con emoción contenida. Todo el cansancio, todo el sufrimiento y la angustia vividos habían valido la pena.

Llegó a la zona donde la batalla había sido más cruenta, al pie de la muralla, y un mar de cadáveres lo recibió cuando el polvo acabó de disiparse. Aquello que había acabado con la criatura había matado a muchos de los hombres que se hallaban más cerca, amigos y enemigos. Los cuerpos de los piqueros de Fairard sembraban aquella zona de la llanura. Los pocos supervivientes vagaban tratando de encontrar heridos y recontar a los muertos. Preas avanzó saludando con un gesto a cuantos se cruzaban en su camino, sabiendo que no tardaría en encontrarse con Ofestes Feder, el señor de Talder'an, vasallo y amigo de la familia Mor. Cuando por fin levantó la mirada hacia la zona en la que hasta unos instantes había estado la criatura en su afán destructivo su alma estuvo a punto de caer a sus pies.

Todo en un radio de treinta metros había sido destruido: murallas, torres, casas y vidas humanas, como si allí nada hubiera existido. Los cascotes reinaban por doquier y todo había quedado impregnado de una suerte de pátina negruzca, como la más fina de las cenizas. Preas se quitó uno de sus gruesos guantes de cuero y, llevado por la curiosidad, tocó una piedra manchada de aquella sustancia. Su piel quedó tiznada como si de carbón de tratase.

Asqueado de pronto de haberla tocado, se limpió en la ropa, y volvió a ponerse el guante. Aquello era lo que quedaba, los restos de lo más extraordinario que había visto jamás y algo a lo que quizás nunca encontrara explicación.

—Ayúdame, Tizo. Debemos encontrar a Ofestes y mostrar nuestros respetos.

Tizo volvió a pasar su brazo bajo el hombro de su rey y le ayudó a caminar hacia el interior de Talder'an, en cuya defensa tantos hombres habían dado la vida.

El hechicero Árgoht no apareció por ninguna parte.



EPÍLOGO



La nada se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Sabía que a ellos no les gustaba que se alejara mucho, pero a veces necesitaba apartarse, sentir que podía ir a donde quisiera, aunque en lo más profundo de sí mismo sabía que no era posible ir mucho más allá de la primera línea de colinas. Solo era un niño. Era muy consciente de eso, y la consecuencia era que no podía ir muy lejos por sí mismo. Aún no.

De cualquier manera, disfrutaba apartándose de la atenta vigilancia de los monjes y perdiéndose un par de horas entre los acristalados reflejos que el sol despertaba en la impoluta superficie del desierto de sal. Siempre llegaba hasta las colinas, donde se divertía buscando escorpiones y otras pequeñas criaturas que conseguían sobrevivir en los resquicios de aquel interminable erial.

Vestía una pesada túnica marrón que le llegaba hasta las rodillas y un tocado de tela le protegía de la insolación. Apenas unas suelas de esparto separan la piel de sus curtidos pies del suelo casi congelado. Pero estaba acostumbrado. Aunque no sabía cuándo había llegado allí ni cómo, no recordaba otra cosa más que el desierto.

Cuando hubo superado la primera colina rocosa, ayudándose de pies y manos, creyó distinguir algo un poco más allá, lejos de la escasa sombra que las piedras proporcionaban. Al principio pensó que debía tratarse de alguna roca dejada al descubierto por el viento desde su última visita, pero no lo creyó del todo posible. Aguzó la mirada y se hizo visera con la mano para evitar que el sol le deslumbrara. Podía ser un espejismo, pero creyó reconocer la forma que estaba viendo.

Sin pensarlo dos veces, se lanzó a la carrera. Había un hombre allí, estaba seguro y, si no lo ponía a cubierto, moriría pronto. Si no lo estaba ya. Cuando llegó, se quedó impresionado.

En efecto, era un hombre y su estado era lamentable. Su larga cabellera negra estaba sucia y desordenada, mientras que sus ropas estaban ajadas y rotas. Parecía

estar muerto. Junto a él vio una espada ennegrecida clavada en el duro suelo de sal. Más allá, a pocos metros, los restos quebrados de un objeto de cristal.

El chico permaneció allí, sin saber muy bien qué hacer. De pronto, el hombre lanzó un quejido y una de sus manos se movió, haciendo que Lavell diera un respingo. Estaba vivo.

Sabía que quizás se estaba ganando una reprimenda, pero también que no podía dejarlo allí. La tarde llegaría pronto y la temperatura caería en picado. Moriría congelado antes de que llegara la noche.

Tenía que ponerlo a salvo aunque tuviera que arrastrarlo todo el camino.

GLOSARIO

Apoi: felino salvaje de gran tamaño endémico de la región selvática del centro-este del continente de Kisea.

Arhetas: novicios de la orden Ganetorei.

Gan: entidad representativa del Guardián de la Tierra, deificada y adorada en casi toda Thera con diferentes nombres.

Orden Ganetorei: orden religiosa que adora al dios Gan.

Gehvaal: estado mental transitorio mediante el cual un hechicero se pone en contacto con su fuente de poder.

Gohelanort, el Ojo de Kares: objeto místico propiedad de la orden Kariteas que se activa en presencia del poder del Dios Sombrío.

Gorg: criatura bestial de aspecto humanoide aunque más grande que estos, con peligrosas prominencias óseas en las articulaciones.

Gox: hierba vigorizante que crece de forma natural en la selva de Angôr.

Jiurus: habitantes indígenas de la selva de Angôr.

Kares: entidad representativa del Guardián de la Sombra, deificada y adorada por algunos grupos, cada vez más escasos.

Lerteneo: edificio religioso.

Orden Kariteas: orden religiosa que adora al dios Kares.

Po'karatan: libro sagrado de la Orden Kariteas.

Sher-Arak: ritual de salida del gehvaal.

Talhom: ser místico casi desconocido que se alimenta de las almas de los humanos muertos.

Ther-Arak: ritual de entrada en el gehvaal.

U'rkoan, la Piedra del Destino: representación del Equilibrio entre los Guardianes.

NOTA SOBRE LA CRONOLOGÍA DE LA SENDA DEL DESTINO

La tierra negra, la novela que tú, lector, tienes entre manos, es la primera parte de una trilogía. Queda bastante claro en el final abierto que habrá una continuación, un episodio siguiente que dará continuidad a las aventuras y desventuras del hechicero Árgoht Grandël.

Para aquellos que han seguido mi trayectoria literaria esto puede resultar confuso. En 2009 y 2011 publiqué La sombra de Pranthas y La maldición de Hilena respectivamente, ambas con Árgoht como protagonista. Así pues La tierra negra debería ser la tercera de la serie, y así es si consideramos la historia como un todo. Las dos primeras novelas son autoconclusivas, y se pueden leer de manera independiente. Sin embargo, hay una subtrama (déjame llamarla así) que enlaza ambos libros: la búsqueda por parte de Árgoht de su Destino, del fin último que debe dar sentido a su existencia.

En La tierra negra esta subtrama salta a la palestra y se convierte en protagonista. Ya no hay duda posible, no hay trampa ni cartón. El Destino de Árgoht es el vehículo que nos llevará a lo largo de toda la novela, así como de las dos sucesivas, ya en desarrollo, hasta el apoteósico final. Y esto justifica el título de la trilogía y, por extensión, de toda la serie: La senda del destino, que ahora abarca también a La sombra de Pranthas y La maldición de Hilena, que deben considerarse precuelas y que, aunque no son de lectura imprescindible, sí son recomendables.

Espero que hayas disfrutado de esta novela y te hayas quedado con ganas de más. El segundo libro de esta trilogía está en marcha, así que espero reencontrarme pronto contigo y con nuestro hechicero favorito recorriendo las tierras de Thera en esta senda peculiar.

Gracias por estar ahí. Nos vemos pronto.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela merece muchos agradecimientos, pues ha visto la luz en una de las etapas más complejas de mi vida. El primero de ellos para Hermi, sin la cual casi nada de lo ocurrido en la última década habría sido posible. Árgoht es lo que es, en parte, gracias a ella.

Mi familia sigue ahí, dando el callo cuando se le necesita. Puede parecer una tontería, pero no lo es. Gracias a todos.

A mis lectores cero, Amílcar (y a Noe por extensión), Echedey, Carlos y Leandro. Este último, un doble agradecimiento, no solo por sus aportaciones al manuscrito original, sino también por aceptar escribir la introducción. Es todo un honor para mí y no me considero merecedor de tan elogiosas palabras. Gracias.

A Gerardo Medina, por la fantástica revisión que ha hecho del texto, por sacarle los colores para que la obra y yo mejoremos al mismo tiempo.

Desde que La sombra de Pranthas, mi primera novela, viera la luz, he conocido a muchas otras personas con las que comparto amistad, ilusiones y decepciones literarias. Todos ellos me han apoyado, insistiendo en que Árgoht necesitaba seguir creciendo, como Carlos González Sosa y Macu Marrero. Pero hay más: Josema Beza, Raquel Antúnez, Miguel Aguerralde, Paula Lizarza, Yarisaimé Díaz, Jessica Herrera...

Por su trabajo inspirador, por abrir camino a muchos otros, una mención especial para Alexis Ravelo, un maestro en esto de juntar palabras.

Por supuesto, gracias a mi editor, Jorge Liria, por seguir confiando en mí y en mi trabajo.

Gracias a todos aquellos que en algún momento me han dicho que necesitan más de Árgoht, que son muchos, que me han preguntado cuándo sale mi siguiente novela. A los lectores que me han acompañado desde el principio, como tú. Gracias. Gracias por estar ahí.



RAYCO CRUZ (La laguna, Tenerife, España en 1979). Desde muy niño se traslada a Las Palmas de Gran Canaria. A pesar de que descubre los libros como afición relativamente tarde, la escritura nace en él de pronto, como una pulsión repentina durante su adolescencia, en la que desarrolló una poesía temprana como mecanismo de expresión que pronto dejó de lado para adentrarse en el relato y la novela corta. De esta época surgen varios relatos y una pequeña novela titulada «*Mea culpa*» que el propio autor afirma nunca publicará. A partir de ese momento la escritura empieza a cobrar cada vez más protagonismo en su vida.

En 2005 desarrolló en solitario el proyecto El cuarto de atrás que consistió en una plataforma multimedia para autores noveles. Constó de una página web (aún activa pero sin actualizar desde 2006) y una revista en formato impreso de la que vieron la luz varios ejemplares hasta que la falta de patrocinio le obligó a cancelar esta faceta del mismo. Sin embargo, el proyecto continuó vivo algún tiempo más en Internet.

Ha visto publicados varios relatos como *La magia del carnaval* (tercer puesto en el I Concurso de Relatos ¡¡Abretelibro!!), *La condena* o *Tiempo muerto*, pero su estreno como autor de novela tuvo lugar en 2009 cuando vio la luz *La sombra de Pranthas* (Mundos Épicos Grupo Editorial), novela de corte fantástico que narra las aventuras del hechicero Árgoht Grandël y que ha tenido una gran acogida por el público asiduo a este complicado género.

En Diciembre de 2010 publicó el relato *El futuro de la humanidad* dentro de la antología *Riqui-Raca 1.0. Cuentos del fútbol canario* (Ed. Mandarin) en la que

compartió cartel con otros grandes autores de la literatura canaria.

En Junio de 2011 salió a la venta su segunda novela, titulada *La maldición de Hilena* (Bilenio Publicaciones), de nuevo con Árgoht Grandël como protagonista.

En Noviembre de 2011 vio la luz su segundo relato publicado con el título de *Hargür pensó* dentro de la antología *Descubriendo nuevos mundos* editada por la Federación Española de Fantasía Épica durante la Imagicon 2011 celebrada en Mislata (Valencia). En este momento este relato se encuentra nominado a los I Premios Scifiworld dentro de la categoría Mejor Relato.

Además entre sus obras están: *El silencio de Sara*, una novela de misterio, la tercera novela de la serie de Árgoht, una obra de fantasía histórica y una antología de cinco relatos titulada *Tú has estado aquí antes*.